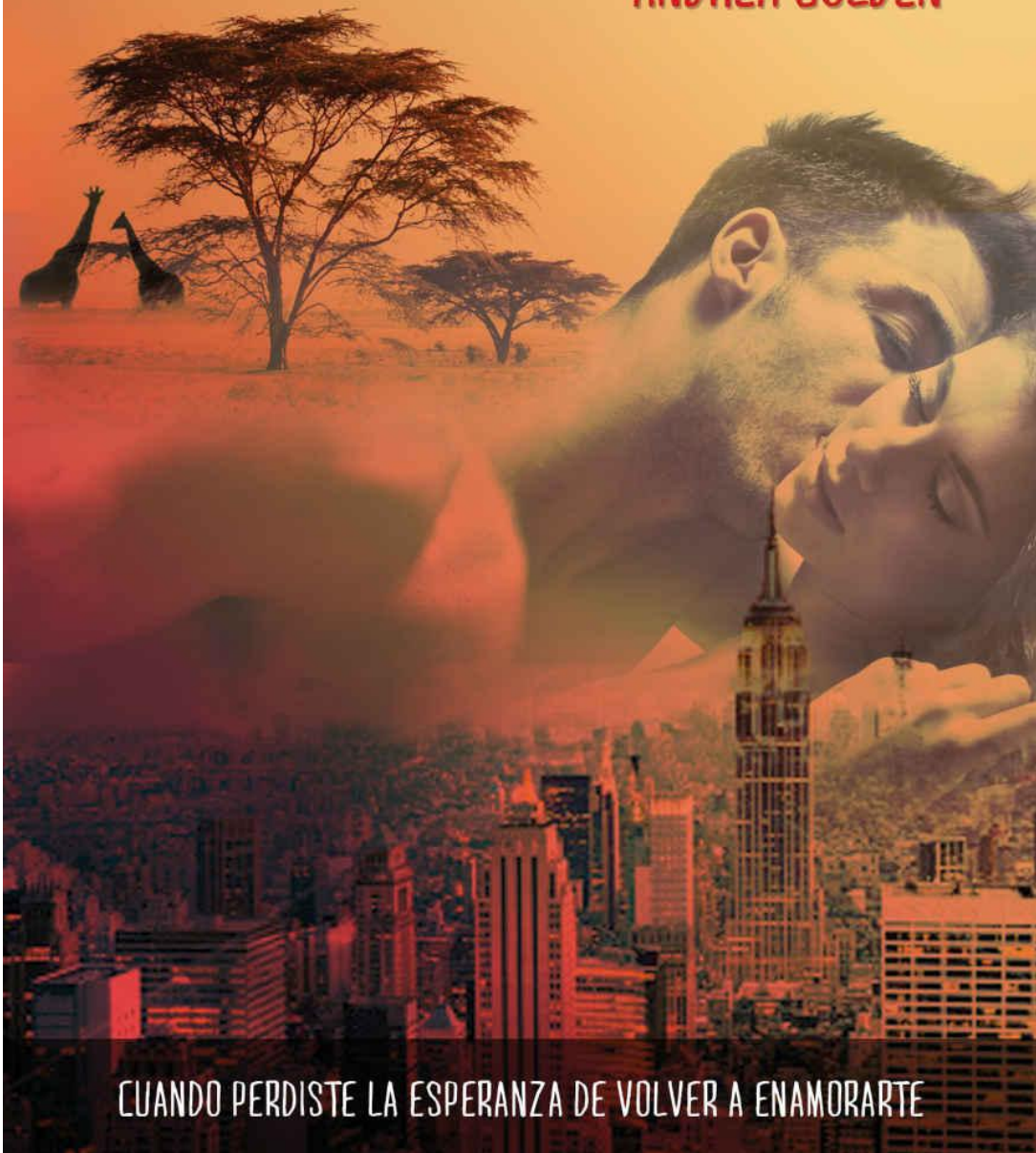


Tocando el Cielo de Manhattan

ANDREA GOLDEN



CUANDO PERDISTE LA ESPERANZA DE VOLVER A ENAMORARTE

TOCANDO EL CIELO DE MANHATTAN

Andrea Golden

*A mi hija:
vive, siente, ama...*

«Conozco una canción de África, que habla de la jirafa y de la luna nueva africana descansando sobre su lomo, de los surcos en los campos de cultivo y de las caras sudorosas de los recolectores de café... ¿Acaso conoce África una canción que hable de mí?»

FRAGMENTO de “Memorias de África”

ÍNDICE

Tocando el cielo de Manhattan

ÍNDICE

Sinopsis

CAPITULO I

El encuentro

CAPITULO II

El comienzo

CAPITULO III

Terceras personas

CAPITULO IV

Un viaje inesperado

CAPITULO V

Amor en tierras lejanas

CAPITULO VI

El regreso

CAPITULO VII

Dulce y amargo

CAPITULO VIII

No estás sola

Créditos y agradecimientos

SINOPSIS

La escritora nos sumerge cándidamente en una bonita historia de amor que transcurre en dos escenarios totalmente opuestos, uno lleno de opulencia, y otro devastado por la pobreza, contada en primera persona por ambos personajes desde dos perspectivas distintas.

Ángela, una agresiva mujer de negocios cuya vida ha estado marcada por la soledad. Necesita romper con la vida enrarecida que ella misma ha construido a su alrededor, llena de amantes y fracasos sentimentales. Pero los giros repentinos del destino, que se producen sin controlarlos, hacen que aparezca en el momento más relevante un hombre que la llenará de sensaciones inesperadas.

Peter, un brillante arquitecto Español que se enfrenta al proyecto más ambicioso de su carrera profesional, jamás pensó en el cambio de vida que le supondría conocer a Ángela; su jefa. Tras un fugaz encuentro, ella desaparece repentinamente. Hasta que, una noche, recibe una enigmática llamada con una proposición arriesgada. Empezará un viaje que le enfrentará a uno de los mayores retos de su vida, en el país más recóndito y pobre al que jamás imaginó viajar lanzado por el amor a una mujer inalcanzable y que le está volviendo loco.

CAPITULO I

El encuentro

Peter Sanz

Mi reloj me despierta como todas las mañanas. Escucho su suave melodía que, de inmediato corto, deslizando perezoso la mano hacia la mesita de noche donde se encuentra.

Pasado unos minutos, y con mi ritual habitual, muevo mi cuello hacia ambos lados, me incorporo levemente, cojo aire y, de un brinco, salgo de entre las sábanas con ganas, inyectándome la energía que necesito en uno de los días más importantes de mi vida. Camino hacia la ducha y, mientras me introduzco en ella, mascullo entre dientes una presentación sobre mí: «*Me llamo Pedro Sanz, y después de cuatro meses trabajando en Nueva York, he sido uno de los elegidos para formar parte del proyecto más innovador de los últimos años en esta ciudad...*». Recito orgulloso a la vez que el agua, que sale a presión, golpea con fuerza mi cuerpo estimulándolo para el momento que ansiaba se produjera desde que pisé esta ciudad.

Mi traje de Armani, se encuentra fuera del armario y colgado de una de sus puertas. Impresiona simplemente por la presentación impecable que lo guarda dentro de una exclusiva y exquisita funda de color negro, adornada con el escudo de la prestigiosa tienda donde lo compré. Parece estar esperándome y preparado para ser lucido. Bajo la cremallera, delicadamente. Y lo voy sacando con cuidado intentando que permanezca intacto el mayor tiempo posible. La camisa de color azul celeste, de seda natural, tiene un tacto fino y suave. La cojo con ambas manos y me la pongo hábilmente, notando cómo resbala por encima de mi espalda hasta quedar completamente pegada a ella. A la vez que la abrocho, absorbo, mi cabeza vuela pensativa recordando todos los esfuerzos realizados para poder llegar a esta oportunidad profesional en el que hoy me encuentro. Todo gracias a “*The Smith Engineers*” la empresa donde trabajo, que sorprendentemente me escogió para participar en la construcción del edificio más alto de Manhattan. Recientemente nos han contratado para terminar esta obra y hoy es el esperado día en el que nos reunimos con los dueños.

Son las ocho y media de la mañana. Es la hora. Ando hacia la puerta del apartamento, salgo y la cierro deteniéndome unos instantes delante de ella. Respiro profundamente intentando relajarme y me lanzo hacia mi gran aventura americana, bajando tranquilamente las escaleras que dan al portal. Atravieso el portón, haciendo una pequeña pausa hasta notar el leve chasquido que emite al terminar de cerrarse. Me alejo paseando hacia el metro, que se encuentra a una manzana de aquí. Mientras avanzo, contemplo la mañana en esta trepidante ciudad. La gente siempre va con prisa, algo más rápido que en la mayoría de las ciudades grandes en las que he vivido. Sólo parecen frenar su ritmo cuando pasean por Central Park. En Madrid, pasa exactamente igual, e incluso con la similitud de

tener el parque del Retiro para esas pequeñas ocasiones de desahogo que todos algún día buscamos. Al recordarlo, me invaden pensamientos de mi tierra, nostalgia que intento aplacar con rapidez realizando una inspiración profunda... Tras la añoranza, instintivamente, me abstraigo breves segundos mirando hacia el cielo, aunque aquí, en medio de “La Gran Manzana”, no es fácil encontrarlo, ya que parece esconderse bajo una capa gris que lo envuelve o son los propios edificios los que lo ocultan.

Llego a la boca de metro más cercana. Sobre el arco metálico, de color verde azulado, se encuentra un pequeño cartel en el que se puede leer su nombre: “Lexington Av/59 St.”. Me introduzco topándome con multitud de escaleras que bajo ágilmente, a la vez que me cruzo con infinidad de gente buscando, al igual que yo, la forma de llegar a tiempo a su trabajo. Todos evitamos los grandes atascos de coches que se forman en el exterior. Recorro las iluminadas galerías llenas de carteles publicitarios de discotecas psicodélicas, anunciadas con colores llamativos y sugerentes, nuevos y selectos restaurantes por la zona, salas de teatro populares donde actúan actores famosos... Intento calmar mi ansiedad mirando todo con intensidad, como si fuera la primera vez que hiciera el recorrido —aunque lo realizo todos los días—. Me mezclo con la aglomeración de gente que se forma en los amplios pasillos, uniéndome en el trayecto con multitud de ellos que parecen seguir mi misma dirección. Llego prácticamente arrastrado por la masa al andén de la línea que me dejará en mi estación. Mientras espero, hago un recorrido por todas sus caras, aunque me sorprende que son muchos los ojos que me observan descarados, y probablemente atraídos por el magnífico traje que visto; el efecto smoking, como diría un gran amigo mío.

La salida del metro está justo delante del edificio donde trabajo. Subo las anchas e inclinadas escaleras, contemplando embelesado como ante mis ojos se alza esta mole llena de oficinas que para mí significan un sueño cumplido. Me aproximo a la entrada y saco la acreditación que dejo colgando del cuello. El escáner de las puertas detecte el código QR plasmado en ella, e inmediatamente después de ser identificado se abren bruscamente. Atravieso el amplio recibidor transitado por personas trajeadas, guardias de seguridad y personal de la limpieza tirando de carritos metálicos equipados con numerosos utensilios, convergiendo a la misma vez. Al fondo aparecen los elegantes ascensores ultra modernos, tan modernos, que detectan inteligentemente la presencia de gente esperándolos y que frenéticamente trabajan para satisfacer a todos sus usuarios. Al subir en uno de ellos, soy impulsado hacia la planta veinticinco donde se celebrará la reunión. Me resultó curioso la primera vez que entré en uno, cómo el panel luminoso indicador de las plantas que subíamos contaba de diez en diez a una velocidad frenética y en segundos, una cálida voz de mujer que provenía de los altavoces anunciaba la llegada a tu piso.

A la vez, y al escuchar el suave pitido que hacen las puertas al terminar de abrirse por completo, bajan varias personas y todas ellas andan veloces a través del largo y amplio pasillo que nos separa de la sala. Al fondo, las puertas aparecen abiertas de par en par. Nos acercamos y nos introducimos directamente atraídos por el murmullo de los compañeros que han llegado primero. En el transcurso de los minutos se llena por completo. La tensión previa del comienzo provoca que mi estómago emita ruidos extraños, presionado por los nervios que afloraron esta mañana y que ahora se están acrecentando.

La reunión, que aparentemente tendría que estar a punto de comenzar por la hora en

la que nos citaron para ella, parece retrasarse. De hecho, nos sorprende la aparición de técnicos vestidos con sus característicos monos azules y placas plateadas relucientes en las que se leen: “Técnicos de imagen y sonido”. Se mueven con rapidez llenando la sala de cables y antenas que colocan cercanas a los grandes ventanales que nos rodean, y despliegan una gran pantalla que desenrollan frente a lo que parece un moderno proyector. Todos contemplamos cómo trabajan, e incluso comentamos la nueva situación de la que ninguno teníamos conocimiento. El cuchicheo va en aumento hasta que mi jefe aparece bruscamente, instante en el que se hace un silencio sepulcral. Lo contemplo con admiración, su presencia me impresiona. Increíblemente es la primera vez que lo veo en persona, ya que, precisamente, el único día que visitó nuestro departamento, yo había salido a tomar un café.

Se dirige esbelto, estiloso e impecablemente vestido hacia el extremo de la gran mesa seguido por su séquito de secretarías y asesores. Mientras se sienta, presidiéndola, sus asistentes van depositando a su lado una serie de carpetas, que seguramente contienen una amplia documentación sobre la obra, y vuelven a recorrer la sala en dirección opuesta, buscando la salida. Nos envuelven distintos sonidos: los que se producen al mover las pesadas sillas, los que se emiten al dejar los bolígrafos y los móviles sobre la mesa, el suave murmullo que va disminuyendo... El silencio que nos rodea al terminar de acomodarnos, es interrumpido por su profunda voz mientras se incorpora y reposa sus manos sobre la pequeña pantalla del ordenador portátil que se encuentra frente a él.

—Señores —dice captando nuestras miradas—. Siento el retraso, nos ha surgido un inconveniente que estamos intentando subsanar lo antes posible.

Intuyo que pasa algo, como si faltara alguien importante, sobre todo por la parafernalia que se ha montado en un momento, capaz de paralizar una reunión tan importante.

Escucho un pequeño chasquido al encenderse el proyector que han instalado para la ocasión, y en la pantalla aparece proyectada la imagen de un escritorio vacío. Pienso, *«que el causante de todo esto será algún acaudalado y caprichoso millonario que estará tan ocupado con sus finanzas que no habrá tenido tiempo de asistir personalmente»*. Veo ridícula una videoconferencia para tratar temas tan delicados de esta forma.

Se producen movimientos y todos, impacientes, esperamos la aparición de, seguramente, algún viejo y obeso magnate forrado de pasta hasta los ojos.

¡Una pierna...! ¡Esbelta...! El cámara parece corregir la dirección y, tras un movimiento algo brusco, baja rápidamente a lo largo de su muslo apuntando hacia sus zapatos, preciosos zapatos de color burdeos, de largo y finísimo tacón. Esa es la primera imagen sorprendente que aparece. Nos miramos incrédulos con el comienzo. *«Será la secretaria del gran jefazo, que nos la enseña para darnos envidia»* —ese es seguramente el pensamiento que a todos nos ronda la cabeza—. Nuestra sorpresa va en aumento cuando la vemos andar elegantemente hacia el solitario escritorio, colocar sus finas y cuidadas manos sobre él y, sutilmente, sentarse en la silla que se encuentra probablemente frente a su cámara, instantes en el que descubrimos su imagen. Su rostro, sublime, ocupa toda la pantalla dejándonos expectantes.

—Buenos días —dice con una voz suave—. Para los que no me conozcan mi

nombre es Ángela Thomson y soy la presidenta de “Holden Thomson Group”. —Mis ojos parecen agrandarse con la grata sorpresa—. El motivo de esta reunión, como bien saben todos ustedes, es acordar la organización y distribución del trabajo para la construcción de mi nuevo edificio. Por la importancia de los temas a tratar me hubiera gustado estar presente, pero dada la imposibilidad de hacerlo y ya que estaba todo preparado, no me ha parecido oportuno retrasarla. En unas horas espero estar en persona con ustedes. Así pues, empecemos, señor Smith por favor. —Le dirige una leve sonrisa.

Mi jefe toma la palabra, y después de una pequeña puesta en escena se mete de lleno con el proyecto. Empieza explicando las características principales sobre la estructura que nos encontraremos al llegar a la obra. Los ingenieros que lo rodean se ponen en pie y recorren la mesa repartiendo unos folders perfectamente encuadernados que, al abrirlos, se encuentran llenos de fórmulas matemáticas por las que he perdido totalmente el interés, ya que mis ojos siguen fijos escudriñando a la impresionante mujer que acaba de aparecer y que ha conseguido, en segundos, cautivarme. Su pelo, castaño oscuro, aparece elegantemente recogido y despejando su cara, en la que destacan sus preciosos ojos verdes. Intento fijar la vista para percibir mejor su color. Sus facciones son finas y simétricas. Sus labios carnosos y totalmente sensuales. Su traje, la pequeña parte que está a la vista, también llama mi atención al ajustarse perfectamente al contorno de sus pechos. Como diríamos en España: “una madurita interesante”.

Según pasan los minutos, intento olvidarme de su presencia y centrarme en temas que me atraen muchísimo, además, me parecen cada vez más interesantes, según aportan detalles nuevos. Participo activamente incorporando cierto toque innovador que pienso es lo que puede llamar la atención de la dueña. Durante el transcurso de la mañana, no puedo evitar la tentación de perder miradas hacia ella, que parece estar muy activa con su *iPad*.

Por segundos, se pierde el contacto y la imagen desaparece, finalizando brusca e inesperadamente la videoconferencia. Todos miramos hacia la pantalla esperando la recuperación de la señal, pero, de improviso, empieza a sonar el teléfono de mi jefe que detiene la reunión. Habla en tono bajo, casi imperceptible, e incluso se levanta y se dirige hacia un rincón de la sala buscando algo de privacidad. No habla mucho y, después de colgar, anda hacia su sitio. Antes de tomar nuevamente la palabra, parece respirar profundamente, y, como contrariado, habla recorriendo con su mirada las caras de cada uno de nosotros.

—La señora Thomson me acaba de informar que está aterrizando en Nueva York, por ese motivo finalizó la videoconferencia. Haremos un pequeño receso de una hora.

Nadie se mueve de sus sillas todavía, aunque todos estamos pensando en el reconfortante café de media mañana.

El señor Smith sigue hablando.

—Por deseo de la señora Thomson —hace una pausa y levanta la barbilla—, Peter tiene que acompañar a mi chófer al aeropuerto para recogerla.

Todos parecen buscar a Peter, hasta yo mismo muevo la cabeza en su busca. Pero nadie responde por ese nombre, cuando, mi jefe, nuevamente y en tono más alto vuelve a

nombrarlo.

—¡Peter Sanz! —grita—, por favor, quiere levantarse ¡ya!, y no demorar más el tiempo.

Me quedo totalmente petrificado... Peter Sanz soy yo.

El sobresalto de su voz nombrándome me hace dar un salto que me incorpora de la silla violentamente y, algo confundido, camino hacia él precipitado y seguido por los ojos de todos. Cuando llego a su altura, alargo mi brazo abriendo la palma de mi mano y tras chocar con la suya, la estrecho con fuerza.

—Señor Smith, soy Peter Sanz —digo con firmeza intentando ocultar mi asombro.

Ni me mira, gira la cabeza hacia la izquierda para hablar con su asistente que apareció en la sala después de colgar.

—Acompañe al señor Sanz a los aparcamientos y no se demoren mucho. La señora Thomson exige puntualidad —hace una pequeña pausa y me dirige una mirada de soslayo por encima de su hombro seguida de una pregunta—. ¿Conoce a la señora Thomson?

—No tengo ese gusto, señor Smith —eleva una de sus cejas extrañado tras mi respuesta. Aunque el más sorprendido con todo esto soy yo.

Ángela Thomson

La mañana se va complicando cuando el piloto me informa de que no pueden asignarnos pista para despegar por un incidente con un vuelo comercial, y me explica que la torre de control da prioridad a otros vuelos, no privados, antes que al nuestro. Parece mentira que después de meses preparando esta reunión tengamos que posponerla. Busco mi teléfono móvil, dentro del bolso que me acompaña para este viaje, lo desbloqueo y llamo a Robert de muy mal humor ante el imprevisto que ha surgido. Hace tiempo que no hablo con él. De hecho, hace mucho que no viajo a Nueva York. Atiende mi llamada rápidamente, tal vez, la estaba esperando. Nuestras primeras palabras parecen algo entrecortadas incluso emocionadas después de tanto tiempo sin contacto. Tras explicarle la situación, parece pensativo intentando buscar alguna solución, ya que a ninguno de los dos nos interesa retrasar la reunión y un aplazamiento significaría buscar de nuevo un hueco en nuestras agendas, de por sí saturadas de compromisos ineludibles, con el inconveniente de volver a juntar a un equipo de ingenieros que viaja por medio mundo y que, probablemente, mañana ni estén en la ciudad.

La gran idea surge tras un largo silencio entre los dos, y Robert, con convicción, propone realizar una videoconferencia. Su oficina cuenta con un equipo especializado, y yo, que aún estoy en tierra, tengo a los mejores asistentes trabajando a mi disposición y disponibles para cualquier eventualidad. Finalizada la llamada y en cuestión de minutos,

después de avisarlos, mi reducido avión se convierte en un mini estudio de grabación. Incluso, buscando liberar algo de espacio, personal de mi propia empresa, equipados con numerosas herramientas que cuelgan de un cinturón que reposa sobre sus caderas, desatornillan varios de los asientos y los hacen desaparecer rápidamente a través de la pequeña puerta que da acceso a la aeronave y por donde, con ayuda de una grúa, son desalojados. El tránsito de gente aumenta cuando aparece también un cámara, que extiende su trípode delante del pequeño escritorio con el que cuenta este moderno aparato. Todos parecen molestarse en el ínfimo espacio. Hasta me resulta graciosa la situación mientras espero sentada en mi sitio algo más tranquila, sabiendo que estaré desde el principio en una reunión tan importante, cuyo objetivo principal es dar el pistoletazo de salida a la construcción de mi nuevo edificio, el más alto de Nueva York.

Me encanta ver a mi equipo trabajando. Ante todo la profesionalidad de cada uno de ellos. Aquí se notan las aptitudes ante situaciones inesperadas y cómo hábilmente las solventan sin una mala cara, sin un reproche entre ellos, coordinados y respetuosos. Siempre he pensado que el éxito de una empresa no está en el jefe que los dirige, si no en la capacidad de los empleados en asumir sus propias responsabilidades.

Tras una estampida, me encuentro a solas junto con el cámara, que parece elegir el asiento más alejado de mí que encuentra. En ese mismo instante aparece el piloto, que recorre el estrecho pasillo hasta detenerse junto a mi sitio y, amablemente me informa que en unos minutos despegaremos. Vuelve hacia la cabina en el preciso instante en el que los motores empiezan su lento despertar, y nos movemos despacio por la pista. El ruido aumenta al coger impulso y, en el momento de máxima aceleración, se nota indudablemente que estamos volando.

Me desespera la impuntualidad, el retraso, lucho constantemente con esta manía que se ha convertido en obsesión y, como si fuera una droga, me cambia el carácter repentinamente, sintiendo oleadas de impaciencia por todo mi cuerpo. Así me siento, mientras continúo atada al asiento y contemplando como pasa la hora en la que debería haber empezado la reunión.

Un pitido tenue me hace mirar hacia arriba, al panel que se encuentra sobre mi cabeza, de donde acaba de desaparecer la luz que nos recomendaba seguir con los cinturones abrochados. En ese mismo instante, el cámara se precipita hacia su trípode y, sin dilación, me hace una señal con sus dedos mientras empieza una cuenta atrás.

—Tres, dos, uno, en el aire... —termina diciendo, sin darme tiempo a llegar.

Me acerco con precipitación hacia la pequeña mesa, abriéndome paso por el estrecho pasillo, cuando, de improviso, siento cómo el objetivo de la cámara roza mi muslo derecho. De inmediato, el cámara mueve la lente hacia abajo enfocando a otro lugar. El pequeño incidente me provoca una leve sonrisa al pensar que la primera imagen que habrán tenido de mí en Nueva York, ha sido mi muslo. Me aproximo hacia el escritorio, lo rodeo y, recobrando la seriedad en mis labios, apoyo ligeramente las manos en la mesa, sentándome finamente. A continuación, hablo dirigiéndome hacia la cámara:

—Buenos días —hago una pausa para intentar captar la atención de todos y me presento escueta cediéndole seguidamente la palabra a Robert.

La reunión la sigo a través de mi *iPad*, que recibe la señal de la *webcam* que han

instalado en su pantalla y que me da una panorámica completa de la sala. Increíblemente puedo hacer *zoom* sobre el objeto que me interese, apuntar a una u otra dirección, hasta escanear las acreditaciones de los presentes. Después de investigar las posibilidades de este aparato, intento prestar atención, aunque la estructura, que es el primer tema a tratar, no es mi fuerte, de hecho, no me causa ningún interés. Desinteresada, hago un recorrido por cada uno de los asistentes. Todos parecen muy concentrados y pasan las páginas del dossier que les acaban de entregar, todos... menos uno, que no quita ojo de la pantalla y que la atraviesa con su mirada. No doy mucha importancia a su actitud. Pienso que el tema de la estructura le resultará igual de tedioso que a mí. Realizo un acercamiento para investigar quién es, cuando, al fijar mejor la imagen, me quedo impresionada por su físico. Su pelo es moreno y está modernamente recortado, sus ojos son grandes y de color negro intenso, mandíbula ancha y el traje... de “Armani”, impecable.

—«*¡Menuda percha!*» —me digo mientras deo escapar un leve suspiro.

Para mí no pasa desapercibido alguien como él.

Intento no distraerme con tonterías banales, a la vez que la reunión se pone más interesante y empieza a despertar mi interés. La innovación y las ideas nuevas enseguida captan mi atención y, sorprendentemente, este hombre no para de aportar detalles valiosos que llaman poderosamente mi curiosidad. En cada conversación aparece con planteamientos novedosos y con la seguridad total en lo que expone. Decidida, escaneo el código QR que lleva en su acreditación para poder acceder a todos sus datos: nacionalidad, datos académicos, currículo..., y me quedo absorta leyendo sobre él, de hecho, pierdo el hilo de la reunión y ahora todo mi interés se centra en Peter... Peter Sanz.

De Repente, el *iPad* pierde la señal y la indicación de cobertura desaparece a la misma vez que las luces del interior del avión pierden intensidad, y escucho el nítido pitido que indica nos abrochemos nuevamente el cinturón de seguridad. El piloto, a través de los altavoces, nos comunica que estamos aproximándonos al aeropuerto. Por segundos recupero la señal y, sin arriesgarme a otra posible pérdida de cobertura en mi teléfono móvil, llamo apresurada a Robert para avisarle de mi llegada inminente. Intentamos coordinarnos con rapidez para que me recoja. Es todo un caballero y lo veo ilusionado con la idea de venir a buscarme en persona, pero un deseo irrefrenable por ver a ese hombre que me ha tenido fascinada durante toda la mañana, se apodera de mí. Y el hecho de ser una mujer totalmente liberada de compromisos y caracterizarme por hacer lo que me plazca, no me hace dudarle ni un solo segundo. Quiero que me recoja... Peter Sanz. Según lo pienso, lo digo súbitamente, cortando las intenciones de Robert que parece algo desilusionado al escucharme. Hasta se le nota un cambio en su tono de voz y un carraspeo de contrariedad. La conexión se termina cortando, poniendo fin a la llamada.

Me abrocho pensativa el cinturón de seguridad, a la vez que mis labios dibujan una leve sonrisa altanera de pensar que Nueva York promete algo de emoción. Encontrarme con un hombre de físico envidiable, es lo único que es capaz de llamar mi atención por ellos, lo único aprovechable que encuentro en los hombres en este periodo de mi vida.

Peter Sanz

La limusina accede directamente a las pistas del aeropuerto, después de que el chófer se acreditara ante un control de seguridad. Tras realizar multitud de comprobaciones nos autorizan el paso. Miro atento el trasiego de vehículos tras la nueva perspectiva que me ofrece contemplar un aeropuerto por dentro, en zonas desconocidas, por donde nunca había estado antes. Sigo con la mirada a uno de esos vehículos, extraños, cargados de maletas mientras se dirige hacia un avión cercano que mantiene abierta su bodega de carga y cuyos operarios parecen estar esperándolo. Nos cruzamos con otros, menos aparatosos, uno de ellos traslada a técnicos equipados con opacas gafas de trabajo y pesados auriculares que reposan sobre sus cuellos, y que, imagino, irán en busca de algún avión que necesite una última comprobación antes de su vuelo. Seguimos progresando esquivando obstáculos mientras mi cabeza, pensativa, continúa repasando los posibles motivos por los que estoy aquí. Aunque no encuentro ninguno consistente ante lo evidente..., que he llamado de alguna manera la atención de mi nueva jefa.

Nos detenemos justo a pie de una pista en el preciso instante que a lo lejos se divisa un pequeño e impresionante Jet privado acercándose hacia nosotros. No puedo evitar sentir un sudor frío que impregna mi cuerpo y cómo la corbata se ha convertido en una soga que intenta ahogarme.

El avión termina parándose prácticamente encima de nosotros y, sin detener aún sus turbinas, se abre el portón desplegando una pequeña y estrecha escalerilla metálica. Apresurado me bajo del coche y me aproximo a ella. Espero, angustiado, a que aparezca la señora Thomson. Mientras, William, el chófer que me trajo hasta aquí, también se prepara abriendo la puerta trasera de la limusina. No quito ojo de la pequeñísima puerta. Su cabeza asoma brevemente. Parece hablar con alguien y, como un misil impulsado por un cañón aparece repentinamente agarrándose con firmeza a la única y fina barandilla de la empinada y endeble escalera, y, ágilmente la desciende. A duras penas puedo mantener el tipo al verla aparecer y mis piernas son invadidas por un temblor que intento disimular.

—Señora Thomson. Peter Sanz —logro articular mientras extendiendo la mano.

—Señor Sanz —me contesta escuetamente estrechándomela.

Sin dilación y con prisas, se dirige al coche y prácticamente se tira en su interior. Quedo estancado. El chófer me da un pequeño empujón que desentumece mis piernas y me hace dar unos pasos cortos que me acercan a la puerta. Me dejo caer en el interior sentándome a su lado. Todo esto me está resultando surrealista. Un cúmulo de situaciones inesperadas que me tienen casi paralizado. En condiciones normales me considero un hombre extrovertido, pero en estas circunstancias no he sido capaz ni de pronunciar una sola palabra más.

Mientras el coche sale del aeropuerto y enfila el camino de regreso, mantengo la vista fija en la carretera, ni me muevo tras sentir esa presión atmosférica que se nota cuando alguien te está mirando. En efecto, tras girar la cabeza hacia ella, me topo con sus impresionantes ojos verdes clavados sobre mí. Ante esta situación, mis ojos acotados por su penetrante mirada, mi boca oprimida por la tensión balbucea débilmente una pregunta:

—¿Qué tal su vuelo? —Mi voz, parece otra, presionada y atrofiada por las circunstancias, parezco un idiota acongojado.

Se hace un silencio cortante hasta que decide contestar.

—Señor Sanz, ¡me gusta! —dice frescamente, mientras sus manos se precipitan hacia el interior del gran bolso que reposa sobre sus piernas y, continúa hablando—. Quiero que forme parte de mi equipo personal de trabajo. Su intervención ha sido magnífica y me hizo reflexionar sobre lo que realmente quiero para esta construcción. En cuanto lleguemos, daré las órdenes necesarias a su jefe de departamento para que desde hoy, sea mi asesor personal en el proyecto. —Corta rudamente su conversación y, sin más, baja los ojos hacia la carpeta que sacó y que ahora parece captar toda su atención.

Tras sus tajantes palabras, mis piernas no pueden ocultar durante más tiempo el temblor, y un sudor frío vuelve a recorrer mi frente. El silencio nos acompaña mientras recorremos las grandes autopistas de circunvalación, muy concurridas a estas horas.

Reacciono, cuando diviso al fondo el altísimo edificio de mi oficina y, termino de espabilarme, cuando bruscamente el chófer frena delante de la puerta. Lo primero que hago es sacar del bolsillo interior de la chaqueta mi acreditación y dejarla colgando. Bajo del coche esperando a que William abra su puerta y, una vez sale, como un guardaespaldas, la sigo por detrás acompañando sus pasos. Dentro del edificio un grupo de personas que parecen estar esperándola, la rodean y saludan estrechando su mano. La señora Thomson, cortés, pero distante, responde al saludo aunque sigue andando con firmeza y sin detenerse. Haciéndose hueco entre ellos se coloca delante de la puerta metálica de uno de los ascensores. Subimos todos juntos, algo apretados, mientras ella mantiene un espacio alrededor suyo que nadie es capaz de invadir. Después del leve aviso sonoro característico de la llegada, las puertas se abren en la planta veinticinco. Mi jefe viene hacia nosotros y acelera su paso para, por sorpresa, lanzarse sobre ella. Su efusivo abrazo extraña a todos los presentes, mientras la señora Thomson parece intentar zafarse de sus garras, algo molesta. No parece corresponder a tal recibimiento. Una vez liberada, se vuelve violentamente hacia el grupo, que aún permanecemos dentro del ascensor, y me busca con sus ojos. Lo siguiente me deja atónito ante la mirada cortante de mi jefe.

—Lo quiero a mi lado —brama autoritaria.

Tras su orden, me dejan paso. Ando hacia ella y, al llegar hasta su posición, mi mano roza involuntariamente con sus dedos, instante en el que soy recorrido por una descarga eléctrica que me hace moverla y apartarla veloz de su lado; gesto que realizo apresurado debido a la indudable arrogancia de esta mujer que me incomoda.

Recorremos el camino hacia la sala en comitiva, y yo, por delante de todos ellos, emocionado, extrañado y digiriendo mi nuevo cargo, el cual acepto encantado e incluso pienso puede ser la gran oportunidad de mi vida, ese salto que andamos buscando todos los que venimos a este continente y que no a muchos les llega.

Mis compañeros, respetuosos, se levantan al verla entrar, y la señora Thomson les corresponde alzando su mano levemente. Una vez colocados en nuestros sitios y apresurados por el tiempo, reanudamos la reunión por donde la habíamos dejado. El señor Smith toma la palabra.

—Finalizado el punto cuarto —bajo mi cabeza para mirar hacia el dossier— entraremos a debatir el diseño del ambiente, el espacio, todo lo relacionado con el interior del edificio. Les recuerdo que mañana recibirán la parte del proyecto que se les ha asignado —aclara, mientras cede la palabra a uno de los arquitectos que alzó su mano interesado en empezar la exposición.

Retengo mis impulsos de opinar el primero, y dejo a otros compañeros que lo hagan, aunque, fríamente, la señora Thomson después de varias intervenciones, interrumpe la exposición de uno de ellos y sin el menor pudor, clavando sus ojos sobre los míos, me realiza una escueta pregunta.

—¡Peter! ¿Qué opina usted? —espeta cortante.

En ese instante, vuelvo a ser observado por todos, que levantan sus cabezas de las hojas y las dirigen nuevamente hacia mí. No me preocupa en absoluto hablar sobre temas que domino, y más sobre la distribución interior del edificio, que me apasiona, pero me invade cierto nerviosismo por el interés que parezco estar causando.

Tímidamente y entrecortado por la brusca interrupción del compañero, empiezo mi exposición y, como parece ser la más interesada, me vuelvo hacia ella que se encuentra en uno de los extremos de la mesa junto a mi jefe, y le hablo directamente con la convicción de ser un experto sobre la materia, además, lo estudio a diario. Me paso horas y horas examinando la estética interior de otros edificios, a veces me introduzco a escondidas en ellos sólo por contemplarlos, recorro sus pasillos simétricos o asimétricos, la distribución de sus plantas, la colocación de las escaleras... cogiendo ideas sobre la funcionalidad y la organización del espacio.

Mi exposición se alarga, pero ella es la culpable. Cuando hago un amago por concluir, debate experta mis palabras, dando un enfoque similar o aportando nuevos detalles. En el fragor de nuestra conversación, aislados del resto, parecemos mantener un monólogo reaccionando a partir de lo que dice el otro.

El señor Smith, que ha estado callado durante horas aparentemente molesto, por fin nos interrumpe, y algo cortante y de improviso da por finalizada la reunión, citándonos para mañana a las nueve de la mañana directamente en la obra. A la señora Thomson no parece que le haya hecho ninguna gracia la decisión, por el gesto de contrariedad que se refleja en su rostro, aunque parece respetarla. Todos nos vamos incorporando mientras ella permanece sentada. En cuestión de segundos se despeja la sala quedando únicamente la señora Thomson, el señor Smith y yo; obligado a ello por mi inesperado y nuevo cargo. El silencio nos envuelve cuando decido marcharme.

—Señora Thomson, señor Smith —cortésmente inclino levemente mi cabeza y me despido—, hasta mañana.

Me doy la vuelta dándoles la espalda y los dejo a solas. Con prisas ando hacia la puerta. Tengo hambre...

—¡Señor Sanz! Espéreme fuera —escucho decir a la señora Thomson justo antes de abandonar la sala.

Cierro las puertas —otra vez intrigado por su interés—, y permanezco apoyado sobre la pared contigua a la salida. Aunque la espera se hace más corta de lo que intuía, al

aparecer una tranquila y solitaria señora Thomson que atraviesa pausadamente la puerta dejando al señor Smith totalmente solo. Su semblante parece sereno, sin sus prisas habituales y, tras mirarme, me habla.

—¡Nos vamos! —ordena—. Acompáñame, te invito a cenar —habla tuteándome—. ¡Estoy hambrienta...!

Perplejo y sobresaltado por su invitación, me intereso por mi jefe, que aún permanece en el interior.

—¿Esperamos al señor Smith? —pregunto en tono extrañado.

—No te preocupes por Robert. Tenemos mucho de qué hablar tú y yo —contesta cortante.

Trago saliva, mientras mi mente desbocada por los pensamientos que se agolpan en ella, empieza a notar indicios suficientes como para sospechar que no sólo le han atraído mis novedosas ideas, al parecer, el traje de Armani está empezando a hacer el efecto deseado, el desenlace que busca cualquier hombre ante una mujer de la magnitud física e intelectual de la señora Thomson.

Espero no equivocarme y no padecer la distorsión neuronal que sentimos al advertir el potencial de tener en nuestras manos la capacidad de seducir a una mujer así. Ideas que nos colapsan y que nos ciegan pensando en cómo poder culminar la noche de la mejor forma posible.

Ángela Thomson

Una vez tocamos el suelo de Nueva York, se nota una disminución en la velocidad y como progresamos por el asfalto. Serpenteamos por innumerables pistas hasta dirigirnos hacia la que nos lleva directos al hangar que, imagino, nos asignó la torre de control, y en donde quedará estacionada la aeronave durante los dos días que concreté en mi agenda para este viaje.

Tras detenernos, y aún sin comunicarlo, me desabrocho el cinturón y avanzo impaciente hacia la cabina del avión en el preciso instante que se abre la diminuta puerta y se despliega la endeble escalerilla. Paso de largo despidiéndome de forma escueta de mi tripulación y rápidamente busco la salida precipitándome hacia el exterior. Desesperada por el retraso, saludo escuetamente a Peter que me espera cortés bajo el avión. Nuestro primer encuentro es un seco y breve estrechón de manos mientras me introduzco con prisas en la parte de atrás del coche. A continuación, entra y se sienta a mi lado. Sin evitarlo, mis ojos se quedan clavados sobre su varonil rostro. Le recorro con mi vista mientras él, fija su mirada al frente, hacia la carretera. En persona es mucho más atractivo, sus orejas son pequeñas, sus cejas anchas y pobladas, sus labios finos pero bien dibujados en su rostro y, ese pequeño hoyuelo señalado sobre la mejilla, le da un toque muy gracioso a su cara. Recreada por mi visión, soy interceptada por sus intensos ojos... negros, al girar bruscamente hacia el lado en el que voy sentada. Ni me inmuto, al revés, juego con sus nervios a la espera de que vuelva de su evidente letargo. Se lanza, por fin, a preguntarme por el viaje, frase que me cuesta alcanzar a oír porque su voz parece angustiada y comprimida. Me está resultando de lo más cómica la situación al ver a un hombre como él, atractivo, inteligente y talentoso, abrumado por la presencia de una mujer como yo. Lo siguiente me sale sin pensar. Es tal el impacto que me ha causado que soy capaz, en segundos, de desmontar el trabajo de meses de organización, y de un impulso desmesurado lo nombro mi asesor personal en el proyecto. En ese preciso instante percibo un leve temblor en sus piernas al que le siguen pequeñas gotas de sudor que brotan por su frente. Decido bajar mi vista, para aliviarlo de cierta presión y, excusándome en la documentación, que saqué de mi bolso durante la conversación, la hojeo desviando mi atención a la vez que intento centrar mi cabeza que anda demasiado excitada con todo esto.

Durante el viaje parezco ir olvidándome de Peter, mientras realizo anotaciones sobre el dossier, innovaciones que quiero incorporar al grupo nada más llegar. Medidas que adoptaré con urgencia, ya que me parece fundamental la integración de mujeres a este proyecto. Son interesantes, y conozco muy bien cómo trabajan. Entre ellas siempre hay rivalidad. Todas quieren destacar por encima de las demás, pero en un grupo mixto son excepcionales y siempre se fijan en detalles que para ellos pasan desapercibidos; su percepción, eso me gusta de ellas.

La limusina frena bruscamente delante de la gran cristalera que forma la entrada adornada por un cartel brillante color oro, algo exuberante para mi gusto, en el que se lee: "*The Smith Engineers*". Tras bajar del coche y acceder al edificio, soy rodeada y saludada por todos los miembros del comité directivo de la empresa. Me hago paso entre ellos prestándoles poca atención. Momento en el que me invade una bocanada de adrenalina: la tensión, el poder, la ambición, ese hombre... me provocan un estado de superioridad

sublime.

Subimos a uno de los ascensores, algo apretados, en busca de la planta donde se está celebrando la reunión. Al llegar y abrirse las puertas, Robert acelera sus pasos e impulsivamente me rodea con sus brazos delante de las miradas asombradas de todos. Algo incomoda, por su efusivo recibimiento, me zafo de sus manos como puedo, y me giro hacia el grupo que permanece en el ascensor en busca de Peter. Inquisitiva le hago saber que lo quiero a mi lado. Me sienta bien tenerlo cerca, e indirectamente me aseguro de que Robert quede alejado de mí por unas horas. Andamos al mismo ritmo por el largo pasillo, hasta introducirnos en la sala. Todos amablemente me saludan. Escueta correspondo el recibimiento alzando levemente mi mano, y sin demora ocupo el asiento que me tienen reservado junto a Robert. Me incomoda ver a Peter alejarse y caminar hacia el suyo.

El siguiente tema a tratar “la distribución interior”, es un tema fundamental dentro de la organización de un edificio y creo que puede marcar la diferencia entre una torre funcional y otra compleja. Medidas de evacuación, vigilancia en el complejo... todo confluye en una buena distribución entre los pasillos, escaleras... Un gran interés me invade por conocer las opiniones de los expertos.

Después de varias intervenciones poco novedosas, espero con ansiedad la de Peter, que parece estar aguantando sus ganas. Tal vez su silencio ha sido provocado por el interés desmesurado que he demostrado por él, y ahora puede tenerlo cohibido. «*Soy la dueña, y como tal, elijo yo lo que quiero escuchar*» —me digo mientras uno de los arquitectos sigue hablando y hablando... sin ver indicios de que vaya a finalizar pronto su sosa exposición—. Entonces, tuerzo mi cabeza hacia Peter, e impaciente por escucharlo le hablo.

—¡Peter! ¿Qué opina usted? —le pregunto, cortando bruscamente la explicación y cediéndole la palabra a él.

Entrecortado me mira y, con la habilidad que tienen los genios va calentando motores desarrollando su explicación mesuradamente, mientras la pasión no puede ocultarla tras cada frase que dice... cómo expone, cómo interpreta, cómo danzan sus manos expresando tamaño, recorrido, hasta ese pequeño hoyuelo en su mejilla adquiere mayor profundidad al finalizar cada oración con una sonrisa. Arma en segundos una especie de soliloquio que me engancha profundamente. Le miro..., le provoco para que continúe, para que siga, que no termine..., hasta que..., un brusco Robert que parece estar incómodo, corta su exposición y concluye la reunión sin más, convocándonos para mañana en la obra. Me siento molesta, incluso no puedo evitar arrugar mi frente y apretar mi boca, pero prudente, quedo en silencio mientras todos parecen abandonar la sala acelerados.

Peter se despide y emprende el camino hacia la salida dejándome con la única compañía de Robert. Miro cómo recorre la sala y, cada uno de sus pasos va acrecentando mi incomodidad al quedarme a solas con mi ex amante, un hombre al que me costó trabajo olvidar y con el que me duele hasta compartir estos breves instantes, además de sentir pavor sólo de pensar en volver a ser fácilmente atrapada por él. Calculadora y aún sentada, antes de perderle de vista le chillo:

—¡Señor Sanz! Espéreme fuera. —Es la única salida rápida que encuentro.

Peter Sanz

De camino a su hotel, que es a donde me lleva para cenar tras su inesperada invitación, la tensión que he sentido durante todo el día va desapareciendo. Ángela, que es como quiere que la llame, también parece estar relajada e incluso diría que descansa del rol de jefa insolente que ha exhibido desde que la conocí esta mañana. Hablamos distendidos de mi vida, sobre todo de mi vida personal en Nueva York. Siente un especial interés y su curiosidad desproporcionada deja entrever cada vez más sus verdaderas y oscuras intenciones. Parezo un pavo adolescente excitado ante la oportunidad de acostarse con la directora de su instituto.

Dejamos atrás Central Park y recorremos la Avenida Madison hasta dar un último giro hacia la derecha aproximándonos al majestuoso Hilton, que aparece al fondo. El chófer detiene el coche bajo el emblema del hotel, una “H” mayúscula rodeada por una especie de garabato que bien pudiera ser una firma. Rápidamente uno de los botones que hace guardia en la entrada, se abalanza hacia mi puerta, que es la más cercana a la acera, y la abre suavemente mientras estira una de sus manos, que vestida elegantemente con un guante de color blanco nos invita a salir.

Nunca había entrado en él, siempre lo contemplé desde fuera. En cuanto pisé por primera vez Nueva York al ser contratado por la empresa del señor Smith, recorrí todas las zonas emblemáticas de esta ciudad, y por supuesto, llegué hasta aquí. Recuerdo visitarlo en varias ocasiones. Por el día su fachada de cristal reluce, casi ciega al mirarla fijamente. Y por la noche, brilla bajo la luz de la luna —cuando la contaminación no la vuelve gris—. Parece reflejar todo lo que acontece a su alrededor.

Accedemos al unísono por una de esas grandes puertas giratorias al vestíbulo. Al entrar, me sorprende, como el suelo recién pulido brilla bajo mis pies como si tuviese luz propia. El hall, de un color salmón claro, está rodeado por bellas columnas con formas cilíndricas del mismo color y estratégicamente colocadas alrededor de una abstracta escultura: mitad ave, mitad mujer. Y al final del amplio recibidor se encuentra la inmensa recepción de madera de pino que es atendida hábilmente por varios empleados, que parecen complacer velozmente a los pocos clientes que aguardan delante de ella.

Ángela adelanta el paso y me guía por infinidad de impresionantes pasillos señoriales. Me fijo en la dorada estancia por la que caminamos, llena de piezas de colección: candelabros con velas alargadas, pies de lámparas antiguas, apliques del mismo color engalanando sus paredes... Andamos hasta toparnos con unas puertas custodiadas por esbeltos y espigados botones que las abren a nuestro paso. Ante mis ojos, aparece el salón más impresionante en el que he cenado nunca. Parece un teatro reconvertido en un elegante restaurante adornado por infinidad de detalles. Recorro con mi vista las bellas y singulares lámparas de cristal colgando de sus altos techos. Examino las mesas perfectamente preparadas y vestidas en tonos violetas haciendo juego con la magnífica estancia, y todas ellas colocadas alrededor de un gran piano de cola que toca un músico, vestido de chaqué, que ameniza el ambiente con una suave melodía. El tono de la música es el adecuado para relajar a sus clientes mientras hablan distendidos con sus acompañantes.

Nos guían hasta nuestra mesa atentos camareros que nos escoltan y retiran nuestras

sillas a la vez que las arriman a ella según nos sentamos. Se quedan detrás de nosotros, imagino que esperando a que seleccionemos la cena de las cartas que reposan al lado de nuestros platos. Extiendo la carta en mis manos y la abro con la intención de sorprenderla con mi exquisita elección. Leo contrariado que esta noche sirven exclusivamente comida francesa. Como un idiota me quedo contemplando el menú de, imagino, exquisitos platos variados sin ni siquiera saber lo que pone. Creo que mi cara, arrugada y con gesto de ignorante, llama su atención, ya que ella misma se ofrece a elegir la cena, y por supuesto acepto encantado la iniciativa. Uno de los camareros, de cuyo antebrazo cuelga un lito blanco con el emblema del hotel bordado con hilo de color dorado, inclina el cuerpo para escuchar sus palabras y, con una exquisita pronunciación francesa, le dicta el menú.

—Por favor —se dirige educadamente—, pónganos “confit de canard” —hace una pausa y me pregunta—. ¿Te gusta el pato, Peter?

—¡Sí, claro! —digo rotundo recordando la boda de mi primo Sergio en el que lo comí por primera vez.

—Y una “salade française“. Para beber... pónganos una botella de “Rioja”. —Tras su elección me lanza una mirada por encima de la carta regalándome una sonrisa.

Es un gran detalle por su parte, el de elegir un famoso vino español que me encantará probar en la lejanía de mi país.

Agradecido, igualmente le devuelvo el gesto sonriéndole por encima de mi carta. Quedo embobado al contemplar nuevamente cómo mantiene la expresión de sus preciosos labios entreabiertos y, siento un cosquilleo angustioso en el estómago, cuando levanta y fija sus impresionantes ojos color esmeralda en los míos.

Entablamos una conversación sobre la escasa gastronomía americana, cuando somos interrumpidos por un único camarero que empuja un pequeño carrito con una cubetera y se detiene ante nuestra mesa. A continuación, el sumiller sirve elegantemente el vino, que descorcha profesionalmente delante de nosotros y, armoniosamente con su brazo derecho y sin apoyar el cuello de la botella, echa una pequeña cantidad en su copa. Ella, con un gesto de entendida, lo airea y lo cata. Y seguidamente afirma con la cabeza dando su beneplácito. Nos llena las copas.

Aparece otro camarero tirando de otro carrito, algo más grande, cargando con la cena que aparece servida en una cubertería de plata. Él mismo la va depositando sobre nuestra mesa.

El vino exquisito, la comida deliciosa, la compañía excepcional, creo estar disfrutando más que nunca en toda mi vida, y ella parece tan relajada que fácilmente reimos a la vez al contarme sus anécdotas de los muchos viajes que realiza por medio mundo, e incluso, sincero, y contagiado por la situación, me atrevo a relatarle lo que sentí esta mañana cuando el señor Smith me llamó para que fuera a recogerla al aeropuerto. Sospechosamente, mientras hablamos, no hace más que llenar mi copa de vino. Bebo una tras otra hasta perder la cuenta de cuantas voy tomando.

Durante esta maravillosa velada no deja de atender su *iPad*, e incluso lo deja sobre la mesa mientras pasa sus dedos sensualmente por la pantalla. Es increíble cómo me siento atraído por todos sus movimientos y, cada uno de ellos enloquecen mis pensamientos.

Hasta el simple gesto del deslizamiento para desbloquearlo, su dedo índice haciendo el recorrido de izquierda a derecha suavemente, me extasía al imaginar ese mismo recorrido sobre mis labios. Súbitamente, finaliza la conversación que estábamos teniendo y, cambiando radicalmente de tema, empieza una especie de interrogatorio que apaga mis expectativas para esta noche.

—Bueno Peter... cuéntame qué hace un español en Nueva York —dejo de beber e intento complacer su curiosidad.

—Ángela, las posibilidades de un arquitecto en mi país, en esta época, son nulas. Me embarqué en infinidad de proyectos fallidos cuyas construcciones quedaron a medias. Unas veces paralizadas por subvenciones mal concedidas, otras, por falta de presupuesto, por lo que me vi obligado a buscar oportunidades en otros países y entre todos ellos surgió esta, en Nueva York.

Toda la conversación en estos últimos minutos se centra en mi experiencia laboral. Parece que sus intenciones han pasado a un segundo plano y algo decepcionado contesto a todas sus preguntas, hasta mi voz suena entristecida tras este nuevo rumbo que ha dado la noche.

Nuevamente, le invade esa sensación acelerada que suele tener y, con sus prisas características me habla.

—Saca tu móvil. Organicemos la agenda de mañana —me indica algo cortante.

Busco mi *iPhone*, tocando todos mis bolsillos y me doy cuenta que no lo llevo encima.

—Lo siento Ángela, lo dejé en mi apartamento esta mañana —me mira incrédula—, ahora mismo vuelvo... iré a buscar algo para tomar nota.

Al levantarme, mis piernas parecen flojear inusualmente, y algo torpe tropiezo con una de las patas de la silla que se puso en mi camino.

—¡Peter, déjalo! Subamos a mi habitación —hace una pausa tentadora—, te quiero regalar algo. —Dice sugerente mientras se muerde el labio inferior.

Extasiado por su proposición, no puedo dejar de pensar en que esta noche se va a convertir en la mejor de toda mi vida, sin ninguna duda.

Nos levantamos y la sigo de cerca hasta llegar al ascensor. Nublado por mi excitación, ni me fijo en los detalles del flamante habitáculo en el que nos introducimos, sólo soy capaz de seguir el movimiento de sus curvas bajo su falda ajustada y, siento cómo me enciende cada uno de sus pasos acompañados por sensuales contorneos de cadera. Algo mareado me dejo caer sobre una de las paredes apoyando el hombro, y de un movimiento lento aflojo mi corbata y me coloco seductoramente el pelo. Ella no me quita ojo, igual que lo lleva haciendo desde que nos conocimos, e incluso descarada, recorre mi cuerpo de arriba abajo. Un fino pitido anuncia la llegada al ático. Se abren las puertas que nos dan acceso al amplio salón de la impresionante suite donde se aloja. Hago un pequeño recorrido por la estancia alrededor de la amplia cristalera que nos rodea y cuyas vistas sobre Manhattan son impresionantes. La noche en Nueva York es el paisaje más impresionante que he visto nunca, apreciándose desde aquí, en la lejanía, todos los edificios emblemáticos

que destacan iluminados por encima de los demás en esta noche oscura. Tras girar mi cabeza, me encuentro solo. Ella parece haber desaparecido, e imagino que se estará preparando para el gran regalo de esta noche. «*Tal vez quiera deleitarme con un sugerente camión de charol negro de finos tirantes y espalda al descubierto, subida sobre unos altos zapatos de tacón color rojo pasión*» —cavilo, mientras visualizo perfectamente la imagen en mi cabeza—. Repentinamente, y cortando mi erótico pensamiento, aparece nuevamente en el salón, aún vestida, y, haciéndome un gesto con su dedo índice vuelve a desaparecer por el largo pasillo. Claramente quiere que la siga. Envalentonado por la presión que sienten mis pantalones, decido desprenderme de ellos, hasta me despojo hábilmente de mi ropa interior y la zarandeo tirándola sobre el sofá. Desnudo, voy en su busca. El largo pasillo se extiende hasta finalizar en una inmensa habitación en donde la encuentro inclinada y rebuscando algo en el interior de una pequeña maleta. Expectante, apoyo el brazo en el marco de la puerta buscando conseguir el mejor gesto conquistador posible, apretando mi cuerpo para marcar, a propósito, mi definida y cultivada musculatura de gimnasio nocturno. Cuando, por fin, tuerce su cabeza hacia mí, captando toda su atención. No puede dejar de mirarme mientras se incorpora y se sienta dejándose caer a plomo encima de su inmensa cama, donde permanece inerte y en la misma posición. Con pasos cortos, me voy aproximando sensualmente hacia ella, que es lo que claramente me hace intuir. Según me acerco, su mano, que se encontraba situada detrás de su espalda, aparece súbitamente sujetando un pequeño paquete que se interpone entre su cuerpo y el mío desnudo. Alarga su brazo y me lo entrega frenando mi avance. Pasmado, lo agarro con ambas manos.

—Señor Sanz, tome este *iPad* y, anote que mañana a las nueve lo espero en la puerta de la obra. Le iba a comentar algunos asuntos que quería tratar en nuestra primera reunión, pero..., he cambiado de opinión. Es tarde y se tiene que marchar.

Violentemente y tras sus esclarecedoras palabras, me cubro con él.

—Lo... lo siento mucho, yo... yo... creí... yo... lo siento —apenas puedo articular palabra. —Por supuesto... mañana...

Doy media vuelta y corro por el largo pasillo deteniéndome en el salón, donde recojo toda mi ropa que quedó esparcida por la alfombra, en el sofá, hasta encima de una pequeña lámpara localizo uno de mis calcetines. Y con mi espléndido traje de Armani amontonado sobre mis brazos me precipito hacia el ascensor, que aún se encuentra con las puertas abiertas. Medio desnudo marchó de aquel lugar martirizado por el eco de las carcajadas de mi jefa retumbando dentro de mi cabeza y martilleando el interior de mis tímpanos.

Ésta noche, como intuí, será difícil de olvidar.

Ángela Thomson

Cierra la puerta y me quedo a solas con Robert. Me quema su presencia y como imaginé, se acerca peligrosamente hacia mi lado hasta rozarme levemente con su cuerpo. Me levanto violentamente, cortando sus intenciones, y ando hacia la salida en silencio, sin nada más que decir.

—¡Ángela!, cenemos juntos, hablemos... hace mucho que te echo de menos — concluye en tono desesperado.

—Lo siento. No es el momento, además, tengo que discutir unos detalles con mi nuevo asesor y quiero hacerlo antes de la reunión de mañana — corto tajante.

Mis palabras frenan sus intenciones y mientras me encamino hacia la salida no vuelvo a escucharlo más. Queda callado mientras abandono la sala. Salgo de allí, calmada, tranquila y orgullosa de haber podido evitarle sin grandes esfuerzos. Al atravesar la puerta me noto cansada y hambrienta, y, al encontrarme con Peter esperándome recostado sobre la pared... me... apetece cenar con él. Decidida lo invito —«¿Por qué no?»—, estoy deseando conocer a la persona con la que voy a compartir muchas horas de estudio y en la que tengo que depositar toda mi confianza.

Camino hacia mi hotel, donde será más cómodo cenar y así tener a mano mi apartamento, Peter parece más relajado aun teniéndome cerca, incluso se divierte con mi conversación y se sincera contándome historias sobre su corta estancia en Nueva York. Son tan frescas sus palabras y tan extrovertidas, que sin provocarlo, me lo cuenta con gran naturalidad, como si fuéramos dos buenos amigos. Le presto tanta atención, que ni me doy cuenta de que hemos llegado e incluso quedo sorprendida de cómo pasó el tiempo con tan amena conversación que, pensándolo bien, ya iba necesitando: instantes sin arquitectura de por medio, sin aburridas conversaciones de negocios.

William, que me acompañó durante todo el día y que imagino también estará agotado, frena el coche delante de la entrada del hotel concluyendo por hoy sus servicios. Al detenerse, uno de los botones nos abre la puerta y nos invita cortésmente a salir. Atravesamos la entrada, girando al unísono por la amplia puerta giratoria que da acceso al hall. Veo como Peter mira todo con intensidad, su mente creativa estudia cada rincón, cada detalle... Despacio, dándole tiempo, marchó hacia el restaurante adentrándome, a propósito, por pasillos fascinantes mostrándole la belleza exuberante de este lugar, como a mí me gustaría que hicieran en una situación similar. Al fondo, aparecen las enormes y elegantes puertas blancas acotadas por empleados que las abren al vernos aparecer. Nos introducimos guiados por dos camareros, y nos sentamos en una de las mesas cercanas al magnífico pianista que ameniza las cenas habitualmente; precisamente toca una preciosa melodía del estupendo compositor “Claude Debussy”. Tras sentarnos, examino el menú que esta noche nos deleita con exquisiteces francesas, mientras contemplo como Peter zarandea la carta de un lado a otro sin saber qué escoger. Aunque, no dice nada, creo que no está acostumbrado a este tipo de comida, por lo que le propongo elegir yo misma la cena. Algo aliviado, responde afirmativamente a mi sugerencia, no obstante, y desconociendo sus gustos culinarios, le pregunto si le gusta el pato... a mí me chifla la textura suave y jugosa

de esta carne. Una vez escogidos los platos, selecciono la bebida. Y como buen español, imagino, que le gustará probar un vino de su país. Aprovechando la coyuntura, recuerdo haber probado en alguna ocasión un Rioja de gran calidad, por lo que no dudo en pedir una botella. Seguidamente contemplo la expresión de su cara tras realizar el pedido. Responde con una sonrisa que muestra sus perfectos dientes blancos enmarcados por esos finos y exóticos labios, que harán estragos entre las féminas neoyorkinas.

Nos sirven el vino profesionalmente, y, tras una pequeña pausa provocada por el ceremonial de la cata, emprendemos de nuevo una larga y extensa conversación en la que participo de forma sincera y cercana. Continúa nuestra velada, mientras él vacía su copa en varias ocasiones y, atenta, se la voy llenando hasta que, por su forma de beber, diría que compulsiva, acaba con la botella. Apura hasta la última gota, y su mano algo torpe, al dejar sobre la mesa la copa que sujeta, presiona el tenedor que como un balancín sale despedido y cae al suelo. Rápidamente el encargado de atendernos lo reemplaza, depositando otro al lado de su plato. Algo preocupada por su estado, que pudiera afectar a la reunión que tenemos mañana a primera hora y en la que me interesa luzca como lo ha hecho hoy —buscando conseguir la total aprobación de Robert a mí decisión—, pongo fin a la cena.

—Saca tu agenda. Organicemos el día de mañana —le indico apresurada y con la intención de acabar con esto cuanto antes.

Tras mis palabras, busca su móvil y palpa todos sus bolsillos.

—Lo siento Ángela, lo dejé en mi apartamento esta mañana. —Me parece increíble este olvido, cuando para mí es fundamental estar conectada e informada continuamente—. Ahora mismo vuelvo... iré a buscar algo para tomar nota.

«*Mejor que no se mueva*», pienso, cuando al levantarse tropieza con su silla que a su vez golpea contra la mesa volcando la ya vacía botella de Rioja.

—¡Peter, déjalo! Subamos a mi habitación —«*mejor será que repose antes de irse. Aprovecharé para regalarle un iPad que siempre llevo de repuesto*»—, te quiero regalar algo. —«*Espero que se pueda levantar*», pienso divertida al verlo tan afectado.

Me dirijo hacia el ascensor, que se encuentra al fondo de la sala y cuyas puertas están abiertas. Subo y espero a que llegue, ya que anda por detrás de mí algo más pausado. Una vez dentro, rebusco la llave en mi bolso y, localizada, la introduzco en el panel dándole una vuelta completa dentro de la pequeña cerradura, movimiento que activa el ascenso cerrando las puertas. Empezamos a elevarnos hacia la última planta. El corto ascenso resulta muy divertido, Peter, que recuesta su cuerpo buscando un apoyo para mantener el equilibrio, parece demasiado atrevido al mirarme fijamente (con esos ojos característicos, entrecerrados y de mirada perdida de aquellos que se han pasado con la bebida) y algo descarado, agita su pelo cómo... buscando, creo yo... seducirme. Cosa que encuentro difícil de conseguir, y más con su atontado estado.

Accedemos directamente al salón de mi apartamento y mientras busco exactamente dónde puede estar ese *iPad*, lo dejo a solas contemplando las maravillosas y espléndidas vistas que nos rodean. Todos los pasillos confluyen en el salón, por lo que después de intentar localizar mi pequeña maleta de viaje en una de las habitaciones, me dirijo al dormitorio principal donde seguramente la han dejado mis asistentes. De nuevo paso por su lado. Aprovecho este breve contacto para invitarle a sentarse en el sofá. Realizo un escueto

gesto bajando mi mano y apuntando hacia él, mientras apresurada continuo hacia la otra habitación. Una vez localizo la maleta, me inclino hacia ella y reviso los bolsillos. Abro varios compartimentos hasta encontrar mi *iPad* de repuesto perfectamente empaquetado dentro de su caja original —previsora, siempre me acompaña por lo que pueda pasar—. Allí, aún agachada, de fondo, escucho una leve respiración por detrás de mi espalda que me hace girar la cabeza manteniendo la caja escondida por detrás de mi espalda. Mis ojos, colapsados, se quedan perplejos al toparme incrédula con el cuerpo desnudo de Peter. Sin reacción, me voy incorporando a la vez que me dejo caer sobre el colchón de mi cama donde me quedo totalmente petrificada. Se dirige hacia mí, ofreciéndome una visión admirable de la que por supuesto no quito ojo. Su cuerpo esbelto y esculpido por sus formidables músculos, se acerca hacia mí. Pero es tan inesperada esta situación, que lo único que se me ocurre es sacar el paquete que permanecía escondido, alargar la mano y entregárselo con el objetivo de interceptar su avance.

—Señor Sanz, tome este *iPad* y, anote que mañana a las nueve lo espero en la puerta de la obra. Le iba a comentar algunos asuntos que quería tratar en nuestra primera reunión, pero..., he cambiado de opinión. Es tarde y se tiene que marchar.

Peter, tras balbucear unas palabras, sale espantado del dormitorio convertido en un corredor de fondo con el paquete entre sus manos como única prenda. Una divertida sensación que me recorre el cuerpo y que no puedo detener, me provocan escandalosas carcajadas que me reconfortan escuchar después de tanto tiempo sin oírlas. Creo estar viviendo la situación más divertida de toda mi vida.

—¡Ja! ¡Ja! —No recordaba lo bien que sienta reír de verdad.

Aunque hubiese estado mirándole durante horas recorriéndole y contemplando su espléndido cuerpo, he sido capaz de mantenerme fría e increíblemente sensata, decidida a no estropear una relación profesional con un hombre extremadamente brillante y que puede servirme más, en el ámbito laboral, que echarlo a perder convirtiéndolo en uno más de mi interminable lista de aburridos amantes.

CAPITULO II

El comienzo

Peter Sanz

Después de horas caminando por calles infectadas de luces, que ciegan mis ojos cansados y, de ruido retumbando en mi malograda cabeza, llego a mi apartamento. Al subir las escaleras noto como el efecto del vino ha ido desapareciendo en el transcurso de la noche, aunque, la sensación que tiene mi cuerpo alterna la angustia con la vergüenza de haber mal interpretado las intenciones de Ángela, las cuales, tras lo vivido, me han quedado bien claras; interesarse y conocer a la persona que acababa de nombrar su asesor personal en un proyecto importante para ella. Un engreído, eso es lo que soy, un fantasmón que pensaba que una mujer como ella estaba fácilmente al alcance de un mediocre como yo. Apesadumbrado, entro en mi apartamento y recorro el largo pasillo en busca de mi pequeña habitación y, al atravesar la puerta, me tiro directamente sobre mi cama, vestido y arrugando todavía más aquel flamante traje que ayer quería aguantar intacto durante el mayor tiempo posible, y que ahora mismo no me importa en absoluto.

Doy varias vueltas sobre el colchón, aún vestido, sin conseguir pegar ojo. La incomodidad de mi cuerpo tenso, me mantiene despierto. Estiro la mano para alcanzar a los cajones de mi mesita de noche, y rebusco, palpando el interior de uno de ellos intentando encontrar algún relajante muscular. Los utilizo con frecuencia intentando aliviar mi continuo dolor de cuello, dolor que padezco al permanecer sentado durante largos periodos de tiempo en la misma postura estudiando planos inconclusos, o diseños que necesitan operaciones milimétricas que me obligan a fijar la vista en un mismo punto durante horas, con un resultado desastroso para mis cervicales. Tras toparme con una tableta suelta, con mis dedos empujo la pequeña pastilla y rompo el fino envoltorio plateado. La trago fácilmente y, en escasos minutos, caigo en un sueño muy profundo, tan profundo que parecen transcurrir segundos cuando sobresaltado abro los ojos en busca del reloj, que durmió aprisionado entre mi muñeca y el colchón. Contemplo desilusionado que marca las ocho de la mañana, y, aunque la obra está cerca, no puedo apurar ni un minuto más metido en la cama. Me levanto, como puedo, apelmazado y buscando darme directamente una ducha que espero me dé un respiro.

Deslizo la mampara y me introduzco. Aún aquí metido, mi cabeza no da tregua a mis pensamientos: «*estoy fuera del proyecto*» —repito una y otra vez—, mientras un chorro de agua refresca mi cuerpo acalorado por la resaca.

Recuerdo que recientemente nos adjudicaron un proyecto de ampliación en uno de

los tramos del metro de Nueva York. Mi departamento se encargará de esta reforma, y ahora, después de lo que ha pasado, creo que me uniré nuevamente a ellos. Resignado, intento asimilar el cambio creativo de trabajar aportando ideas para el resurgir de un impresionante rascacielos, por el trabajo aburrido y apático que supone trabajar bajo tierra.

Salgo de la ducha poco aliviado mientras me dirijo alicaído hacia el ropero que se encuentra justo enfrente del rústico armario de madera de mi habitación. Seleccione unos Levi's, desplazo varias perchas y cojo una camisa negra. Mientras me visto, intento hacer un hueco en mi todavía estómago angustiado. Me dirijo hacia el salón, que conecta con la cocina por medio de una barra americana que me sirve de mesa, y sobre ella se encuentra mi cafetera ultramoderna. Con la camisa ya puesta y mientras la abrocho con los dedos de una sola mano, con la otra, introduzco la cápsula de café con leche en la pequeña abertura frontal, coloco la taza y aprieto el botón que pone en funcionamiento el silencioso mecanismo que en segundos me ofrece un sabroso café cremoso y espumoso. Cojo la taza y me desplazo levemente hacia la tostadora que se encuentra al fondo, detrás de la cafetera. La enciendo e introduzco una rebanada de pan de molde. Me siento sobre una de las altas y coloridas sillas giratorias que compré recientemente. Absorbo saboreando mi delicioso café y, mientras espero la tostada, que ya empieza a desprender ese olor característico a pan recién horneado, dirijo una mirada perdida hacia dentro de la cocina topándose mis ojos con el reloj que cuelga por encima de la nevera. Un atragantamiento seguido de una tos compulsiva es lo que me produce contemplar horrorizado la hora que marca... ¡Las once de la mañana...! De entre mis manos, debilitadas de la impresión, se desliza la taza que cae directamente golpeando la encimera. Brinco sobre la silla, cuyos muelles provocan que salga disparado hacia arriba, y corro en busca del *iPad* culpable de todos mis males. Lo saco rápidamente de la caja, busco el botón de encendido y, tras comprobar que la batería está cargada, confirmo la hora...

Acabo de dar por hecho que mi contrato con la empresa "*The Smith engineers*" quedará rescindido antes de empezar el proyecto más importante de mi corta carrera americana. Al terminar de vestirme, sin ninguna prisa y resignado ante mi nueva situación, decido coger un taxi para no demorar mucho más el desastroso final que voy a tener. No puedo dejar de pensar que las consecutivas meteduras de pata tendrán fatales consecuencias.

Me quedo petrificado ante la avenida que transcurre paralela a mi apartamento, y, como una estatua, rígida y descolorida, alzo mi mano esperando a que algún taxista condescendiente me recoja y me lleve a la quema en el día en el que mi gran proyecto debería de haber empezado. Un simpático paquistaní, con esa piel característica casi negra muy curtida y luciendo un bigote minúsculo sobre su labio superior, me sonrío al parar a mi lado. Espera con paciencia a que desatasque mis piernas y haga por subir a su magnífico taxi reluciente, imagino que recién salido de algún túnel de lavado.

Nos dirigimos hacia la obra, una zona céntrica cercana a los ya desaparecidos edificios World Trade Center. Mi cara desencajada y blanquecina no pasa desapercibida para el conductor que acalla el estridente ruido que procedía de la radio. El silencio que mantenemos en el interior del coche contrasta con el alboroto de Manhattan, una combinación de motores, ruidos de claxon, sirenas de coches de policía que se escuchan

cercanas y lejanas... Todo parece retumbar con intensidad en mi abatida cabeza. Al llegar, costosamente me levanto y, forzado, le devuelvo la sonrisa intentando corresponderle mientras le pago y salgo sin esperar el cambio. Al bajar, dejo colgando mi acreditación del cuello y ando hacia la puerta principal donde un guardia, de tamaño y forma similar a un armario, me escanea el código QR y me deja acceder. Siento cierto alivio de pasar hacia dentro y verme en la zona de obra. «*Al menos me han dejado entrar*» —pienso apesadumbrado.

El imponente armazón de acero se alza por encima de mi cabeza tocando las nubes, e impresionado, me siento pequeño al lado de este mastodonte de la ingeniería que ahora nosotros, los arquitectos, tendremos que vestir para que luzca y sea especial entre todos los demás. Dejo escapar un suspiro pensando en que, tal vez, yo no seré uno de esos privilegiados. Me acerco hacia el centro de operaciones dejando atrás a operarios que alzan con grandes grúas cajas inmensas cargadas con cantidad de materiales, que elevan hacia los primeros pisos. La sala de trabajo se encuentra en la primera planta, que según nos explicaron en la reunión de ayer es la única operativa y totalmente funcional. Subo las escaleras, desganado, hasta toparme con al umbral del hueco de la puerta. Allí, quieto, miro hacia el interior y lo recorro con la mirada observando cómo a cada uno de mis compañeros se le asignó una mesa. También encuentro caras nuevas y me sorprende comprobar cómo Ángela no ha perdido el tiempo y ha incorporado mujeres al equipo. Decisión acertadísima, los detalles son su fuerte, cuando nosotros los ignoramos, como si no existieran. Contemplo la sala diáfana y alargada, llena de ventanales rectangulares por ambos lados, mesas numeradas y perfectamente equipadas, y, al fondo, revisando unos planos, mi vista se topa con el señor Smith que está junto a ella. Respiro profundamente, llenándome de valor. Y con decisión, camino por el largo pasillo que se forma entre las hileras de mesas alineadas unas detrás de otras. Mi mente, preparada para lo peor, se replantea la situación: «*aguantaré lo que me tengan que decir, me disculparé, e intentaré buscar empleo en alguna otra empresa del sector hasta que mi cuenta bancaria dé por finalizada mi aventura americana*» me digo mientras avanzo. El señor Smith, que parece ser el primero en verme, me dirige una mirada cortante y directa hacia mis ojos. Intuyo cierta tensión en esa mirada. Me freno delante de su mesa manteniendo mis brazos prácticamente pegados al cuerpo, y en segundos, ambas miradas convergen a la misma vez sobre mí. El silencio que ahora nos envuelve es rápidamente roto por su áspera y ronca voz, que insultante, se ensaña con mi falta de aptitud y respeto hacia el proyecto más importante que le han encargado.

Según lo esperado, soy recriminado por varias cosas: mi poca seriedad, mi impuntualidad, mi escaso interés... aunque, entre tanta reprimenda noto excesivo el tono de sus palabras, de sus gestos. Sus ojos me miran con rabia contenida y los aspavientos de sus brazos, que se mueven de arriba abajo, parecen dilucidar algo más... «*el rencor, la envidia que palpo... tal vez... son... ¿celos?*» —me pregunto extrañado.

El final, predecible, no se hace esperar mucho cuando, brusca y escuetamente me informa de su decisión de apartarme, expulsarme del proyecto. Mi cabeza cabizbaja la dirijo hacia el suelo. No intento defender lo indefendible. Vuelvo a respirar profundamente y alzo mi rostro sin evitar pasar por sus cautivadores ojos. No espero compasión, sino contemplarlos, recrearme con ellos una última vez. Ángela evita el contacto, es más, tuerce ásperamente su cara hacia el rudo señor Smith que impertérrito sigue acotándose con sus desafiantes gestos. Desesperanzado, avanzo unos pasos hacia atrás dando la vuelta

lentamente. Con mi mirada dirigida al frente, erguido y con la cabeza bien alta, avanzo por el estrecho pasillo buscando la salida.

—¡Peter! ¡Espere!... —escucho su suave e inesperada voz por detrás de mi espalda que detiene mis pasos y me hace nuevamente girar en su busca.

Lo agarra delicadamente del brazo, se acerca a su oído y con un tono de voz muy sugerente le susurra.

—Robert... ayer después de la reunión invité a Peter a cenar. Le expliqué sus funciones como mi asesor en el proyecto y, se alargó más de lo esperado. No he querido interrumpirte pero quedé con él en la obra a las... —se hace el silencio mientras sus ojos, disimuladamente, miran hacia abajo, en busca de su pequeño reloj de pulsera. Movimiento del que todos nos hemos percatado—, once y media. —Quedo atónito al escucharla.

Después de sus palabras y atraído por el vuelco que ha dado mi situación, me acerco hacia ella.

Levanta su cara interceptando la mía y seguidamente me habla.

—Señor Sanz —mira hacia al fondo de la sala provocándome a marchar deprisa hacia allí—. Su mesa es la número treinta —habla precipitada como intentando no alargarse en la explicación—. Encima del escritorio verá que hemos dejado toda la documentación relacionada con su proyecto —me mira directamente a los ojos—, lo he escogido personalmente para usted. —Perplejo y atascado, sin poder decir ni una sola palabra, ando hacia mi mesa de trabajo que es la única que se encuentra libre.

—Por cierto... —indica volviendo a captar mi atención—. El acceso a la obra es a las nueve de la mañana. Creo que ayer no me dio tiempo a concretársela... —una sonrisilla espontánea aparece dibujada en su boca, mientras aprieto la mía compungida por los recuerdos.

Esa risita me desarma nuevamente y me hace acelerar el paso para, por fin, desaparecer del punto de mira, al esconderme tras mi mesa de dibujo, cabizbajo y abochornado por todo lo que me está sucediendo.

Rodeado por mi espacio de trabajo: infinidad de planos en blanco almacenados en carpetas gigantescas, un pequeño ordenador portátil encendido y esperando a que introduzca el password, una mesa llena de cajones... Empieza a desaparecer de mi estómago ese nudo que me estaba presionando. Algo más tranquilo toco, incluso acaricio con las yemas de mis dedos el dossier que reposa bajo mis manos. Lo abro con cuidado, pero paso rápido las primeras páginas al comprobar que es una breve introducción explicativa sobre algunas normas a tener en cuenta, que seguramente, se trataron en la reunión que tuvo lugar esta mañana y que leeré después. Adelanto las hojas con ansiedad hasta encontrarme con una página en blanco y, detrás de ella, aparecen grandes letras sobresaltadas en color rojo. Emocionado las leo despacio, regocijándome de ellas: “PROYECTO. Oficinas privadas del grupo de empresas Holden Thomson Group. Ático”.

—¡¿Qué?!... ¡¿Diseñar las oficinas de Ángela Thomson?! —balbuceo mientras mis ojos pestañean varias veces nublados por la sorpresa.

Mi cabeza, que permanecía agachada y escondida, se alza en su busca. En la lejanía,

sus ojos quedan fijados a los míos, como imantados por una atracción especial que ninguno de los dos ocultamos. Durante minutos mantenemos la mirada, solo rota, cuando algunos compañeros alzan sus planos y van hacia la mesa principal interponiéndose en el ángulo de visión, instante en el que se corta la conexión entre nosotros.

Ángela Thomson

Me incorporo de la cama y me siento en ella. Mis pies, que quedan colgando sin tocar el suelo, buscan con la punta de los dedos el contacto con los planos y suaves patucos que mis asistentes se encargan de preparar junto con un variado set de accesorios que utilizo a diario, y que colocan cada mañana independientemente del lugar del mundo donde me encuentre, acompañado por un precioso ramo de hortensias recién cortadas de distintos colores; me los coloco lentamente moviendo el empeine con pequeños toquecitos hasta que quedan encajados por completo a mis pies. Elevo una de mis manos hacia la mandíbula y la muevo de lado a lado notando un leve hormigueo detrás de ella. Supongo que resentida de la postura de mi boca que estuvo sonriente durante toda la noche recordando lo sucedido. Mi mente no dejó de rememorar una y otra vez la escena en la que aparezco sentada en la cama contemplándolo desnudo y recorriéndolo con la mirada de arriba abajo, mientras se acercaba totalmente equivocado. Aún no me lo puedo explicar, aunque creo que el culpable de lo que pasó fue ese vino que, según me fijé, bebió demasiado acelerado. Tengo entendido que la ingesta rápida de alcohol provoca que circule más cantidad por la sangre y emborracha más fácilmente. Intento dar con una explicación, además, creo no haberle demostrado ese tipo de interés. Me considero una mujer directa y sin rodeos en todos los aspectos de mi vida, hasta en éste, incluso puedo llegar a ser demasiado evidente.

Con el eco continuo del recuerdo, que da un toque risueño a la mañana, me voy incorporando. Ando arrastrando mis pies cansados hasta la ducha hidromasaje buscando preparar mi cuerpo para el largo día que me espera.

El chófer abre la puerta inmediatamente después de verme aparecer por la salida giratoria del hotel. Viene acompañado por un asistente asignado por Robert encargado de acompañarme y acreditarme dentro de la obra, según él mismo me explica en su escueta presentación antes de subírnos. Entramos en la limusina simultáneamente por ambas puertas coincidiendo a la vez en el interior. Nada más acoplarnos cómodamente en los asientos, saca una pequeña libreta del bolsillo interior de su chaqueta y, tras hojearla, va enumerando los eventos que me esperan durante todo el día. Emito un leve sonido acompañado por un suspiro profundo cuando finaliza anunciando la cena nocturna con el señor Smith. Ignorando este último punto y sin prestarle más atención, tuerzo mi cabeza hacia el bolso, que lo mantengo a mi lado, y rebusco dentro de él intentado localizar el teléfono móvil. El *iPad* ya reposa sobre mis piernas preparado para empezar su trabajo. Telefono a Robert, y tras dos tonos de llamada contesta cariñosamente.

—Querida Ángela —dice con demasiada efusividad.

—Buenos días Robert —le hablo mientras que con mi única mano libre le envío un correo electrónico—. Te acabo de mandar un email con los nombres de las nuevas personas que me gustaría incorporar al grupo de trabajo esta misma mañana.

—¿No paras ni para desayunar?...

—¡No! Ya me deberías de conocer —indico algo cortante.

—De acuerdo, allí estarán. ¿Te han leído la agenda de hoy?

—Sí, claro. Tu subordinado hizo bien su trabajo. Ya veo que no pierdes el tiempo.

—Lo dices... ¿por querer cenar con la mujer que me ha fascinado siempre?

—Tú siempre tan adulator... —nos conocemos demasiado—, está bien, pero... sólo cenar. Mañana me espera un largo viaje. —Lo dejo claro. Aunque con Robert nunca hay nada evidente.

—Qué dura eres conmigo... Bueno, salgo para allá ahora mismo —concluye, mientras finalizamos la corta conversación y colgamos.

Emociona contemplar cómo aparece sobresaliendo entre los demás rascacielos un gigante esquelético y desmesurado que roza el cielo, justo en la planta donde irá ubicado mi futuro despacho. El proyecto que siempre quise hacer se convertirá dentro de unos años en la construcción más admirada del mundo, referente indiscutible de la arquitectura moderna del siglo veintiuno... Respiro profundamente llenando mi cuerpo de ambición y de grandeza personal por el logro que será.

Nos detenemos en la entrada. Los guardias de seguridad se acercan para identificarnos. Continúo en mi sitio, mientras el asistente baja el cristal de su ventanilla y entrega las correspondientes acreditaciones. Permanecemos detenidos breves segundos. Y al ser identificada, levantan veloces la pesada barrera móvil y nos dan rápido acceso a la obra. Todos se agolpan en la pequeña garita mirando cómo accede la limusina e intentan, tímidamente, buscarme a través de los gruesos cristales tintados.

Bajo precipitada y con exquisita puntualidad, sin esperar a que William realice su típico recorrido hacia mi puerta.

—Señora Thomson, por aquí —indica atento el asistente, que salió del coche incluso más rápido que yo—. El señor Smith la está esperando. —Me sorprende la buena conexión entre ambos.

Subo las escaleras ligera, por el ayuno voluntario que hago nada más levantarme, y me introduzco directamente en la enorme estancia. Contemplo como los rayos de luz natural entran por los grandes ventanales que nos rodean. Detalle fundamental, una buena iluminación no artificial, para conseguir así el confort adecuado que necesita un arquitecto para trabajar con comodidad. Según nos dirigimos hacia el fondo y en una de las esquinas, reconozco la silueta de Robert, de espaldas a mí y delante de una cafetera instalada sobre una encimera, en la que reposan unas cuantas cestas repletas de deliciosos pastelitos. Entorno a ellas se aglomeran los pocos trabajadores que ya se encuentran en las instalaciones. Su ayudante adelante el paso, le sigo. A centímetros de su espalda, le da un suave toquecito en uno de sus hombros que llama su atención, instante en el que gira sujetando una taza humeante entre sus manos, y, caballerosamente, me la entrega.

—Querida, buenos días... Café solo sin azúcar y en taza pequeña —justo como a mí me gusta.

Le sonrío cariñosamente sorprendida de que aún lo recuerde.

—Gracias Robert. —Lo cojo por la fina asa, con mis dedos pulgar e índice, y le sigo hablando—. Veo que..., como siempre, sigues siendo tan eficiente. —Increíblemente, nos

rodea el grupo de mujeres que seleccioné en el correo que le envié hace escasamente media hora.

—Ya me deberías de conocer... —indica sonriente imitando la misma frase con la que le respondí en nuestra corta conversación de esta mañana.

Terminado el breve periodo de relax, Robert deposita nuestras tazas en uno de esos carritos llenos de bandejas de aluminio con varios pisos, y le sigo mientras se dirige hacia un estrecho y largo pasillo que finaliza ante una endeble puerta biselada. Al abrirla, accedemos a una pequeña sala de reuniones preinstalada para las charlas que se darán frecuentemente a los trabajadores. Sobre una pequeña mesa que se encuentra enfrente de numerosas sillas de brazos abatibles, reposan todos los proyectos, y encima de cada uno se encuentra un folio etiquetado con el nombre del arquitecto encargado de la obra. Cada dossier ha sido totalmente estudiado y asignado al perfil del trabajador que más nos ha interesado por su estilo y especialidad. Pero..., como amante de lo improvisado... busco entre todos ellos el de Peter, y, una vez lo encuentro, desplazo la hoja con su nombre hacia el dossier que sujeto entre mis manos, al que aún no había asignado encargado. Mis oficinas privadas estarán en manos de este talentoso hombre, no me deja la menor duda la decisión que acabo de tomar.

La pequeña sala se va llenando, y parece repleta cuando Robert apoya las palmas de sus manos sobre la mesa y empieza su exposición.

Mientras habla, no puedo dejar de buscarle con la mirada. Recorro uno a uno los rostros de las personas que nos rodean y me decepciona no encontrarlo. Durante los minutos que dura su intervención, no hago otra cosa que esperar a que aparezca en cualquier momento por la puerta.

La incertidumbre planea sobre mí cuando todos se levantan y en fila, cada uno de ellos empieza a recibir su proyecto y las indicaciones pertinentes, a la vez que se les va asignando el número de su mesa. Aprisiono su dossier entre mi brazo y el costado, bajo la axila, ocultándolo de Robert.

La pequeña sala se vacía rápidamente.

—Tu chico no ha aparecido —me habla en tono burlón cuando el último de los arquitectos desaparece por la puerta.

—Algo le habrá pasado... —digo poco convencida, a la vez que dejo escapar un suspiro.

—Tal vez..., ¿se os alargaría la velada anoche...?

—A ti qué te importa —corto tajante su insinuación mientras sigo hacia la puerta y salgo hacia la estancia principal.

—¡Siempre huyendo! —balbucea entre dientes, convirtiendo sus palabras en proyectiles lanzados con la intención de hacerme daño.

Me coloco en el fondo, detrás de una enorme y amplia mesa que parece más bien un

mostrador, y cuyas panorámicas muestran toda la sala, de tal forma que somos accesibles a todos los empleados que nos necesiten. Robert y varios encargados más, se colocan junto a mí.

—Lo siento Ángela —dice arrepentido y cabizbajo nada más llegar a mi lado.

—Olvidalo..., vamos a poner en marcha este bonito proyecto —digo sin rencor, esperanzada en que olvidemos pronto el pasado y nos pongamos a trabajar duro en este ambicioso proyecto que nos ha vuelto a unir después de tanto tiempo.

Levanto mi mano para llamar a una de las personas que nos asisten. Al acercarse, le entrego el proyecto que guardaba con tanto esmero.

—Por favor, póngalo sobre el escritorio número treinta —inquiero sin más.

Robert, atento a todos mis movimientos, vuelve a mirarme receloso por encima del plano que acaban de entregarle.

Peter sigue sin aparecer y los nervios se apoderan de mí según transcurren los minutos, las horas. Pierdo constantemente la concentración y, mis habituales y astutas respuestas a preguntas referidas por algún que otro arquitecto buscando soluciones a sus dudas, me cuesta resolverlas. Mi mente parece como nublada por una nube negra que oculta el sol en un día aparentemente soleado.

Más concentrada por el paso del tiempo, Robert consigue atraer toda mi atención. Me expone la posibilidad interesantísima de construir un ascensor que comunique directamente el garaje con mis oficinas. Por segundos me evado de mis sombríos pensamientos. Acoplo la escuadra y el cartabón, y él las sujeta fuertemente para que queden fijas sobre la plantilla mientras que yo, capturo el rotoring entre mis dedos y voy dibujando una línea transversal creando el espacio necesario para conseguir el hueco... Las reglas, repentinamente, aparecen sueltas obligándome a parar el trazo. Levanto mi cuerpo, que lo tenía apoyado sobre la mesa, y dirijo la mirada hacia la entrada de la sala. Le veo acercarse. Tuerzo mi cabeza hacia Robert que aparece totalmente erguido. Sus manos han dejado de ayudarme, y su vista ha quedado incrustada sobre Peter que camina hacia nosotros.

Se detiene delante de la mesa. Sus ojos, entrecerrados, le dan el aspecto de recién levantado. Incluso sobre sus pómulos hay marcas que intuyo pudieran ser producidas por sábanas. De esas señales que quedan esparcidas por toda la cara cuando despiertas, te levantas y las contemplas a primera hora de la mañana reflejadas sobre el cruel espejo del cuarto de baño. Sus brazos, como muertos, le caen a lo largo de su cuerpo.

Una voz energúmena proveniente de Robert atrae las miradas de los presentes. Lo pone en evidencia delante de todos. Me quedo algo atascada por la situación. Por momentos, yo misma pienso en expulsarlo, en otros, la evidencia de su ingenio me hace excusarle, y, en los más ocultos, en los que solamente notas tú..., le deseo... Todo raro y contrapuesto.

De repente, y con bruscos aspavientos le echa del proyecto. Los ojos de Peter chocan contra los míos. No parece una mirada piadosa..., es tristeza, desconsuelo..., tal vez, ¿despedida? Velozmente me desbloqueo y reacciono buscando el contacto físico con

Robert antes de que sea demasiado tarde. Inteligente y con total premeditación, deslizo mi dedo índice por su muñeca pasando por el antebrazo. Lo acaricio, mientras mis dedos se unen suavemente en el recorrido hasta parar en su codo. Entonces es cuando aprieto las yemas contra su piel, haciéndome notar.

—¡Peter! ¡Espere!... —Consigo detenerle antes de que abandone la sala.

Me acerco hacia Robert, que sigue matándolo con su mirada y, sensual, le hablo junto a su oído (conocedora de sus debilidades).

—Robert..., ayer después de la reunión invité a Peter a cenar. Le expliqué sus funciones como mi asesor en el proyecto y, se alargó más de lo esperado. No he querido interrumpirte, pero quedé con él en la obra a las... —«pero... ¿qué hora es». Indudablemente acabo de meter la pata al verme obligada a mirar hacia mi pequeño reloj en busca de la hora que salve a Peter de su despido—, once y media —trago saliva después de mi ridícula actuación.

Pasada la incómoda situación miro hacia Peter. Le hablo rápido para no demorarme más en mi trabajo. Intento desaparecer veloz de aquí evitando una posible acometida de Robert, aunque parece acepta mi decisión sin muchas trabas. Escueta, le indico el número de su mesa. Pero antes de que huya despavorido hacia su escritorio le recuerdo la hora de entrada.

—Por cierto..., el acceso a la obra es a las nueve de la mañana. Creo que ayer no me dio tiempo a concretársela...

No puedo dejar de mirarlo sin que mi mente lo imagine totalmente desnudo. Son frases de lo ocurrido anoche que se agolpan en mi cabeza y me provocan carcajadas internas que me cuestan frenar. No es el momento, lo sé, pero no puedo evitar que las comisuras de mis labios dibujen una leve sonrisa contenida.

El ambiente entre Robert y yo permanece cortante, tenso. Quedamos en silencio. Baja sus ojos hacia la mesa y se distrae pasando hojas o realizando tontos apuntes sobre los planos amontonados que nos esperan para ser revisados, como si se tratase de un niño recién castigado encerrado en su habitación esperando a que pase el tiempo. Aguda y conocedora de su carácter, sigo trabajando como si nada hubiese pasado y continuo perfilando el trazo que frené bruscamente. Disimulada y mientras me afano por conseguir un hueco dentro de los planos de mi oficina para colocar ese ascensor, en la lejanía, donde se encuentra su mesa, contemplo la reacción de Peter al toparse con la gran sorpresa que le tenía preparada. Su cabeza, como azotada por un calambre, se alza enérgica y sus ojos se enganchan con los míos inesperadamente. Sin poder apartarlos, mantengo la mirada mientras soy invadida por una extraña sensación de quemazón que entra por las pupilas y se desplaza a gran velocidad por mis venas hasta conquistar mi corazón, que, dolorido, de nuevo parece bombear esa sensación a través de todos los rincones de mi cuerpo. Increíblemente, siento como soy abatida por una breve impresión que llega a emocionarme. Perpleja, así me quedo tras el torbellino de sensaciones que acabo de percibir.

La jornada laboral continúa su curso y el silencio de Robert sólo es cortado cuando

habla con algún arquitecto necesitado de sus conocimientos. Atendemos hábilmente a todos ellos y, nuestras mentes, ávidas con cada pregunta, visualizan la parte del proyecto en cuestión.

Agotados, me mira, y sin mucha efusividad, tal vez pensando en un posible rechazo, me propone salir a comer. Pero consciente de mi aspereza desde que llegué a Nueva York, asiento con la cabeza mientras termino de dar solución a las dudas de una de mis nuevas chicas (de las que incorporé al proyecto esta misma mañana).

Andamos por la avenida paralela a la obra. La conozco como la palma de mi mano, ya que siempre que construyo me recorro la zona meses enteros buscando la mejor ubicación para emplazar mis edificios. Mi padre me lo enseñó todo sobre donde edificar y los puntos claves que tenían que coexistir; me mostró la manera de organizarme ante un nuevo proyecto; la habilidad en los negocios; y..., sobre todo, cómo tratar con hombres en un mundo tan masculino.

Entramos en un pequeño local, poco glamuroso, pero que, según me cuenta, cocinan los mejores burritos mexicanos de la ciudad. Es pequeño, pero está muy concurrido. Sus anaranjadas paredes aparecen adornadas con vistosos sombreros mariachis de distintos tamaños colgando por todos sitios. Los camareros, indudablemente mexicanos, nos atienden con ese acento americano tan peculiar, casi musical. Con el ambiente algo más calmado y, mientras traen nuestra comida, inevitablemente tocamos temas personales. Los quería evitar, pero es normal querer saber cómo te ha tratado la vida después de tantos años sin ningún tipo de relación. Desaparecí de su vida de repente un día, poniendo fin a algo que tal vez nunca tuve que haber empezado. Siempre me pregunté, ¿por qué sucedió?, y constantemente obtengo la misma respuesta..., la situación personal que vivía fue el detonante. Mi marido hacía tiempo había dejado de importarme. Llevábamos meses rozando el divorcio y, Robert apareció en ese instante en el que te aferras a cualquier cosa que pueda liberar a tu cuerpo de lo que está sintiendo. Excéntrico en el amor y mujeriego acérrimo, me cautivó y me llevó por lugares impensables para mí. Lo pasé bien, pero crucé barreras que jamás debería de haber traspasado. Eso hizo que jamás volviera a creer en el amor. Al terminar con esta relación, salí dañada para siempre y reconvertida en otra nueva y dolida mujer, a la que la experiencia le enseñó que todos los hombres son iguales, malas hierbas que hay que arrancar de tu camino.

El corto encuentro se hace largo. Hasta que por fin terminamos con el postre y pide la cuenta.

Caminamos hacia la obra, cruzándonos en el trayecto con varios empleados que aceleran sus pasos y nos adelantan para llegar antes que nosotros. Atravesamos la garita de vigilancia y, esta vez, nos dan acceso directo sin pedirnos las acreditaciones. Subo las escaleras junto con Robert. Me acompaña hasta dejarme en el pequeño descansillo que existe antes de entrar en las instalaciones. Instante en el que me recuerda que me recogerá esta noche en mi hotel.

Se despide acercándose peligrosamente a mi cara, y musita suavemente...

—Ponte guapa..., deja que mis ojos te disfruten una última noche más... —me susurra al oído rozándome a propósito levemente con sus labios.

A continuación mi boca dibuja una sonrisa forzada, mientras avanzo hacia el fondo de la sala buscando mi mesa sin dar importancia a sus palabras, repetitivas y poco novedosas. Me di cuenta que eran parte de un guión preestablecido que utilizaba en sus primeras citas y que después, simplemente, me repugnaba escuchar. Las empleaba constantemente cada vez que intuía que una mujer guapa estaba a punto de caer en sus redes. Así es él.

La tarde transcurre similar a la mañana, sin respiro, mientras continúo atendiendo a todos los que me necesitan. Incluso se agolpan en mi mesa buscando que su jefa tenga la respuesta a todas sus dudas. Sólo son segundos los que me distraigo mirando hacia su mesa. No levanta la cabeza de sus bocetos, pasa de uno a otro totalmente concentrado, toma constantes apuntes en su ordenador personal y su amplia mesa se ha convertido en un lugar totalmente organizado, donde en cada rincón ha recreado un espacio ordenado con las herramientas de uso cotidiano.

Mi mente, algo cansada, empieza a notar pequeños bloqueos e incluso siento un parón en mis hábiles respuestas. En el declive del día, me percaté de que la estancia se está vaciando rápidamente y estoy terminando de atender a uno de los últimos empleados, que antes de marchar, cortésmente, viene a despedirse y a ensalzar mi trabajo de hoy.

El silencio, súbitamente se apodera de mis oídos y la luz artificial se intensifica aún más por la pérdida de los últimos rayos de sol, que dejaron de iluminar la sala.

Habitualmente soy la última en abandonar el trabajo, es algo que me caracteriza, pero esta vez ese hombre no parece tener intención de marcharse, incluso enciende el potente foco que se encuentra encima de su peculiar mesa inclinada y sigue trabajando como si nada. Realiza trazos hábilmente, intercala el compás con el rotring y, al terminar cada uno de sus movimientos abre los dedos sobre su frente y los desliza a través de su cuero cabelludo. Esto provoca que su pelo quede perfectamente alisado y colocado.

Espero unos minutos a que levante su cabeza y se dé cuenta de mi presencia, aunque parece que esto no va a suceder, ya que continúa inmerso leyendo su proyecto. Enojada y con la sensación de estar siendo ignorada, y no acostumbrada a ello, decido ir hacia él. Con mi cuerpo en su punto más álgido de acaloramiento, percibo como mi sangre bulle dentro de mis venas al no recibir sus atenciones, inclusive encontrándome a escasos centímetros de su espalda, tras él, sigo siendo invisible.

Un deseo inesperado e incontrolable me hace levantar la mano, dirigirla hacia el respaldo de su silla giratoria y violentamente, la desplazo hacia mí. Tras el movimiento, sus penetrantes ojos de color negro, totalmente oscuros, quedan incrustados en los míos. No habla, no se mueve, queda impávido y en silencio. Sin pensarlo, me lanzo bruscamente a sus perfilados labios. El violento embiste hace que su silla se mueva hacia atrás golpeando la mesa y tirando el proyecto por el suelo. Las hojas planean a nuestro alrededor mientras mi boca, desesperada, lo absorbe enérgicamente dejándolo aparentemente bloqueado, sin reacción alguna. Entreabre sus labios y aprovecho a colarme indiscretamente a saborear su lengua. La recorro deslizándome por ella de extremo a extremo que, inerte, se deja

conquistar. Disminuyo mi velocidad para disfrutarlo más intensamente, como saboreando un dulce que no has probado nunca y cuyo sabor resulta especialmente encantador, mientras tus papilas gustativas lo degustan exprimiendo su jugo con afán. Una de mis manos se desliza y baja desde su hombro hacia su pecho buscando el primer botón de su camisa y, hábilmente, desabrocho con la única ayuda de mis dos dedos, mientras el corazón lo despega de la tela, el meñique lo alza y desenfunda del ojal. Realizo el mismo movimiento con el resto de botones con los que me voy topando. Terminada la operación, elevo mis manos y las engancho de los picos del cuello de la camisa tirando de ellos hacia abajo, liberándolo y poniendo al descubierto su incomparable torso desnudo. Durante segundos, sólo miro hacia su esculpida figura, ya que su extraña pasividad está frenando mis osadas intenciones. Aptitud que me hace replantear mi comportamiento. Se incorpora de la silla con los brazos pegados a su cuerpo y una extraña expresión en su mirada, que me produce una sensación de desasosiego que me va alejando de él. Invasada por una inmensa vergüenza ante la situación que acabo de provocar, giro bruscamente dándole la espalda con la única intención de largarme cuanto antes de aquí, cuando..., inesperadamente, sus dedos rozan con los míos y agarrándome, me empujan y me azotan contra él, produciendo un violento movimiento que me hace frenar la cara contra su exuberante pecho desnudo. Una de sus manos, recobrando la movilidad, baja hasta mi cintura y me aprieta contra su cuerpo, mientras que la otra se cuelga por detrás de mi cabeza y se desliza entre mi pelo recogido y, suavemente, la mueve hacia atrás provocando que mi cara se eleve y nuestros ojos se encuentren.

—No te comprendo —son sus primeras y únicas palabras mientras su boca cae con fuerza sobre mis labios.

Mis parpados chocan entre sí, cerrando los ojos y disfrutando de la oscuridad, donde se acrecientan aún más las sensaciones que me provocan sus hábiles besos que inundan mi boca de sabores. Su lengua, inexplicablemente, me transmite la exquisita explosión de gusto que me causa el probar un buen caviar; su saliva me invade del frescor helado y vigorizante que siento tras catar un “Dom Pérignon” servido en una copa helada; y la calidez de sus labios me recuerdan sensaciones comparables al sabor dulzón que me suscita probar un excelente y sobrio vino de burdeos... Al abrir mis ojos, después del aluvión inesperado de sabores, me encuentro en el cobijo de sus pectorales, rodeada por su cuerpo, abrazada por sus formidables brazos. Atrapada por una sensación especial..., una de esas sensaciones que sientes pocas veces y que intentas retener intensamente cuando aparece en la situación más inesperada y con la persona que menos te imaginabas.

La contundencia de su lengua acometiendo contra la mía me acalora cada vez más. Y, en el sumo de mis sensaciones, una reacción en cadena me recorre electrizante cuando su mano, que se encontraba acompañando mi cabeza, desciende por mi espalda masajeadando cada una de mis vértebras y se detiene, azotando y presionando mis nalgas contra su monumental excitación.

Inconsciente y, como es habitual en mí, no doy rienda suelta a mis sentimientos. Corto tajante en mi interior con cualquier atisbo de romanticismo que pueda estar surgiendo en mi cuerpo, con la incomodidad de sus besos, tan apasionados y con lo que por momentos me está haciendo sentir..., deseo...

Fríamente, me aparto de su cuerpo buscando finalizar este encuentro lo antes

posible. Acabo con el orden que había encima de su escritorio, deslizando mi brazo a lo largo de su mesa y tirando todo el material, que cae bruscamente contra el suelo. Tras conseguir el hueco y de un salto, me siento sobre él y, provocadora, abro mis piernas lentamente deslizando hacia mis pies el obstáculo de mi tanga, que zarandeo con uno de ellos y hago desaparecer. Convirtiéndome en un señuelo para él.

Peter Sanz

Tardo horas en desprenderme de esta sensación angustiosa que me invade desde ayer y que hoy simplemente empeoró con lo ocurrido. Me cuesta concentrarme, aunque, cuanto más continúo con el proyecto, voy recobrando la atención y mi mente, poco a poco, parece ir activándose. Termino de leer el dossier y lo deposito en una de las esquinas de mi escritorio para tenerlo siempre a mano. Abro alguno de los tantos cajones que me rodean, investigando el material que nos han proporcionado. En cada uno de ellos encuentro algún utensilio interesante que voy seleccionando y colocando encima de mi mesa. Hasta que todo queda ordenado, de forma que los más utilizados los coloco cercanos a mí y las grandes reglas, algunas de ellas que sobresalen por los extremos del escritorio, las dejo al fondo para que no estorben demasiado. Tras seleccionar concienzudamente el material, estiro mi mano por uno de los laterales y abro una carpeta gigantesca de la que extraigo un plano totalmente vacío. Con ayuda de ambas manos lo coloco sobre el soporte inclinado de mi mesa de trabajo, enganchándolo con varias pinzas metálicas, que presiono para abrirlas, e introduzco pequeñas partes de la enorme cartulina. Queda totalmente estirada y acoplada, lista para comenzar. Lo siguiente es confeccionar un pequeño boceto rápido con las medidas del habitáculo donde voy a trabajar. Seguramente muchos de mis compañeros evitarán este arduo trabajo, simplemente imprimiéndolo a través del pequeño ordenador portátil, que nos han proporcionado, y cuya impresión exacta se obtiene en segundos utilizando los espectaculares *plotters* que existen repartidos por toda la sala. Pero yo, amante del dibujo técnico, no desaprovecho esta gran oportunidad aunque pierda más tiempo que los demás. *«El tiempo es relativo si en donde lo inviertes lo disfrutas...»* Totalmente absorto, rebusco los datos nuevamente hojeando el dossier y, una vez obtenidos, comienzo mis trazos milimétricos acoplando compases y reglas donde los voy necesitando, moviéndome ordenadamente por el material que incorporo a mi creación. Por instantes me siento como un pintor, en otros soy escultor, hasta cirujano escudriñando el cuerpo de mi paciente.

La sala, concurrida, es rodeada por un murmullo molesto provocado por los compañeros que salen a comer —imagino que en el trascurso de las semanas este alboroto se irá regulando—. Mientras unos van, otros se incorporan de nuevo ya saciados. Mi estómago, que aún no está recuperado, no admite ni el pensamiento de un trozo de pizza. Aprovechando mi inapetencia, sigo trabajando en mi boceto. A parte, me siento tan inspirado que no quiero cortar este brote de ingenio que hay que aprovechar cuando aparece.

Ángela, que salió con mi jefe a comer, no tarda en volver y, sorprendentemente, lo hace sola. La sigo con la mirada mientras se dirige hacia su mesa y, al llegar a ella, realiza un giro que me hace bajar los ojos hacia el escritorio sin darme ni una sola oportunidad a perder la concentración que tanto me costó conseguir y que intento retener. Evito un simple cruce de miradas que sería capaz de atontarme para el resto de la jornada.

Sin provocarlo y en el trascurso de la tarde, no puedo evitar observarla. En la

distancia que nos separa contemplo cómo su mesa está siempre rodeada de compañeros que la avasallan con sus planos y la ponen a prueba con sus preguntas. Su figura queda inalterable durante todo el día. Sus preciosos rasgos la acompañan sensuales en cada una de sus respuestas. Fija su vista entrecerrando los parpados, mientras concentrada da con la solución, ese gesto hace que la expresión de sus ojos queden alargados, y las comisuras de sus carnosos labios contraídas, marcándose sabrosamente en su rostro. Muecas espontáneas que ensalzan sus atractivas y sensuales facciones. Sin ninguna duda, una trampa mortal para cualquier humano. Su inteligencia es palpable y despacha a todos hábilmente, dejándolos satisfechos en minutos tras sus contundentes deducciones. Su físico me enamora y su intelecto me apasiona, estoy ante la mujer más completa con la que me he topado en toda mi vida.

Sin darme cuenta, la sala se ha vaciado por completo, hasta Ángela parece haber desaparecido. Miro hacia el enorme reloj que hay sobre uno de los ventanales buscando la hora, y tras comprobarla, me convengo en realizar un trazo más antes de marchar. No tengo prisa, de todas formas sólo me espera la soledad de mi pequeño apartamento.

Esa sensación que te envuelve cada vez que piensas que estás solo y no lo estás, planea en el ambiente, de hecho, noto la presencia de alguien detrás de mi espalda. Prácticamente no reacciono cuando mi silla gira bruscamente, y quedo perplejo al verla delante de mí. De sopetón se lanza a mi boca, movimiento que hace chocar la parte trasera de mi silla contra la mesa, provocando que las hojas del proyecto que consultaba, salgan volando por todas partes. Su boca invade la mía sin que yo reaccione ante tan inesperada situación. Sus besos son violentos, invasivos... Además de su áspero contacto, me siento enojado con ella, algo rencoroso por el rechazo de ayer, cuando ahora deja claro, como intuí anoche, que le gusto, y mucho...

No puedo evitar lanzarle una mirada enemiga mientras me levanto de la silla cortando, a propósito, sus intenciones. Ella, imagino que avergonzada, da media vuelta intentando huir de mi lado ante la fría situación que ha quedado..., entonces... detengo su breve alejamiento chocando contra sus dedos e interceptando su escapada, agarrándola y lanzándola hacia mi pecho, a mi cobijo. Fusiono mi cuerpo con el suyo, sin esperar nada más..., sólo quiero hacerme sentir. Pero antes de besarla, elevo su cara hacia la mía sin poder evitar decirle lo que pienso.

—No te comprendo.

Mis labios interceptan con pasión los suyos.

Se entrega totalmente a mí cuando la acaricio con mis besos, cuando la rodeo y zarandeo entre mis brazos, cuando la pego contra mi cuerpo y la invito a desearme. Es sincero todo lo que muestro anonadado por la oportunidad de poder conocerla desde otra perspectiva distinta. Pero..., otra vez ese extraño comportamiento que parece nublarla, se interpone entre nosotros. Bruscamente se aparta y anda hacia mi mesa. Alza su mano, la desliza por la mesa tirando al suelo todo el material que con tanto esmero ordené y clasifiqué. Sin más, me provoca a terminar, a concluir este breve y rarísimo encuentro.

Mientras nuestros cuerpos se envisten sobre mi mesa, nuestros gemidos aumentan y disminuyen prácticamente a la misma vez..., hasta que el silencio es lo único que nos

queda al concluir este áspero lío pasajero, sin rastro de romanticismo.

Mis manos caen derrotadas sobre el escritorio, aguantando todo el peso de mi cuerpo agotado tras el encuentro, mientras ella se acicala retocándose con un pequeño espejo de mano que sacó de su bolso nada más terminar. Me mira y, como si nada hubiera pasado entre nosotros, se despide fríamente y recorre con rapidez el pasillo. Acelerando su marcha.

—¡Ángela!, no te vayas. Conozco un restaur... —me corta, no me deja ni invitarla a cenar.

—Lo siento Peter, me espera Robert —espeteta escueta.

Por primera vez en mi vida me siento abatido después de hacer el amor.

Al contemplar cómo se aleja de mí, no puedo evitar gritarle conteniendo mi ira cuando prácticamente se encuentra en la salida.

—¡Ángela! —escuchar su nombre la detiene unos segundos. Tuerce su cabeza y me mira en la lejanía de la sala. Y, esta vez, tranquilo, sensato y convencido, le hablo en tono alto para que me escuche—. ¡Así no me gustan estas cosas!

Me niego a bailar al son que ella me marque.

Aunque, tal vez no sirvan de nada estas palabras, me siento mejor al dejarle claro que yo no soy un utensilio más que puede utilizar, ni siquiera para esto, cuando le venga en gana. «A mí no» —me digo totalmente enrabiado por lo sucedido.

Permanezco en la sala algunos minutos más. Me entretengo metódicamente en recoger cada una de las hojas de mi dossier. Las estiro una a una planchándolas con las palmas de mis manos y las coloco ordenándolas por el número de página. El material lo voy metiendo en cada uno de los cajones. Arreglo una de las cajitas donde va guardado el compás, que quedó algo dañada al caer contra el suelo.

CAPITULO III

Terceras personas

Ángela Thomson

—¡Ángela! —escucho como grita mi nombre. Vuelvo la cabeza—. ¡Así no me gustan estas cosas!... —«¡Ja!», me digo mientras ignoro sus palabras, pensando en que les duele ser pagados con la misma moneda que hemos recibido las mujeres en nuestras propias carnes durante años.

Sigo andando hacia la salida, aunque cuando me encuentro frente a ella, a punto de abandonar la sala, encuentro un pequeño y diminuto aparatito con una brillante luz roja parpadeante apuntando hacia mi cara. Giro bruscamente, Peter aparece agachado recogiendo las hojas de su dossier y no se percató de mi movimiento, mientras mi cuerpo queda paralizado tras comprobar cómo los mismos, pequeños y diminutos aparatitos, se encuentran colocados por todos sitios, esparcidos y estratégicamente escondidos a lo largo de la amplia estancia.

—¡Dios mío!... ¡Cámaras de seguridad! —Hasta este momento fueron totalmente invisibles para mí.

Bajo las escaleras espantada por lo que acabo de descubrir y al salir, mientras el chófer me abre la puerta, rebusco nerviosa dentro de mi bolso el teléfono móvil. Localizado y a la vez que me dejo caer en el asiento, hablo con William para que espere mis indicaciones antes de arrancar el coche. Con mis dedos temblorosos, busco en mis contactos el número de teléfono de Robert, y le llamo.

—¿Robert? —no puedo evitar hablar entrecortada.

—¿Ángela? Estoy saliendo hacia tu hotel ahora mismo.

—Por favor, recógeme en la obra —es la única salida que encuentro a esto.

—¿Y eso?, deberías estar ya lista, ¿ha pasado algo?

—¡Sí! —inspiro profundamente antes de soltárselo—, me acosté con Peter y no me percaté de tus indiscretas cámaras de seguridad —tapo mi boca para impedir que escuche mi respiración agitada.

Un silencio detiene durante instantes nuestra conversación. Hasta que, por fin, se arranca a contestarme con ásperas formas.

—¿Pero, qué me estás contando?! No me lo puedo creer... —dice colgando bruscamente.

Mientras espero y amparada por los cristales oscuros de la limusina donde quedé refugiada, observo cómo en el transcurso de los minutos Peter deja el edificio y abandona la obra. Instantes después, aparece una limusina de color blanco que aparca paralela a la nuestra. Robert baja de ella y directamente camina con paso firme hacia la garita de vigilancia donde, imagino, se encuentra todo el dispositivo de seguridad. Tuerzo mi cabeza siguiendo sus pasos. Uno de los vigilantes sale a su encuentro. Hablan, gesticulan, incluso le entrega su *walkie talkie* y continúa conversando a través de él. Aparece un segundo vigilante que le entrega algo, instante en el que dejo de mirarlos y permanezco expectante a sus noticias sin salir del coche.

Abre mi puerta de improviso, movimiento que me hace girar la cabeza y chocar mis ojos con los suyos. Los encuentro desenchajados, totalmente abiertos y con una expresión furiosa en ellos. Alarga enérgicamente su brazo y me da un DVD protegido por su funda de plástico.

—Toma, la grabación de todo el día. No hay más copias. He dado orden de eliminarlo del disco duro de inmediato —dice secamente y conteniendo la alteración de su voz que parece agarrotada por la tensión.

—Gracias, Robert.

Con aquello en la mano y pensando en que Peter probablemente descubrirá mañana las cámaras, me incorporo del asiento pasando por delante de su lado, ya que continúa inmóvil sujetando la puerta, y vuelvo a entrar en el edificio.

Cojo un taco de post-it y un bolígrafo que encuentro en una de las mesas, y ando hacia la suya. Deposito el DVD encima de la cubierta del dossier, que aparece perfectamente ordenado y colocado, no tan dañado como imaginé que había quedado. Me siento en su silla y le escribo unas palabras. Al terminar, tiro hacia arriba arrancando la pequeña etiqueta donde escribí y, seguidamente, la pego sobre la funda.

Bajo deprisa las escaleras y me dirijo hacia el coche donde se encuentra esperándome Robert. Aparece sentado en el interior con semblante serio, pero, antes de que su boca pueda recriminarme cualquier cosa y mientras me siento junto a él, me adelanto a sus posibles palabras.

—Tengamos una velada apacible..., esto no volverá a suceder —digo arrepentida—. Respetaré la sala de trabajo y a tus empleados. Lo siento, de veras.

—Eso espero... —balbucea algo más calmado y soltando el aire que retenía.

Después de mis disculpas el ambiente parece tranquilizarse y, con la voz algo más suelta no tan oprimida como antes, le da indicaciones a su chófer:

—¡Dirígete a Meatpacking District!

A continuación me mira.

—Es una sorpresa —dice súbitamente poniendo fin a su enfado.

Recuerdo esta frase. Siempre la decía cuando había descubierto un sitio especial que

me quería enseñar.

—No creo que me sorprendas tan fácilmente —le contesto tal y como lo hacía entonces.

Nos reímos a la misma vez —con la tensión anterior totalmente olvidada—, recordando un breve instante de nuestro pasado. Durante mucho tiempo hubo una química especial entre nosotros. Nuestras risas fáciles y contagiosas aún perduran. Durante todo el trayecto seguimos charlando distendidos, esta vez como dos buenos amigos que no se han visto desde hace tiempo.

Robert, a simple vista, parece un hombre reservado y hermético, no se deja conocer, además, no está disponible para todos. Selectivo, algo arrogante, pero extremadamente amigo de sus pocos amigos. No es fácil ser aceptado en su círculo y, con su envolvente carácter, cuando te invita a entrar, tampoco es fácil no ser embaucada (por su perseverancia) o cautivada (por su elegancia). Su técnica de seducción está muy lograda. Primero escoge a su presa. Una vez pasada esta primera criba, se deja ver, te sigue por tus locales habituales, investiga a tu grupo de amigos hasta que consigue colarse, aunque sea por la puerta de atrás, pero llega. En la segunda fase, te embauca con cenas extremadamente románticas, con viajes exóticos llenos de detalles, con sus caras atenciones... Esto termina de engancharte a él. Y por último, cuando ya te tiene comiendo de su mano, aparece su tercera y última fase, sus desviados gustos sexuales, en los que caes y te dejas llevar prácticamente sin darte cuenta, de forma natural.

Mientras habla, no puede evitar insinuarse, hasta me roba un beso como se roba una cartera en el Bronx, repentinamente, sin intuirlo. Aunque esta vez, aleccionada por el pasado, no le respondo y corto su acercamiento tajante, alejándome de su lado resbalando por la tapicería hasta separarme lo suficiente de él.

El coche se detiene ante un restaurante que no conozco. Enseguida llama mi atención el gran portón de forja con pesados bloques de acero colocados transversalmente, emulan a la torre Eiffel e, increíblemente bien trabajadas sus láminas de hierro, esculpen la palabra “París”.

William, que es el primero en bajar, nos abre la puerta. Seguidamente accedemos al local guiados por uno de los encargados que parece estar esperándonos.

Sorprende estar en París en medio de Nueva York. Parecemos pasear por una recreación perfecta del barrio más bohemio de esta maravillosa ciudad, el barrio de los pintores. Sus lindas paredes de tela, imitando un gran lienzo, están decoradas con artistas dibujados que retratan caricaturas o interpretan pequeñas obras de teatro callejeras o, a pincel, parecen dibujar impresionantes paisajes de enorme colorido; preciosas lámparas de pie nos rodean emulando rústicas farolas esparcidas por todos los rincones con luz tenue; sillas metálicas de colores envejecidos, con grandes y cómodos cojines de cálidos estampados; suelos de parquet avejentado y en distintas tonalidades copiando el empedrado de sus calles. Y, presidiendo el enorme salón y elevada sobre una pequeña colina artificial, se encuentra una maqueta enorme de la Basílica del Sagrado Corazón de Montmatre, que

resplandece debido a la luz de unos potentes focos que impactan sobre ella y realzan su belleza en la penumbra del restaurante.

No puedo dejar de mirarlo embobada mientras nos acomodan en nuestra mesa. Como siempre, posee el don para sorprenderme. Él, a sabiendas de su habilidad para impresionarme, solo sonrío complacido por su logro. Pero el atontamiento crónico que siento al estar a su lado, termina desapareciendo de un plumazo cuando una espectacular camarera, perfectamente apretada y marcando sus encantos, nos atiende. Robert, descarado, acalla nuestra conversación y se coloca en la silla, estirando su cuello e irguiendo su postura. Y, mientras selecciona el menú, que lo dejo totalmente en sus manos, busca constantemente los ojos de la chica intentando llamar su atención. Al terminar de realizar el pedido, estira su brazo para devolverle la carta y, aprovechando el movimiento, roza sus dedos con los de ella, contacto que la camarera no rehúye. El episodio, algo descarado, me vuelve a recordar el tipo de hombre que es. Quedo descolocada, hasta me enfado conmigo misma arrepentida de mis breves segundos de debilidad.

Durante la cena su tonto teo continúa y su falta de respeto, que hace un tiempo veía con total normalidad, me provocan un mal estar y unas ganas locas de terminar con esto. Deslizo mi mano por encima del mantel e intercepto la base de su copa de vino antes de que vuelva a elevarla hacia su boca.

—¡Me marcho de aquí! —le digo súbitamente mientras nos sirven uno de los entrantes.

—¿Ya?!, pero si estamos empezando —dice mientras sigue bebiendo como si nada.

—¡Quédate! No te necesito, le diré a William que me lleve al hotel. ¡Me marcho! —repito, mientras me levanto bruscamente de la silla lanzando mi servilleta contra el plato aún vacío.

—Espera, espera... —indica mientras me frena con una de sus manos y se levanta a la vez que, precipitado, con la otra deposita la copa que bebía sobre la mesa—. Está bien, deja que te acompañe.

Escapo deprisa hacia la salida, obligándome a ignorar los preciosos detalles de sus paredes para no demorar mi huida. Solo quiero cortar cuanto antes con este absurdo encuentro que jamás debí aceptar.

Nada más subirnos en el coche, apresurado, habla con su chófer.

—¡Llévenos al hotel de la señora Thomson! —le inquiera desganado y totalmente contrariado por la situación. Vuelve su cara hacia la mía—. No entiendo tu comportamiento, estás rara Ángela, pareces otra. Es como si no te conociera.

—Ya no soy aquella imbécil que sometiste. Intenta mantener las distancias y no vuelvas nunca más a comportarte de esta manera cuando estés conmigo. Recuerda que soy tu jefa —le amenazo—. Mantengamos una relación puramente profesional —corto tajante con cualquier pretensión fuera de lo estrictamente laboral.

Después de mis palabras, permanece inmóvil en su asiento como asimilando este nuevo enfoque hacia mi persona.

Al llegar, mientras el chófer abre la puerta cercana a mi asiento, le hablo con desgana. Intento darle una última indicación antes de mi viaje.

—¡Adiós, Robert! Manténme informada a diario de todos los avances. Tardaré en regresar, voy a pasar unos meses con mi hermano. Ya sabes dónde localizarme... —pasivo, me escucha sin decir nada más.

Pero antes de salir, al inclinar mi cuerpo para levantarme del asiento, su mano intercepta la mía y la retiene con fuerza apretujándola contra él, movimiento que me hace caer de nuevo a su lado.

—Ve con mucho cuidado, Ángela..., ese país es peligroso. —Son éstas las últimas palabras que escucho, mientras me incorporo y me alejo rápidamente de este clavo ardiendo que me atrae y cuando lo toco, siempre me quema.

En mi apartamento, las paredes me aprisionan. El aire, estancado, no corre por mi cuerpo y queda retenido dentro de él. Me falta la respiración. Recuesto la espalda sobre una de las columnas que adornan el salón y me deslizo por ella hacia el suelo. Allí, tocando fondo, me aferro a mi última oportunidad para salvar esta vida vacía, solitaria y enrarecida, que yo misma he construido a mi alrededor. Anhele esa segunda oportunidad que todos nos merecemos cuando la primera ha salido desastrosamente mal, y, ese cambio que pretendo por encima de todas las cosas, está a punto de llegar...

Peter Sanz

Me levanto con ganas de dar un paseo por Central Park, buscando que la naturaleza me aporte inspiración y me ayude a calmar el caos en el que se ha convertido mi vida en estos últimos días. Rebusco dentro del armario mi pequeña mochila y una vez localizada, voy llenándola con lo que creo que puede hacerme falta: un mapa, una pequeña botella de agua, ese *iPad*... Una vez ataviado con calzado deportivo, correteo por el pasillo hasta la salida, intentando calentar mis rodillas y desentumecer los tobillos.

Mi apartamento, aunque extremadamente pequeño, se encuentra en una zona privilegiada. Tras atravesar la avenida que da al portal y cruzar un par de calles estrechas, por donde acorto, me topo con este gran rectángulo de vegetación, que es el pulmón de Nueva York, y en este momento, el de uno de sus habitantes. Necesito respirar. Deseoso de recibir una bocanada de aire fresco, ligero, me introduzco en él. Lo asemejo a un gran oasis en medio del desierto, apareciendo súbitamente su espesura a las faldas de un alto edificio precipitando un cambio repentino en el paisaje, convirtiendo el acero, en tallos y flores. Impresionante contraste.

Durante el paseo, que me propongo firmemente en realizar con más frecuencia, me fijo en nuevos detalles que no capté en mi anterior vez. Examino la fuente de Neptuno mientras echa agua por su boca, y bajo sus pies, localizo un pequeño pececillo perfectamente esculpido con todos sus detalles: las escamas bien marcadas, sus dos branquias abiertas de par en par, una vigorosa aleta dorsal... precioso animalillo escondido en tan grandiosa escultura. Progreso a través de caminos rodeados de arbustos increíblemente bien perfilados. Unos de perfectas formas geométricas, otros, parecen verdes figuras modeladas por hojas... Atravieso un diminuto puente que evita un pequeño riachuelo, y me fijo, en cómo las hojas que flotan sobre él trasportan pequeños copos de nieve que se derriten en segundos. Ando tan ensimismado con la belleza que aporta la naturaleza que, sin darme cuenta, he llegado justo a la salida que se encuentra frente a la obra. «*Fin del viaje*» —me digo—, encantado de haberme quitado de la cabeza a esa mujer.

Salgo de Central Park y cruzo la avenida perpendicular a la obra. Me acerco a la entrada y, mientras camino, mis manos emprenden la búsqueda de mi acreditación. Una vez la palpo, me dispongo a sacarla del bolsillo interior de mi chaqueta cuando, sorprendentemente, el guarda de seguridad que se encuentra delante de mí, me frena el gesto.

—Señor Sanz, buenos días, no hace falta se acredite —una sonrisa extraña aparece en su rostro—. Ya le conocemos todos...

—Buenos días... —le respondo algo sorprendido, imaginando que el departamento de arquitectura no necesita volver a identificarse.

Sube la vaya, que se eleva costosa por encima de mi cabeza, y accedo algo intrigado por esa sonrisa que continúa plasmada en su cara. Ando con paso rápido buscando ser el primero en llegar al trabajo, y apresurado, subo las solitarias escaleras, aunque en mi camino vuelvo a cruzarme con otro guardia de seguridad, probablemente realizando su

ronda de vigilancia, que al coincidir conmigo en uno de los escalones alza su mano a mi paso y palmotea mi espalda un par de veces. Con una sensación extraña de ser conocido por todo el departamento de seguridad, llego hasta la entrada de la sala de trabajo y, antes de acceder, me detengo intentando buscar una explicación a mi inusual popularidad.

La recorro con la vista. Las mesas están ordenadas y la estancia desprende una fragancia a limpia mezclada con ese olor característico que posee lo nuevo, incluso el olor a tinta y el aroma a café parece envolverla. No encuentro nada especial que me haga sospechar de tan amable recibimiento. Voy hacia mi mesa y me coloco delante de ella, dejándome caer sobre la silla. Encima de mi dossier encuentro un CD que no estaba ayer, con un post-it de color amarillo pegado y doblado por la mitad. Intrigado, lo cojo con ambas manos y leo la etiqueta: “Jueves, treinta de enero. Grabación sala uno”. Muevo mi cabeza violentamente hacia ambos lados y, esta vez me percató, que lo que pensaba eran modernas alarmas de incendios con luces parpadeantes esparcidas por toda la sala, en realidad son... ¡Cámaras de seguridad! Precipitado y con el corazón tembloroso del sobresalto, despego el post-it y lo despliego acelerado, desesperado por recibir alguna tranquilizadora información.

“En cuanto me di cuenta, volví y ordenamos borrar el día completo. Espero que lo destruyas. Es la única prueba que queda de lo que ocurrió anoche. Robert lo sabe. Lo siento, he tenido que contárselo. Ángela.”

—«¡¿Robert?!, y... medio departamento de seguridad...» —pienso incrédulo por lo que me ha vuelto a pasar.

Disimuladamente y mirando a todos los sitios, como ocultándolo de miradas indiscretas, lo guardo rápidamente en mi pequeña mochila, a la vez que la sala empieza a recibir a sus primeros empleados.

La jornada laboral la empiezo nervioso, ni un solo día me rodea la paz desde que conocí a esta mujer que me está volviendo loco. Aunque, dentro de lo malo e intentando buscar el lado positivo al asunto, esta vez todo parece haberse arreglado sin prácticamente tener que estrujarme los sesos para solucionar este nuevo incidente.

Ángela no apareció en toda la mañana, mientras que el señor Smith fue de los primeros en llegar. Pasó por delante de mi mesa con un estilo chulesco y agrio, ásperas maneras que no me hicieron perder ni un segundo la concentración en mi proyecto. Además, sus formas me alientan a trabajar mucho más intensamente. Pienso que esta aptitud productiva será la única opción que me queda para poder conservar el trabajo, quedándome claro que a la que tengo que sorprender es a Ángela, a sabiendas de que es ella la que tiene la última palabra sobre mi futuro.

Termina la mañana sin apenas haberme enterado. Solamente las voces de los compañeros saliendo a comer me hacen perder la atención. Hasta dirijo una mirada hacia la

mesa principal por si hubiese aparecido Ángela y no me hubiera dado ni cuenta. «*Pero ¡no!, hoy parece que tenía otros planes en los que no están ni venir a trabajar, ni verse con su última conquista*» —me digo nuevamente contrariado.

Continúo pegado a mis planos, que parecen ser lo único que me mantiene sosegado, cuando escucho un ruidoso taconeo que se detiene detrás de mi espalda y me hace girar bruscamente mi silla pensando en encontrarme con ella tras el movimiento.

—Hola, número treinta —me dice sorprendentemente la compañera con la que me encuentro—. Vamos al Kip's, ¿te apuntas o tienes otros planes?

Es la guapísima chica que se sienta en las primeras filas cercanas a la entrada, justo al lado de uno de los enormes *plotters*.

—Hola, número... —dubitativo, intento recordar el número de su mesa— diecisiete.

—¡Dieciséis!, —me corrige.

—Eso... —le digo sonriente mientras me toco el pelo avergonzado por mi fallo—. Terminó y os busco. Me llamo Peter —alargo mi mano para estrechar la suya.

—¿Que tal Peter?, me llamo Erika —se acerca, ignorando mi saludo, y me planta dos besos sonoros a ambos lados de la cara—. Te espero, no tengo hambre —dice alargando las comisuras de sus labios y dibujando una amplia sonrisa de oreja a oreja.

Desplaza la silla de la mesa contigua a la mía, haciéndola rodar hasta ponerla a mi lado. Se sienta esperando a que realice un último trazo que quiero terminar antes de salir a comer. Aguarda e, intentando mantenerse entretenida, coge el compás de una de las esquinas de mi mesa y, tras abrirlo y cerrarlo varias veces, empieza a contarme sobre su proyecto totalmente ilusionada y como con ganas de explicárselo a alguien.

—Ayer mismo no tenía ni idea que estaría trabajando en esta obra. De camino a la oficina, como todas las mañanas, recibí una llamada de un número desconocido. La atendí algo extrañada, y escuché pasmada a nuestro jefe pidiéndome que viniera rápido para acá, que la señora Thomson me había escogido para participar en un gran proyecto. Imagínate cómo me quedé al llegar, entrar en aquella reunión y salir de ella con el encargo de diseñar las oficinas del “City Nacional Bank” —habla totalmente orgullosa y a la vez sorprendida de su suerte.

Aunque todos los bancos se rigen por las mismas directrices, tiene cierta libertad en los diseños de los despachos, la ubicación de la cámara acorazada, hasta en la colocación de las cajas de seguridad. Me cuenta totalmente emocionada.

—Un gran proyecto Erika —le digo al terminar su extensa exposición, a la vez que concluyo el trazo y coloco la estilográfica dentro del estuche.

Abandonamos la obra y andamos por calles cercanas en busca del grupo de compañeros que salieron antes que nosotros. Erika y yo parecemos fascinados e ilusionados por esta oportunidad laboral, ya que según me cuenta, para ella es su primer gran proyecto al igual que lo es para mí. Conectamos a la perfección. Me encanta cómo me mira fijamente

a los ojos cada vez que hablamos, cómo mueve sus finos y largos dedos cuando se explica, cómo la pequeña brisa mueve su melena cobriza y ella, finamente, la frena contra su cuello y la deja caer sobre uno de sus hombros.

Nuevamente, y en cuestión de cuarenta y ocho horas, me siento atraído por una segunda mujer.

Azoto mi cara helada con un movimiento brusco al acceder al restaurante. La desentumezco del frío cortante que dejamos en el exterior. Andamos hacia el fondo, guiados por el jaleo que produce medio departamento de arquitectura terminando de pedir la comida. Y, como dos críos llegando tarde, aceleramos el paso y nos sentamos justo al pasar el camarero por nuestras sillas, con *Tablet* en mano, a tiempo para tomar nota de nuestro pedido. Ella, que parece conocer el sitio, elige rápidamente sin mirar la carta, mientras que yo, improvisando y amante de cualquier cosa que se pueda masticar, pido lo mismo.

De nuevo vuelvo a ser el centro de todas las miradas cuando uno de mis compañeros se interesa por mi proyecto, captando seguidamente la atención de todos, que parecen silenciar el murmullo y atender a mis palabras.

—Es un innovador proyecto el que quiere diseñar la señora Thomson para su ático —le contesto mientras le dirijo la mirada—. De todas formas las ideas nos irán surgiendo según avancen los días. Aún es muy pronto para concretarte algo.

—¿Conoces a la señora Thomson? —pregunta otro, tal vez igual de sorprendido que yo por mi elección.

—¡No!, no la conocía, pero ya he tenido el gusto de reunirme un par de veces con ella. —«¡Y vaya reunioncitas!», pienso sin decirlo.

Por fin, y salvado por la campana, nos interrumpe el camarero cargando con platos gigantescos que sujeta hábilmente con ambas manos. Todos, hambrientos, callan y atienden a su voz, mientras va nombrando el contenido de los platos.

—Por aquí esos dos... —dice Erika, al ver que el camarero carga con nuestros platos.

La conversación por fin da un giro y mientras comemos, todos ensalzan la excelente comida que sirven en este lugar; mis chuletas al chimichurri están en su punto con un toque picante, pero no en exceso.

Otra vez, y tras revolotear su nombre por mi cabeza, me quedo bloqueado y abstraído de la conversación. Hablo por hablar, poco concentrado en lo que digo cuando mis pensamientos se agolpan recordándola... Limpio mis dedos sobre una pequeña servilleta enrollada y húmeda que han colocado en pequeñas bandejas, y me precipito hacia la mochila. Abro la cremallera, dando la espalda a la mesa, y busco el *iPad*. Lo enciendo, desbloqueo y toco el icono del *WhatsApp* para introducirme en él con varias intenciones. La primera, confirmar que no he recibido ningún mensaje de ella y tras la comprobación... intentar contactar con Ángela.

—Necesito consultarte unas dudas... ¿Por qué no has venido? Te he estado esperando durante toda la mañana —vacilo unos segundos y sigo escribiendo—. No puedo

olvidar lo que pasó ayer..., por favor, no me trates como a una conquista cualquiera. Me tienes enganchado a ti... —termino sincerándome, a la vez que mi dedo no duda ni un segundo en tocar el botón de “enviar”.

De vuelta a la obra, subimos todos en comitiva por las escaleras cuando me doy cuenta que Erika desapareció de mi lado y se perdió entre la multitud de compañeros viniendo hacia el mismo sitio. Al llegar, van ocupando sus lugares de trabajo. Tras sentarme, deposito la mochila a mi lado, muy cerca, atento a recibir noticias tuyas, para en ese caso, poder responderla inmediatamente. Hasta cuando voy al aseo la llevo conmigo. Durante el resto del día me obsesiono con ese pitido que nos pueda poner en contacto. Pero nunca llega, y la ilusión de hablar con Ángela se desvanece de entre mis manos. Siento como si la ilusión convertida en agua, se colase entre mis dedos sin poder retenerla, derramándose completamente y dejándome sediento de ella.

Finalizado el día de trabajo, voy recogiendo toda mi mesa metódicamente, desde los materiales más cercanos a mí, hasta las grandes reglas que deposité al fondo. Una vez queda mi mesa ordenada, me levanto de la silla y contemplo la sala ya en penumbra tras apagar el potente foco que posee mi escritorio. Solo se escuchan mis pasos que retumban por las paredes de la silenciosa estancia vacía mientras recorro el pasillo que me lleva hacia la salida.

Deshago el camino de esta mañana bajando las escaleras, dejando atrás la garita de vigilancia y cruzando la avenida que nos separa de Central Park. Me voy alejando hasta que pierdo el contacto visual con la obra y me introduzco en el parque. Al atravesar la entrada, mientras mis ojos chocan con la estatua colocada justo enfrente, diviso una conocida esbelta figura de mujer que parece estar contemplándola, parada ante ella y con sus manos metidas en los bolsillos de su largo abrigo, ocultándolas del frío anochecer invernal de Nueva York. Me acerco por su espalda, despacio e intentando asegurarme de que es ella, aunque sus largos brazos, la longitud de su cuello y la pequeña parte de pelo color cobrizo que sobresale por debajo de su sombrero de lana, despejan todas mis dudas.

—Hola, ¡¿Qué haces?! —le pregunto extrañado al verla a estas horas mientras me aproximo a ella.

—¡Ah!... ¡Peter!... ¿Aún por aquí?... —se da media vuelta luciendo una amplia y cautivadora sonrisa.

—Venga Erika... te acompaño, es tarde ya.

Mientras andamos, vamos conversando rodeados de la penumbra del anochecer, cuando las farolas recién encendidas aún emiten esas luces anaranjadas que no iluminan, pero dan un toque romántico a nuestro paseo. A la vez que caminamos mi mente, nublada por su compañía, va recordando el potencial físico que se esconde tras su largo abrigo de invierno: pantalones de cuero negro bien ceñidos, jersey blanco de cuello vuelto marcando sus voluminosos pechos... es tal el torrente seductor que me envuelve que, tonto de mí, vuelvo a arrimar mi oreja hacia la mochila buscando ese pitido que me aleje del embrujo en el que mis pensamientos me tienen inmerso.

Parecemos seguir el mismo recorrido que lleva hacia mi casa, cuando el camino se

bifurca hacia dos direcciones. Una nos llevaría hacia mi apartamento y la otra parece finalizar en una de las múltiples salidas que posee Central Park.

—Bueno Peter, mi casa está por aquí —indica, apuntando con su dedo hacia la salida y cortando la conversación que estábamos teniendo—. ¿Te veo mañana? —pregunta mientras, insinuante, roza sus dedos con los míos y emprende su solitario camino.

—¡Erika...! —grito repentinamente bloqueado por ese roce provocador que acabo de recibir. Por segundos, nuestros ojos contactan de nuevo—. Buenas noches —le digo cortando cualquier intención, tras llevar mi mano hacia la espalda y rozar la mochila que contiene el excitante DVD que custodio desde esta mañana, y que estoy ansioso de visionar.

—Buenas noches, Peter.

Abro bruscamente la puerta de mi apartamento, atravesando a toda velocidad el largo pasillo. Zarandeo la mochila vaciándola sobre el sofá. Cae la botella de agua ya vacía, el mapa mal doblado, ese *iPad* y por último, y atascado en el fondo, tras otro enviste, desprendo el DVD que me tiene martirizados los pensamientos durante todo el día. A continuación, enciendo el televisor y aprieto el botón que abre la ranura lateral del lector. Al aparecer, lo coloco y lo empujo para que se cierre. La pantalla, ennegrecida, cambia de color hasta aclarar la imagen y proyectar nítidamente la sala de trabajo aún desierta. Me sorprende contemplarla desde todas las posiciones posibles, ya que aparece dividida por pequeños cuadrantes y cada uno de ellos me ofrece distintas perspectivas. Adelanto la grabación siguiendo la hora que se encuentra en una de las esquinas. Como si fuera un cronómetro, progresa velozmente hasta llegar al instante que andaba buscando. Ángela, ofuscada, se acerca por detrás de mi mesa mientras que yo sigo leyendo el proyecto. Parezco ignorarla, cuando realmente ni me di cuenta de su presencia. Estira su brazo y, brusca, agarra mi asiento haciéndolo girar hacia ella. De improviso se tira a mi boca. “Pause”, le doy al “Pause” paralizando la imagen en ese preciso instante. Pensativo, acelerado y con el corazón encogido, me dejo caer sobre el sofá sin quitar mis ojos de ese *iPad* que no dio señales de alivio en este día que termina como todos los demás, con Ángela colapsando mis pensamientos. Con el desasosiego crónico que me envuelve, continúo visionando el video, buscando recrearme con lo único que me queda de ella, su presencia en esta corta película de video que escasamente dura veinte minutos y que bastaron, para despertar con más fuerza que nunca algo increíble, una atracción devastadora y repentina por una mujer totalmente imposible.

CAPITULO IV

Un viaje inesperado

Ángela Thomson

—¡Señora Thomson!... ¡Señora Thomson!... —oigo susurrar entre sueños mientras mis ojos, entumecidos, empiezan a entreabrirse lentamente al ser frenados por la claridad de un foco que se encuentra sobre mi cabeza y que me deslumbra con su potente haz de luz.

Una cara, borrosa, es lo primero que visualizo al abrir por completo mis parpados, y, poco a poco, mi vista parece ir enfocando mejor hasta que desaparece por completo esa bruma artificial que te nubla tras recibir una anestesia general.

«¡Ahora sí!» —pienso, al contemplar claramente la cara del bajito doctor Richard prácticamente pegada a la mía.

—¿Se encuentra bien? —pregunta, mientras noto sus dedos pellizcando mis mejillas.

—Algo aturdida —le contesto con los labios aún adormecidos.

—Dese media hora. Intente relajarse mientras la llevamos devuelta a su habitación.

Aunque corta la conversación, no puedo esperar a preguntarle...

—¿Todo fue bien doctor? —hablo con esfuerzo debido al efecto secundario que causa la anestesia y que me dificulta la vocalización.

Toca mi mano suavemente, a la vez que me susurra...

—Ya está embarazada señora Thomson, no tiene que preocuparse de nada más. El óvulo fecundado parece estar colocado perfectamente, ahora depende sólo de su cuerpo. Relájeseee —contesta, alargando la última palabra mientras suelta su mano de la mía y la desliza hacia mi hombro que roza con sus dedos manteniendo nuevamente el contacto físico.

Progresamos por el largo pasillo que conecta con mi habitación.

Llevo varios meses tratándome bajo la supervisión de este prestigioso doctor para someterme a una fecundación in Vitro a través de un donante anónimo. Aunque era un viejo conocido para mí, ya que hace unos años, cuando aún estaba casada, intentó ayudarme con mis problemas de fertilidad. Pienso que los estados de ánimo cambiantes, la vida ajetreada que llevaba, los altibajos en mi relación... influyeron en que nunca llegara el

tan ansiado bebé.

Consciente de mi dificultad para quedarme en estado y de mi edad avanzando con premura, solo me quedaba hacerlo así. Y el mes pasado tomé por fin la tajante decisión, aunque quedó la ardua tarea de elegir una fotografía de entre las miles de ellas que me presentaron en un enorme y pesado catálogo, que recosté sobre mis piernas mientras lo hojeaba estudiándolo a conciencia. Bajo la foto de cada uno de los jóvenes donantes (casi todos ellos estudiantes y sobrados de sanos espermias), me ofrecían una descripción exhaustiva de sus profesiones, en el caso de estar trabajando actualmente, y de los estudios cursados o que estaban estudiando en la actualidad. Aunque buscaba una combinación de ambos, intelectual y física, no dudé ni un segundo en elegir a un brillante estudiante de arquitectura, cuyo nivel académico era de “cum lauden” y, anulada por su envidiable trayectoria universitaria, no me fijé en nada más. Dejé caer mi dedo sobre su fotografía a la vez que el doctor, atento a mi elección, pegaba un pequeño adhesivo encima de ella.

Al llegar a mi solitaria y lujosa habitación, fijo mi vista sobre el enorme reloj digital de color crema incrustado en la pared del mismo tono, que se encuentra frente a mi cama. Y sorprendida por la hora, arrugo la frente extrañada por la rápida intervención, ya que apenas han pasado veinte minutos desde que salí de aquí.

Las enfermeras, hábilmente, quitan las agujas de los brazos, que me mantenía enganchada al gotero y que inmovilizaba mis movimientos. Siento como soy liberada de ese pinchazo continuo al que estaba siendo sometida, recobrando la tan ansiada movilidad. Tras el ajetreo y trasiego de enfermeras por mi cama, por fin, me quedo a solas. Según pasan los minutos, voy asimilando mi nueva condición de futura mamá, quedando fijada sobre mi boca una sonrisa embobada de la satisfacción que me invade. Aletargada por la emoción, apenas hago caso al fino pitido procedente del *iPad* al recibir un mensaje. En otro momento, me tiraría hacia él, pero ahora no quiero que nada distraiga estos pequeños instantes de felicidad en los que estoy inmersa.

Sin gran interés, alargo la mano, aún resentida, hasta tocar con la punta de mis dedos el *iPad* que mantengo cercano, sobre la sosa mesita metálica contigua a la cama. Consigo desbloquearlo y deslizo la barra que se encuentra en la parte superior hacia abajo buscando el simbolito del *WhatsApp*, que aparece indicando la recepción de algún mensaje. Toco el icono y leo.

—Necesito consultarte unas dudas... ¿Por qué no has venido? Te he estado esperando durante toda la mañana. No puedo olvidar lo que pasó ayer..., por favor, no me trates como a una conquista cualquiera. Me tienes enganchado a ti... —de nuevo esa sensación de felicidad que inusualmente apareció desde que salí del quirófano, vuelve a rondar mi cuerpo.

Pensativa y abstraída por las sensaciones, le contesto.

—Estoy en Los Ángeles, llegué esta mañana. Debí decírtelo —e increíblemente sincera sigo escribiéndole—. Perdóname por todo, no tenía que haberme comportado como lo hice. Tardaré en regresar..., espérame... —sin pensar en las palabras que acabo de

escribir e impulsiva, sin premeditación, me precipito al botón de “enviar”. La pantalla se oscurece y la luz de la batería empieza a emitir su característico parpadeo anaranjado indicando la necesidad de carga. Mi cabeza empieza a colapsarse por las dudas sobre el desastroso envío que acabo de realizar, incluso la incertidumbre me empieza a surgir. Pero sin tiempo para un repentino cambio de humor aparece el desgarbado y minúsculo doctor Richard —siempre acompañado por sus espléndidas enfermeras de blanco involuto—, que, cercano, se sienta a los pies de mi cama sujetando un viejo cuadernillo que parece llevar con él a todas partes. Aparto el *iPad* de mi lado, olvidándome rápidamente de lo sucedido y prestándole toda mi atención mientras empieza a hablar.

—¡Cierren la puerta! —indica autoritario.

Me mira por encima de sus pequeñas gafillas redondas que reposan sobre su afilada y fina nariz.

—Señora Thomson, una vez embarazada, tengo que realizarle unas pequeñas recomendaciones que deberá seguir a raja tabla hasta su próxima visita. Visita que fecharemos aproximadamente dentro de dos meses.

—Está bien —asiento con la cabeza, mientras una de las enfermeras aprieta un botón que eleva el respaldo de mi cama, y me acomoda la almohada.

Escucho atenta el tradicional discurso: no realice esfuerzos innecesarios, evite comer pescado o marisco crudo, nada de alcohol... Cuando parece que la retahíla de prohibiciones va a concluir, me hace una extraña pregunta:

—¿En estos últimos días ha mantenido relaciones sexuales con receptores adecuados?.

Sus ojos miran hacia su cuaderno y, seguidamente, eleva el bolígrafo hacia la página preparándose para escribir.

—Hago una breve pausa. Pausa causada por su inesperada pregunta, y escueta, sin ningún tipo de explicación contesto...—¡Sí!

—Pues evite mantener relaciones hasta dentro de un mes... ¡Ah! Y nada de viajes precipitados. Quiero perturbar lo menos posible su reposo.

—Doctor, pensaba viajar mañana... —digo algo contrariada por su inoportuna recomendación.

—Señora Thomson, le aconsejo retrasarlo.

Concluye sin más, cerrando cuidadosamente su destartalado cuaderno de anotaciones.

—Gracias, así lo haré —contesto resignada, apretando mis mejillas por la contrariedad de retrasar un viaje extremadamente necesario y costoso de aplazar.

Se levanta de la cama, y anda hacia la salida por detrás de su séquito de enfermeras, pero antes de abandonar la habitación, se vuelve de nuevo hacia mí y me dirige sus últimas palabras.

—Señora Thomson, anote en su agenda que el treinta de marzo quiero revisar a su bebé —indica sonriente e imagino que satisfecho por la culminación de un buen trabajo.

Permanezco horas recostada y en silencio, pensativa.

Con la certeza de estar embarazada, algo tan deseado para mí, incongruentemente me invade una sensación de miedo, que, como en oleadas, recorren mi cuerpo e incluso provocan que el vello se me erice. Es el pánico a una nueva vida, el temor a saber encauzarla desde el principio, el miedo a no dominar la situación, a querer por encima de todas las cosas...

Peter Sanz

Todos los días mientras subo las escaleras que dan a la sala de trabajo, tengo la esperanza de volver a encontrarme con ella, de volver a verla: acotada por sus planos, contestando a todas las preguntas hábilmente, rodeada de ese glamour que parece envolverla siempre... Pero hoy, como ya va siendo habitual en estas últimas semanas, Ángela parece haberse esfumado..., continúa desaparecida. No contesta, no llama y su ausencia va siendo amargamente habitual.

Aunque el contacto con el agrio señor Smith sigue siendo nulo, hoy le echo el valor suficiente y, decidido, ando hacia su mesa con la única intención de saber algo de ella.

Plantado delante de él y sin importarme la ignorancia con la que me ha tratado todos estos días, permanezco inmóvil intentando llamar su atención. Obligado por la situación, no tiene más remedio que levantar su cabeza lentamente hacia mí, que impasible, lo sigo con la mirada a la espera de que nuestros ojos contacten visualmente y, cuando esto sucede, le hablo más educadamente de lo que se merece.

—Disculpe... —frunce el ceño extrañado—. Necesitaría contactar con la señora Thomson —digo lo más correctamente posible.

—¡Eso es imposible...! —contesta con un tono estúpido y soberbio que colma mi paciencia.

Mi voz, presionada por las ganas de pegarle un puñetazo, se vuelve bronca.

—Soy el asesor de proyectos de la señora Thomson —recalco, elevando el tono y poniendo con brusquedad mis nudillos sobre su mesa—, y exijo hablar con Ángela.

Mi agresividad parece causar efecto, al conseguir que en un tono aceptable me responda.

—Esta fuera del país —elevo mis cejas por la sorpresa que me causa la noticia—, pero hablamos a menudo... —hace una pausa y continua—, le diré que la está buscando.

Concluye bajando su cabeza hacia los planos que reposan sobre su mesa, a la vez que aparto con aspereza mis manos de su escritorio.

Doy media vuelta, dándole la espalda, y me dirijo pensativo hacia mi sitio. Al sentarme, durante minutos, quedo aislado de todo al ir asimilando la información que acabo de recibir, incluso noto mi cuerpo como empapado por un chorro de agua helada recorriéndome desde la cabeza hasta la punta de mis pies. Aunque me amarga pensar que fui un juguete entre sus manos, increíblemente, no puedo evitar sentir unas ganas locas por verla, por volver a tocar la suavidad de su piel, por perderme en sus sabrosos labios...

Solamente mi proyecto consigue abstraerme. Trabajo en mi creación, dibujo líneas transversales, aquí y allá, quedando acopladas milimétricamente a la estancia que estoy diseñando... Mi mente se adentra en los planos, recorre pasillos, se asoma a través de los grandes ventanales que rodearán la nueva oficina y, todo lo que imagino, sale plasmado a través de mis hábiles manos que van componiendo las solitarias notas de la que será una

gran sinfonía. Sigo concentrado hasta que..., algo cae por mi hombro frenando contra mi mesa mientras Erika pasa por mi lado. Mis parpados no pueden abrirse más por la sorpresa de contemplar un pequeño sobre lleno de corazones totalmente cursi. Mi cara se enrojece cual si fuera un tomate rojo maduro y, mientras lo sujeto entre mis manos, llegan hasta mis oídos alguna que otra descarada risilla de fondo. Con premura e inquieto, lo abro extrayendo la tarjeta de su interior —que me parece aún más ridícula si cabe—. La leo totalmente intrigado.

Peter, gracias por una semana de amor.

Feliz San Valentín, te quiero. Erika

Al leer esta declaración, elevo mis ojos rápidamente hacia el gigantesco calendario digital que posee la sala confirmando que hoy, en efecto, es catorce de febrero. Un día más que normal para mí, y que sin embargo en Estados Unidos se celebra especialmente, incluso las grandes superficies abren hasta altas horas de la noche para complacer a todas las parejas de enamorados. Sin este ser mi caso, pero obligado por esta reveladora declaración, un poco..., precipitada, ya que simplemente nos estamos conociendo. Improvisando, abro un minúsculo cajón de mi mesa, que está lleno de tarjetas de visita. Cojo una, la doy la vuelta, y en el espacio en blanco del reverso le escribo unas escuetas palabras.

Vale por una cena a elegir por la señorita Erika.

La introduzco en un minúsculo sobrecito que encuentro.

Aprovechando la ausencia de Erika, que desapareció de su mesa, me levanto y, apresurado, voy hacia ella. Al llegar, busco un lugar adecuado y a la vista para dejarlo sobre su colmado escritorio. Valoro un par de sitios posibles, pero al final decido apoyarlo sobre el marco de una fotografía en blanco y negro, que imagino serán sus padres por el parecido espectacular que tiene con la mujer que aparece en ella. Allí se queda, mientras abandono veloz el lugar volviendo hacia mi sitio.

Erika encontró el sobre nada más sentarse, y aceptó encantada la invitación. E incluso ella misma sugirió dónde quería ir a cenar. Eligió un restaurante nuevo y exclusivo por la zona con el que contacté de inmediato para no tener problemas con la reserva. Todo parecía transcurrir con normalidad. Se fue y quedé en recogerla directamente en su apartamento. Seguí dibujando un último trazo antes de marchar, como hacía siempre. Y, al terminar de vaciarse la sala, mientras recogía metódicamente mi mesa... mi teléfono empezó a sonar.

Extrañado, lo miro antes de atenderlo. El número que aparece en la pantalla es larguísimo, de unas veinte cifras por lo menos, de esas llamadas que siempre tienes reparo en contestar cuando vas con prisa. Pero su insistencia me hace atenderla. Desplazo el círculo verde hacia el rojo y lo elevo hacia mi oído.

—¡¿Hola?!... —unos ruidos metálicos y chirriantes me hacen alejarme unos centímetros del altavoz—... ¡¿Hola?! —vuelvo a repetir dando una última oportunidad antes de colgar.

Me muevo hacia uno de los ventanales intentando buscar algo más de cobertura.

—¡Peter!, ¿eres tú?... —pregunta una voz lejana y hueca.

—¡Sí! ¿Quién es? —Escucho una leve respiración...

—Soy Ángela.

Su nombre me provoca un fuerte nudo en la garganta.

—¡¿Dónde estás?! ¡Necesito verte! —Después de su larga ausencia, es lo único que soy capaz de decir.

—No tengo apenas cobertura. Necesito tu ayuda Peter. —«¿Cómo?, ¿estoy soñando?» Me digo tras sus palabras—. Estoy en An ¡gu! ¡Chac! ¡dla!... —Otra vez los ruidos de fondo aún más ensordecedores interfieren la conexión.

Sin pensarlo y sin arriesgarme a perder el contacto con ella, le respondo apresurado.

—Te pierdo, Ángela. No te oigo bien, pero si lo que quieres es mi ayuda, ¡dime!, ¡¿a dónde quieres que vaya...?! Que iré.

Entregado totalmente a ella, aguanto mi teléfono móvil pegado contra mi cara esperando recuperarla. Tras unos largos segundos vuelvo a escucharla.

—¡En una hora te recogen en tu...! ¡Ap! ¡Ap! ¡Apartamentoooo...! —un eco queda tras sus últimas palabras.

Tras finalizar la llamada, de nuevo el silencio penetra por mis oídos y la sala parece quedar envuelta por un completo vacío.

Como si fuera un corredor de fondo, atravieso a toda velocidad el largo tramo que me separa de la salida. Bajo de dos en dos las escaleras. Me deslizo por debajo de la valla contigua a la garita de vigilancia ante la mirada extrañada del guardia que la vigila, y corro, corro más que nunca en toda mi vida... atravesando la enorme avenida que me separa de Central Park sin esperar a que el semáforo me autorice el paso. Causo un colapso en el tráfico que provoca a los conductores algún que otro frenazo y la regañina merecida del estridente ruido de sus cláxones enfurecidos con este loco, que se está jugando la vida por una mujer inalcanzable para él.

Totalmente desbocado, me abalanzo hacia la puerta del apartamento, incluso fuerzo la cerradura que parece atascarse en el peor de los momentos. Corro por el pasillo y me lanzo a coger una de las sillas del salón que arrastro hacia mi habitación. La apoyo contra el rústico armario y me subo para alcanzar a la parte más alta, a ese pequeño altillo en el que

enseguida localizo mi gran bolsa de deporte, enorme y cómoda, perfecta para lo que necesito en este repentino viaje. Una vez la cojo, salto de la silla. La deposito en el suelo, entre mis pies, la abro de par en par y voy vaciando en su interior cajones completos. Aunque el orden suele acompañarme, en esta ocasión amontoño mi ropa según va cayendo, apresurado por el poco tiempo del que dispongo.

Hinco una de mis rodillas sobre la bolsa, presionando hacia dentro el contenido, mientras mis manos tiran con fuerza del tirador de la cremallera, forzándola a cerrarse... «*¡Justo a tiempo!*» —me digo, al escuchar nuevamente la melodía de mi móvil que me hace soltar todo y atenderlo veloz.

—¡Peter Sanz! Baje rápido. Le estamos esperando en el portal de su casa. Vamos muy mal de tiempo.

—Voy, voy... —respondo, mientras cuelgo y apago el móvil, que lanzo enérgico hacia el interior del cajón de mi mesita de noche.

Me agacho y cojo la bolsa por las asas, dejándola reposar sobre uno de mis hombros.

De nuevo, pero a la inversa, salgo de mi habitación y recorro el pasillo que da a la salida y, con la única mano libre agarro la puerta cerrándola violentamente. El eco del portazo retumba hasta en el hueco de la escalera por donde, como una gacela, me encuentro ya bajando.

En la calle, que aparezco trascurridos unos segundos después de recibir la llamada y bastante fatigado, no encuentro a nadie. Recorro la acera mirando hacia ambos lados de la avenida intentando localizar algún coche parado: un taxista esperándome o al chófer de alguna limusina... cuando... calle abajo, un señor que sale de una ambulancia mal estacionada y subida a la acera, me grita en la lejanía.

—¿Es usted Peter?!, ¡por favor, por aquí! —exclama moviendo ambas manos para hacerse ver.

Corro hacia él, hasta encontrarnos cara a cara. Su primer movimiento es abalanzarse hacia mi equipaje, una vez lo agarra, levanta su brazo apuntando hacia la puerta trasera, en donde un médico vestido totalmente de blanco y con un estetoscopio colgando sobre su cuello la mantiene abierta. Se presenta.

—Me llamo Tom —dice mientras nos introducimos en el interior de la ambulancia—. Túmbese en la camilla.

Me rodean varios médicos más sujetando jeringuillas que pinchan sobre frascos para extraer el medicamento, a la vez que otros remangan las mangas de mi jersey. Al unísono, empiezo a recibir pinchazos en ambos brazos. Después de este avasallamiento, todos sacan sus bolígrafos y escriben sobre una especie de cartilla en color negro que van pasándose de unos a otros.

Algo nervioso y alarmado, decido hablar con Tom, que al fin y al cabo es el único que ha tenido tiempo de presentarse.

—¿Me puedes explicar que están haciendo?! —inquiero, irguiendo mi cabeza y sin quitar mis ojos de los suyos.

—¡Vacunas, Peter!... cólera, hepatitis A y B, poliomielitis, malaria —mi cara se va encogiendo según habla— ¿Es que no sabe a dónde va? —me pregunta extrañado e imagino que alertado por la cara que se me ha quedado—... le estamos preparando para su viaje a Angola, uno de los países más pobres del mundo.

—¡Angolaaa...! —Trago saliva a la vez que mi cuello se afloja e inerte cae sobre la pequeña almohada que se encuentra detrás de mi cabeza.

El resto del recorrido lo hago tumbado y en silencio, mirando (a través de una pequeña ventanilla que se encuentra a la altura de mi cabeza recostada), cómo circulamos a toda velocidad por autopistas, cómo nos alejamos de la ciudad y tomamos el camino hacia el aeropuerto, hasta en una de las última rotondas, al fondo, y por segundos, diviso el gran proyecto de mi carrera laboral, gigante estructura sobresaliendo entre todos los demás edificios, alejándose de mi vida.

Entramos en las pistas de aterrizaje guiados por un vehículo autorizado por el propio aeropuerto. Progresamos por carriles marcados con flechas verdes que nos hacen serpentear entre enormes aviones, por debajo de sus alas, incluso esquivando a algunos de ellos que se ponen en movimiento. Salimos de la zona de los vuelos convencionales y, tras varios kilómetros de pistas, llegamos al “sector B”, según indica un cartel que atravesamos y dejamos atrás. Gigantescas aeronaves aparecen abiertas en canal rodeadas por vehículos pesados introduciendo enormes palés de mercancía, que engullen en su interior como si nada.

Sorprendentemente, finalizamos nuestro viaje cuando el coche que nos guía se detiene brusco bajo una de estas moles voladoras. El frenazo hace que todos en el interior de la ambulancia nos activemos. Tom por fin abre la puerta y bajamos en tropel topándonos con el frescor del anochecer. Uno de ellos me cubre con una manta térmica. La coloca por encima de mis hombros cobijándome del relente del anochecer que estos días se hace más palpable por los vientos del noroeste, que nos azotan bruscamente, y que han traído la humedad del atlántico.

—Muchas gracias —le digo, realmente agradecido por su generoso detalle.

—De nada, hay que cuidar bien de gente como usted —dice, dejándome pensativo y sin saber francamente qué tengo yo de especial.

Mientras espero a recibir las últimas indicaciones antes del vuelo, aprovecho esta breve pausa para estirar las piernas, activando la circulación sanguínea que inevitablemente se verá afectada por un viaje tan largo. Paseo alrededor de la enorme aeronave contemplando algunos detalles. Apenas tiene ventanillas, las de las cabinas de los pilotos y un par de ellas esféricas y pequeñas a ambos lados. El avión tiene apariencia obesa, debido a la panza desmesurada de su bodega de carga. La vertical rampa, aún colocada en la parte de atrás, aparece solitaria, y la curiosidad por saber lo que hay en su interior me hace subirla con disimulo. Me asomo, comprobando que no cabe ni una caja más. Está tan lleno que dudo tengan espacio hasta para mí.

—¡Peter! —escuchar mi nombre me hace deslizarme veloz cuesta abajo.

Tom, que continúa al lado de la ambulancia, se encuentra rodeado por todos los miembros de la tripulación. Mantiene una conversación con uno de ellos mientras los demás escuchan atentamente. Según me acerco, contemplo que habla con el comandante, al que reconozco por su magnífico traje azul marino con el toque de distinción de sus cuatro rallas blancas paralelas y bordadas con hilo a sus mangas.

—Este es Peter. —Me presenta al llegar a su lado.

—¡Encantado de que esté usted aquí! —Resopla el comandante como aliviado. —Venga... hemos estado a punto de anular el viaje. Diez minutos más y nos quedamos en tierra.

Sus palabras dan el toque de salida para la tripulación, que corren hacia una diminuta escotilla que aparece abierta por debajo de la cabina y, hábilmente, ascienden por una endeble y fina escalerilla que sale de ella. La escuadrilla de mantenimiento alertada por el movimiento, aleja la rampa de acceso trasero y cierran la enorme compuerta, que abierta, parecía partir al avión por la mitad.

De nuevo Tom me habla.

—Tome esta cartilla de vacunación —dice apresurado—, certifica internacionalmente que está sano y perfectamente vacunado. Llévela siempre con usted —a continuación saca, de la pequeña riñonera que lleva colgando de su cintura, un frasco a rebosar de pequeñas pastillas. Me lo entrega y, mientras lo sujeto, me invade una gran inquietud—. Quimioprofilaxis, no se olvide de tomar una de éstas cada día que pase en África, y recuerde, que pueden salvar su vida. Mucha suerte...

Nos envuelve un estruendoso ruidoso al ponerse en funcionamiento las enormes hélices, cortando bruscamente la conversación.

Tras despedirnos a gritos —lanzados cercanos a los oídos para poder escucharnos—, aparece un joven mecánico. Me guía hacia la parte trasera, por donde ya no existe la rampa, pero sí una pequeña ranura que permanece abierta y a la que llegamos a través de una larga escalera metálica que han dejado acoplada al minúsculo hueco. Subo por ella siguiendo al chaval. Y, una vez arriba, se arrodilla y gatea introduciéndose por un estrecho pasadizo. Zigzagueamos a través de los recovecos que se forman entre las toneladas de mercancías apiladas, quedando espacio suficiente como para progresar por el serpentino y oscuro camino, hasta finalizar topándonos directamente con dos enormes y aparentes cómodos asientos. Me incorporo, poniéndome de pie, y me introduzco hacia dentro, al más cercano a la única ventanilla que existe, donde tropiezo con mi desaparecida bolsa de deporte que se encuentra en el suelo, bajo uno de los asientos.

—Buen viaje... —se despide huyendo apresurado y prácticamente sin darme tiempo a responder.

Seguidamente escucho un fuerte ruido al terminar de cerrarse el portón por donde hemos accedido a la vez que las grandes y pesadas hélices aceleran emitiendo un ruido aún más ensordecedor, que aumenta hasta notar la brusca puesta en marcha que nos hace movernos a trompicones por la pista. Mantengo mi cara pegada contra el frío cristal circular de la diminuta ventanilla contemplando toda la maniobra, e incrédulo de que pueda despegar un avión tan pesado. Confío en que sus grandes hélices y la utilización de

kilométricas pistas para despegar, pongan todo algo más fácil de lo que a priori parece.

Aunque tarda en coger velocidad, y con espacio suficiente para seguir haciéndolo, por fin nos elevamos costosamente sobre el cielo oscuro de Nueva York. Enseguida atravesamos unas nubes negras que me hacen perder de vista el resplandor de la luz artificial de la ciudad. Pausadamente, noto como nos inclinamos hacia uno de los costados buscando el rumbo hacia mí..., inimaginable destino.

Las horas siguientes pasan despacio y el tiempo que transcurre me hace ir acostumbrándome; a la soledad; al ruido molesto de las hélices; al crujir de las cajas por la presión; a desbloquear mi cabeza... De repente, escucho ruidos provenientes de la parte delantera, e igualmente gateando aparece un miembro de la tripulación. Tras levantarse del suelo, se deja caer en el asiento contiguo al mío.

—Hola —me saluda en tono amigable y me estrecha la mano—. ¡¿Pero quién eres?! Hemos retrasado el vuelo hasta dos veces esperándote...

—No sé decirte exactamente —sonreímos—. Pero espero me traigas la información suficiente como para poder contestarte —digo ansioso por conocer mi cometido.

—¡Aquí tienes! Espero te sirva —contesta, mientras me entrega una carpeta perfectamente encuadrada y rotulada con letras enormes en color rojo donde se lee la palabra “PROYECTO”.

—¡Ahm! ¡Perfecto! —La hojeo con rapidez mientras sigue hablando.

—¿Querrás saber cuánto queda para llegar a Luanda? —Hace una pausa—, capital de Angola... —aclara.

—Te lo agradecería. —Vuelvo a mirarlo.

—Según la velocidad de crucero que llevamos, y, si todo va bien, en unas doce horas estaremos en destino. Diez mil kilómetros de travesía amigo. De todas formas, si necesitas cualquier cosa no dudes en venir a buscarme, es fácil, hazte camino como puedas hasta toparte con la única puerta con la que te encuentres. —Asiento con la cabeza—. Por cierto..., te adelanto que el aterrizaje será movidito. Las infraestructuras en este país dejan mucho que desear y a este tipo de aviones humanitarios nos ofrecen las peores pistas... ¡Ah!..., muy importante, cuando lleguemos, permanece en tu sitio, ni te muevas hasta que termine la inspección militar y nosotros te lo indiquemos. Suele durar poco. —«¿Inspección militar?, ¿avión humanitario?... ¡¿Qué hace Ángela allí?!...», me pregunto totalmente intrigado.

Se incorpora del asiento poniendo fin a su reveladora información y se despide estrechándome la mano nuevamente. Se agacha, me mira y desaparece yéndose por el mismo agujero por el que apareció.

Con la soledad acechándome como única compañera de viaje, me preparo para destapar las verdaderas razones por las que Ángela me ha llamado. Antes de abrir la carpeta y descubrirlo, me inclino hacia mi bolsa y rebusco en los laterales hasta palpar mi pequeño *iPod*. Lo saco de su funda. Desenrollo los auriculares y me los coloco. Tras encenderlo... la casualidad hace que la preciosa melodía que está sonando es la que andaba buscando.

Escuchar a Passenger cantar “Let Her Go” en este preciso instante, con esos suaves acordes de piano acompañados por el sonido tenue de su guitarra, con la voz de Mike Rosemberg susurrando y emulando sonidos de los años ochenta... me descongestionan... me hacen volar y, aunque no sé realmente a donde voy, sé que lo daré todo. Con el subidón que me produce esta canción, navego por las hojas del dossier moviéndome por él al ritmo que marca la música que escucho. Me enfrento ensimismado a esquemas simples de ingeniería rudimentaria: pozos, canalizaciones, construcción a pequeña escala... Viajo por sus páginas comprendiendo, por fin, esa llamada precipitada que Ángela me hizo. Necesitaba al descarado e intrépido arquitecto que acababa de conocer. Y, aunque le ayudaré en todo lo que necesite y esté en mis manos... mi mente sólo se marca un único objetivo; enamorarla...

Despierto sobresaltado por el chirrido procedente del endeble altavoz que cuelga justo encima de mi asiento, que al encenderse emite un estridente y desagradable ruido. A continuación, el comandante nombrándome, me informa que estamos llegando. E igualmente me cuenta que el aterrizaje será violento, que me abroche y me asegure correctamente el cinturón de seguridad, que agarre fuertemente cualquier objeto que pueda ser impulsado y se convierta en peligroso. Según sus recomendaciones me aseguro de haber anclado correctamente el cinturón, elevo hacia mis piernas la bolsa de deporte y la estrecho fuertemente entre mis brazos. Preparado, noto un brusco descenso y como todo parece inclinarse hacia abajo. Es rara la sensación de precipitarte al vacío sin tener una leve referencia.

Al tocar el suelo botamos violentamente, esto hace que el avión dé un brusco empujón hacia arriba y volvemos a caer impactando nuevamente contra él. Recorremos la pista como una pelota de baloncesto, esto provoca que me mueva hacia arriba y hacia abajo chocando contra mi silla, hasta que poco a poco nos equilibramos y nos deslizamos con normalidad. Creo haber vivido los segundos más angustiantes que recuerdo. Respiro aliviado de sentirme a salvo y en tierra.

Al detenernos, todo queda en silencio. Desabrocho apresurado el cinturón, que quedó clavado en mi estómago. Continúo sentado. Recuesto mis manos sudorosas de la tensión sobre la pequeña ventanilla, admirando el firmamento de este nuevo continente que acabo de conocer. Nada más asomarme, soy sorprendido por el resplandor del amanecer. Los rayos de luz se cuelan a través de los colores intensos del cielo. Colores rojizos brillantes, combinados con violetas preciosos... una explosión multicolor que pronto dejo de contemplar al toparse mis ojos con un convoy de coches militares que se acercan hacia nosotros. Según se aproximan, observo a soldados enfundados hasta los dientes con armas y ametralladoras que cuelgan de sus fornidos hombros.

Escucho cómo se abre el portón trasero. Y el avión emite vibraciones de pisadas y movimiento de descarga. El bullicio desaparece pronto. Extrañado, vuelvo a mirar por la ventanilla. Los Jeeps se alejan cargados hasta arriba de enormes cajas. «*Increíble inspección militar*» —pienso—... sin entender muy bien que ha pasado. Desaparecen en la lejanía a la vez que el jaleoso altavoz vuelve a encenderse.

—¡Peter!, todo terminó. —Distingo la amable voz del miembro de la tripulación

que se sentó a mi lado nada más comenzar el viaje—. Ya puedes bajar, te están esperando. Confío en que hayas tenido un vuelo agradable y... un aterrizaje inolvidable... —Termina diciendo con cierta ironía tras la brusca maniobra.

Es ahora cuando verdaderamente mi estómago se resiente por la emoción.

Me agacho localizando el pasadizo por donde debo salir. Lanzo mi bolsa hacia adelante, y la voy empujando según voy avanzando hasta toparme con un empleado descargando cajas, que aparta una de ellas a mi paso. Allí, ya de pie, y antes de descender por la rampa, respiro profundamente este aire limpio y aromático que emana de África.

Espero bajo el avión expectante a que alguien me recoja.

Un señor de color, bastante alto, camina hacia mí. Me fijo en su piel, parecida al ónix, de un tono negro intenso y brillante, en su chilaba de color blanco impoluto y tan larga que llega a rozar sus tobillos. Con porte y elegancia dirige su mano para estrechar la mía.

—No sabe cuánto le agradecemos que haya venido. —¡Es americano...!, su acento es inconfundible. Realiza una ligera inclinación de cabeza mientras me recoge con ambas manos la mía, abarcándola cordialmente—. Mi nombre es Abul-Khayr Thomson..., —escuchar su apellido me deja expectante.

Ángela Thomson

La primera semana que paso en Angola queda claro que los proyectos que traía no voy a poder ni empezarlos, ya que el embarazo me está afectando más de lo que pensé. Las molestias me hacen recluirme durante semanas en mi cabaña. Los vómitos y mareos son continuos. Noto un asfixiante e intenso calor que no me deja respirar. Todo esto me mantiene incómoda por no ser de gran ayuda. Al atardecer, cuando mi cuerpo se va recomponiendo, el grupo de trabajo de Abul vuelve de la obra finalizando la jornada justo cuando empiezo a sentirme algo mejor. Este estado me hace inservible para lo que realmente ellos me necesitan. Y lo peor de todo esto es que mi situación se va complicando a medida que pasan los días, acrecentado todo ello por las pocas comodidades que hay en este lugar. Las chozas africanas, en este poblado, están hechas de barro y arcilla, mantienen algo del frescor de la mañana y del atardecer, pero durante todo el día impregnan el ambiente con un olor seco, como a tierra, que se mete por mi olfato, agudizado por el embarazo, y me inunda de una sequedad en la garganta que me provoca arcadas continuas. El dolor de riñones, que apareció prácticamente desde la primera noche que llegué, se resiente cada vez que me recuesto sobre la incómoda cama, elevada unos centímetros del suelo, y cuyo colchón inexistente es suplido por varias capas de pieles de animal apiladas unas encima de otras. La breve higiene la consigo gracias a una palangana en la que las mujeres siempre mantienen el agua limpia.

Por las noches me convierto en la de siempre. Mi cuerpo se recupera y necesita alimento. Paradójicamente a lo que me ocurre por las mañanas, me entra un hambre atroz que sacio gracias a los manjares que nos ofrecen las encargadas de preparar la comida en el campamento. El festín que elaboran con los pocos recursos con los que contamos es inmejorable, cubriendo completamente las necesidades alimenticias aun teniendo en cuenta que aquí se hacen dos únicas comidas al día: la de la mañana y la de la noche. La alargada mesa se llena de ensaladeras (por darlas algún nombre), hechas de troncos finos de árboles. Emplean una técnica ancestral en la que vacían su interior, lijándolo, y utilizan el hueco que queda para llenarlo con alimentos. Comemos en comuna. Las bandejas con comida dan vueltas por la mesa, de mano en mano, y vas comiendo de todo lo que pasa por tu lado. Aunque, realmente, el mejor momento viene tras la cena, solamente por esto ya merece la pena estar aquí.

Nos recostamos alrededor de una gran hoguera. Tumbada, contemplo la inmensa luna llena que, como si fuera un faro brillante, se alza sobre el inmenso cielo estrellado. Cielo que apenas conozco, por quedar prácticamente oculto de dónde vengo. Mi hermano siempre me busca, mete sus piernas por debajo de mi cabeza y quedo recostada sobre sus muslos. Me reconforta su contacto mientras me acaricia el pelo y me habla pausadamente, invadiéndome una paz interior. Sensación que solamente parezco encontrar en este recóndito lugar. Aprovecho al máximo su presencia en estos dos meses que paso junto a él todos los años. Es un viaje obligado. Desconecto, cojo fuerzas y me siento de gran utilidad ayudando a los que más lo necesitan. No vengo a descansar, al revés, llevo a cabo más proyectos que en América, con menos presupuesto y de increíble envergadura humana, salvamos vidas.

Abul regenta desde hace quince años este poblado situado a unos treinta kilómetros de la capital. Lo fundó el mismo recogiendo a personas que deambulaban por las carreteras, por los campos, adoptando y amparando a los niños hambrientos con los que se iba encontrando. Como él siempre dice... «*a mí también me recogieron y me salvaron*».

Mi padre, que vino a Luanda a inaugurar el primer rascacielos que se construyó en África, en seguida se dio cuenta de la pobreza en la que estaban sumidos los habitantes de esta ciudad, y, al salir de un lujoso y caro restaurante (sólo accesible para extranjeros), se topó con mi hermano, de rodillas y suplicando por un trozo de pan. Sorprendido de que apenas tuviera edad para hablar y sin embargo fuera capaz de hacerse entender en inglés. No lo pensó, y tras investigar la situación del niño, huérfano y abandonado a su suerte, se lo llevó de aquí. Ni consultó con mi madre cuando apareció en Los Ángeles abrazado a él a las puertas de nuestra casa. Después, a los años, nació yo. Me crié a su lado, pero ya desde pequeños se nos veían distintas inquietudes. Yo enloquecía de ganas por acompañar a mi padre a sus obras, mientras que él se rodeaba continuamente de libros de anatomía y medicina. Jamás pudimos quitarle de la cabeza la idea de volver a su país, a sus orígenes y, como nos temíamos, en cuanto se licenció sabíamos que le perderíamos para siempre. Nunca más volvió. Siempre lo añoré. Sólo nos quedaba venir a visitarlo. Ni cuando murieron mis padres en ese terrible accidente de avioneta pudo abandonar el campamento y venir a despedirlos.

Durante las largas veladas nocturnas, a la luz de la parpadeante hoguera, hablamos y hablamos sin que se agoten las palabras entre nosotros. Es un gran orador y me embelesa su condescendencia. Un hombre tocado por una varita mágica. Un ser especial sin ninguna duda.

—¡Abul!, no me encuentro bien y necesitamos terminar el proyecto. No podemos retrasarlo más... —me toca la frente comprobando la temperatura—. He pensado en pedir que nos ayuden. ¿Qué te parece?

Tras mi proposición, mis ojos buscan los suyos expectantes a su respuesta.

—No podemos pasar otro verano como el del año pasado, Ángela. Fue nefasto... —la mirada perdida de sus ojos dilucidan desconsuelo.

Fue el verano más caluroso de todos los que se recuerdan. Los ancianos desaparecieron durante tres meses en los que estuvieron enclaustrados al cobijo de sus cabañas, y los niños deambulaban desnudos y perseguidos por las moscas, más pegajosas que nunca. El camino hacia el río a cargar agua se convirtió en un infierno que tenían que recorrer todos los días para no morir de sed. Abatidos a la misma vez por la hambruna más salvaje de las últimas décadas.

—No te preocupes, creo que tengo a la persona ideal para este trabajo... —digo pensando única y exclusivamente en Peter. Totalmente confiada en que aceptará e inundada al mismo tiempo por un deseo embriagador por verlo.

Las facciones tristes de mi hermano parecen cambiar cuando me acurruco a su lado; cuando le acaricio su suave y marcado mentón; cuando le ofrezco la ternura que se merece...

—Eres el hombre de mi vida... —frase que me sale con total convicción tras el silencio que quedó después de mis últimas palabras. Lo digo totalmente entrega y con la certeza de que es el único hombre que merece la pena tener a mi lado.

Me sube la barbilla suavemente con sus dedos, buscando el contacto con mis ojos.

—¡No, hermana!... Llegará ese hombre al que le importes más que a su propia vida... llegará... —susurra musicalmente, con esa convicción con la que hablan los sabios, de forma pausada y meditada.

De regreso a las cabañas, terminada por hoy la entrañable velada que se repite todas las noches, le acompaño hacia la suya con la intención de coger el teléfono satélite que custodia con afán, y que se encuentra dentro de una caja de madera protegido por metros y metros de tela enrollada sobre él. Indudablemente, este aparato posee una gran importancia al ser el único medio de comunicación que tienen con el exterior.

El teléfono reluce entre mis manos. El poco uso y el cuidado delicado que recibe, hace que el tacto de su teclado sea sensible al roce, hasta me equivoco en varias ocasiones al marcar su teléfono. En la lejana conferencia, sólo se escucha silencio, no existen los tonos de llamada simplemente permaneces expectante a escuchar algún ruido.

—¡Hola!... —digo tras oír sonidos.

—¿¡Hola?!... ¿¡Hola?! —escucho decir alto y claro.

—¡Peter!, ¿eres tú?... —pregunto cerciorándome de haber realizado correctamente la llamada y asegurándome de que es él.

—¡Sí! ¿Quién es? —La confirmación de su identidad me provoca una alteración en la respiración.

Tras un corto silencio en el que permanezco dubitativa, le hablo:

—Soy Ángela.

—¿¡Dónde estás?! ¡Necesito verte! —Sus rotundas primeras palabras me llenan de emoción.

Acelerada por la endeble comunicación y con miedo a perder la conexión, sigo hablando precipitada.

—No tengo apenas cobertura. Necesito tu ayuda Peter. Estoy en Angola llevando a cabo una obra importante... —Otra vez, el silencio en la comunicación me hace dudar si he sido escuchada. Pero de sopetón, vuelvo a escucharle lanzar sus últimas palabras.

—Te pierdo, Ángela. No te oigo bien, pero si lo que quieres es mi ayuda, ¡dime!, ¿¡a dónde quieres que vaya...?! Que iré.

—¡En una hora te recogen en tu apartamento! —consigo decirle, a sabiendas de que un avión cargado con provisiones se está preparando hoy mismo para volar hacia aquí.

El silencio que queda entre los dos, da por finalizada la conferencia.

A continuación vuelvo a marcar, pero esta vez para llamar precipitada a mi asistente

personal para que se encargue de prepararlo todo. Está lo suficientemente acostumbrado y capacitado, como para, rápidamente, sacarme de cualquier imprevisto que me surja.

De vuelta a mi cabaña y con la satisfacción de haber podido arreglar el problema de mi ausencia en la obra, me siento inusualmente animada por la oportunidad de convivir con Peter durante unos meses, alejados de la fría y áspera vida en Nueva York.

Me recuesto en mi cama feliz y con el único pensamiento de despertarme por la mañana y poder encontrarlo aquí, entre nosotros.

Peter Sanz

Salimos andando del pequeño aeropuerto a través de una única salida que se encuentra custodiada por soldados de la armada angoleña fuertemente armados. No entiendo de armamento, ni nunca me ha interesado en exceso, pero a simple vista parecen estar muy bien equipados: armas automáticas, ametralladoras, morteros... Pasamos por su lado sin ni siquiera percatarse de nuestra presencia: ni inspección de maletas, ni revisión de la documentación... Ahí se quedan, repartiéndose infinidad de cajetillas de tabaco y botellas de ron que extraen de una caja enorme que aparentemente acaban de recibir, dejando sin ningún control la entrada a su país, cegados por esa mala afición a los vicios.

Subimos al Jeep, que se encuentra aparcado a la salida del pequeño aeródromo, y, tras un breve gesto que hace Abul al conductor, nos ponemos en marcha. La carretera está bien asfaltada y rodeada de palmeras. Al fondo aparece Luanda. En principio me sorprenden sus altos edificios e incluso llama la atención las enormes grúas que están prácticamente repartidas por toda la ciudad. Se podría decir que está en auge, si no fuera por el repentino cambio que empezamos a experimentar. La carretera emporra, apareciendo prominentes y transversales grietas, tal vez producidas por el tránsito de vehículos pesados, como carros de combate, que al circular por ella levantan el asfalto con sus rudas cadenas. La escasa vegetación que había en las cunetas termina desapareciendo y, cuanto más nos alejamos de la ciudad, el panorama ante mis ojos empieza a evidenciarse dantesco. La pobreza emerge repentina. Me duele contemplar a gente vestida con sucios harapos y desfigurados por su mala nutrición, a niños con ojos inundados de lágrimas, deambulando solos y desamparados. Ahora es cuando me doy cuenta que no eran películas de ficción aquellos documentales sobre la miseria y el hambre en algunos países. Ahora descubro la verdadera realidad de esa escasa información que parecía irreal cuando aparecía de soslayo en algún que otro telediario, y que es imposible de creer si no lo ves con tus propios ojos, si no lo palpas.

Abul, que parece estar más que acostumbrado a todo esto, habla durante el trayecto como si nada, mientras mis ojos se van apagando y entristecidos por lo que están viendo. Por breves segundos, al contactar su mirada con la mía, parece enmudecer. Calla tras contemplar mi rostro desencajado. *«Reconozco no venir preparado para enfrentarme a esta situación...»*

—No podemos atenderlos, Peter —parece querer aliviar mi inquietud—, en estos momentos lucho por salvar a unos pocos y sueño en algún día poder ayudar a todos. Para ello, ahora tenemos que hacer un buen trabajo construyendo unos buenos y sólidos cimientos.

—Cuenta con ello... —le respondo entrecortado y algo angustiado, a la vez que siento unas ganas locas de colaborar, de ayudar en todo lo que me propongan.

Después de este breve paréntesis en la conversación continúa hablando, pero esta vez parece intentar distraerme de alguna forma, y lo consigue, al contarme la admiración que siente por su hermana. Cambiando radicalmente de tema me relata cómo fue capaz de mantener el imperio que heredó de sus padres tras la muerte inesperada de ambos, cómo lo

conservo y saneó. Y que gracias a su inteligencia, a su perseverancia, a su agudeza en los negocios..., son capaces de mantener el campamento y multitud de obras humanitarias, incluso más allá de Angola. Si mis sentimientos habían empezado a despertarse por esta mujer, oírle hablar de esta manera sobre ella, me tiene derretido a sus pies.

Nos desviamos de la carretera principal y accedemos por un camino de tierra con profundos baches que nos hacen ir dando tumbos de un lado a otro. Abul saca un largo pañuelo y lo pone sobre su boca, a la vez que alza su otro brazo y me ofrece el extremo. Cubro la mía imitando su movimiento, notando el alivio que me produce no respirar el fino polvo que me estaba dejando sin oxígeno. Sigue hablándome, por debajo de la tela que le ahueca y distorsiona la voz, contándome sobre el verdadero proyecto que ha motivado mi viaje, canalizar el “Río Lucala”. Este río parece ser el más caudaloso de la región y llevan tres años trabajando en rectificar su curso. Es una obra de suma importancia para ellos porque llevaría agua al campamento y podrían realizar multitud de proyectos, me cuenta apasionado y como si en ello se dejara la vida.

Mis nervios empiezan a surgir al contemplar al fondo del camino un pequeño campamento compuesto por pequeñas chozas, y un rastro de polvo acercándose hasta nosotros producido por multitud de jóvenes que corren a nuestro encuentro. El Jeep, en segundos, es rodeado por niños de distintas edades. Éstos, a diferencia de los que nos hemos cruzado por el camino, están limpios, sus ropas cuidadas y la felicidad se refleja en sus joviales rostros. Nos adentramos en el poblado muy despacio. Las primeras casitas con las que nos encontramos, aunque de materiales endebles, parecen aceptables. Todas están construidas alrededor de una cabaña central donde se concentran, supongo, el resto de los habitantes del campamento esperándonos. Frenamos justo en el medio. Algunos de los niños nos avasallan con sus abrazos y prácticamente no nos dejan ni bajar, otros cantan y bailan a nuestro alrededor. Los chavales mayores, corteses, cargan con mi bolsa mientras nos hacen hueco entre el gentío. Escoltados entre la multitud (a los que se les han unido varias mujeres que portan a sus bebés en unas anchas bandoleras de tela), aprovecho mi altura, que me hace sobresalir varios palmos por encima de ellos, para buscarla. Mis ojos se impacientan al recorrer cada una de las caras intentando encontrarla. Hasta que... al fondo, y apartada del tumulto que nos rodea, me cruzo con sus impresionantes ojos verdes mirándome fijamente. La contemplo brevemente antes de andar hacia ella, el jaleo parece silenciarse mientras me abstraigo examinando su humilde vestimenta, su túnica de colores llamativos es larga y la llega hasta los tobillos. Su melena aparece suelta y la leve brisa que corre la mueve suavemente hacia atrás dándole una exótica aparición ante mis ojos. Aún desprendiendo sencillez, no pierde ese aurea glamurosa que parece envolverla siempre. No está sola, sujeta entre sus brazos a un niño de corta edad al que no deja de hacer pequeñas carantoñas con las yemas de sus dedos, mientras despliega una amplia sonrisa según me voy acercando. Por sus gestos, por su ropa, por las caricias que le regala al pequeño, parezco estar ante una mujer totalmente distinta a la que conocí brevemente en Nueva York. «¿Qué puede buscar aquí una persona que lo tiene todo...?» —me pregunto, mientras llego hasta su lado.

Nuestro primer tímido contacto es un beso que recibo en la mejilla, tanto de ella

como del pequeño que carga sobre sus caderas.

—Hola Peter, cuánto me alegro de que hayas venido —dice sin dejar de sonreír.

—Yo me alegro más... —trago saliva deshaciendo el nudo de mi garganta—. Tengo muchísimas ganas de empezar mi nuevo trabajo —digo aún con el rol de empleado al que le han encargado un proyecto.

—Ven, acompáñame, te voy a enseñar tu cabaña —la sigo por detrás—. Aséate si lo necesitas y no tardes mucho, Abul quiere enseñarte la obra.

El corto camino finaliza a las puertas de una choza como todas las demás: de barro y bajita. Aparta la endeble cortina y paso por su lado introduciéndome en su interior, con la precaución de agachar la cabeza debido a la poca altura de sus techos. Ella no entra, permanece afuera esperándome.

Mi bolsa deportiva ya se encuentra sobre la cama, bueno, sobre..., “eso”... rectifico su definición al palpar el duro somier ablandado levemente por pieles de animales que poco se parece a una cama de verdad: «*la forma*», me digo con cierto sarcasmo humorístico. Por lo demás es bastante acogedora, incluso más confortable de lo que me esperaba para un campamento desamparado, que es lo que me imaginaba encontrar tras ese primer duro trayecto en coche que me trajo hasta aquí.

Justo enfrente del catre (decido llamarlo así), hay varias tablas horizontales que imitan a un pequeño armario. Al fondo se encuentra un endeble soporte de hierro que sostiene una vieja palangana, a la que me acerco comprobando que en su interior hay agua limpia y transparente (imagino que esto será lo más parecido a un lavabo que encuentre por aquí). Tras un vistazo general a mi dormitorio y aunque bastante más austero a lo que estoy acostumbrado, me siento encantado con esta nueva experiencia y me enfrento a ella con muchísimas ganas.

Después de un lavado de cara y manos, me cambio de ropa poniéndome algo más acorde con el entorno. Al salir de la choza me encuentro con Ángela, que continúa esperándome y que de nuevo me hace seguirla y me guía, esta vez en busca de su hermano.

Abul ya está subido en uno de los Jeeps. Se echa a un lado dejándome su sitio, y de un salto me elevo hacia el asiento que dejó libre.

—Vamos a encauzar ese dichoso río... —digo tras sentarme y comprobar que soy el centro de atención de todos los que nos rodean.

—¡Tened cuidado! —se despide Ángela mientras tiernamente sus dedos me acarician de improviso la mano.

El ruidoso rugido del motor al arrancar, no es capaz de echar abajo este breve instante de complicidad que se forma entre los dos, tras el contacto cariñoso que han tenido sus dedos en mi mano.

Ángela Thomson

Antes de que el Jeep arranque, le rozo su mano con las yemas de mis dedos, acariciándolo. Me sale espontáneo, agradecida de verlo aquí entre nosotros ofreciéndonos altruistamente su compromiso hacia este proyecto. En los breves segundos que pasa desde mi gesto hasta que arrancan y desaparecen por el inhóspito paraje, nuestras intensas miradas quedan fundidas hasta que el obstáculo de la lejanía y el polvoriento camino que les lleva hacia la obra, terminan por separarnos. Me quedo mirando hacia el rastro arenoso que levantan según se alejan, hasta que se pierden camuflados en el rojo horizonte y los oculta su infinitud.

La mañana continúa como de costumbre, con vómitos constantes que me hacen ir de la cama a la palangana y viceversa, hasta que como ya va siendo habitual, a mediodía mi cuerpo se recompone y milagrosamente me siento tan recuperada que necesito ser de utilidad. Assiba, a la que definiría como mi entrañable amiga africana, me ofrece trabajos que no son exactamente a los que estoy acostumbrada, pero los acepto con tal de que me mantengan ocupada durante el resto del día. Ayudo en la elaboración de la comida, mantengo la limpieza en las cabañas, en definitiva hago lo que ella me va encomendando. Increíble la adaptación que sufro cuando me encuentro en África.

Assiba no me cabe la menor duda que sería una gran directora ejecutiva si hubiese nacido en otro país, por su voz de mando, por su actitud en el trabajo. No dudaría ni un segundo en contratarla.

El día en el campamento transcurre despacio. Las mujeres lo pasan a solas esperando a que los hombres vengan de la obra. Una vez terminamos las labores que mantienen el equilibrio de la vida en este lugar, cada una se retira a su cabaña, e increíblemente, no hay mucho contacto más allá del estrictamente laboral entre estas mujeres.

Servicial y atenta con mi invitado, decido cambiarle el agua de su palangana y atender cualquier necesidad con la que me encuentre. Retiro las cortinas y me introduzco en su cabaña. Sobre su cama y aún cerrada, está su abultada bolsa de viaje. Decidida, la abro, encontrándome toda su ropa amontonada y arrugada en el interior. Aunque no tenemos armarios, contamos con una versión reducida de ellos hechos rudimentariamente con madera de “yeheb”. Este versátil árbol se utiliza para casi todo en el poblado, sus semillas son ricas en aceites y proteínas, e incluso extraen tinte purpurina de él. Voy colocando y doblando sus pantalones a la vez que quito las arrugas presionando fuertemente sobre la tela con mis propias manos. Sus slips, aunque me inspiran cierto morbo, los doblo apresurada por un inusual apuro infantil que me provoca tocar su ropa más íntima. Cambio la toalla por una nueva, tiro el agua turbia de su palangana hacia el exterior, llenándola nuevamente con el agua limpia de la garrafa de barro que se encuentra junto al pie metálico donde reposa el lavamanos. Termino de adecantar todo.

Finalizo la limpieza de su cabaña en el instante que escucho el característico revuelo que forman los niños cuando el convoy se acerca al campamento. Afino mi vista, oteando

el horizonte, y confirmo que son ellos..., varios Jeeps regresan en paralelo hacia nosotros levantando tras de sí una espesa neblina de polvo.

Las mujeres, alertadas por el jaleo de los niños, salen de su confinamiento voluntario y andan con rapidez hacia la cabaña principal para recibir a sus hombres. Ellas, alegres de verlos, emiten ruidos chirriantes con sus bocas y dan pequeños saltitos en señal de bienvenida. Yo permanezco a cierta distancia, discretamente apartada. El convoy se detiene junto a la cabaña principal, y como siempre, los hombres dan un brinco de sus asientos y bajan habilidosos de los coches ansiosos por encontrarse con sus esposas. En el ritual que se repite todos los días, se acercan a ellas y las cogen en brazos. Las levantan en peso mientras caminan hacia la enorme mesa instalada para disfrutar de la principal comida del día, la cena. Aún alejada del gentío, Peter me localiza rápidamente, e igualmente da un salto y se aproxima con premura dando grandes zancadas hacia mí. Según se acerca, aprecio que el sol le ha ennegrecido, incluso parece que sus manos se han enrojecido. También contemplo un llamativo turbante improvisado y algo mal colocado sobre su cabeza. Desde luego viéndolo así, nadie diría que es europeo, más bien parece un bereber muy atractivo. Al encontrarnos, parecemos vacilantes sin saber qué decir, pero de improviso y, con un movimiento veloz, se agacha pasando su brazo por detrás de mis rodillas, mientras que con el otro me sujeta la espalda elevándome hacia su pecho y presionándome contra él. Percibo el roce de sus duros pectorales sobre mi hombro. No puedo dejar de reír tímidamente al abrazarme a su cuello. Camina mezclándose con el gentío, que se dirigen hacia la cabaña principal donde hemos estado todo el día trabajando para tan esperado momento.

Le cuesta soltarme. Me mantiene apretada contra él mientras los demás nos esperan ya sentados. Forcejeo para bajarme de sus brazos al sentirme observada, hasta mi hermano nos mira con curiosidad al bracear entre sus manos. Por fin consigo soltarme entre las risas de todos y las miradas cómplices de los hombres que son dirigidas hacia el impertinente Peter, que también sonríe con lo sucedido. «*¡Qué gracioso!*» —pienso, mientras mi ego herido me hace sentarme bruscamente sobre el cojín que se encuentra en uno de los extremos, presidiendo la mesa junto a mi hermano.

Nada más acomodarnos en nuestros sitios, las bandejas de comida hacen su presencia y empiezan su recorrido circulando de mano en mano. Peter, tras ser el primero en recibir una de ellas, me mira como esperando indicaciones.

—¿Ahora me necesitas?! —le hablo en plan vengativo acercándome a su oído.

Me mira con una sonrisa cautivadora que me ablanda de inmediato.

—Batata y mandioca —le aclaro rindiéndome a sus encantos mientras le señalo con mi dedo cual es cual.

—¿Mandioca? No sé ni lo que es... pero, qué buena pinta... —creo que el trabajo duro en la obra le hace mirar toda la comida con ansiedad.

Prosigo con mi explicación.

—¡Bombadas de Mandioca!, es yuca, casi todas estas comidas son vegetales y la carne de todos estos platos suele ser de cabra o de caza, que es lo que menos cuesta

conseguir por aquí.

Come de todo lo que pasa por su lado, y parece gustarle. A continuación llega hasta nosotros una jarra de vino de palma. La cojo por el asa, sirviéndole una pequeña cantidad que vierto sobre su rustico cuenco de madera. Igualmente le sigo explicando como la buena anfitriona que me considero que soy.

—Este vino se bebe lentamente —le aviso para que no se abra la boca con la cantidad de alcohol que contiene esta bebida—. Se elabora a partir de extracto de palmera, que a los pocos días de ser extraído fermenta. Su sabor es fuerte pero ideal para acompañar este tipo de comidas, más bien sosas.

Me atiende con gran interés.

Lo absorbe y saborea, pidiéndome que le llene el vaso antes de dejarlo marchar a otros comensales. Vacilo tras su petición, recordando lo mal que le sienta el alcohol, pero complazco a mi invitado llenando su cuenco.

Por último y casi sin darnos cuenta, aparecen los postres, que igualmente navegan entre las manos parando a mi alrededor. «*¡Me encantan...!*», todos lo saben, por eso confluyen y se dirigen hacia mi sitio. Sea cual sea el menú del restaurante donde me encuentre, siempre dejo un hueco en mi estómago para disfrutar de ellos. Me resulta imposible dejar de probar los dátiles con queso de cabra a la miel, los cuencos de ashura con frutos secos y pasas..., hasta el mero hecho de contemplarlos me provoca una explosión de sabores en la boca..., sensación parecida a la que experimenté aquel extraño día acotada por sus labios.

La hoguera está preparada y al terminar la cena, como siempre, llega el instante más encantador de la noche. Hoy la luna nos ilumina con un brillo intenso encendiendo el cielo con penetrantes colores oscuros.

Peter se enzarza en una conversación con Abul que le hace no prestarme la atención de otros días. Resignada, me acostumbro a mi posición de secundaria en la noche de hoy.

Me fijo en sus gestos. Cada uno posee una elegancia innata. Mi hermano mueve sus manos con suavidad, las desliza cual director de orquesta fuera acoplando el movimiento a sus palabras. Peter recuesta sus manos hacia atrás y fija su mirada en los ojos de Abul, prácticamente sin pestañear lo escucha con gran interés en un gesto de atención absoluta. Cuando habla, mantiene el mismo nivel de voz, equilibrado. Así pasamos un buen rato hasta que Abul se incorpora y se despide deseándonos buenas noches. En seguida todos los demás le siguen, yéndose a descansar.

Las nubes se interponen entre la luna y nosotros, provocando que nos envuelva una total oscuridad, acrecentada al apagarse el fuego y quedar el resplandor tenue que emiten las ascuas esparcidas como pequeñas estrellas que tocan la tierra. Tras el apagón, insisto en acompañar a Peter a su cabaña, ya que todas en la penumbra parecen iguales.

Paseamos lentamente, hablamos de su viaje, de la obra, de sus primeras impresiones sobre este continente. Todo muy relajado y liviano.

Al llegar, nos detenemos a las puertas de su cabaña y, sin más, le lanzo un

comedido beso de despedida hacia su mejilla. Aunque, rápido y, con un movimiento veloz de cabeza, intenta interceptarlo con su boca a la que evito hábilmente echando mi cara hacia tras. «*Primer intento fallido...*» —pienso regodeándome de ello. Sin intentarlo de nuevo, gira brusco y me da la espalda desapareciendo violentamente entre las cortinas. Doy media vuelta con la intención de alejarme de su cabaña y emprender el camino hacia la mía, cuando... una mano que aparece entre las conchas prendidas de los hilos que cubren su entrada, me agarra y me arrastra hacia el interior. Atravieso los moluscos que se golpean entre sí emitiendo una fina melodía, y paro contra su pecho. Por unos instantes mágicos vuelvo a sentirme capturada entre sus brazos, sintiendo ese abrazo intenso con el que me recibe.

Su boca baja lentamente hacia mi oído y, con una voz tremendamente sensual, musita unas palabras.

—Estoy lleno de polvo..., mi piel se oscureció por el sol, las manos a penas las puedo mover y se me han agrietado del esfuerzo...

Noto como suelta uno de sus brazos, que alarga y estira en busca de la palangana, mientras que con el otro me retiene pegada a él. A continuación escucho el goteo de la esponja sobre el agua al ser estrujada y, con un movimiento suave, la deposita sobre la palma de mi mano, donde termina escurriéndola, haciendo que el agua se derrame y se precipite lánguida entre mis dedos.

—Haz conmigo lo que quieras —termina diciendo, a la vez que me libera de la retención aflojando su otro brazo, y empieza a desvestirse muy despacio.

Desafiante, fija sus penetrantes ojos en los míos.

Quedo vacilante. Decidiendo exactamente qué hacer. Aunque según va apareciendo su esplendoroso cuerpo: la desnudez de sus anchos hombros, sus fornidos brazos, sus vertiginosos abdominales... me van convenciendo cada vez más en quedarme a su lado y aceptar el reto.

Totalmente desinhibida le contesto.

—Prepárate..., te voy a dejar, reluciente... —murmuro totalmente anulada por el deseo y dirigiéndole una mirada perdida que recorre su hermoso cuerpo.

Suavemente precipito mis manos hacia su turbante, que es el último bastión que queda para contemplar la desnudez total de su cuerpo. Y, vuelta a vuelta, lo desenrollo, descubriendo completamente su cabeza. Él permanece expectante a mis movimientos, quieto, dejándose conquistar por mis manos. Con mis dedos aún mojados, me adentro por la espesura de su pelo liberándolo del polvo que lo mantenía entumecido. Me acerco al lavamanos y mojó la esponja con la intención de cargarla nuevamente de agua. Una vez rebosante del líquido elemento, la acerco a su pecho y la comprimo contra él, provocando cascadas que se precipitan por encima de su ondulado y perfilado abdomen. Continúo descendiendo..., estrujando y absorbiendo todas las partes de su cuerpo con las que me voy encontrando...

A la vez que intensifico el recorrido, escucho sus leves gemidos de placer. Sus rodillas, sus gemelos, hasta limpio uno a uno todos los dedos de sus pies; a sabiendas del erótico placer que conlleva un buen masaje en ellos. Siento una explosión de excitación

que, como en oleadas de calor me abochorna, e intentando aliviarme dirijo pausadamente las manos hacia mis hombros, agarrando y deslizando las finas tiras de mi vestido hacia abajo, quedando totalmente expuestos... «¡No!», escucho esa negación repentina que retumba en el interior de mi mente recordando de improviso las palabras del doctor Richard que hielan por completo mi cuerpo: “*Evite mantener relaciones hasta dentro de un mes...*”, las percibo intermitentes, como ecos en el interior de mi cabeza. Subo violentamente mi vestido, cubriendo los hombros que mantenía ya desnudos, y aflojo la presión de mi mano sobre la esponja que cae al suelo. Prácticamente me tiro hacia la salida, huyendo de su cabaña espantada y corriendo a la máxima velocidad que generan mis piernas, alejándome conscientemente de la tentación que me provoca este hombre.

En el silencio de la noche, que se intensifica aún más por la falta de ruido, escucho pisadas detrás de mi espalda mientras sigo corriendo hacia el refugio de mi cabaña. Sin frenar mis pasos, giro la cabeza y... me paraliza ver a un Peter confundido y persiguiéndome totalmente desnudo. La situación de la que me considero totalmente culpable, me hace parar en seco.

—¡Peter por Dios, vuelve a la cabaña! —le grito histérica al verlo en medio del campamento así.

—¡Ángela! ¿Te pasa algo? —pregunta aturdido por mi comportamiento, posiblemente pensando que huía por alguna otra razón, sin percatarse que era de él del que realmente quería escapar.

Como me temía, el jaleo de nuestras voces hace que algunos de los hombres, alarmados por el alboroto, asomen sus cabezas entre las finas y musicales cortinas que vuelven a emitir su característico sonido instrumental. Mi bochorno aumenta cuando la cabeza de mi hermano aparece entre muchas otras más.

Avergonzada y veloz, me marchó dejando tras de mí a un silencioso Peter que queda petrificado como una estatua contemplando cómo huyo a propósito de su lado.

CAPITULO V

Amor en tierras lejanas

Peter Sanz

La luz del amanecer se cuele por las pequeñas aberturas que dejan las endeble hileras de conchas que cuelgan de la entrada. El resplandor que inunda este remoto lugar, me ciega los ojos haciendo que mi despertar se convierta en una odisea de despropósitos. Aturdido, tal vez por ese vino que bebí en la cena, consigo a duras penas levantarme y dirigirme hacia la palangana. De camino hacia ella, piso la vendita esponja que hizo estragos sobre mi cuerpo anoche y cuyos recuerdos me dejan en estado catatónico. Parpadeo intensamente intentando quitarme este atontamiento que me envuelve mientras me agacho a recogerla del suelo, donde quedó tirada tras la estampida monumental de Ángela, y la dejo sobre el soporte de madera que se encuentra encima del lavamanos.

Sumerjo mi cara sobre el agua y la azoto hacia ambos lados con violencia, varias veces, intentando desentumecer mis ojos y a la vez despegar mis pestañas, que están salpicadas desde ayer por incómodas motas de arena. Parezco ir encontrándome con desagradables partículas escondidas por distintas zonas de mi cuerpo. Froto bien mis oídos, de los que extraigo arenisca de su interior. Me lavo por debajo de las uñas. Hasta sobre mis dientes parecen removerse chirriantes partículas de tierra mientras las agito, tal vez con el único aparato tecnológico que seguramente haya por aquí, mi cepillo eléctrico de pilas. Es extraño lavarme los dientes sobre una palangana mirando hacia la solitaria pared de barro, en un entorno totalmente distinto al que estás acostumbrado: la comodidad de tu acogedor cuarto de baño, frente a tu espejo, sobre el lavabo y con un grifo proporcionándote el agua que necesitas. Ahora es cuando se echan de menos las cosas más rutinarias, cuando careces de ellas.

Mi enorme bolsa deportiva ha sido vaciada y toda mi ropa se encuentra ordenada sobre las baldas de madera, perfectamente estirada sobre ellas.

Es difícil escoger qué ponerse en este lugar. No tengo nada adecuado para él. Si elijo unos vaqueros, se calentarán con el sol abrasando mis piernas. Si me pongo un chándal, sus recovecos y costuras acumularan kilos de arena y pareceré una duna andante. Aun así, me decanto por este último.

Asomo la cabeza a la espera de encontrarme con un campamento aún dormido, cuando, sorprendentemente, todos están despiertos y el movimiento silencioso bulle por todos sitios. Las mujeres van de un sitio a otro sujetando sobre sus cabezas tinajas rebosantes de agua. Los hombres cargan con pesadas herramientas de trabajo que suben a

los Jeeps. Hasta la cabaña principal parece muy transitada por la gente que espera para desayunar.

Por unos segundos vacilo si continuar con mi plan, cuyo primer objetivo era pasar desapercibido y aprovechar la soledad de la mañana, o dejarlo pasar. Pero, animado, prosigo con él sin poder quitarme de la cabeza el desconcertante episodio ocurrido ayer.

Camino con paso firme decidido a dejar las cosas bien claras entre nosotros, cuando, casualmente, en el camino me encuentro con Abul que me saluda escuetamente, inclinando secamente su cabeza al verme. Andamos varios pasos en paralelo, a una distancia prudencial, comprobando incrédulo que llevamos la misma dirección. Sus andares veloces le hacen progresar algo más rápido, por lo que llega antes y, sin detenerse, atraviesa bruscamente la entrada de la choza de Ángela. Paso de largo abortando de inmediato mi plan.

Con cierta inquietud, evidentemente me retiro de allí y camino hacia la cabaña principal algo contrariado. Me siento en la gran mesa, recibiendo seguidamente la primera bandeja con pequeñas tacitas, hechas a mano, que contienen un negro y aromático café. También se detiene junto a mí un cuenco enorme lleno de finas tortitas azucaradas y acompañadas por pequeños tarritos, no sé de qué, aunque imagino serán para untar por encima de ellas. Así lo hago, las embadurno con el contenido viscoso de todos ellos. Intento prepararlas de la forma más parecida a como lo hacen los demás. Desayuno con ganas pensando que hasta la noche no volveré a comer nada más, aunque siento una extraña sensación de desazón en el estómago al ver que Abul continúa metido en su cabaña, imaginando que su visita estará relacionada con lo que sucedió anoche.

Terminado el sabroso desayuno camino hacia los Jeeps, que es a donde se dirigen todos. Permanecemos subidos en ellos esperando a que Abul termine.

Con otro brusco embiste a las cortinas sale de la cabaña con cara de pocos amigos. Su presencia hace que los hombres arranquen los coches prácticamente al unísono. Anda ligero hacia mí. No le quito ojo mientras se sienta a mi lado, a continuación se pone en pie y dirige sus primeras palabras al grupo en portugués, no las entiendo bien, pero hacen que nos pongamos en movimiento.

Marchamos en paralelo campo a través evitando así el reguero de polvo que levantan tras de sí todos los coches. Su semblante serio, provoca que hagamos todo el viaje sin prácticamente dirigirnos las miradas. Avergonzado por lo ocurrido anoche, mantengo el silencio intentando remover lo menos posible el asunto.

Al llegar a la obra, aparcamos en una pequeña explanada donde los primeros en bajar son los hombres mayores cargando con palanganas que llenan con bidones de agua. Todos hacen cola para poder lavarse las manos y las caras, frotando con energía sus rostros para desprenderlos del polvo fino y blanquecino que queda pegado sobre ellos. Nos aseamos por turnos a la vez que otros, se encargan de cargar las rudimentarias herramientas sobre sus hombros, que más tarde, a lo largo del camino imagino irán circulando por las manos de todos. Antes de ponernos en marcha, me aproximo al cercano río Lucala que se encuentra a unos metros del aparcamiento. Echo un vistazo a su curso. Me encuentro cantidad de ramas y objetos que flotan sobre él, incluso enormes troncos de árboles

emergen a lo largo del cauce. Estudio las compuertas de acero que han sido colocadas justo en el meandro que se forma habitualmente en el curso medio del río.

Andamos en fila caminando por el margen del canal, ya que las dunas nos rodean imposibilitando otro lugar por el que pasar.

Examino con atención el buen revestimiento, importantísimo para evitar futuras filtraciones de agua, y reviso las pendientes descendientes que harán al agua fluir con rapidez. Todos lo contemplamos concienzudamente y aseguramos las piedras que encontramos sueltas, e incluso colocamos alguna que otra caída en el fondo que se desprendió de su lugar inicial.

Durante las horas siguientes intento prestar la máxima atención a todo lo que veo, mientras el sol que no da tregua, azota nuestros cuerpos con altas temperaturas que nos agotan mucho más que el propio esfuerzo físico que realizamos.

Mi mente empieza a construir ideas erigidas a partir de las carencias con las que me voy topando. Intento dar con alguna solución a lo que realmente me está preocupando, las posibles obstrucciones en el flujo del canal producidas por un río en el que imagino no se controlan los vertidos y con grandes materiales flotando por él. Intento visualizar otros canales e, incluso, repaso mentalmente las monografías sobre el encauzamiento de los ríos que estudié en la carrera. Permanezco reflexivo hasta dar con la solución.

Me precipito hacia el fondo, donde se encuentra Abul ayudando a romper una de esas piedras, que por el tamaño es mejor destruir que moverla hacia el sitio de donde cayó.

Me pongo a su lado.

—Tenemos que arreglar algo... —advierto, captando prontamente su atención.

Levanta su cabeza, que la tenía agachada y dirigida hacia la piedra, y andamos unos metros retirándonos y dejando a los hombres que continúen con su trabajo.

—Te escucho Peter —atiende interesado.

—El curso del río viene algo sucio...

—¡Sí! Es cierto. Este río pasa por las principales ciudades y no hay conciencia ciudadana ni autoridades que lo controle. Todo se arroja a él. Prosigue...

—Es imprescindible la construcción de diques marginales —frunce el ceño pensativo—. Se construyen en los laterales, sobre el fondo del canal a una distancia equidistante entre ellos, esto evitará que grandes objetos puedan taponar el curso y bloquear la llegada del agua al campamento. Si no los construimos ahora, será un problema añadido que tendréis que afrontar tarde o temprano, cerrando las compuertas y nuevamente cortando el agua para poder realizar el arreglo.

Noto cómo digiere mis palabras, cómo las va asimilando. Pensativo, dirige su mano hacia su prominente mentón frotándolo con intensidad durante segundos, hasta que por fin, parece dar su aprobación plasmando en su rostro una sonrisa gratificante.

—¡Magnífica aportación Peter! Hablaré con Ángela. Pero dime, ¿de dónde sacaremos los materiales que necesitamos? —pregunta meditabundo.

—Hay suficiente materia prima para conseguirlos, no te preocupes Abul, os ayudaré

a encontrarlos.

El sol empieza su lento descenso hacia el oeste perdiéndose por el horizonte y escondiéndose entre distintos colores rojizos, que se precipitan del cielo en impresionantes cascadas gigantescas. La caída del sol, marca el final a esta agotadora jornada de trabajo. La luna también parece avisar el fin, al asomarse por el lado opuesto y, según me describió Ángela ayer, en breve el resplandor lunar nos acechará provocando que las noches en este remoto lugar se perciban iluminadas, permaneciendo así durante horas, a no ser que las nubes la cubran y finalmente la apaguen.

Exhaustos y sin fuerzas, después del corto aseo, subimos a los Jeeps. Emprendemos el incómodo camino que nos tambalea de lado a lado, y en el que gastamos las pocas fuerzas que nos quedan al luchar nuestras cinturas con los profundos baches que nos hacen ir regulando nuestra posición en los asientos continuamente.

Adormilado, de sopetón, llega hasta mis oídos el repentino jaleo de los niños. Revolotean y saltan felices al vernos regresar después de todo el día. A las mujeres también se las empieza a escuchar en la lejanía, debido a los chirriantes y curiosos sonidos que son capaces de emitir con sus hábiles lenguas. Esto me hace ir despertando del letargo que traía durante todo el camino. Según nos acercamos, percibo un atuendo llamativo en todas ellas. Visten con túnicas floreadas de vivos colores, con párpados exageradamente pintados en tonos fuertes y demasiado cargados. Contemplo los colgantes hechos a mano, algunos de conchas, otros de colmillos de distintos tamaños. Parecen arregladas para alguna celebración especial.

Bajo del coche de un salto, notando la carga muscular de mis piernas. Tras tocar el suelo, dirijo la mirada hacia el lugar donde la encontré ayer. Allí está, ¡impresionante...! Cruzarme de nuevo con sus ojos me aligera los pasos, haciendo desaparecer esa sensación hormigueante que sentía en los pies por el cansancio. Según me aproximo, empiezo a notar un dolor en el estómago. Mi garganta se queda repentinamente seca al verla de cerca. Es la visión más imponente que recuerdo haber tenido de Ángela desde que la conozco. Viste con una túnica negra que la llega hasta los tobillos, adornada con pequeñas piedrecillas incrustadas por el contorno de su cuello en color esmeralda, a juego con el color de sus ojos y, recalcando su espléndida figura, el pegado vestido resalta las curvas de sus caderas y la hermosura del relieve de sus pechos marcados. Me sorprende la desnudez de sus hombros, fibrosos y finos. Su melena asombrosamente aparece suelta y, rizada, un rizo ondulado y alargado que me impresiona contemplar. Quedo cautivado.

Reconozco volverme como un pavo embobado al contemplarla. Cuando llego hasta su lado, trago saliva antes de hablar. Pienso en el río, en el día de trabajo, intentando quitarme de la cabeza sus pechos, sus ojos, su cuerpo...

—Holaaa... ¿Qué tal el día?... —«¡Dios!, no se puede ser más bobo». Me digo tras la simpleza de la frase y el alargamiento sorpresivo del “Holaaa..” «¡Seré pavo!»

Aún más atontado quedo, cuando coge mi mano y la acurruca contra su cara, en un movimiento que me desconcierta y enloquece mis, de por sí débiles pensamientos; «¡Me ha

echado de menos? ¿Significo algo? ¿Quiere acostarse conmigo?...» —pienso abrumado.

—Siento lo de anoche —espeta de improviso.

—Me preocupé, pensé que huías de algo.

—Ya lo sé... Te tengo una sorpresa —dice acelerando repentina el tono de su voz y cambiando de tema bruscamente.

Me escolta hacia mi cabaña mientras agarra mi mano y presiona con fuerza su palma contra la mía.

De sorpresa en sorpresa, se detiene antes de entrar y, de puntillas, se eleva hacia mi oído susurrándome unas palabras con provocadora suavidad.

—Estas lleno de polvo..., tu pelo entumecido y quemado por el sol... Tengo algo especial para ti —mis ojos, de la impresión, quedan totalmente abiertos.

Mi mente malvada vuela liberada por esa indecencia que me tendrá preparada, y en mi cara queda dibujada una sonrisilla pícara provocada por sus sensuales palabras.

—¿Será una suave esponja recorriendo mi cuerpo acompañada de una mano hábil y curtida...? —sugiero esperanzado.

—Mucho mejor, Peter, mucho mejor... —repite enigmática.

Descaradamente desesperado entro en mi choza, topándome con una cortina espesa de vapor de agua que no me deja ver más allá. Ando hacia dentro, con mis manos por delante, hasta chocar con lo que creo que es una palangana enorme que prácticamente ocupa todo el reducido espacio. La palpo a ciegas, comprobando que es metálica y de tacto áspero. Según deslizo mi mano por encima de ella, toco su rebosante agua caliente; por primera vez en mi vida siento el privilegio de poder darme un baño. Definitivamente, en este lugar se magnifican los pequeños placeres.

A continuación, cuando pienso que Ángela dará el paso definitivo hacia nuestra relación y me acompañará al interior de la bañera, emite unas palabras que me dejan atónito.

—¡Assiba, Babila, Diama! Podéis pasar.

Mi cabaña se empieza a llenar de mujeres de mediana edad cargadas de esponjas y tarros enormes, que trasportan abarcándolos entre sus brazos, y depositan en el suelo. Se abalanzan sobre mí intentando desnudarme con sus propias manos y, aunque me resisto, soy desvestido en cuestión de segundos. Desnudo delante de todas ellas, oculto mis partes entrelazando mis dedos e, intento escabullirme, pero, en mi huida, soy frenado y empujado cayendo hacia el interior de la palangana. Cuando pienso que todo ha terminado, Assiba, que es a la única que conozco, embadurna su esponja con pequeñas piedrecillas y la introduce en el agua.

Incrédulo y paralizado, solamente puedo contemplar como mi cuerpo es frotado con fuerza mientras las demás, vuelcan los enormes tarros alrededor de la bañera, descubriendo por el olor, que contenían sales de baños y aromas naturales que al contactar con el agua explotan en infinidad de fragancias florales... Transcurridos unos minutos, me acostumbro a las acometidas de sus manos, hasta termina gustándome este aroma que impregna todos

los rincones de mi cuerpo.

Bañado, frotado y secado por distintas manos femeninas, este calvario “soñado” toca a su fin y, una tras otra, van desapareciendo. Sin ocultar ya mi desnudez (después de todo lo vivido), la última de las mujeres en salir, descarada y sin quitarme los ojos de encima, me habla antes de marchar.

—Você é um homem bonito —susurra, mientras deja escapar una sonrisilla musical.

Por similitud de esta lengua con el español, deduzco que me acaba de echar un piropo.

Por fin solo y cuando me dispongo a recostarme sobre el catre, después de la plácida experiencia, me freno al encontrar sobre él una chilaba, como las que viste Abul de un blanco impecable, y, junto a ella, unos colgantes y diversos adornos que evidentemente no me voy a poner. Alzo la ropa y la meto por la cabeza. Al soltarla se desliza suavemente a lo largo de mi cuerpo. Aunque me veo algo ridículo con esta indumentaria puesta, reconozco que es cómoda, hasta esa sensación de ir suelto y ligero, incluso, notar el suave frescor recorriéndome entre las piernas, termina agradándome bastante.

Salgo rápido hacia la cabaña central y, como intuí, algo pasa esta noche. Está adornada con velas encendidas y esparcidas a lo largo de su contorno. La gran mesa rebosa de deliciosos manjares colocados en bandejas, exquisitamente presentadas, e innumerables jarras de vino se encuentran esparcidas a lo largo de ella. Con la intriga de... «¿*qué se estará celebrando esta noche?*», ando hacia uno de los extremos acomodándome como ayer, junto a dos cojines aún vacíos, presidiéndola. Ángela, que aparece con su hermano, se sienta a mi lado e igualmente Abul ocupa el hueco libre junto a ella. No puedo dejar de mirarla y, sinceramente, me da igual que se note cómo me gusta esta mujer.

Tuerce su cara hacia la mía y me habla.

—Deberías oler siempre así... —habla en tono jocosos. Nuevamente su tímida risilla me desarma como ya va siendo habitual.

En cada movimiento de brazos, de cuello, desprendo un olor entre... esencia de jazmín y especias que no consigo distinguir.

—Qué graciosa... —contesto resentido, bajando mi mano hacia la suya y apretándola con cariño.

Empezada la cena. No lleva el ritual del otro día, esta vez te sirves tú mismo de toda la comida que te rodea. Ángela me explica que hoy es el cumpleaños de su hermano. Me relata cómo el poblado le agasaja todos los años con una gran fiesta donde las mujeres se arreglan con sus mejores ropas y se prepara la mejor comida del año, hasta un grupo reducido de jóvenes amenizan la velada tocando música Angoleña. Los instrumentos que utilizan parecen típicos de esta región, ya que a duras penas puedo reconocer uno o dos por el aspecto. La magnífica anfitriona, atenta a mi interés, me enumera cada uno de ellos: balafón, laúd, sanza..., y me habla de la historia musical en este país. Me cuenta cómo

aparecieron en la época de la sufrida esclavitud, cuando Angola pertenecía a Portugal y millones de personas fueron llevadas y utilizadas para duros trabajos en sus colonias, que por aquel tiempo se extendían por medio mundo. Estos instrumentos inventados entonces, eran el único entretenimiento en los duros días de opresión.

Aunque aún no ha terminado la comida y la gente continua sentada, algunos se levantan y tiran suavemente de las manos de Ángela. Me doy cuenta cómo se acumulan chicos, unos detrás de otros, con la intención de invitarla a bailar. Increíblemente, tras mi espalda, empieza a formarse un alboroto de jóvenes chicas y no tan jóvenes intentando hacer lo mismo conmigo. Me resisto lo justo, pero me lanzo rápidamente a la pista (terreno arenoso contiguo a la mesa) mientras que todos quedan muertos de la risa al ver al larguirucho descafeinado, de indudables movimientos extravagantes, bailarín profesional en mi casa y sin ningún sentido del ridículo en el que me he convertido por una noche. Este tipo de música, con mi falta de ritmo habitual y acompañada del poco estilo que tengo en general, hacen que gesticule y me retuerza de una manera que, enseguida, llama la atención de medio poblado pendiente a mis movimientos, convirtiéndome en el payaso de la noche.

Los acercamientos con Ángela son constantes, pero siempre hay alguien que se interpone y nos separa impidiendo nuestro encuentro definitivo. Nuestros ojos se buscan durante toda la noche. A veces rozamos las manos. Y en nuestros rostros, quedan sonrisas permanentes evidenciando lo que está surgiendo entre los dos.

Las nubes, como ayer, cubren la luz intensa que tiene la luna, apagando el foco que nos iluminaba la noche. La fiesta, que se alargó más de lo esperado, finaliza cuando Abul igual que llegó, sin hacer ruido, la abandona. Y el grupo que parece guiarse por todo lo que hace, igualmente se retira.

Por unos instantes sólo se escucha nuestra conversación, que es lo único que ha quedado tras la estampida de la gente y el silencio que han dejado tras de sí. Bajamos nuestros tonos, para no molestar, y discretos, con sigilo nos levantamos.

Esta vez soy yo el que insiste en acompañarla hasta su cabaña.

Por el camino nos cogemos las manos, entrelazamos todos nuestros dedos quedando totalmente conectados. Nos miramos. Sus ojos están llenos de serenidad, relajación, de todo lo que transmiten nada tiene que ver con la Ángela Neoyorkina de andares rápidos y palabras cortantes que yo conocí.

Disfruto de cada paso que doy en su compañía, sabiendo que el final de la noche será una despedida, aquí poco más se puede pretender. Sólo me queda andar despacio, para añorar al tiempo unos minutos más a su lado.

Al llegar, inundado por el deseo, me dejo llevar y no puedo evitar rodearla con mis brazos apretándola contra mí, ella me acompaña en el movimiento e igualmente me abraza dejando reposar su cara sobre mi pecho.

—Te quiero —repentino, le lanzo un dardo envenenado hacia su corazón.

El silencio ahora es cortante, posiblemente por esas palabras que imagino estarán

revoloteando por su cabeza. Mis labios, más amorosos que nunca, intentan convencerla de que es sincero lo que dije. Me estremezco al rozar su boca, no sólo por la atracción que siento, sino por el amor que ha irrumpido devastador en mi vida.

Ella parece no reaccionar. Noto como afloja sus brazos, como tensa sus labios, como tuerce su cara ásperamente...

Aplacado por su pasividad y el rechazo de sus gestos, me siento decepcionado. Dejo de besarla y me aparto raudo de su cuerpo, que es lo que me pide con su actitud. Me alejo unos centímetros y, seguidamente, da un rápido giro que le hace dejarme tras su espalda. Con la rabia acumulada por sus varios desplantes, decidido, alzo mi brazo hacia atrás y, con un movimiento leve balanceo mi mano hasta impactar contra su culo, el ligero azote la impulsa hacia el interior de su choza haciendo que atravesase bruscamente la endeble cortina. Desde adentro, escucho su voz áspera reteniendo la histeria.

—¡Peter!... ¡Peter! —repite varias veces conteniendo su rabia.

Aunque entraría sin dudarlo, mi orgullo tocado me anula y me hace salir de allí desencantado, pero ni mucho menos derrotado...

Ángela Thomson

Fría, así me quedo al escuchar sus palabras. Él sigue besándome, pero mi boca se quedó entumecida y paralizada por lo que me está pasando. Dubitativa, mis manos ya no le abarcan y caen inertes. Me atrofia inevitablemente. Aparto con aspereza mi cara, gesto que le hace frenar sus besos y aflojar sus brazos. Liberada de su embrujo, nuevamente huyo dando media vuelta y dejándolo a mi espalda, cuando, inesperadamente, siento como la palma de su mano intercepta mi trasero y, tras azotarlo, tropiezo cayendo hacia dentro, atravesando violentamente las cortinas de la entrada. Mi ego bulle por mi cuerpo recorriendo mis venas. Sólo quiero matarlo y, muy enojada, desde el interior de la cabaña grito su nombre conteniendo el volumen para no llamar otra vez la atención de la gente del poblado. Insisto en nombrarlo, pero al no obtener respuesta, asomo la cabeza al exterior observando cómo se aleja de mí. Una corriente furiosa recorre mi cuerpo enloqueciéndolo al verme humillada e ignorada. *«En mi vida recuerdo haber sido tratada de esta manera...»* —pienso exaltada por su comportamiento.

En el transcurso de la noche no duermo, sólo soy capaz de recostarme sobre la cama pensativa... por segundos no quiero volver a verlo, aunque verdaderamente me aterra perderlo. Según pasan las horas sonrío con todo lo que ha vuelto a suceder, hasta siento cierto cosquilleo placentero por ese azote que ahora etiqueto hasta de sensual.

Me voy relajando. Realizo respiraciones profundas. Me acaricio la barriga suavemente notando la dureza de mi abdomen que me recuerda mi embarazo. Poco a poco, noto como van cediendo mis parpados hasta caer completamente en una especie de somnolencia en la que, sorprendentemente, continúo con la fiesta. Todo se mueve a cámara lenta a mi alrededor. Giro como una peonza rodeada por pequeños flases y en todos ellos, aparece él. Sus penetrantes ojos negros no dejan de mirarme, sus ropas se mueven lentamente acompañadas a la música, sus manos intentan atraparme sin conseguirme. Alargo mis brazos y deslizo mis dedos sobre su pelo moreno, que resalta aún más sobre el color blanco de su atuendo... Siento como me conquista los sueños.

Por la mañana despierto como todos los días, devolviendo y con arcadas que probablemente se escucharán por todo el campamento y que me tienen maniatada a la palangana. Me quedo con ganas de salir y despedirme de ellos, pero me resulta imposible dar un paso sin evitar el vómito; mi mal estar me tendrá enclaustrada durante el resto de la mañana.

De nuevo mi hermano aparece por mi cabaña, esta vez entra pausado y preocupado por mi salud. Después de varias comprobaciones físicas: me hace abrir la boca y sacar la lengua, me mira el fondo del ojo bajando mi parpado inferior, me toma la temperatura... Se sienta a mi lado insinuando el tratamiento.

—Mama Fary te traerá jengibre para aliviar esas nauseas.

—No te preocupes hermano, no es nada. —*«Es más simple de lo que parece»*, pienso sin decirlo.

A continuación, me mira tiernamente a los ojos y me recoge las manos con las

suyas.

—No tenías por qué haber venido y arriesgarte de esta forma. Ángela, soy médico, ¿no pensarías que podías ocultarme los síntomas de tu embarazo por mucho tiempo?

Solo callo y agacho la cabeza. Me es imposible seguir mirándole de la vergüenza que siento por no habérselo contado antes. Se incorpora sin hablar y anda hacia la salida, aunque antes de marchar detiene sus pasos y tuerce su cabeza hacia la cama. Me vuelve a hablar.

—¿Lo sabe Peter?

No contesto. Su pregunta me deja descolocada durante unos segundos.

—¡Abul! Por favor, no le digas nada. No es el padre. —Mis ojos, cabizbajos, miran hacia el suelo.

Escucho como arrancan los Jeeps. Afino mi oído hasta perder el sonido del convoy por la lejanía, momento en el que me invade una angustia distinta. La breve conversación con mi hermano hizo que mi estómago emitiera un ardor que asciende hacia mi garganta y la quema.

La mañana continúa desapacible hasta que el cansancio acumulado cae sobre mí, envolviéndome en un sueño muy profundo, tan profundo que me cuesta volver a despertar al notar un fuerte y violento golpe sobre mi cama. Ni me muevo de ella pensando que será mama Fary con el jengibre, cuando, horrorizada, entrebro los ojos y compruebo que estoy sola. Nadie está causando el movimiento que me está zarandeando de un lado a otro. Me pongo de pie, intentando mantener el equilibrio agarrándome a las ásperas paredes y, bruscamente azotada consigo salir a tiempo, antes de ser engullida por el duro barro que se está desprendiendo del techo y que pone mi vida en peligro. El fuerte temblor de tierra que nos sacude, derrumba ante mis ojos varias de las cabañas. Son frágiles y se desploman al suelo convertidas en montones de tierra y paja de donde algunos, atrapados bajo ellas, salen por sí solos, empolvados e ilesos gracias a los materiales ligeros con las que están construidas. Se hacen horas estos largos segundos que dura el fuerte terremoto, que, moderadamente, va perdiendo intensidad hasta que desaparecen finalmente las sacudidas.

La ausencia de Abul, el líder, hace que todos vengan en mi busca y, sin pensarlo, cojo la responsabilidad ante esta situación caótica. Organizo, acelerada, varios grupos para que revisen una por una todas las cabañas caídas y así descartar personas atrapadas o que puedan necesitar ayuda. Una vez localizados y evacuados los heridos de los escombros, nos afanamos para preparar y adecuar la cabaña central, que aguantó bien las sacudidas y se encuentra en perfecto estado para utilizarla como improvisado hospital. Mientras cargamos entre todos con la gran mesa, que apartamos para conseguir espacio suficiente, no puedo evitar echar de menos a mi hermano al verme superada por la situación: «*¡sólo sé dirigir empresas...!*» —me digo angustiada, e intento mantener la compostura sin que nadie note el terror que estoy sintiendo por dentro.

Algunos niños corren hacia los Jeeps que regresan precipitados. Contemplar el polvo que levantan en su camino hacia el campamento me hace respirar aliviada. Sin relajarnos y mientras llegan, nos reunimos intentando hacer recuento. Nos agrupamos por familias. Assiba se queda a mi lado. Confirmamos, algo más calmados, que no hay ningún desaparecido y que... hemos sobrevivido.

Según se acercan, nos miramos extrañados al ver que no regresan todos. El convoy parece incompleto. Entran en el poblado a mucha velocidad, más de la habitual, y según se aproximan, mis ojos quedan perturbados al ver que algunos de los hombres vienen ensangrentados y malheridos recostados sobre los asientos traseros.

—¡Heridos! —gritan desde los Jeeps.

El campamento se moviliza aún más. Algunas de las mujeres se encargan de seleccionar y cargar con las camas menos dañadas, las van colocando ordenadamente en la cabaña central. Otras corremos hacia el pequeño almacén en busca de los botiquines y el material sanitario necesario.

En una pequeña mesa, en donde habitualmente comen los niños más pequeños, vamos depositando el suero, los apósitos y las vendas, a la vez que los hombres empiezan a bajar a los heridos. Con sumo cuidado, los vamos recostando sobre las camas para que reciban sus primeras curas.

Un sudor frío recorre mi cuerpo al contarnos que el seísmo ha provocado un fuerte corrimiento de tierra y piedras, y que muchos de los hombres que trabajaban en el fondo del canal, han quedado sepultados. Tras la angustiada noticia, unos cuantos, después de cargar cajas con materiales de primeros auxilios, nos subimos a los coches acoplándonos en el ínfimo espacio que queda, y, afinados, arrancamos a toda velocidad enfrentándonos al duro trayecto que hacemos prácticamente abrazados al material para no perderlo por el rudo camino. Durante el trayecto intento no perder la calma, ser optimista, pensar en otra cosa..., aunque me derrumbo ante la leve idea de perder a cualquiera de los dos.

Atravesamos nubes de arena, aún más espesas que otras veces debido a que el temblor hizo remover las capas de tierra superficiales y prácticamente nos dejan sin visibilidad, frenando nuestra marcha innumerables veces. Exhaustos, nos paramos en lo que pensamos es la explanada de la obra y, aliviados, tras unos minutos de incertidumbre en los que nos detenemos a esperar que el polvo se aposente en el suelo y poder orientarnos mejor, contemplamos que el resto de los Jeeps permanecen aquí aparcados. Nos bajamos sin dilación, cargando con pequeños botiquines de mano y progresamos por el estrecho camino a pie del canal. Durante el trayecto siento como soy invadida por la ansiedad. Sensación acrecentada aún más, al no cruzarnos con nadie y comprobar que grandes piedras se han desprendido y están apiladas en el fondo.

Corremos hacia los primeros hombres con los que nos encontramos. Según nos

aproximamos, respiramos esperanzados al comprobar que todos andan por sí solos sin ayuda de los demás e, incluso, sus heridas parecen leves: rasguños y brechas, ojos enrojecidos, rostros polvorientos y blanquecinos. Todos parecen tener el mismo aspecto. Algunas de las mujeres se encargan de atenderlos y yo continúo andando rápidamente angustiada a cada paso por la incertidumbre que me invade. Al resto del grupo los encuentro concentrados en un mismo lugar. Han formado una cadena humana y trasportan pesadas piedras, que pasan de mano en mano a un ritmo frenético intentando desescombrar lo antes posible la montaña de piedras que se acumulan sobre el suelo del canal.

Mis ojos enloquecidos dan vueltas buscándolos alrededor y mi corazón se encoge con cada minuto que paso sin encontrarlos.

—¡Aquí está! —grita histérico uno de ellos al retirar una de las pesadas piedras.

Sin pensarlo, me dejo caer terraplén abajo. Mi endeble vestido según me deslizo, se va enganchando con todos los salientes con los que me voy topando a la vez que mis manos intentan frenarme en la caída. Magullado todo mi cuerpo y sin aliento, me precipito a quitar piedras alrededor del hallazgo; un trozo de tela color blanca que sobresale por debajo de toneladas de escombros que la aplastan. Aparto desesperada piedras y piedras hasta que..., al levantar una de ellas, me enfrento a la peor de las pesadillas posibles; un brazo inmóvil y ensangrentado de piel blanca aparece ante mis ojos... Me incorporo del suelo totalmente bloqueada. Mareada, pierdo el equilibrio dando varios pasos hacia atrás mientras los hombres se abalanzan hacia mi sitio. Noto como mis piernas terminan cediendo y, mi parpado superior cae roto de dolor sobre el inferior lapidando mis ojos y sumiéndolos en una total oscuridad.

Peter Sanz

Empiezo el día organizando el trabajo de los hombres. Me atienden con gran interés y, mientras Abul les traduce mis palabras, elevo el pico sobre mi espalda y lo dejo caer con fuerza sobre el suelo, movimiento que repito en varias ocasiones para dar forma circular al hoyo que estoy cavando. Indico el diámetro y la profundidad, que he calculado con respecto a las medidas de los grandes troncos que vamos a utilizar y que, previamente, otro grupo se encargó de pescar del río y trasportó rudimentariamente hacia aquí, enganchándolos con cuerdas y tirando de ellas.

Ayudado por todos, levantamos uno de ellos (ya cortado y preparado), hacia arriba, con fuerza, dejándolo caer sobre el boquete que acabo de realizar, encajando a la perfección. Tras la demostración y una vez marcados los lugares en los que hay que trabajar, los hombres agrupados, cogen sus herramientas y empiezan el agotador movimiento. Mientras otros, cortan los troncos con las medidas exactas indicadas para, después, amontonarlos en el lateral, sobre el estrecho camino.

Terminada la primera fase, la excavación de los hoyos en este primer tramo, ascendemos por la fuerte pendiente del canal hasta llegar al punto exacto del camino donde están depositando los troncos ya cortados. Aquí, la fuerza física es esencial, no hay máquinas, solo contamos con nuestras propias manos. Abrazamos el tallo y al unísono levantamos los extremos. Con torpeza andamos a la vez intentando coordinar los movimientos. Al llegar al borde del canal nos dividimos, la mitad bajan, mientras el resto mantenemos todo el peso, hasta que nos vamos aliviando de la carga al ir traspasándola poco a poco hacia el grupo que se colocó en el fondo. Tras este último movimiento, notamos un fuerte temblor de tierra el cual, por su intensidad, nos hace perder el equilibrio y, obligados por la caída lo soltamos precipitándose bruscamente y sin control cuesta abajo. Una espesa polvareda, producida por el corrimiento de piedras que a su vez provoca un ruido ensordecedor, nos rodea. Inexplicablemente el estruendo queda silenciado en mis oídos mientras las piedras me acribillan a golpes por todos lados. A mí alrededor y como si anduvieran a cámara lenta, deambulan compañeros desorientados. Por unos instantes, siento cómo se detiene todo en torno a mí.

Aturdido, voy abriendo los ojos e incorporándome del suelo, donde caí desplomado. Durante segundos tengo esa extraña sensación de silencio de la que parezco no poder desprenderme, hasta que, de repente vuelvo en sí. El panorama que percibo es desbastador, aunque reacciono de inmediato al comprobar que la mayoría de los hombres que estaban trabajando en el interior del canal han quedado aprisionados y necesitan ayuda urgente.

Nos organizamos con rapidez, formamos filas que van desde abajo hacia arriba y, separados por escasos centímetros vamos trasportando las piedras de mano en mano a ritmo acelerado. Poco a poco desescombramos y localizamos a los atrapados, que salen contusionados y magullados, pero vivos... El terror queda plasmado en sus caras. Y sus pieles, impregnadas por un polvo blanco yeso, aparecen como tintadas de ese color.

Acompañamos a los heridos hacia los Jeeps con la intención de trasladarlos lo antes posible hacia el campamento, y algunos voluntarios deciden ir con ellos. En principio soy

uno de esos voluntarios, ya que no puedo quitarme de la cabeza una gran preocupación por saber de Ángela y la intranquilidad que me produce pensar que le hubiera podido pasar cualquier cosa me lleva a querer marcharme de aquí cuanto antes. Pero Abul detiene mi avance cogiéndome por el brazo.

—¡Peter!, las cabañas son frágiles y hechas de materiales muy ligeros. No te preocupes, estará bien. Te necesitamos aquí —dice en tono sereno.

La sensatez de sus breves palabras me hacen reflexionar y, aunque continúo andando, retrocedo sobre mis propios pasos con la garantía suficiente como para confiar que aquí me necesitan más.

La mayor de nuestras preocupaciones se centra en los atrapados en la zona más profunda, a la cual hay peor acceso y tienen sobre ellos piedras de mayor tamaño. Abul decide formar un grupo con los hombres más fuertes e ir en busca de las palancas de hierro macizo que siempre cargan en los Jeeps, y que en pocas ocasiones utilizan. Salimos en busca de las pesadas barras, abandonando el camino principal e intentamos acortar distancia caminando campo a través, en penosas circunstancias, sacudidos por el insostenible sol que a estas horas nos azota con más intensidad y, con dificultad, damos pasos que hunden nuestros pies sobre las grandes dunas de fina arena que nos cubre hasta las rodillas.

Volvemos agotados, cargándolas entre todos, mientras Abul adelanta su paso y se pierde a lo lejos intentado buscar ayuda, ya que en este último tramo nos encontramos desfallecidos por el esfuerzo.

Enseguida somos interceptados y relevados en la carga. Extenuados, no dejamos de seguirlos y, aunque estamos destrozados físicamente, intentamos sacar nuestras últimas fuerzas para unirnos al grupo que hará palanca sobre una enorme piedra que continúa aprisionando a uno de los muchachos.

Bajo por el terraplén, consumiendo mi último cartucho de energía, cuando... , como un espejismo me encuentro con Ángela, inerte y tumbada en el suelo atendida por su hermano. Me dirijo directamente hacia ellos, cuando Abul gesticula con sus manos frenando mi avance. Apunta hacia el grupo que se encuentra ya preparado para liberal al chaval.

—¡Um, dois e três! —cuentan a la vez, mientras mis brazos empujan sobre la barra a la máxima potencia.

La piedra escasamente se mueve. Mientras aguantamos el peso, algunos de los hombres miran por debajo de ella. Hablan en su idioma, entendiendo perfectamente cómo informan entusiasmados que el chico cayó en unos de los huecos recién escavados para los diques y, aunque su brazo ha quedado muy dañado y su estado es preocupante, al menos ha salvado su corta vida de una muerte prácticamente anunciada. Lo arrastran entre varios por el pequeño hueco que mantenemos abierto y, al ver su cuerpo completamente liberado,

aflojamos los brazos de la presión que hacemos sobre la palanca, esto provoca que la piedra caiga contra el suelo formándose una nueva cortina de polvo. Con rapidez, y en la tiniebla que nos envuelve, corro hacia Abul cubriéndome la boca con el antebrazo evitando ahogarme con este aire arenoso que respiramos.

Observo como la mantiene inerte entre sus brazos mientras flexiono las rodillas y las hincó contra el suelo colocándome junto a ellos.

—Es un leve desmayo, no es nada grave —me calma escucharlo, hasta emito un pequeño suspiro de alivio—. Encárgate de ella —dice, pasándomela suavemente hacia mis brazos a la vez que se levanta y se aleja caminando veloz hacia el herido que continúa inconsciente.

Examino sus manos ensangrentadas tras haber perdido varias uñas. Y su vestido, está tan rajado, que escasamente su cuerpo queda cubierto por estrechas hileras de tela rasgada. Contemplarla así, me hace protegerla contra mi pecho aún mucho más fuerte. Me elevo lentamente poniéndome de pie para iniciar la marcha que nos alejará de este desbastado lugar. Caminamos en fila, como lo haría un ejército maltrecho y abatido que regresa del frente cargando con los heridos.

Al llegar al campamento me sorprende la organización que se respira. Las mujeres equiparon la cabaña central con catres, y todos los heridos están siendo atendidos. Es increíble cómo ninguna desentona entre el caos que se podía haber formado. Me dirijo hacia la choza de Ángela, además, creo que será mi nuevo hogar al pasar por delante de un montículo de tierra mezclada con ropa conocida, que es todo lo que ha quedado de la mía.

Ayudándome con los codos, aparto la cortina y ando hacia su catre. La cambio con cuidado de postura entre mis brazos, acomodándola en una posición mejor, para después, suavemente, recostarla sobre el somier cubierto de pieles limpias, que imagino las mujeres concienzudamente han adecentado. La palangana contiene agua cristalina y en su armario encuentro ropa en perfecto estado. Y, esta vez, me precipito hacia su cuerpo con el único objetivo de cuidarla. Con cierta dificultad, por su cuerpo todavía inerte, la voy despojando de su vestido o más bien diría de las hileras de tela que la envuelven. Su cabeza cae floja hacia su hombro. Contemplo disgustado su desnudez, al comprobar la cantidad de moratones y arañazos que tiene repartidos por todo su cuerpo. La voy lavando con su esponja que, aclaro, estrujo y limpio, repitiendo el movimiento en varias ocasiones. Tras secarla metódicamente, moviendo la toalla a lo largo de su cuerpo, abro el botiquín (que ella misma portaba cuando al parecer cayó desplomada) y saco todo lo necesario para curar sus heridas. Terminada mi ordenada labor, me levanto para contemplar desde otra perspectiva la perfección de mi trabajo sobre el lienzo más encantador en el que he trabajado nunca; su maravilloso cuerpo, que aparece repellido por tiritas de todos los tamaños.

Siguiendo punto por punto las instrucciones indicadas por Abul, toco sus pómulos, dándoles pequeños toquecillos para intentar despertarla. Me acerco hacia su cara cuando sus ojos entumecidos parecen ir despertando. Son instantes los que aparecen abiertos, pero se vuelven a cerrar. Hasta que por fin fija sus pupilas a las mías y susurra débilmente sus primeras palabras.

—¡Pensé que habías muerto...! —dice angustiada alzando costosamente su mano abierta hacia una de mis mejillas que recorre acariciándola suavemente con sus dedos.

Al notarla tan alarmada por mi vida, me doy cuenta que el causante de su desvanecimiento ha sido la preocupación que le ha supuesto pensar que me perdía... No debería alegrarme, pero no puedo remediar experimentar la dulce sensación que produce la victoria.

En el silencio que queda después de sus palabras, me arrimo hacia sus labios que, raudos, se lanzan hacia los míos desesperados. Y lo noto, por fin sus besos me transmiten sensaciones..., pasión, sinceridad, candor... mientras mi cara se humedece con las lágrimas que se deslizan por su rostro.

Ángela Thomson

—¡Señora!, ¡señora!...

Oigo entre sueños e intento abrir los ojos que encuentro más pesados que nunca. Tras incorporarme levemente, me doy cuenta que las habituales molestias matinales han desaparecido. «¡Libre por un día!» —me digo, mientras miro a mi alrededor intentando localizar de donde proviene esa llamada.

Enseguida localizo la pequeña cabecilla de Assiba asomando entre las cortinas.

—¡Señora la buscan! —susurra débilmente.

—Enseguida salgo.

Mi mano, que durmió agarrada a la de Peter, continúa entrelazada a ella. Con suma delicadeza la suelto, e intento levantarme lentamente para no despertarlo. Observo cómo por unos instantes abre sus ojos, gesto que frena mi movimiento, pero los vuelve a cerrar dándose media vuelta, momento que aprovecho para incorporarme completamente de la minúscula cama donde, totalmente acurrucados, hemos pasado la noche. Una vez consigo ponerme en pie, me precipito hacia mi ropa. Intento, acelerada, vestirme para salir lo antes posible sin hacer el menor ruido.

Parte de la cabaña central se encuentra rodeada de sábanas a modo de paredes intentando crear algo de privacidad para los heridos, y la otra mitad, aunque con un espacio más reducido, sigue sirviéndonos de comedor donde localizo a mi hermano acompañado por varios hombres a los que no reconozco.

En cuanto lo tengo a mi alcance, me tiro temblorosa por los recuerdos a sus brazos, aunque ayer, en el foso, me alivió verlo por unos instantes a mi lado antes de desvanecerme por segunda vez.

—Todo ha terminado... —me tranquiliza mientras acaricia mi pelo.

Paso unos segundos reconfortada entre sus brazos, incluso respiro profundamente llenándome de oxígeno, recuperando el que me faltó el otro día por la incertidumbre que sentí. Presión que ahogaba mis pulmones, encogía mi estómago y estrangulaba como una soga mi cuello, dejándome sin aire.

Afloja sus brazos retirándose unos centímetros para hablarme.

—Ángela, estos doctores tan amables han recorrido muchos kilómetros para atender a nuestros heridos. Son los encargados de dirigir el campamento de médicos sin fronteras de Manibe. —Tenía ganas de conocerlos por fin, aunque me hubiese gustado haberlo hecho en otras circunstancias.

Sustentamos este campamento desde su formación. Lo proveemos con medicinas, alimentos, hasta la construcción íntegra corrió de nuestra cuenta. De hecho, están en contacto permanente con mi hermano cada vez que flotamos alguno de nuestros aviones

para atender a todas sus necesidades.

—Encantada. Muchas gracias por venir —les estrecho la mano, notando como mis dedos resentidos de los golpes se estremecen de dolor.

—Somos nosotros los encantados de poder ayudarles, señora Thomson —dice el más joven de ellos.

Nos sentamos a la misma vez, mientras Assiba nos atiende y nos prepara algo de comer.

Sus rostros parecen entristecidos. Capto preocupación en ellos.

Durante la conversación nos descubren el porqué de esa desesperanza, al revelarnos el calvario por el que están pasando. Llevan semanas luchando contra una epidemia de cólera. Nos cuentan que se quedaron sin camas por atender a todos los enfermos que, moribundos, consiguen llegar a pie hasta ellos y que necesitan urgentemente el antídoto para combatirlo. Abul, que lleva a todos sitios su pequeña libretilla con el stock de provisiones, pasa acelerado las hojas con semblante serio, hasta que al pasar una de ellas la expresión de su cara cambia y una sonrisa lo inunda por completo.

—Cinco cajas de sales de hidratación —lee esperanzado.

Todos nos sentimos aliviados de contar con el antídoto suficiente como para varias semanas, y ante la buena noticia que acaban de recibir, no tardan en levantarse con prisas por marcharse, dejando a medias el desayuno. Los acompañamos hacia el almacén y, apresurados, cargan alguna de las cajas en su minúsculo coche, aunque, obligados por el poco espacio con el que cuentan, no pueden llevarse todas. Al arrancar, e invadida por la pena de pensar en esa pobre gente, me comprometo con ellos en personalmente llevarles las cajas que faltan hasta su campamento.

Agradecidos, y con la esperanza reflejada en sus rostros, se alejan a gran velocidad por el camino polvoriento que les oculta en seguida.

Abul me explica que cuando desarrollas la enfermedad, sólo se salvan con una rápida administración de hidratación, y cuanto antes la reciban los enfermos, más posibilidades hay de supervivencia.

Reflexiva con sus palabras, me convengo aún más en realizar ese viaje lo antes posible.

Paso la mañana atendiendo a los heridos, ayudando con las curas, cambiando ropa, lavándola... A mediodía, y mientras vendo una de las manos heridas de uno de los chicos, noto unos dedos que suavemente me acarician el cuello por detrás. Doy media vuelta, recibiendo sobre mis labios un sonoro beso, que hace torcer y levantar las cabecillas de todos los convalecientes que recostados nos siguen atentos sin perder detalle.

—Bom dia a todos —se atreve a decir Peter en portugués al apartar sus labios y encontrarse acotado por todas las miradas.

Parece no sentir la incomodidad que siento yo al ser el centro de atención por estos

motivos. Cada día que paso a su lado, descubro a un hombre de desbordante naturalidad y frescura.

—Buenos días —contesto tímidamente mirando hacia otro lado e intentado recobrar el aliento del ahogo nervioso que me producen sus besos.

—¿Puedo ayudar en algo? Tengo experiencia —anuncia, dándome un toquecito en el brazo.

—Te refieres a esto... —alzo mi dedo meñique enseñándole la chapuza de vendaje que me hizo anoche y que enrolló tanto que estaría minutos quitando los metros de venda que utilizó en él.

—¡Buf!... —suspira risueño—, todo me parecía poco para curarte...

Nos reímos contemplando mi pequeño dedo envuelto por capas y capas que lo hizo crecer hasta el triple de su tamaño.

—Me voy de viaje —digo tras retomar mi trabajo.

Su cara se arruga cambiando radicalmente de expresión.

—Yo también.

—¿Adónde? —digo intrigada.

—Adonde tú vayas... —contesta rotundo.

Nuestras miradas, más cómplices que nunca, convergen a la vez. Y, sin más, zanjamos el tema. Me acompañará en mi viaje a Namibe.

Peter Sanz

Nuestro pequeño viaje está a punto de comenzar. Arranco el Jeep, cargado de provisiones hasta arriba y, mientras nos ponemos en marcha, somos rodeados por menos niños que de costumbre, pero igual de jaleosos danzando a nuestro alrededor en el habitual cortejo de despedida.

Como dos expedicionarios nos enfrentamos al camino de baches zarandeados hacia los lados, haciendo que mis brazos amortigüen el golpe de sus hombros. Vamos bien equipados. Ángela parece salida de una de esas películas de aventureros africanos en tierras inhóspitas. Viste de blanco y lleva un *hiyab* que cubre su cabeza y que le sirve, tanto para refugiarse del sol, que va decayendo por el atardecer pero aún se nota intenso, cómo del espeso polvo, que evita tapándose su boca con uno de los extremos del largo pañuelo. Abul, que es mi suministrador de vestimenta por su altura y, obligado a ello debido a las condiciones en las que quedó mi ropa, me ha prestado una chilaba del mismo color y, al quedar mi gorra de los “Lakers” totalmente aplastada, confeccionó un turbante perfecto cuyo extremo cae suelto, a propósito, para ayudarme a tapar la boca e impedir que trague el desagradable polvo que nos rodea. Paradójicamente, entre tan rudimentaria apariencia, Ángela, mi copiloto, sujeta entre sus manos un aparato *GPS* de última generación que increíblemente tiene registrado el remoto lugar por donde circulamos.

El camino parece no tener fin. Prácticamente nos hemos acostumbrado a los vaivenes, hasta que llegamos a una escueta intersección que nos hace, por fin, dejarlo y salir a una carretera medianamente bien asfaltada.

Durante el largo viaje no paramos de hablar, e incluso me cuenta muchas anécdotas, aunque la que más llama mi atención es el método que utilizan para poder introducir las provisiones de importancia en este país. Escucho incrédulo el plan denominado “Alcohol etílico”. Según me explica, consiste en que lo más importante, las medicinas: el suero, las vacunas, los antibióticos... son acomodadas en las zonas menos accesibles del avión y en la entrada, prácticamente al abrir el portón, colocan la mercancía trampa, compuesta por: licores, ron, whisky y tabaco. A continuación, ubican enormes y pesadas cajas costosas de mover con ropa de bebe. Cuando los militares llegan a este punto, desesperados por consumir lo que sus ojos han encontrado previamente, incautan las primeras cajas que cargan precipitados en sus coches y se alejan victoriosos por el hallazgo.

Una voz de mujer interrumpe nuestra conversación. Proviene del *GPS* que indica que estamos llegando a nuestro destino. Aunque el brillante anochecer se nos echó encima, contemplo ensimismado la belleza del lugar. La carretera discurre en paralelo a la costa, donde grandes extensiones de playas vírgenes son franqueadas por preciosas rocas talladas por la erosión. Sus formas son espectaculares; parecen manos, que con sus dedos tocan las orillas; otras se alzan al cielo abiertas intentado echar a volar. De nuevo la voz llama nuestra atención, desviándonos hacia otra intersección que nos vuelve a meter por caminos intransitables alejándonos de este maravilloso lugar.

A lo lejos e iluminado por un haz de luz, contemplamos la bandera blanca con un muñeco pincelado en color rojo estandarte sin ninguna duda del campamento de médicos

sin fronteras al que estamos llegando.

Grandes tiendas de campaña de color gris nos rodean. El silencio es llamativo si lo comparo con el revuelo de niños a los que me estoy acostumbrando. Empiezan a surgir de todos los rincones sanitarios perfectamente uniformados. Enseguida notamos el calor y la calidad humana de todos los que nos rodean que, voluntariamente, dejan sus acomodadas vidas para venir una temporada a convivir en un ambiente totalmente distinto al que están acostumbrados, simplemente, alentados por la satisfacción de ayudar a gente, que sin ellos, probablemente no tendría ninguna esperanza. Nos agasajan tiernamente con su cariño y, se les nota aliviados al recibir cajas y cajas de medicinas, alimentos y todo lo que hemos podido recopilar y cargar.

Formamos una cadena humana para ir transportando la mercancía, que pasa de mano en mano hasta llegar hacia una de las tiendas que parece servirles de almacén. Cuando hemos terminado la descarga, uno de los doctores nos invita a recorrer sus instalaciones. Ángela acepta encantada y yo les sigo poco convencido. Caminamos juntos hacia la tienda enumerada con el número “uno”. El doctor aparta las cortinas mientras cortés nos deja paso entrando él en último lugar. «¡Aquí están!» —me digo sorprendido al comprobar que los niños a los que eché de menos a nuestra llegada se encuentran en silencio y expectantes por la visita.

Todos están tumbados en sus camas y levantan sus cabecillas curiosas por la novedad inesperada. Nunca un hospital es agradable, pero verlos en estas circunstancias es desalentador.

Aunque Ángela continúa con su visita, como parezco hacerles gracia, pido permiso para quedarme con ellos, que tímidamente se me van acercando. Empiezo pequeños juegucillos y, la naturalidad innata de los niños, hace que terminemos organizando un suave partido de baloncesto utilizando rollos de venda y una papelera que sujeto en mi cabeza convirtiéndome en una enorme canasta. Las risas que compartimos, sus miradas de esperanza reflejada en esos ojos hundidos y sus figuras desnutridas, marcarán un antes y un después en mi vida.

Ángela Thomson

Salgo acelerada de esa tienda que me tiene martirizada de dolor y sigo la visita al campamento. Mi estómago se resiente y creo que el hecho de estar embarazada me tiene inmersa en una sensibilidad atípica en mí.

Trascurre el tiempo deprisa, y cuando caminamos hacia la última tienda a visitar, nos sorprende el jaleo y las risas que parecen provenir de la número uno. Contagiados por la curiosidad, el doctor y yo nos dirigimos hacia ella.

Sorprende contemplar la imagen de Peter en medio de los niños aporreado por los rollos de vendas que algunos lanzan desde sus camas intentando colarlos en la pequeña papelera que sujeta sobre su cabeza. Nos reímos de su ocurrencia mientras ese instante, retenido en mi retina, me hace sentir un pinchazo agudo en mi corazón; creo que me estoy enamorando...

Salimos del campamento rodeados por una total oscuridad. Insisten en darnos alojamiento, pero lo rechazo amablemente, porque hoy tengo otros planes para terminar el día y otros lugares en los que quiero pasar la noche.

El *GPS* nos guía. Deshacemos el camino recorrido hasta llegar de nuevo a la intersección y desde aquí cogemos rumbo hacia el Norte, por donde hemos venido.

En la noche apagada por las nubes, progresamos parlanchines, extasiados por la experiencia y, a duras penas, llama nuestra atención unas luces extrañas que aparecen en el lateral de la carretera. Según nos acercamos, se intensifica el resplandor y es entonces cuando nos invade el silencio y cierta inquietud. Al acercarnos, somos alumbrados directamente y... cegados, nos vemos obligados a detenernos bruscamente a escasos centímetros de un coche militar que bloquea la carretera y que no deja de apuntarnos a los ojos con su potente foco. Instintivamente acerco mi mano hacia la guantera rebuscando en el interior nuestra documentación. Movimiento que freno, al notar el frío cañón de una pistola sobre mi frente que me paraliza de inmediato. Ni respiro aprisionada por la impresión de tener aquello tocando mi cabeza.

Siento cómo baja lentamente desde mi frente hacia mi boca, cómo recorre mis labios que se impregnan de un sabor ácido y metálico, por mi cara, cómo se desliza por mi cuello frenando contra uno de mis pechos que presiona con fuerza. Hunde el frío metal hacia dentro y me hace daño...

—É mia —escucho pasmada decir a Peter con una voz de ultratumba en un perfecto portugués.

Levanta su brazo y, con un movimiento muy lento ayudado por sus dedos intercepta el cañón. Le cuesta despegarlo por la presión que hace sobre mí, pero consigue moverlo hacia él. Mi angustia se intensifica, no siento alivio sabiendo que ahora es su vida la que está amenazada. Extiendo la documentación, que conseguí alcanzar en mi primer movimiento, y con manos temblorosas se la acerco pausadamente mientras los ojos de Peter

continúan fijos y ceñidos sobre el militar que lo amenaza. Los minutos parecen horas. Un soldado que permanecía en un segundo plano, por fin se interesa por los papeles que sujeto y, tras revisarlos, obliga a su compañero a apartar el arma que continúa apuntándolo. A cámara lenta la va alejando de él.

—Avançar —escupe su boca.

—¡Avanza! ¡Avanza! —le traduzco inquieta.

Peter reanuda la marcha esquivándolos y acelera mientras mi instinto de supervivencia me hace agachar la cabeza y ponerla entre mis rodillas. Acongojada, intento resguardarme de un posible disparo por detrás.

Al cabo de unos kilómetros sigo petrificada en la misma posición.

—¡Ángela! Mi amor... —dice tiernamente mientras acaricia mi cabeza escondida.

Voy incorporándome lentamente, e intento desentumecer mi mente que quedó paralizada por lo sucedido. Seguidamente noto su brazo deslizándose por detrás de mi espalda. Recuesta su mano sobre mi hombro y me arrima hacia su pecho. A su cobijo.

—Yo te cuidaré siempre...

Su profunda declaración sigue sin hacer que me desprenda de este océano de sensaciones contrapuestas en el que estoy inmersa, que me perturban y me frenan a dar el paso definitivo hacia este maravilloso hombre.

La voz de mujer, que proviene nuevamente del *GPS*, nos anuncia la llegada inminente.

—¡Aquí! Este es el punto exacto —le digo mientras me mira sorprendido y frena el coche.

Era tan impresionante el lugar que, previsoramente, sin que él se diera cuenta, anoté las coordenadas exactas donde quería pasar la noche. Peter mira a su alrededor encantado con mi plan.

Entramos con el Jeep hasta la playa, alejándonos de la carretera que tan malos momentos nos hizo pasar esta noche. Después de bajar las provisiones, intentamos ocultarlo con grandes ramas secas de palmera que encontramos tiradas por todas partes y que vamos colocando por encima del coche, hasta dejarlo perfectamente camuflado.

Muy organizados, caminamos cargando con los víveres hacia una cueva formada en el interior de una roca a pocos metros escasos del mar. Desplegamos una amplia alfombra, haciendo más confortable la estancia. Y dejamos todo perfectamente colocado en nuestro reducido dormitorio con vistas al océano.

—Me voy a dar un baño, no tardo... —sigo sus pasos con la mirada. Veo como roza la orilla, se desnuda y se zambulle atlético en el mar.

La luna, oculta por las nubes durante todo el viaje, ahora luce con más fuerza como si quisiera recuperar el tiempo perdido. Me recuesto intentando relajarme contemplando el

firmamento totalmente estrellado, hasta que me eclipsa ver como Peter regresa desnudo tras la luz lunar que parece esculpir, en la oscuridad, su espléndida figura. Levanto la cabeza y apoyo mis brazos sobre la alfombra. Me acomodo para no perder ni un solo detalle de este regalo a mis ojos que me produce el contemplarle mientras anda hacia la cueva. Se detiene unos metros antes de llegar. El silencio retumba tentador entre los dos. Al cabo de varios minutos sus insinuantes palabras terminan rompiéndolo.

—¿Tienes algo especial para mí...? —sugiere sensual.

No le respondo... me levanto, manteniendo el silencio, y lentamente alzo mi mano hacia uno de mis hombros desprendiéndolo de la fina tira que sujeta mi vestido, igualmente, con similar movimiento, me desprendo de la última tira que lo mantenía en su sitio. Cae deslizándose por mi cuerpo suavemente y frenando contra el tope de mis tobillos. Abre sus cautivadores ojos oscuros, asombrado por mi inesperada desnudez. Provocadora, ando despacio hacia él, contorsionando a propósito mis caderas en cada paso. Detengo mi sugerente avance, justo cuando la punta de mis pechos desnudos alcanza a rozar su piel. Su vello se eriza con el roce.

—¿Siempre vas desnuda por la vida?

Me mira desde su altura con deseo.

—¡No! Aquí y sólo para ti... —le susurro buscando su oído que rozo insinuante con mis labios previamente humedecidos por mi saliva.

Dirijo mis manos en busca de las suyas y las guío hacia mis duros senos. Disfruto escoltando sus movimientos que escudriñan mis pechos. La palma los cubre, sus dedos los acarician, hasta su boca se une al festín de mi cuerpo que me mantiene extasiada al bajar con su lengua y recorrerlos hábilmente. Bruscamente, apartando sus brazos, se detiene y, copiando mi movimiento inicial, coge mis manos y las precipita hacia su abultada excitación envolviéndola con mis manos que acompañan las suyas. Marca el ritmo. En los movimientos, nuestros ojos, nuestras bocas, nuestra piel, no dejan de encontrarse. Parecemos dos adolescentes fascinados aprendiendo a darse placer.

Tras unos minutos deslumbrantes, sus manos se deslizan lentamente hacia mi culo, lo abarcan y me eleva hacia su marcada cintura, movimiento que hace que mis largas piernas rodeen sus caderas y mis pechos queden aprisionados junto a los suyos, a la vez que nuestras bocas, zarandeadas por la pasión no dejan de buscarse mientras emprende el camino hacia el amparo de nuestra caverna.

Cargando con mi cuerpo, se deja caer hincando sus rodillas en la alfombra y, estirando sus vigorosos brazos, me recuesta suavemente sobre ella. Desde mi posición, se realza su torso ante mis ojos embriagándome con su belleza extrema.

—Me dejas sin aliento... —musita, mirándome fijamente a los labios—. Nunca he querido tanto a nadie... nunca, señora Thomson.

—Te deseo —digo entregada.

—Te quiero Ángela.

Estas últimas palabras hacen que mis piernas aceptan su proposición y, aun bordeando su cintura, aflojo las caderas que caen a su encuentro, y, pausadamente, me va

llenando de él.

Sintiéndolo muy dentro... me asaltan sensaciones extrañas e incluso inexplicablemente percibo el miedo que se experimenta la primera vez. Mis otras experiencias se han esfumado de mi mente y hoy parece estar empezando algo desconocido para mí; algo totalmente nuevo.

El placer que me envuelve, la pasión que me inyecta en cada movimiento de su empuje, sus tiernos dedos rozando mi cara y bordeando mis labios..., todas estas sensaciones hacen que aflore el sentimiento más escondido que tenía...

—Te amo —estas palabras desterradas hace tiempo de mi vida, surgen a la vez que nuestros cuerpos azotados por el placer explotan al unísono compartiendo la misma intensidad. El mismo sentimiento.

Peter Sanz

El frescor del amanecer empieza a sentirse sobre nuestros cuerpos desnudos. Noto cómo Ángela se despega de mi cobijo y desaparece por unos minutos, aunque no tarda en volver a acurrucarse nuevamente entre mis brazos, en donde ha pasado toda la noche. Mis ojos siguen cerrados mientras, repentinamente, percibo sus labios recorriendo mi frente y bajando hacia mi boca, que atrapada, reciben un beso maravilloso de buenos días. Intenta despertarme delicadamente, incluso sus manos me cubren y sus dedos me recorren la espalda. Evidentemente, me resisto a despertar intentando alargar unos minutos más sus caricias. No puedo describir la enorme satisfacción que estoy sintiendo de verla tan entregada, tan cariñosa. Me cuesta creer que esta mujer fría e inalcanzable, se rinda a mí de esta manera.

—Levanta cariño —susurra en mi oído.

—Repítelo... —imploro aún soñoliento y perplejo por su ternura.

—Peter, levanta —vuelve a repetir.

—Por favor...

—Cariño —me fascina escuchar esta palabra saliendo de su boca hacia mí.

Me incorporo, admirando el espectacular desayuno que ella misma, ya puesta en pie, va adornando con pequeñas conchas que coloca entre la deliciosa comida, que supongo, nos preparó Assiba para el viaje.

—Arroz con frijoles —voy señalando con el dedo—, pasta de dátiles con almendras, arroz molido...

—¡Fallo! —dice divertida—, maíz molido —me corrige.

Todo está excesivamente delicioso, teniendo en cuenta que anoche no probamos bocado. Comemos con ansiedad mientras somos rodeados por la luz del amanecer africano. En el horizonte, el sol parece emerger del océano atlántico y al elevarse sobre él deja un rastro de color anaranjado en el agua que llega hasta la entrada de nuestra cueva, rozando nuestros pies. El frescor de esta mañana empieza a convertirse en humedad, al mezclarse con el cambio de temperatura que nos está envolviendo rápidamente, y, antes de que sea tarde para viajar y seamos azotados por el tórrido calor, emprendemos el camino dejando atrás, sin ninguna duda, la noche más emocionante de toda mi vida. Llevé la esperanza a aquellos pobres niños moribundos, sentí el miedo que me provocó la cercanía a la muerte y encontré al amor de mi vida.

Charo, la vocecilla fina que sale del GPS, a la que cogí tanto cariño que se merece tener un nombre, nos guía increíblemente bien por los caminos de tierra que nuevamente nos devuelven a la cruda realidad.

Durante el trayecto hablamos cautivados de lo que ha supuesto para los dos este viaje. Revivimos la entrada en el campamento de médicos sin fronteras y la cara de alivio de esos doctores, entregados, al descargar el Jeep cargado de provisiones, de esas que tanto

necesitaban para salvar la vida de otros. Nos entristecemos recordando a los niños, en estados delicados, y nos esforzamos por comprobar cómo ofreciéndoles algo de juego y de cariño, son capaces de activarse fácilmente, aunque sea desde sus propias camas intentando colar rollos de vendas en la improvisada canasta.

La experiencia que hemos vivido nos hace tomar un rumbo distinto en nuestra estancia en Angola. Mientras el poblado de Abul no nos necesite, ya que tardarán varias semanas en desescombrar el canal, viajaremos cargados con materiales de primera necesidad hacia los distintos puntos humanitarios que se extienden a lo largo de este país.

Entusiasmados, aceleré el coche, que salta aún más por los badenes que trascurren a lo largo del camino.

Ángela Thomson

En cuanto llegamos, esquivamos a los niños como es habitual y localizamos a mi hermano. Prácticamente es lo primero que hacemos al bajar del Jeep.

Le hablamos sobre nuestro corto viaje. Nos complementamos en la narración y mientras uno le explica sus sensaciones, el otro, entusiasmado, le cuenta la misma versión desde su punto de vista. Nos sigue la conversación moviendo su cabeza de un lado a otro. Prestando atención al que habla, como si presenciara un partido de tenis del que no quieres perderte ni un solo detalle de ninguno de los dos jugadores. Queda sorprendido, no creo que por nuestra historia, ya que es algo que vive prácticamente a diario, tal vez por la pasión de nuestras palabras y cómo, impactados por la experiencia vivida, se lo contamos eufóricos.

Sin decírselo, intuye que necesitamos seguir, que acabamos de abrir una puerta que, cómo él bien sabe, difícilmente se cerrará nunca.

Nos guía hacia su cabaña rodeados de los niños gozosos de nuestra llegada y, sin desvelarle aún nuestros planes, ya en el interior, se precipita sobre el cajón de su rústico escritorio y saca un mapa enorme que despliega recostándolo sobre su mesa. Atendemos a sus razonamientos, mientras con su dedo va marcando las zonas más necesitadas a su humilde opinión, según él mismo nos comenta. Son miles de kilómetros hacia el interior de Angola, nos habla, mientras hace el recorrido por el mapa señalándonos, desde Huambo pasando por el Parque Nacional de Cameia y justo antes de llegar a Luao, puntea la zona enérgicamente varias veces con su dedo.

Salimos felices de allí y mientras nos encaminamos a cambiarnos de ropa y comer algo, Abul junto con el señor Fai, el número dos del campamento, estudian la lista enorme de víveres y provisiones con los que contamos después del último cargamento recibido. Enseguida organizan a un grupo de hombres para que revisen uno de los pequeños camiones con los que contamos, a la vez que otros empiezan a cargarlo con las provisiones que han seleccionado, desde medicinas hasta alimento, desde ropa hasta herramientas, todo perfectamente estudiado.

El horizonte va cambiando de color, marcando el mejor momento para abandonar el poblado y emprender nuestra nueva aventura, esta vez en un pequeño camión de dos plazas repleto de cajas apiladas y hábilmente atadas en la parte trasera.

Mi hermano me besa cariñosamente e igualmente coge la mano de Peter arimándola y estrechándola contra su pecho en un gesto de total hermandad entre ellos. Tras desearnos la mejor de las suertes, el motor ruje al ponerse en marcha y, lentamente, nos movemos alejándonos del poblado.

En el anochecer somos guiados por Charo. Reconvertida en una madre que nos guía y nos hace compañía en este largo viaje.

El pequeño camión parece moverse aún más que los Jeeps. Es alto y, aunque los baches se aprecia que los supera más hábilmente, la amortiguación parece mucho más

rígida, por lo que los vaivenes aún son más bruscos e incómodos.

Dejamos la vistosa carretera colindante a las playas vírgenes que nos acompañaron durante estos últimos kilómetros y nos dirigimos hacia el interior, donde posiblemente será más necesaria nuestra ayuda al tener más difícil el acceso.

Es fácil intuir que nos vamos alejando de la costa, ya que la sensación húmeda con ese toque salado que nos rodeaba va desapareciendo paulatinamente cuanto más nos distanciamos del mar y, esa humedad parece ir convirtiéndose en una sequedad envolvente acompañada por una brisa de aire caliente.

Hacemos el amor todas las noches, aún agotados por el duro viaje, es parte de él. Varios motivos son los que nos lanzaron a esta aventura, queríamos ayudar, sí, pero también queríamos conocernos, estar solos.

Todos los días seguimos un mismo patrón, al oscurecer y bien entrada la noche, paramos en los sitios más emblemáticos con los que nos vamos encontrando. Unas veces, bajo grandes baobades cuyas ramas de curiosa estética se extienden planamente sobre nosotros dando la típica visión de la sabana africana (esa imagen que todos hemos visto en alguna ocasión retratada en fotografías). Otras, nos topamos con el río Zambeze y aprovechamos alguno de sus recovecos buscando su acogedora humedad para pasar las largas noches Angoleñas. Al acomodarnos, bajamos la cesta de mimbre, confeccionada a mano, repleta de tortitas de maíz que rellenamos de arroz cocido. Lo preparamos nosotros mismos cociéndolo en un pequeño cacito que acoplamos sobre la lumbre. Mi amiga Assiba, conocedora de mi gran afición a los postres, me sorprende con un manjar delicioso para mi paladar, plátano caramelizado. Saboreo el sabor de esta fruta untada por esa crujiente capa de caramelo tostado que provoca una explosión de sabor en mi boca.

Después de la cena, imitamos las largas conversaciones en el campamento a la luz de la hoguera. Nos contamos nuestros secretos y nuestros temores, los entresijos de nuestras vidas pasadas, las ilusiones y los fracasos e incluso..., en más de una ocasión estoy tentada a desvelar mi pequeño secreto que se empieza a notar cada vez más, pero nunca encuentro el momento adecuado para hacerlo.

Al consumirse la última de las ascuas..., sus manos o las mías conquistan lentamente el cuerpo del otro. Nuestras bocas, imantadas, se saborean pausadamente. Unos días, sus labios, invasores, bajan por mis pechos y junto con sus dedos se deslizan por debajo de mi ombligo conquistándome el punto exacto donde converge el placer. Otros, es mi lengua la que bordea sus fibrosos muslos y juguetea con su pronunciada ingle hasta precipitarla, conscientemente, en busca de su flamante virilidad. Estos juegos amorosos sin fin que empezamos todas las noches son culminados por nuestros cuerpos entrelazados y azotados por la pasión y, en el último de nuestros movimientos, explotan todos nuestros sentimientos, brotando de nuestras bocas esa palabra maravillosa que tanto me costaba y que ahora, después de conocerlo, me es tan fácil de decir.

—Te amo —bramamos al unísono.

A pocos kilómetros de Luao, intentamos acortar distancia bordeando el parque

nacional de Cameia, pero, inexplicablemente, Charo se vuelve loca.

—A un kilómetro gire y de la vuelta —indica constantemente.

Parece intentar recalcular nuevamente la ruta pero se atasca con la misma indicación. Peter, que parece haber cogido tanto aprecio como yo al GPS, tiernamente, como si fuera realmente una mujer, le habla mirando directamente al aparato.

—Está bien, haremos lo que nos pides —y, dócil, da media vuelta siguiendo sus indicaciones.

Atravesamos este vistoso paraje, rodeados de nuevo por el envolvente color rojizo del atardecer que poseen en estas tierras lejanas.

Ahora entendemos el motivo por el que Charo insistía en adentrarnos por este lugar. Parece ser, que tiene programado un software turístico en el que era una visita obligada.

Circulamos pasmados y totalmente encerrados dentro de la cabina del camión, e incluso, cerramos las ventanas raudos, aun soportando altas temperaturas, al cruzar por delante nuestro toda una familia de leones salvajes caminando lentamente y torciendo la cabeza hacia nosotros, desafiantes. Es la primera vez que veo a un depredador de estas dimensiones tan cerca. Sólo nos separada de él una frágil y endeble puertecilla que parece ser de papel al lado de las flamantes garras que poseen estos felinos. También, a lo lejos, y con el sol desmesuradamente enorme y de un color anaranjado intenso por detrás, admiramos una bella estampa, en la que dos gigantescas jirafas parecen compartir, amorosamente, una rama con brotes de acacia.

Aunque no me arrepiento de haber atravesado este entorno impresionante, me niego con rotundidad a pasar la noche en este lugar e insisto en seguir el camino, aunque el sueño nos acecha demoledor.

Al salir de aquí, por fin escuchamos las palabras más esperadas de estos últimos días:

—Fin del viaje, ha llegado a su destino. —Nos miramos sorprendidos ante su indicación, ya que en este lugar no hay nada.

Seguimos hacia adelante, extrañados de la posible equivocación de Charo, en la que hemos depositado toda nuestra confianza. Pero al fondo, en la noche opaca que ha quedado e iluminadas por débiles antorchas parpadeantes, distinguimos vagamente varias hileras de chozas alineadas que vamos descubriendo más nítidamente según nos acercamos.

Nos detenemos justo en el medio de una pequeña explanada dentro del poblado. Y como siempre, nuestra inesperada visita causa furor entre los niños que, aún en la oscuridad, nos rodean jaleosos. Están escualidos y de aparente peor estado físico que los nuestros. Enseguida estiran sus pequeños y finos bracillos acostumbrados, imagino, a mendigar con las pocas visitas que aparecerán despistadas por este lugar. Entre todos ellos parece hacerse hueco un señor mayor, que se aproxima hacia nosotros con cierta dificultad acompañado por un gran bastón de madera que sobresale por encima de su corta estatura.

Nos estrecha su áspera y curtida mano libre, mientras la otra la sujeta fuertemente a su bastón que parece ayudarlo a no perder el equilibrio.

—Sean bienvenidos —dice con una voz débil—. Luao está cerca. Avancen unos ocho kilómetros por... —nos ofrece indicaciones amablemente, sin saber que en realidad hemos venido hasta aquí en su busca.

—Señor Antuam... —le corto.

—Padre Antuam —contesta, realizando una mueca con su frente e imagino que sorprendido de que le llame por su nombre.

—Venimos buscándolo. Abul-Khayr... le envía estas provisiones para su poblado —digo tiernamente, mirándole directamente a sus enormes y saltones ojos azules.

Eleva su cabeza al cielo y levanta las manos hacia arriba junto con su cayado, dando gracias a Dios. Después del solemne gesto, nos mira y, a continuación, coge mis manos y las besa. Intento apartarlas avergonzada, pero las sujeta con fuerza, gesto que todos los demás imitan al bajarnos y repiten, una y otra vez sin dejarnos prácticamente andar. Peter y yo nos miramos ruborizados. Siento pena de esta gente que nos lo agradece como buenamente pueden, ofreciéndonos de esta forma tan humilde su gratitud.

—Acepten nuestro pobre hogar como suyo, nuestra escasa comida... todo lo que necesiten —nos ofrece, mientras sus manos las sitúa a la altura del corazón, sobre su pecho.

—Muchas gracias padre Antuam, pero estamos extenuados por el cansancio —miro hacia el desaliñado Peter y sus ojeras—, hablo por los dos si le digo que lo más deseado para nosotros es una, cama... —Dejo escapar un suspiro de deseo.

Llevamos muchos días durmiendo en el duro e incómodo suelo, a veces suavizado por la arena de las dunas de los pequeños desiertos que hemos atravesado, otras, sobre lechos artificiales que construíamos con ramas.

El padre parece entender nuestro cansancio perfectamente, cuando acalla el alboroto de los niños y nos hace seguirle bordeando varias chozas, hasta llegar a la que posiblemente sea la más grande del campamento. Nos miramos impresionados por nuestra suerte. Agachamos la cabeza para atravesar el minúsculo hueco de la entrada y, una vez en su interior, nuestros ojos vuelven a cruzarse gloriosos al descubrir una única y esplendorosa cama con un cabecero de forja oxidado y... “con colchón”... en el centro del inmenso y austero habitáculo en el que sólo existe, una palangana y un enorme baúl antiguo de madera.

—Esto es lo único que les puedo ofrecer. En seguida vendrán los niños —dice algo resignado.

—Es más que suficiente —le respondo sin ocultar mi ilusión.

Se despide de nosotros y sale de la choza veloz, con prisas, dejándonos solos y encantados.

Nuestras mentes, divagan apasionadas por la oportunidad de dormir por fin juntos sobre una cama de verdad. Si ha sido fascinante acurrucarnos en tantos rincones exóticos, nos derretimos con la idea de descansar abrazados sobre un cómodo colchón al cobijo de la

intimidad que ofrecen las paredes.

Nos acercamos ansiosos hacia la solitaria palangana que será el punto de partida de esta apasionante noche.

—¡Está vacía! —exclamamos a la vez al comprobar contrariados que no hay agua para poder lavarnos un poco.

Inmediatamente después, irrumpen varios niños de corta edad portando pequeñas garrafas de barro que ellos mismos inclinan sobre la palangana para llenarla.

Nos lavamos vigilados de cerca por sus curiosas miradas. Los minutos transcurren sin que parezcan tener mucha prisa por irse, de hecho, la cabaña va recibiendo cada vez más minúsculos visitantes, e incrédulos, contemplamos cómo se dirigen hacia el solitario baúl, lo abren y empiezan a sacar trozos de pieles de animales que van esparciendo a lo largo del suelo, por todos los rincones. En cuestión de minutos somos rodeados, sin quedar un solo espacio libre a nuestro alrededor.

—¿Esto qué es? —espeta Peter igual de confundido que yo.

—No tengo ni idea... —aunque me temo, que la noche que pensábamos pasar no será cómo nos imaginamos.

Atónitos, comprobamos como se recuestan y muchos de ellos, nada más tumbarse, se quedan totalmente dormidos. Mientras otros, siguen cada uno de nuestros movimientos. Como podemos, llegamos hasta la cama saltando por encima de los inesperados obstáculos y directamente nos dejamos caer sobre ella. No me acordaba de la sensación tan reconfortante que experimenta la espalda al poder recostarse sobre una superficie adaptable.

Nos rozamos prácticamente por todas las zonas de nuestro cuerpo, nos acoplamos sobre la almohada rozando nuestras cabezas, nuestras manos se entrelazan y, hasta las puntas de los dedos de nuestros pies quedan conectados.

Estamos fascinados de dormir por primera vez juntos, en una cama de verdad.

El agotador viaje nos pasa factura de inmediato. Peter cae agotado, cerrando de improviso sus ojos. Me arrimo aún más al cobijo de su cuerpo y, ya dormido, lo contemplo de cerca. Prácticamente pegada a su cara observo como respira y al soltar el aire... lo respiro profundamente llenándome de una sensación de saciedad total, con la que me siento tan bien... que creo no necesitar nada más para ser feliz.

Con el alivio que me proporciona tenerlo tan cerca, voy cerrando los ojos.

A la mañana siguiente, muy temprano, salimos en busca del padre Antuam para despedirnos de él. No podemos demorar ni un día más la vuelta.

Aunque el camión va más ligero, al transportar exclusivamente las provisiones necesarias para el regreso, nos movemos prácticamente a la misma velocidad. El cansancio del largo y duro viaje, nos empieza a pulir los ánimos.

Los días trascurren muy lentos, abrasados por el tórrido calor, a la vez que nuestras fuerzas van menguando. Para complicar más la situación, nuestras provisiones mal calculadas se van terminando. Incluso la última parte del trayecto la hacemos sin comer, sintiendo por primera vez en nuestras vidas, hambre. Ese hambre que provoca dolor, que empieza hirviendo el estómago hasta llevarlo a ebullición, y pasado este primer síntoma, te invade el vacío transformado en ligereza que se convierte en debilidad y, si esta sensación se alargara en el tiempo..., supongo que nos enfrentaríamos a la última fase, la fase final... un pulso a la vida por sobrevivir.

La única pieza de fruta que nos queda es la más deseada. Peter la mira con ansiedad, pero no duda en cedérmela. Me niego rotundamente a comerla y ser el sexo beneficiado y, como buena feminista, decido compartirla, pero su tozudez y su negativa me hacen dejarla. Neutrales, la conservamos en la cesta previsoros por si la necesitamos en cualquier otra circunstancia de extrema necesidad.

Estos duros y a la vez maravillosos días, nunca podré olvidarlos. Me acompañarán en mis recuerdos para siempre.

CAPITULO VI

El regreso

Peter Sanz

—¡Um, dois e três! —cuento, mientras levantamos el último de los troncos dejándolo caer dentro del boquete.

Limpiamos el sudor de nuestras frentes y nos miramos satisfechos. Sin grandes aspavientos nos abrazamos tras finalizar la colocación de los diques marginales. Abul anda hacia mí y, cuando me tiene cerca, me estrecha entre sus brazos palmoteando fuertemente la espalda totalmente entusiasmado.

Muy distendidos desandamos el camino que hemos venido haciendo durante todos los días en estos últimos meses, pero esta vez lo disfruto como nunca, sabiendo que será la última vez que lo haga. Me resultará extraño dejar esta rutina, agotadora, pero que añoraré sin ninguna duda; vivir una experiencia que te cambia la forma de ver las cosas, te forja valores que no olvidaré jamás.

La llegada al campamento la intento disfrutar más intensamente, aunque acostumbrado, presto más atención que nunca. Quiero guardar en mi memoria cómo los niños danzan sonrientes y felices, cómo las mujeres, cariñosas y deseosas de sus hombres emiten, al verlos, esos chirriantes sonidos con sus bocas capaces de lanzarlos al viento y escucharlos a kilómetros de distancia.

Mientras me bajo del Jeep, con un ágil movimiento, intento localizarla, pero me sorprende comprobar que Ángela no está donde siempre me espera. Extrañado, me adentro en el tumulto para buscarla, provocando que los niños quieran abrazarme con su hospitalidad habitual y algunas mujeres, entrecortadas, se acerquen tímidamente a saludarme.

Con la certeza de que no ha venido, voy en su busca.

Cuando llego a la entrada de su cabaña aparto las cortinas y entro directamente en ella. La sorprendo con el camisón aún puesto y sentada sobre su catre, mientras sujeta el cepillo y peina su melena algo desaliñada ante un pequeño espejo de mano.

—Hola, ¿estás bien? —pregunto dubitativo al no verla en nuestro último recibimiento.

Paso mi brazo por detrás de su cuello y me acerco lentamente a besarla. Gesto que es frenado rápidamente al darse media vuelta y azotarme la cara con su inmensa melena, al

mismo tiempo que mi mano, que había bajado hasta su hombro y reposaba en él, es desprendida ásperamente por un golpe seco de espalda.

—¿Qué ha pasado?! —pregunto, mientras me siento a su lado preocupado.

Se levanta bruscamente torciendo la cabeza hacia el lado contrario para no mirarme, y me contesta de mala gana.

—Te ha llamado Erika... ¡Tu novia!

Escuchar ese nombre me deja helado, sin palabras. Es paradójico que en todos estos meses ni me acordé de ella, y ahora, se puede convertir en un problema.

Antes de hablar, pienso que decir, sé lo que me estoy jugando. Con el miedo metido en el cuerpo a sabiendas de la importancia que tiene para Ángela la lealtad. Lealtad, que ha sido machacada por los hombres en numerosas ocasiones —motivo por el que me confesó que nos vetó de su vida—, cojo aire y me lanzo con firmeza a decir la verdad.

—Pensé que sólo me habías utilizado y seguí con mi vida... —me corta rudamente.

—¡Lárgate! No quiero volver a verte —espeta bronca.

—¡Me vas a escuchar Ángela! —elevo la voz exasperado mientras me levanto y me pongo a su lado para hacerme oír—. En aquella sala me utilizaste. Me hiciste el amor o lo que fuera aquello, y te fuiste sin más... ¡Recuérdalo! —recalco—. Intenté localizarte y no fuiste capaz de llamarme, de contactar de alguna forma conmigo. Me dejaste tirado. Desapareciste y..., apareció Erika. ¿O es que acaso me dejaste otra alternativa?

—¡Márchate! Eres como todos los demás. —Me duele escucharla decir eso.

Lo sigo intentando.

—No pasó absolutamente nada entre nosotros. Estábamos empezando... ¿Es que no te he demostrado que te quiero? ¡No te das cuenta que haría cualquier cosa por ti...!

Contrarresta mis argumentos con frases hirientes, que evidentemente no voy a permitir. Y, hartado de sus ataques, ando cabizbajo hacia la salida.

Al apartar las cortinas, me encuentro con la cabaña rodeada por pequeños cotillanos pendientes a nuestra riña. Los esquivo totalmente enfadado.

Freno unos segundos mi marcha, buscando algún motivo por el que volver de nuevo, hasta que de improviso, y de fondo, escucho unas palabras lanzadas en tono alto y desesperado, provenientes de su cabaña, que me obligan a regresar precipitado.

—¡Te pedí que me esperaras...! —consigo oírla decir entre sollozos.

En ese preciso instante doy media vuelta recorriendo con firmeza el tramo que me separa de ella. Exaltado, irrumpo de nuevo en su cabaña, golpeando las cortinas y atrapándola forzada entre mis brazos.

—Nunca recibí ese mensaje...

Su cuerpo quedó recostado hacia un lado entre mis manos y, poco a poco, noto como va cediendo. Sin darle tiempo a decir ni una sola palabra más, atrapo sus labios con

pasión, desbordado por el temor que sentí de perderla.

Ángela Thomson

La mañana empieza con el sobresalto de una llamada desde Nueva York. Fai, encargado del teléfono satélite mientras Abul está ausente, no duda en entrar repentinamente dentro de mi cabaña y lo acopla a mi oreja de un enviste. Ni estando entre mis manos se fía en dejarlo suelto.

Carraspeo antes de atenderla.

—¿Si?

—Querida Ángela... —enseguida distingo la profunda y encantadora voz de Robert.

—¡Hola! Robert —le saludo quedando expectante por saber que me cuenta hoy—. ¿Todo bien?

—Sí, sí. Te llamo para informarte que hemos dado con la solución al problema del hueco del ascensor. Michael ha propuesto cómo solucionarlo y en cuanto vengas te enseñaré qué vamos hacer con esa dichosa viga. Por cierto, ya llevas mucho tiempo por allí... —me recrimina y con razón— prácticamente están terminados los diseños de las plantas bajas y tienes que dar el visto bueno para comenzar la obra. Te necesitamos aquí.

—Hoy terminamos el canal —digo en tono satisfecho, sin que parezca alegrarse mucho con la noticia.

— Y... ¿Cuándo vienes entonces?

—Con suerte en unos días estaremos por allí. Mañana, si todo va bien, saldremos hacia Los Ángeles.

—Espero venga tu muchacho con ganas de trabajar... —dice cambiando de tema y con cierto toque despectivo hacia Peter—. Parece que a ese chico le gusta dejar las cosas a medias, ten cuidado.

—No me vengas con tonterías..., no sé a qué te quieres referir.

—Se fue sin decir nada a su pobre novia. Fui yo el que calmó su disgusto y le explicó todo.

Si pretende hacerme daño lo está consiguiendo.

—¿Novia? ¿Qué novia? —Aunque no quería, no puedo remediar entrar en su juego.

—Su novia Erika, la arquitecta encargada de diseñar el “City Nacional Bank”. La tengo a mi lado y la gustaría hablar con él..., en privado. —Un nudo que aprieta mi garganta me acaba de dejar sin voz.

—Lo siento —digo agarrada—, está en la obra, pero... se lo diré.

No puedo seguir hablando. Mi dedo se precipita hacia el botón rojo. Lo aprieto con fuerza cortando bruscamente la conferencia.

Otra vez esa sensación conocida de frustración que envuelve el fracaso, que he vivido tantas veces y en la que me prometí no volver a caer, me acecha desafiante de nuevo.

No salgo de mi cabaña. Durante el resto de la mañana la paso recostada en la cama, llorando, llorando de rabia. Assiba, avisada por el señor Fai, apareció de improviso. Se empeñó en levantarme, pero, tras varios intentos fallidos, se da por vencida, aunque no deja de visitarme; unas veces aparece con tiras de mimbre que entrelaza hábilmente dando forma a las cestitas que utiliza todo el campamento, mientras, intenta hacerme compañía; otras, me ofrece infusiones relajantes que no alivian la angustia que siento.

Me incorporo sobresaltada por el murmullo de los niños que anuncian la llegada del convoy. Con el camisón aún puesto, y sentada en la cama, hago por levantarme, pero no... no puedo ni ponerme en pie por el disgusto.

Lo espero sentada en el borde de la cama, mientras cepillo mi melena que quedó aplastada por el tiempo que pasé encamada. La voy desenredando pausadamente, con un enorme y rústico cepillo que desplazo desde la base de mi cabeza hacia las puntas, hago el recorrido ensimismada varias veces dejando transcurrir los minutos, esperando la inminente llegada de Peter.

Entra como si nada, posiblemente preocupado por mi ausencia a la que no está acostumbrado.

—Hola, ¿estás bien? —pregunta intrigado.

Pasa su brazo por detrás de mi espalda, recuesta su mano en mi hombro y se acerca a besarme. Impido que llegue ni a rozarme... torciendo bruscamente mi cabeza haciendo que mi pelo vuele golpeando su cara, a la vez que me libero de su mano con un fuerte y áspero movimiento de hombros.

—¿Qué ha pasado?! —espeta, dejándose caer a mi lado.

Al sentir el roce de su cuerpo sentado cercano al mío sobre la estrecha superficie, noto como la adrenalina me impulsa violentamente hacia arriba y me levanta apartándome bruscamente de él. Me quema el simple hecho de mirarle a sus mentirosos ojos, por lo que dirijo la mirada hacia otro sitio mientras le hablo.

—Te ha llamado Erika... ¿¿Tu novia?! —digo con cierta ironía.

Calla ante lo evidente y, tras un corto silencio en el que parece discurrir la respuesta, sigue hablando.

—Pensé que sólo me habías utilizado y seguí con mi vida...

—¿Lárgate! No quiero volver a verte. —Lo corto rudamente pensando que es un necio al intentar excusarse de esa manera.

—¿Me vas a escuchar Ángela! —dice en tono alto mientras da un salto y se pone a mi lado—. En aquella sala me utilizaste. Me hiciste el amor o lo que fuera aquello y te fuiste sin más... ¡Recuérdalo! —realza, subiendo el tono de voz—. Intenté localizarte y no fuiste capaz de llamarme, de contactar de alguna forma conmigo. Me dejaste tirado.

Desapareciste y..., apareció Erika. ¿O es que acaso me dejaste otra alternativa?

«*¡Como olvidan los hombres...!*» —cavilo, mientras aquel mensaje que le mandé...; «*Tardaré en regresar..., espérame...*» me ensordece sus palabras y retumba en mi cabeza, martilleando las sienes y provocando que despotriquee por mi boca todo lo que pienso.

«*¿Me alivia verlo marchar?*» —me pregunto, cuando mirando hacia el suelo sale de la cabaña sin nada más que decir—. «*¡No!, me siento aún peor*» —me contesto a mí misma con el corazón estremecido por la angustia.

Me quedo de pie, rígida, fría y con las lágrimas, que las mantenía retenidas durante toda la discusión, recorriendo a gran velocidad mi rostro.

—¡Te pedí que me esperaras! —grito súbitamente con un gemido de rabia encolerizada.

Repentinamente, escucho el sonido que emiten las cortinas al ser golpeadas y al dar la vuelta, girando hacia la entrada, las manos de Peter alcanzan mi cuerpo. Como una marioneta me desplaza hacia un lado, hasta quedar recostada sobre una de sus caderas mientras aproxima su cara a la mía.

—Nunca recibí ese mensaje.

Rodeada por sus brazos, aflojo la tensión y me dejo atrapar por sus labios apasionados, que van suavizando mi ansiedad. Reconfortada por su cuerpo cierro los ojos, aunque, un repentino movimiento me incorpora de entre sus manos poniéndome de pie. Desaparece de mi lado a gran velocidad, dejándome los labios entumecidos de la pasión con que los besó.

Assiba aparece una hora después. Entre sus manos y envuelto en una funda de boutique solariega trae mi vestido y lo deposita cuidadosamente sobre la cama.

—Póngase preciosa —me dice, a la vez que tiernamente acaricia mi pelo.

—Amiga... —anhelo—, que difícil es todo... ¡¿Qué hago mi querida Assiba?! —pregunto aún angustiada e intentando buscar consejo.

—Señora —aunque es mi confidente, su educación la hace hablarme con respeto solemne—, no piense tanto, hágalo todo más fácil... El señor Peter es un hombre bueno y la quiere mucho. Déjelo entrar en su vida.

—Lo sé, lo sé, lo haré... —nos abrazamos fuertemente. Cuanta serenidad me trasmite mi amiga Assiba.

Ese vestido que soñé en lucirlo en mi última noche en el campamento antes de volver a mi vida de siempre, reposa sobre la cama.

Pensé durante varios meses cómo quería que fuera, y, cuando lo tuve claro, acudí a

mi modisto favorito y le encargué confeccionar un precioso vestido inspirado en la noche Africana para una ocasión así. El tejido lo seleccioné entre cientos de ellos. Me decidí por la seda natural traída directamente de China. Su brillo, su textura, la tonalidad del azul oscuro casi negro, lo imaginaba brillando bajo la luz natural de la luna en África. Se ajustaba como un guante cuando me lo probé por última vez en Los Ángeles y ahora, con mi cuerpo más perfilado por las curvas de mis caderas y mis pechos más voluptuosos, hacen que me quede algo más ajustado, pero igual o más impresionante que antes incluso. Me gustó tanto que mandé hacer otro para Abul, del mismo tejido y color. Soñaba con esta noche. Soñaba en brillar complementados como dos mitades obtenidas del mismo patrón.

Suelto mi melena, que cae sobre mis hombros desnudos. Retoco mis labios y mis ojos, dejando mi tez al natural, sin ocultar esas pequeñas pecas que aún conservo de mi lejana pubertad, y que siempre quedan ocultas escondidas bajo el maquillaje que habitualmente llevo en América. Arrebatadora, salgo hacia la cabaña central, con seguridad, con la seguridad que te da tu ego al sentirte totalmente seductora.

Como suponía soy perseguida por los ojos de todos, aunque realmente a los que me interesaban sorprender, confirmo contrariada que no han llegado todavía. Me siento en mi sitio a esperar. Los minutos pasan sin que aparezca e incluso durante el transcurso del tiempo empiezo a sentir dudas; temor a que se haya rendido y me haya abandonado; a que no luche más por mí.

Un murmullo empieza a surgir entre las mujeres que me rodean. Se hablan al oído, mientras todas dirigen sus miradas hacia el mismo sitio, por detrás de mi espalda. Intrigada, vuelvo mi cabeza hacia atrás a donde miran todas ellas, descubriendo, en la claridad de la noche, a Abul aproximándose, elegantísimo, y a su lado, un irresistible Peter que se encamina hacia la mesa iluminado como por un foco, al reflejar su chilaba azulada la luz que desprende la noche Angoleña. Su larga vestimenta a juego con la mía, cae armoniosamente por su escultural cuerpo, dejando entrever el diluido bello de su pecho a través de la apertura de su cuello, en forma de pico, y cuyos bordes relucen como collares adornados por lentejuelas de color plata. Me fijo en su aspecto. Resalta la delgadez de su cuerpo que perdió peso en el tiempo que lleva aquí con nosotros. Su pelo sedoso creció bastante e incluso llega a formársele pequeños ricitos cerrados que cubren toda su cabeza. Alrededor de su barbilla asoma una sedosa barba bien recortada y que le da un toque tremendamente varonil a su rostro.

—¡Ohm! —deja escapar mi boca.

Mi cuerpo parece encogerse de emoción al verlo.

Aunque admiro muchas cosas de Peter, por encima de todas ellas destaco su naturalidad, su frescura. Su imponente físico, del que otros seguramente se enaltecerían al poseerlo, parece ser indiferente para él. Camina hacia mí esquivando todas las miradas menos la mía. E incluso, parece dejarle todo el protagonismo a mi hermano ocultándose tras su espalda mientras me mira fijamente.

Se sienta y, a continuación, me regala una espléndida sonrisa, aunque tuerce rápido su cabeza para seguir conversando con Abul, con el que venía hablando por el camino.

Por momentos me siento invisible entre los dos. Parezco molestar en el ínfimo espacio, acotada por ambos. Hasta que, por fin, noto como acerca su mano por debajo de la mesa en busca de la mía. Marcha hacia ella lentamente palpando mis piernas y suavemente me recorre los muslos, provocándome un calor abrasador que me enrojece las mejillas. Frena contra mis dedos, abarcándolos con fuerza. Después, me mira, parando brevemente su conversación y disculpándose con Abul por la interrupción, y eleva su mano enganchada con la mía hacia su boca, en donde sus perfilados labios humedecidos la rozan y besan mi piel con cariño. El silencio nos envuelve como en una cápsula insonorizada en la que sólo escucho los latidos de mi corazón acelerado y bombeando vida al resto de mi cuerpo. Cuerpo, desilusionado con el amor tantas veces, que dudaba que algún día se cruzara en el camino un hombre como él.

Me acerco lentamente a sentir su boca, sin importarme nada más. Ni siquiera la proximidad con mi hermano hace que desinhibida, la roce y envuelva con la mía llena de pasión. Otra vez, increíblemente, percibo infinidad de sabores... noto el dulce sabor a miel salvaje de abeja con una pizca de canela, a poroto frito en aceite de dende... hasta mi nariz se inunda de olores africanos: a la tierra húmeda del amanecer, a leña quemada, a cilandro y albahaca... instantes mágicos complementados, de improviso, por los jóvenes músicos tocando una melodía conocida. Escucharles tocar la banda sonora de Ghost, con acordes de balafón, con el suave bisbiseo de la sanza y el ruido agudo de los djembes, nos hace separar nuestros labios convirtiendo nuestros besos en suaves sonrisas emocionadas por la situación. Seguidamente, despertamos de nuestro atontamiento envueltos por un bullicio repentino que se forma al aparecer alguna de las mujeres cargando con las enormes bandejas de comida, de la que se convertirá en nuestra última cena.

Peter Sanz

La encantadora Assiba, al encontrarnos recostados delante de las últimas ascuas que están a punto de apagarse, nos tapa con una estropeada y vieja manta. Ella misma nos la extiende por encima y la coloca cariñosamente entremetiéndola por los costados, por donde la humedad del alba se cuele con más facilidad.

—Obrigado —le susurro, dándole las gracias con mi pobre portugués.

Discreta se aleja volviéndonos a dejar a solas.

Me acurruco aún más a su cuerpo al contemplarla totalmente agotada entre mis brazos.

El amanecer empieza su largo proceso. Al fondo hoy —porque comprobé que cada día ocurre algo distinto—, el color morado se aclara y se va transformando en violeta, a continuación, y por debajo de éste, se empieza a captar el oblicuo resplandor del sol que provoca la aparición de un tercer color, en un tono más suave, y que a su vez, según pasan los minutos, se encadenan sucesivamente multitud de ellos más en una explosión multicolor que ilumina el firmamento. Me aferro por retenerlo todo en mi mente, concentro todos mis sentidos en ello: mi olfato percibe la humedad y el olor del alba, mi vista enfoca al firmamento colorido, mi tacto percibe los diminutos fragmentos de cuarzo, de yeso..., que contiene la fina arenisca que aferro con mi puño.

La mañana se nos echa encima y, aún tumbados, pero despiertos, escuchamos el rugir de los motores, al arrancar los Jeeps que transportan a los hombres encargados de culminar nuestro trabajo. Irán hasta el río para abrir las compuertas que harán llegar el agua hasta el campamento.

La vida empieza su lento emerger, aunque esta noche ha sido distinta y prácticamente todos permanecen despiertos por la emoción. Unos se quedaron bailando durante toda la noche, otros, conversaron, hasta los ancianos permanecen sentados en pequeños troncos de madera, impacientes.

Ángela, después de un suspiro, apoya sus brazos sobre mis piernas cogiendo impulso sin ganas y con mucho esfuerzo se levanta apática.

—Peter, esto se terminó —dice melancólica.

No le contesto, simplemente puedo devolverle una sonrisa, aunque en realidad me invade el mismo temor que a ella.

Camina hacia su choza para preparar el largo viaje que estamos a punto de comenzar e, igualmente, me levanto desempolvándome la chilaba y ando hacia el lado opuesto, hacia el embalse que construimos a las afueras. Mientras me acerco, se unen compañeros que caminan junto a mí en comitiva. El grupo cada vez se hace más extenso. Parezco guiar a todo el campamento hacia el mismo sitio. Pensé que sería el primero en llegar, pero parece que Abul se adelantó a todos y, abstraído, le encontramos sentado en el filo del embalse con la mirada perdida hacia el larguísimo y recto canal que se pierde en la

lejanía.

Expectantes, nadie quiere perderse la llegada del agua. Hasta los niños luchan entre ellos por las primeras filas que son las más codiciadas. Ángela aparece al rato, por lo que se queda bastante apartada de nosotros, aunque la multitud reacciona y, prácticamente llevada en volandas es guiada hasta colocarla a nuestro lado. Abul alza su brazo y lo extiende por su espalda, cogiéndola y arrimándola hacia él.

El calor abrasador que cae sobre nuestros cuerpos empieza a perder protagonismo cuando, súbitamente, se desvanece el murmullo. Los niños sorprendentemente callan al apreciarse en el fondo una especie de calima provocada por el sol que calienta el agua y produce vapor avanzando con rapidez en el horizonte hacia el poblado.

Todas las miradas convergen en el pequeño tubo que se encuentra en una de las pareces de la balsa. Poco a poco, empieza a recibir sus primeras gotas, gotas que caen lentamente y que, súbitamente, se convierten en un fino hilo de agua continua. Finalmente, el pequeño diámetro del caño es colapsado por un gran chorro a presión que precipita grandes cantidades de agua sobre el estanque, que lentamente empieza a llenarse.

Contemplamos con orgullo la velocidad con la que va aumentando el charco del fondo. Disfrutar este acontecimiento me tiene conmovido. Cada uno experimenta la felicidad a su manera; los niños se dejan caer terraplén abajo y chapotean enloquecidos salpicándose entre ellos; las mujeres emiten sus jaleosos ruidos con las bocas, mientras sus maridos las balancean entre sus brazos; yo lapido sobre mi rostro una amplia sonrisa de oreja a oreja.

Trascurrido unos minutos desde la llegada del agua, espontáneamente, Abul, empieza un aplauso rítmico, mientras grita mi nombre acompañándolo al ruido de sus manos. Lo miro extrañado a la vez que el resto del grupo lo sigue, mezclándose el clamor de sus voces con el característico ruido del agua chocando contra el fondo encharcado. Abrumado por lo que está sucediendo, se va acrecentando la angustia que siento cuando todos a mi alrededor quieren estrecharme entre sus brazos. Trago saliva intentando retener la emoción para no sucumbir como un niño desconsolado a sus muestras de agradecimiento, aunque mis ojos, desbordados, se inundan de esa turbiedad que produce las lágrimas al ser retenidas en el cristalino. Mi lagrimal, discontinuamente, evacua alguna que otra gota que no puede aguantar más, cayendo lentamente por mi rostro.

Fai, siempre tan ocupado con la gestión del campamento, aparece casi al final haciéndose hueco entre la gente y, muy discreto, se dirige directamente hacia el oído de Abul. A continuación, Ángela, mientras que yo sigo zarandeado de abrazo en abrazo, conversa con ellos y, seguidamente, viene a buscarme e igualmente me habla en tono muy bajo.

—Peter, llegó la hora. Nos vamos... —dice entrecortada, mientras se cuelga cariñosamente en uno de mis brazos.

Llevábamos varios días pensando en la despedida y tanto a Ángela como a mí nos pareció buena idea hacerla discreta, sin romper la alegría de este maravilloso día. Además,

ninguno de los dos podría soportar una despedida multitudinaria, y, evitando ese mal trago preferimos hacerlo sin llamar la atención. Prudentemente nos hacemos paso, alejándonos de la fiesta en la que se ha convertido la mañana.

El Jeep arranca sin que prácticamente nadie se haya dado cuenta de nuestra ausencia, como pretendíamos. Nos acompaña Abul y por supuesto Assiba, que se sienta junto a su amiga del alma, abrazada a ella. Intenta aprovecharla el máximo tiempo posible antes de la separación definitiva.

En el último tramo de carretera empezamos a distinguir la capital, Luanda. Encontrarme de golpe con esta visión hace que mi mente empiece a recordar Nueva York y paradójicamente, la ciudad de las oportunidades, en este instante solo me provoca un malestar estomacal y una incertidumbre inusual por cambiar a esa antigua rutina, que ahora encuentro verdaderamente lejana...

La torre de control se alza al fondo. Le rodea un vallado descuidado al que nos vamos aproximando disminuyendo la velocidad. La entrada al pequeño aeropuerto parece muy transitada, incluso hay una cola kilométrica para acceder a él por una única carretera de doble sentido —nada que ver con las típicas y grandes autopistas a la entrada de cualquier aeropuerto internacional—. Pasamos por debajo de la pesada barrera móvil que se encuentra alzada, a la vez que me fijo cómo los militares, que reposan las armas sobre sus caderas y que supuestamente deberían de estar vigilándola, se encuentran entretenidos viendo un partido de fútbol que los agolpa delante de un viejo y pequeño televisor en blanco y negro.

Impensable en otro lugar, conducir con un coche no identificado atravesando carreteras sin autorización, esquivando aviones que emprenden la marcha buscando la pista para despegar. Circulamos por el osado camino hasta llegar a una mole gigantesca que será la encargada de alejarnos de esta inolvidable experiencia.

Nos detenemos justo delante de la gran rampa vertical que da acceso al avión. Todos nos miramos, y cogiendo aire, nos bajamos del Jeep lentamente y a la misma vez. La subimos con esfuerzo, parecemos andar contra corriente intentando dar pasos que se nos hacen cada vez más pesados. En el interior, impresiona el vacío habitáculo que pronto empieza a llenarse con voces retumbando contra las paredes cuando la tripulación al completo, se acerca hacia nosotros. Cordialmente nos saludan, aunque noto cierto distanciamiento. Posiblemente la presencia de su jefa, que quieras o no impone tener delante, los mantiene tensos. Estrecho las manos de todos y mientras se quedan conversando, aprovecho para colocar el pequeño equipaje de Ángela, ya que el mío es tan escaso que lo llevo todo puesto (mi ropa quedó inutilizada bajo los escombros de mi cabaña aquel fatídico y a la vez inolvidable día). Una vez colocado y al comprobar que siguen hablando, decido recorrer en solitario el pasillo que lleva hasta la salida, buscando echar un último vistazo al horizonte. Me he propuesto enfocarlo fijamente para no olvidarlo jamás.

Cuando era niño y mis padres decidieron cambiarse de barrio, a la vez que cerraban

por última vez la puerta del piso donde había pasado mi infancia, decidí entrecerrar los ojos para fijar las escenas en mi mente. Mientras abandonaba esa casa miraba con intensidad las paredes de los largos pasillos, me asomaba por las barandillas metálicas al bajar las escaleras y, antes de salir del portal, alcé hacia arriba la cabeza para no olvidar la cristalera del gran ventanal que había en el techo, semicerrado por un toldo de color verde, abatible, que regulaba la luz que entraba en el edificio. Me quedó tan grabado en la mente, que aún, y habiendo pasado ya... ni recuerdo los años, lo visualizo tantas veces como quiera recordar, viviéndolo como si hubiera pasado ayer.

En la concentración que supone mi “táctica del recuerdo”, alguien reposa la mano sobre mi hombro y, al darme la vuelta, me encuentro con un Abul emocionado, que sale del interior y se abraza a mí con fuerza. Nos apretamos palmoteando nuestras espaldas.

—Gracias por todo —dice compungido y sin prácticamente poder hablar—. Peter, por favor, ¡cuidala! Te lo pido de corazón.

Parece no querer demorar mucho más la triste despedida, porque tras sus breves palabras desciende la rampa a gran velocidad.

—¡Abul! —consigo gritarle antes de perderlo de vista—me has cambiado la vida amigo. Y... ¡claro que la voy a cuidar! ¡La amo con locura!

CAPITULO VII

Dulce y amargo

Ángela Thomson

Los miembros de la tripulación se despiden e, igual que aparecieron, se alejan recorriendo la gran bóveda hasta introducirse por la puerta que da a la cabina del avión. Mis ojos se mueven y chocan con los de mi hermano. Con gran tristeza comienza la dura despedida. Sin ocultar su emoción, como todos los años, me aprieta y estruja contra su pecho.

—Hermana mía... —se acerca hacia mi oído y me susurra— infórmame de cómo va todo, te lo ruego.

—No te preocupes, todo saldrá bien, ya verás.

—Y... —entrecortado, sigue hablando— ¡Díselo!, no dejes pasar más el tiempo. Te quiere de verdad no lo olvides. Peter es un gran hombre...

No podemos seguir hablando al quedar nuestras voces paralizadas por la emoción y, rápidamente, rompiendo el momento angustiante que estamos sintiendo, se dirige hacia la salida, veloz y firme, sin volver la mirada atrás. Assiba, que igualmente se abraza, llora desconsolada, poco se puede decir cuando te despides de tu mejor amiga de esa que sientes que podía ser tu hermana. Lo llevas como puedes, reteniendo tus sentimientos en el interior para que la despedida no se haga tan dura.

Entrelazamos nuestras manos y caminamos hacia el exterior donde se encuentra Peter. Aquí, a pie de la cuesta, voy soltando sus dedos lentamente hasta dejarla marchar. Assiba desciende despacio, anda lentamente hasta que desaparece ante mis ojos, esta vez cubiertos de lágrimas que, sin poder retenerlas más, caen como dos hileras caudalosas por toda mi cara. Enseguida noto el alivio que me produce sentir el brazo de Peter deslizándose por encima de mi cintura y arrojándose contra él. Varios operarios retiran la rampa y van cerrando las compuertas que achican nuestro campo de visión hasta ocultarlo por completo. Primero nos envuelve la oscuridad y, a continuación, nos ensordece un fuerte ruido metálico provocado por el acoplamiento definitivo de las puertas que retumban por el enorme interior, como ecos que bombardean mi cabeza.

Luces tenues se encienden iluminando el camino hacia los dos únicos y solitarios asientos que se encuentran junto a la salida de emergencia.

—¿Ventanilla o pasillo? —me pregunta amablemente.

—Siempre pasillo... —contesto, mientras inusualmente tras la pregunta empiezo a

sentir pavor de pensar en lo poco que realmente nos conocemos.

Después de sentarnos y acomodarnos, abrochamos los cinturones de seguridad mientras las hélices se ponen en funcionamiento. El ruido ensordecedor anula nuestra conversación y durante toda la maniobra permanecemos en silencio, contemplando por la pequeña ventanilla ovalada cómo circulamos a gran velocidad por la pista, cómo nos elevamos sobre el cielo de Luanda y cómo, en la claridad de la mañana, sin nubes, se distingue sobre la superficie amarillenta y anaranjada del suelo una pequeña mancha de color moca, que, posiblemente, sea el pequeño campamento alejándose con premura de nuestros ojos.

Sobrevolamos el océano atlántico buscando la ciudad de Los Ángeles, que será nuestra primera parada.

—Y, ¿ahora que...? —me pregunta seguramente invadido por el mismo desconcierto sobre nuestro futuro que estoy sintiendo yo desde hace días.

El mundo en el que hemos convivido en estos últimos meses se ha terminado: las mañanas en la obra, los recibimientos multitudinarios, las cenas compartidas, el disfrute del ocaso a la luz de las hogueras... todo, absolutamente toda nuestra rutina diaria ha concluido.

—No lo sé, Peter, no lo sé... —respondo con un gorjeo, y tremendamente dubitativa ante la situación que tengo.

—¡Ángela!, y, ¿en dónde vives? —Insiste, imagino que buscando continuar con la relación que acabamos de comenzar.

Son preguntas que teníamos que afrontar tarde o temprano, pero mi situación, embarazada de otro y sin haber sido capaz de contárselo, me derrumba, hasta me invade la angustia sólo de pensarlo.

Mi rostro se palidece súbitamente a la vez que un sudor frío recorre mi frente, incluso siento escalofríos de la presión...

—Ya lo iremos viendo, no te preocupes... —intenta calmarme cogiéndome la mano y acariciándomela con la yema de sus dedos. Caricias que me alivian.

Tras esta breve conversación, mi cabeza queda pensativa durante parte del viaje intentando encontrar un hueco, un acoplamiento en nuestro día a día, una conexión entre nuestros distintos proyectos profesionales y una posible vida en común; hasta me sorprende a mí misma por la capacidad de buscar alternativas para continuar con este hombre, cuándo, a diferencia de las otras veces, lo que quería era alejarme cuanto antes de ellos. Este derroche de energía mental combinada con la agotadora noche de festejos, me hace perder la noción del tiempo hasta que poco a poco mis parpados se van aflojando.

Entre sueños siento pequeños golpecillos en la mano. Como puedo, consigo abrir los parpados e incluso ya abiertos me cuesta enfocar a la silueta que se perfila delante de mis ojos y que contemplo prácticamente encima de mi cara. Pasados unos segundos

consigo desentumecerlos y noto cómo un miembro de la tripulación intenta despertarme.

—Señora Thomson. —Esa manera de nombrarme, me hace recordar el retorno a la realidad—. Vamos a tomar tierra. Vayan despertando.

—Gracias —espeto con voz ronca.

Seguidamente tuerzo mi cabeza hacia Peter que también somnoliento me mira, carraspea y me habla.

—¿Ya hemos llegado...? —pregunta aletargado.

—No. Pedí que me dejaran en Los Ángeles. Preferiría que continuaras hacia Nueva York y vernos mañana directamente en la obra. Tengo cosas que hacer...

Mis planes para esta primera mañana en América, en la que me imagino que me acoplaré perfectamente sin sufrir la descompensación horaria del agotador Jet lag al haber dormido todas estas horas, son: ir a casa para darme una buena y reconstructiva ducha, cambiarme de ropa, para después dirigirme a mi importante cita con el doctor Richard, ineludible al tener que aplazarla en varias ocasiones por el retraso que llevábamos en la obra.

—Bueno, como quieras... —dice resignado—. Pero mañana comemos juntos. Deberíamos de aclarar muchas cosas.

—Me parece bien..., aunque... —frunzo el ceño y continuo hablando con un tono algo más agresivo—, por favor, te pido que arregles cuanto antes lo de “tu novia” —termino diciendo sobresaltada de recordarlo.

Espero una firme respuesta de Peter al tema Erika. Quiero empezar por primera vez en mi vida una relación sin ningún sobresalto de por medio.

—Será lo primero que haga. En cuanto llegue a Nueva York quedará todo zanjado. No te preocupes —afirma contundente.

Un rápido descenso que nos hace agarrarnos fuertemente a los asientos, da comienzo a la maniobra de aterrizaje. En minutos tocamos tierra suavemente. Vamos aflojando la presión de nuestras manos, a la vez que nuevamente somos envueltos por el ensordecedor ruido de las hélices que se mantienen en movimiento molestando desagradablemente y retumbando en el interior de nuestros tímpanos. A continuación, el comandante aparece de improviso por nuestros asientos y de un rápido movimiento, tirando de una palanca enorme hacia un lado, abre parcialmente la salida de emergente que nos comunica con el exterior ensordeciendo aún más nuestros ya resentidos oídos.

Me acompañan hasta la pequeña abertura y, tras asomar nuestras cabezas y comprobar que los operarios del aeropuerto colocaron las escaleras, me despido. Estrecho la mano al piloto y, con un escueto beso y unas breves palabras dichas a gritos me separo de Peter. Poniendo el punto final a una etapa y dando el pistoletazo de salida a otra que confío sea igual de apasionante.

Saludo a mi chófer, que espera a pie de pista con la puerta abierta de la limusina,

con una breve palmadita en su espalda. Me introduzco directamente en la parte de atrás en donde me topo con la confortable sensación del tacto de los asientos de cuero; con las exclusivas bebidas que se enfrían en la pequeña nevera junto a dos copas de cristal de bohemia; con la profundidad de la voz de María Calas a la que tanto admiro, envolviendo el espacio y cantando *Madama Butterfly*, canción a la que no puedo resistirme en canturrear mientras recorremos las frías autopistas de Los Ángeles. Me aísla de todo lo que me rodea: «*¿Lo ves? Ha venido... Y yo no salgo a buscarlo... Y espero y espero mucho tiempo, y no me pesa la larga espera...*». Mientras navego por su letra, reflexiva, por momentos enaltezco mi suerte, y en otros no dudaría en dejarlo todo y volver junto a mi hermano.

Ensimismada por la música, me abstraigo mirando hacia los grandes edificios de la ciudad, que quedan a lo lejos. Y veo cómo desaparecen al desviarnos por una vía de servicio que nos aparta de la autopista y nos adentra en la exclusiva urbanización privada donde vivo. Dos grandes árboles ornamentales acotan la entrada. Progresamos por la estrecha carretera rodeada por mansiones en perfecta sintonía con el paraje y, al dejar atrás la preciosa estampa del gran lago cubierto por nenúfares rosados flotando por toda su superficie, por fin alcanzo a ver mi casa. La rodea una espesa capa de plantas trepadoras. La madreselva, la clematitis virginiana, que ahora, entrada la primavera, llena de fragancia y color el lugar atrayendo a multitud de colibríes embaucados por los largos estambres que sobresalen de sus grandes flores blancas... Está resplandeciente, como un diamante al chocar los suaves rayos de luz del amanecer sobre las grandes cristaleras que la rodean.

Accedemos directamente al amplio garaje que está abierto y, en cuanto nos detenemos, mi puerta es asaltada por mi séquito de veteranas empleadas que una a una me saludan cortésmente mientras bajo del coche. Las encuentro impecables. Vestidas de uniforme negro y delantal blanco. Realizan una reverencia, inclinando sus rodillas levemente con cierto estilo victoriano. Siempre tan educadas y guardando las distancias respetuosas hacia mí.

Subo las grandes escaleras de mármol blanco que mi padre hizo traer de Grecia, oriundo del norte, de las canteras situadas en Kavala. Le maravillaba este mineral que utilizó innumerables veces en sus distintas construcciones y del que decía ser la materia más pura con la que había trabajado nunca (sin ninguna ayuda brilla por sí sola). Al abrir la puerta de mi habitación choco con la claridad que atraviesa como lanzas los ventanales que la rodean, al revotar la luz en el lago y salir proyectada hacia el interior. Y corro hasta impulsarme y caer sobre el amplio colchón de mi cama, reconfortándome sobre él y notando mis pechos acomodados en una superficie adaptable. Extraña sensación después de tantos meses de incómodos somieres artificiales hechos de ásperas pieles de animales, o de ramas de palmeras o de arena del desierto... Doy varias vueltas sobre él para desentumecer mis articulaciones que quedaron contraídas por todas las horas que pasé en la misma posición, frenando bruscamente cuando mis ojos se clavan en el portafotos que reposa sobre mi mesita de noche. El marco de madera de “yeheb” y tallado a mano por mi amiga Assiba, adorna mi foto favorita, la última visita de mis padres al campamento. Abul con una amplia sonrisa frente al fotógrafo, y acompañado por detrás de la luz rojiza del atardecer cuando cae el sol (dando un tono sepia a la escena), abre sus manos para recibir a mis padres, de espaldas a la cámara y aún sentados en el Jeep, probablemente extenuados del largo viaje que hacían todos los años para estar junto a su hijo. Ésta fue su última fotografía.

Dentro del vestidor, después de un baño más que reconstituyente, elijo para la ocasión una preciosa chaqueta de Chanel en color crema con rayas negras, que complemento con una falda corta, del mismo modelo. Termino de vestirme frente a un amplio espejo de pie que parece reflejar la imagen de otra mujer. No me reconozco sin mis ropas étnicas angoleñas, sin el colorido de sus telas. No sé quién es esa mujer vestida de modistos exquisitos. «*No lo sé*», me digo avergonzada por el aspecto arrogante y frívolo con el que me disfrazo en América.

Los nervios se apoderan de mí cuando circulando por la gran autopista de innumerables carriles, mi chófer se desvía por la salida que anuncia la inminente llegada a la clínica y, tras atravesar una amplia y solitaria carretera, al fondo aparece un gran conjunto de edificios blancos rodeados por cuidados jardines frondosos. Frenamos junto a la entrada. Bajo precipitada y ando hasta ser detectada por los sensores, que al notar mi presencia, abren la puerta y me dan acceso al vestíbulo. Ligera me dirijo hacia la recepción y, en cuanto soy identificada por la amable recepcionista que consulta hábilmente el ordenador, aparece una joven y esbelta enfermera que me hace seguirla, guiándome por las distintas plantas y pasillos hasta dejarme delante de la puerta del doctor. Apenas espero sentada en la sala contigua, rodeada por pequeños marcos metálicos con imágenes de hermosos y glotonos bebés, cuando aparece el bajito doctor Richard seguido como siempre por su séquito de explosivas ayudantes, invitándome personalmente a pasar al interior.

Me acompañan hacia detrás de unos biombos, en donde una de sus asistentes me ayuda a desvestirme, colocándome seguidamente una de esas ridículas y endeble batas verdes desechables, que ella misma me anuda por detrás de la espalda. Una vez ataviada para la ocasión, vuelvo a ser guiada hacia otra habitación dentro de la misma consulta, donde soy invitada a sentarme sobre la peculiar silla ginecológica rodeada por todo tipo de aparatos y monitores enormes.

—Señora Thomson. ¿Qué tal se encuentra? —escucho preguntar cuando aparece repentinamente el doctor en la habitación.

Sus enfermeras ya colocaron mis piernas sobre las perneras que abrieron de par en par a la vez que extendieron una pequeña toalla por encima de mis muslos para darme cierta intimidad.

—Doctor Richard, en estos primeros meses he tenido muchas molestias matinales. Hasta tal punto de dejarme impedida durante toda la mañana, aunque parece que en estas últimas semanas han ido mejorando —atiende a mis palabras con gran interés inclinando su barbilla hacia abajo mirándome fijamente por encima de sus pequeñas gafillas redondas.

—Sí, es normal, algunas mujeres lo sufren más intensamente que otras: los estrógenos, los cambios hormonales, factores sin ninguna importancia... no se preocupe. Ahora relaje los músculos de su pelvis señora Thomson —inquieta, mientras una de sus asistentes le entrega un largo aparato, parecido a un prominente y largo glande recubierto por una membrana que lo plastifica de punta a punta y embadurnado por una viscosa capa de vaselina—. Vamos a acercarnos a su bebe —dice al traspasar mi vagina con aquello.

Alza su brazo libre para encender dos grandes altavoces, y toca, punteando varias veces con su dedo índice, la pantalla más cercana a mí. La capturo impaciente con mis ojos.

El sonido envolvente que producen los altavoces es similar a la respiración encapsulada de los submarinistas bajo el mar, escuchando mi respiración y un leve bombeo acelerado en la profundidad de la cavidad. La pantalla sigue oscura, aunque poco a poco aparecen rallas transversales en blanco y negro a la vez que el aparato sigue escudriñando mi interior, con movimientos circulares y muy lentos.

—¡Aquí lo tenemos! ¡No te vayas pequeñín! —susurra, angustiándome inmediatamente sus palabras.

De repente la pantalla, de la que no quito atención, queda totalmente nítida proyectando la espectacular imagen de un bebé totalmente formado que parece chupar uno de sus pulgares.

—¡Está perfecto...! —Sonríe el doctor.

Contemplar a mi hijo en aquella pantalla, cómo salta y flota en mi interior, los aspavientos que hace con sus pequeños bracillos, cómo toca su cabeza e incluso parece que hasta la mueve. Me deja en estado de shock. Mi boca, que últimamente cada vez que mi cuerpo emite sensaciones se inunda de sabores, esta vez recibe una explosión de dulzor difícil de describir.

Peter Sanz

El sonido estridente de las hélices hace que la despedida sea rápida y escueta, incluso parecemos precipitarla para no demorar más este estruendo ruidoso que se mete por los oídos y que produce un dolor profundo en los tímpanos. Al cerrar y encajar nuevamente la pesada puerta de emergencia, me dejo caer sobre mi cercano asiento.

Algo más relajado, sigo sin poder quitarme de los oídos un desagradable pitido interno, que a su vez me provoca una sensación de sordera que me acompaña durante el resto del viaje. Sólo parece ir cediendo cuando por fin, vagamente, alcanzo a escuchar la indicación acústica recomendando abrocharse el cinturón de seguridad. Apresurado, más por las ganas de llegar que por la falta de tiempo, me lo abrocho con rapidez y, seguidamente, apoyo mi cara directamente sobre el frío cristal de la ventanilla con la intención de disfrutar nuevamente de la espectacular visión que ofrece Nueva York al visitante desde el aire. Me transporto a mi primera vez.

Ese día también amaneció nublado, como hoy. Íbamos descendiendo y todo a mi alrededor se veía oscuro, hasta que se abrió el telón de las nubes, y como si estuviera visionando una película de cine americano, allí estaba, el famoso Empire State, la leyenda, no podía dejar de pensar en King Kong escalándolo y protegiendo a su amada con su propia vida. El edificio Chrysler, como el impresionante Everest, culminando su cima iluminada y adornada por esos arcos lobulados que marean solo de pensar en cómo modelarlos a esa altura. Mis ojos empachados, querían más. No dejaba de recorrer la ciudad. Miraba a todos lados embriagado por su arquitectura; la panorámica vertiginosa de sus rascacielos rozando el cielo; el contraste de sus diseños; su grandiosidad extrema. Era la ciudad soñada para cualquier ingeniero de vocación.

Despierto del letargo cuando noto el roce de las ruedas contra la pista. Al ir disminuyendo la velocidad con brusquedad, soy sujetado con fuerza por el cinturón, presión que me provoca un aplastamiento contra el sillón. Al finalizar la maniobra que me devuelve de sopetón a continuar con mi vida en Nueva York, se hace el silencio. Silencio que hace daño en los oídos después de un viaje tan ruidoso.

Sin escuchar sus pasos, aparece por mi sitio el comandante.

—Señor Sanz, espero haya tenido un vuelo agradable. Su chófer —¿*Mi qué?*, pienso, mientras de un respingo echo mi cabeza hacia atrás sorprendido—, lo está esperando. En cuanto abran la compuerta trasera podrá usted bajar.

—Gracias... —miro su placa identificativa— comandante Fisher.

Vuelve a desaparecer veloz, a la vez que escucho ruidos metálicos retumbando por el espacio abombado de las paredes del avión al abrirse la puerta por donde debo salir.

A pie de pista avanzo dejando atrás la enorme aeronave hasta toparme de frente

contra la limusina que William, el chófer del señor Smith, mantiene abierta cortésmente. Después de un breve saludo me introduzco en ella, a la vez que cierra la puerta cuando comprueba, asomándose levemente, que he quedado totalmente acomodado en su interior. Me separa de su asiento una ancha vidriera tintada, hermética, que prácticamente me deja incomunicado, de tal forma que circula por las autopistas sin saber muy bien a donde me lleva y sin tampoco poder preguntárselo. Aunque por los cristales laterales me alivia comprobar cómo se oscurece todo al circular por el interior del túnel Lincoln y, al atravesar el río Hudson, cogemos la avenida Madison, que al recorrerla durante unos kilómetros abandona al torcer hacia su derecha, y enfila hacia el pequeño bulevar que lleva a mi casa.

En cuanto frena, parece descolgar un pequeño micrófono que retumba en el interior y, secamente, me invita a bajar justo cuando por la ventanilla lateral me topo con la grata visión del portal de mi apartamento.

Asciendo las escaleras enloquecido por la emoción de volver, e intento subirlas con rapidez para no cruzarme con ningún vecino al que pueda asustar con las pintas que llevo, que chocaría irremediabilmente con el atuendo que se lleva fuera de África. Impensable vestir así dentro del barrio selecto donde vivo. De mis bolsillos, que se comunican el uno con el otro, saco la llave que, inusualmente, me cuesta encajar en la cerradura. Me sorprende haber perdido la costumbre de abrir puertas. Acelerado, una vez en el interior recorro el estrecho pasillo y paso de largo por el pequeño salón hasta meterme directamente en mi habitación. Cojo impulso y me dejo caer de espaldas sobre el colchón —¡Vendido colchón!—. Reconforta la suavidad que produce moverse encima de él. Me impresiona recordar su adaptación completa a mi cuerpo, el confort de sus materiales..., todas estas sensaciones después de duros meses sin sentirlas, me hacen valorar aún más mi suerte. Bocarriba, voy deslizado mi mano. Mis dedos perciben la suavidad del gordo edredón de invierno que aún viste la cama. Lentamente abro uno de los cajones de mi pequeña mesita de noche. Una vez abierto, palpo su interior hasta toparme con mi *iPhone*, que dejé en Nueva York ese día en el que salí precipitado hacia un destino incierto. Presiono el botón que lo enciende. Lo arrimo hacia mis ojos y, mientras se pone en funcionamiento, va emitiendo cientos de pitidos por mensaje recibidos y no leídos. Me muevo velozmente por la pantalla táctil obviando todos ellos hasta bajar hacia el último, cuyo emisor es identificado en mi agenda como: “Jefa Thomson”.

—Amor... —suspiro atontado de leerla—, salgo hacia Nueva York. Voy sin batería, sin indicios de poder recargarla y llegaré tarde. Nos vemos mañana. Tengo tantas cosas que contarte...

Su breve mensaje me ciega, mientras con falta de interés voy recorriendo la multitud de avisos de Erika que colapsan la bandeja de entrada. Cojo uno de ellos al azar y, sin leerlo, toco sobre el botón de “responder”.

—Erika he llegado. Tenemos que vernos hoy mismo. Necesito hablar contigo. — Quiero dejar las cosas claras lo antes posible. Rehúyo tener cualquier problema con Ángela.

Tras enviarlo, aprieto el teléfono móvil entre mis dedos y dejo caer mi brazo medio muerto hacia el lateral de la cama, recostándolo, esperando a ser contestado. Aunque tumbado y con mi cuerpo agotado por todos estos meses de duro trabajo, no puedo luchar

contra el agotamiento mientras mis parpados lentamente van cediendo. Sin darme cuenta, caigo inmerso en una total somnolencia. Sucumbo inevitablemente al cándido atontamiento del sueño profundo.

—¡Bibibibi!, ¡Bibibibi! —una vibración por debajo de la axila que me hace cosquillas me provoca abrir los ojos bruscamente. Compruebo espantado que me he dormido.

Desentumezco mi muñeca, que se encuentra pegada contra el teléfono móvil bajo mi cuerpo, lo agarro y lo acerco hacia mis ojos advirtiéndome que acabo de recibir un nuevo mensaje. Cojo aire al incorporarme y erguir mi postura. Lo leo.

—¿No me digas que te has dormido...? —Parpadeo varias veces confundido al leer que “Jefa Thomson” es la que lo envía. Quedo boquiabierto de haber dormido durante todo el día de ayer sin apenas haberme inmutado.

Acelerado, como es normal en mis mañanas neoyorkinas, me levanto de un salto y me voy desvistiendo de camino a la ducha. Lanzo mi escasa ropa a lo largo del pasillo hasta meterme, ya desnudo, bajo un chorro de agua fría sin tiempo a esperar a que se caliente. Terminado el breve remojón, selecciono precipitado la ropa que me voy a poner. Una vez vestido, atravieso a la carrera el pasillo. Salgo angustiado del apartamento esperando atrapar el primer taxi que pase por la avenida, aunque tenga que tirarme encima de él para detenerlo.

En la puerta principal el guardia me escanea el pase y accedo algo nervioso a la gran explanada de la obra. Bajo el armazón de acero me quedo contemplando la cantidad de avances que se han realizado desde mi ausencia. La parte baja está completamente vestida, y se empiezan a dilucidar las grandes y exquisitas tiendas de ropa que irán emplazadas en los bajos del impresionante rascacielos. Según alzo mis ojos, me encuentro con operarios trabajando en todos los pisos a un ritmo que intuyo frenético. Me aproximo hacia el interior. Subo las escaleras hasta toparme con la entrada de la sala de trabajo. Intranquilo, allí me encuentro otra vez siendo el centro de atención. Todos parecen distraerse de sus proyectos. No me quitan los ojos de encima. Con paso firme me dirijo hacia la mesa principal donde Ángela, acompañada por el señor Smith, igual que el resto, deja sus planos a un lado y me sigue en el camino con su mirada. De repente y por detrás, alguien se abalanza contra mi espalda. Tras el fuerte encontronazo, giro bruscamente dando la vuelta, seguidamente el cuerpo de Erika se precipita inerte entre mis brazos. Cae a plomo, viéndome obligado a sujetarla con fuerza para que no se estampe contra el suelo. En el movimiento y según la mantengo agarrada, arrima su cara hasta recostarla sobre mi hombro y, aprovechando la cercanía a mi oído, me susurra.

—Me lo tienes que contar todo... ¡Cuánto te he echado de menos...! —Incrédulo de tan desmesurado recibimiento, la contesto.

—Tenemos que hablar Erika. Todo ha cambiado después de mi viaje.

Su reacción tras mis palabras me desencaja aún más, cuando..., seguidamente y, tras el acercamiento de mi boca, que queda cercana a su cara, me la intercepta con la suya.

Succiona mi lengua que parece colarse entre las comisuras de sus labios. Ella sigue colgada de mi cuello a la vez que mis manos caen hacia abajo como muertas por lo que acaba de sucederme. Quedo aplacado, sin fuerzas para más.

Liberado, por fin, del peso de su cuerpo y mientras se aleja andando victoriosa hacia su mesa, totalmente abochornado realizo un medio giro en busca de Ángela. La encuentro pensativa. No me mira. Examina sus planos abstraída. Su cara refleja, desasosiego. Sus labios contraídos, ira. Las manos temblorosas, decepción. En cada rincón detecto vibraciones negativas que me hacen, cabizbajo, dirigirme hacia mi mesa de trabajo. Mesa que encuentro exquisitamente ordenada, tal y como la dejé aquel día que lo cambió todo, y que ahora parece haberse quedado en un bello e inolvidable recuerdo que me acompañará para siempre. Dudo que Ángela me perdone jamás por lo que acaba de pasar.

Ángela Thomson

Aparece de improviso parando bajo el umbral de la puerta de trabajo. Todos dejamos de atender a nuestros planos y miramos hacia la entrada. Está espléndido, como imagino lo encontrarán la mayoría de las mujeres de la sala; su camisa blanca realza su tez morena, más oscurecida que cuando marchó de Nueva York; su pelo, habitualmente corto y bien recortado, aparece voluminoso debido a esos inusuales rizos que cada día le crecen más espesos y de aspecto sedoso; la delgadez, le resalta los pómulos dándole un toque atractivo a su cara, ya de por sí bella; incluso acentúan sus facciones esa fina barba bien recortada que luce desde hace meses.

¡Me enloquece mirarlo! Correría hacia él sin dudarle. Galoparía hacia sus brazos sin importarme morir en ellos. Pero, como siempre que me ilusiono con algo, todo parece salir mal. Observo atónita a Erika corriendo por detrás de su espalda y de un enviste llama su atención. Peter al darse la vuelta parece emocionado al verla, hasta la zarandea entre sus brazos mientras se hablan íntimamente al oído y, sin ningún tipo de pudor, la besa delante de mis propias narices. Mis ojos arden de dolor al ver cómo sus labios la besan, cómo sus brazos... abrazan fácilmente a otra.

La amargura se apodera de mí. Hasta Robert nota un distanciamiento repentino al no atender a sus palabras, que parecen perderse por el espacio al no ser contestadas. Durante el trascurso de la mañana ni escucho a los empleados que se amontonan alrededor de mi sitio con sus dudas. Quedo sumergida en una neblina desconcertante que me hace mirar hacia los planos sin interés, sin ganas, ni siquiera puedo encadenar varios pensamientos seguidos; anulada por lo que acabo de presenciar.

Apática, me despido escuetamente de Robert y camino por el pasillo que se forma entre los escritorios, incluso paso por delante de su mesa sin gastar una sola mirada sobre él.

Abandono la sala torciendo hacia la derecha. Recorro el largo y estrecho pasillo que lleva hacia el montacargas (habitualmente utilizado por los trabajadores de las plantas superiores). Mientras espero a que baje, abro el pequeño armario que se encuentra a pie de la puerta metálica del ascensor y extraigo de él un casco de color amarillo, de uso obligatorio cuando accedes por el interior de la obra. Un fuerte ruido metálico se produce al acoplarse la caja del montacargas al marco del hueco de la puerta donde me encuentro esperando. Al terminar de pararse, descienden trabajadores sudorosos y fatigados. Todos, descarados, me atraviesan con sus incómodas miradas. Interés que corto en el acto, haciéndome hueco entre sus insolentes ojos y subiendo al solitario ascensor que ha quedado. A continuación, aprieto un rudimentario y vasto botón rojo etiquetado como: "AZOTEA", que me hace por fin desaparecer de su ángulo de visión. Un brusco e inesperado tirón hacia arriba se produce al pulsarlo y, atropellada, busco apoyarme en el pasamano para no caerme. El ascenso en estos rústicos elevadores, que habitualmente se utilizan no sólo para transportar trabajadores sino para cargar con materiales pesados, son verdaderamente lentos. Aprovecho su duración para intentar relajarme mirando hacia esta

inmensa ciudad. Que según vamos ascendiendo, más admiración me causa por su magnitud.

Con otro violento y ruidoso movimiento se detiene en la solitaria azotea, donde todavía no han comenzado las obras. Me bajo, cerrando tras de mí las pesadas y ruidosas puertas, momento en el que es llamado y, sin descanso, se arranca hacia abajo. Una vez desaparece, me asomo contemplando cómo se precipita por la profundidad del precipicio que queda tras su marcha.

Recorro pensativa la diáfana extensión de cemento que algún día albergará mi oficina. Imagino, intentando evadirme, en dónde construirán mi majestuoso despacho, en qué parte se encontrarán las oficinas de mis brillantes arquitectos, en qué lugar me asomaré y tocaré con mis manos el cielo de Manhattan. Mientras sueño despierta, ando hasta la zona acotada por un fino alambre que se eleva unos centímetros del suelo y que marca el comienzo del peligro. Elevo un pie y después el otro, llegando hasta donde las puntas de mis zapatos rozan el abismo..., aunque en el mejor instante de sosiego de estas últimas horas, soy interrumpida por ese ruido metálico que vuelve a retumbar. Sonido acrecentado por la corriente de viento que azota con fuerza en cualquier cima y que lo expande mucho más en mis oídos.

—¡Voy a luchar por ti! —gritan con desmesura a lo lejos.

Giro mi cuerpo hacia la voz, retrocediendo unos pasos y saliendo de la zona peligrosa. Descubriendo, a lo lejos, a un Peter que anda hacia mí con paso firme. El viento mueve salvaje su pelo rizado e hincha su camisa mientras se acerca. Es tan rápido su avance que prácticamente no tengo ni tiempo a reaccionar cuando su vaho y el mío se juntan en el pequeño espacio que separa nuestros cuerpos.

—Acabo de arreglar las cosas con Erika. —Habla sofocado—. Anoche me dormí, no sabes cuánto lo siento... —Musita en un susurro acongojado. Baja sus ojos hacia el suelo.

Continuo inerte, ni me inmuta con lo que creo que son estrategias de un hombre pillado infraganti. No gasto con él ni una pizca de mi saliva mientras emprendo el camino hacia la salida esquivándolo despacio al pasar por su lado.

—No crees nada de lo que te digo, ¿verdad?... —vuelvo a escuchar decir por detrás de mi espalda, donde se ha quedado inmóvil—. ¡Déjame quedarme a tu lado...! —brama desesperado.

Sus últimas palabras ablandan a éste débil corazón de mujer atrapado en cuerpo de león. Y mi mente, dañada por las experiencias funestas de otras veces, cavila en segundos un plan maléfico que conseguirá destapar sus verdaderas intenciones.

—Te recojo a las ocho en tu apartamento. Viste de etiqueta —concluyo diciendo al entrar en el montacargas y abandonar definitivamente la azotea.

Peter Sanz

Pasa por mi lado como si fuera un extraño, ignorándome, sin darse cuenta del daño que me está haciendo. Le sigo con la mirada. Contemplo cómo se aleja, y cómo, tal vez, desaparezca de mi vida sin que yo pueda hacer nada para impedirlo. De improviso y pensando que iría hacia las escaleras, huyendo de aquí, tuerce hacia su derecha por el pasillo que comunica con el montacargas. Convencido de que esta puede ser mi última oportunidad, decido zanzar algo que debería de haber quedado arreglado antes. Me levanto bruscamente y ando hacia la mesa de trabajo de Erika. Allí, de pie, delante de su escritorio, enseguida se levanta intentando rodearme nuevamente con sus brazos, gesto que detengo rudamente dando un paso hacia atrás, evitándolos. Sus facciones cambian bruscamente de expresión.

—¿Pasa algo, Peter?

—Mira Erika, no es mi intención hacerte daño, pero jamás pensé que una semana juntos hubiese significado tanto para ti. Este viaje ha cambiado muchas cosas en mi vida.

—No te entiendo Peter... ¿Estas cortando conmigo por un viaje...?! —Arruga su frente.

—No es necesario cortar nada, cuando no hubo nada... Lo siento.

Con mi última frase retransmitida en estéreo, no sólo para Erika sino para el resto de compañeros que parecen seguir el culebrón en el que se han convertido mis andanzas, doy un giro brusco y corro hacia la salida. Sigo corriendo por el estrecho pasillo deteniéndome cuando mis manos chocan bruscamente contra la puerta metálica del montacargas. Mis ojos buscan seguidamente el cuadro de los botones, botones que se van iluminando según va subiendo las plantas, hasta detenerse en el último de ellos. Permanece encendido durante varios segundos. Mi mano cerrada en puño, y con la tensión acumulada, choca contra el vasto botón negro que lo llama.

—¡Venga, venga! —murmuro, mientras espero desesperado e impaciente a que baje.

La lenta subida va aumentando mi desesperanza, hasta mi pecho se abomba del ritmo frenético en el que late mi corazón, que, en uno de estos rudos movimientos, pienso que puede salir como un proyectil por mi garganta. Freno bruscamente en el ático. Retiro con fuerza la puerta de hierro extensible, que emite un desagradable y chirriante sonido, y la abro por completo.

Al salir, oteo la azotea. La encuentro en el fondo, al filo de su altísimo rascacielos.

—¡Voy a luchar por ti! —grito, intentando llamar su atención.

Consigo con mi voz, que retroceda unos pasos y mire hacia donde me encuentro. Emprendo el camino hacia ella con paso firme y decidido, zarandeado por el fuerte ventarrón que no es capaz de frenar mi avance.

Aunque me derretiría de poder estrecharla entre mis brazos, esta vez, dejo unos

prudentes centímetros entre su cuerpo y el mío mientras hablo algo fatigado por la tensión acumulada de estos últimos minutos.

—Acabo de arreglar las cosas con Erika. Anoche me dormí, no sabes cuánto lo siento... —bajo mis ojos hacia el suelo dolido por no haber solucionado las cosas antes, como le prometí que haría.

Queda inerte. No parece inmutarse. Incluso anda y me esquivo lentamente mientras camina hacia la salida.

Tremendamente desesperado, giro siguiéndola con mis ojos mientras se aleja.

Y sigo intentándolo...

—No crees nada de lo que te digo, ¿verdad?... —se va, se me va...—. ¡Déjame quedarme a tu lado...! —Suspiro ante lo que pueden ser mis últimas palabras para recuperarla.

Se hace un silencio repentino, incluso, por segundos, noto como se congela el tiempo o por lo menos eso es lo que me parece. Observo como se agarra a las puertas metálicas del ascensor y antes de entrar en él, sin mirarme y de espaldas a mí, con frialdad, termina hablándome.

—Te recojo a las ocho en tu apartamento. Viste de etiqueta.

Se monta en el montacargas y desaparece, mientras esas palabras y el tono con el que las ha dicho, retumbas enigmáticas en mi cabeza.

Ángela Thomson

Mi vestido rojo reposa perfectamente estirado sobre mi cama. Lo cojo por los hombros subiéndolo hacia arriba y, colocándome por debajo de él, lo suelto dejando que resbale por mi cuerpo hacia mis pies. Enseguida noto su fina tela de alta costura, el tacto sedoso me envuelve con su textura exquisita. Su vertiginoso escote me hace vestirlo con mis pechos sueltos, rozando las puntas contra las suaves costuras de seda.

Recojo hábilmente mi pelo con un moño estiloso, dejando mi cuello desnudo. Subo a mis preciosos zapatos de tacón de aguja que me hacen ver todo desde una perspectiva ocho centímetros por encima de lo habitual.

Perfilo mis labios de un color rojo intenso, animada a sentir el cambio de rol seductor que provoca lucir este tono. Sigo con el minucioso y cautivador arte por conseguir la armonía en mi rostro cuando, choco de bruces con el pitido tenue procedente de mi *iPad*. El escuchar la llegada de ese mensaje, que no sé realmente si quería recibir, me produce escalofríos por todo mi cuerpo. Dejo a un lado la brocha, que zarandeaba para dar color a los pómulos, y me abalanzo a leerlo.

—Solicitud aceptada. Bienvenida a “Change & Club”. Esperamos su visita en las próximas horas. Su número de reserva es 1325. —Al leerlo, y sin poder remediarlo, quedo trasportada directamente al pasado.

“Change & Club” fue el comienzo de algo impensable hasta entonces en mi vida. Arrastrada por el amor obsesivo hacia Robert, me dejé llevar. El primer día quería morir cuando me dejó en aquel reservado a la entera disposición de todos los que me rodeaban. Me sentí decepcionada cuando el hombre al que amaba por encima de todas las cosas se desprendía de mí de aquella fría manera. Después, pasado el tiempo, lo acepte como una excentricidad sexual en la que me volqué completamente por complacerlo. Fue duro salir, y ahora soy yo la que elijo iniciar a Peter, sin saber exactamente a donde quiero llegar con todo esto.

Bajo por el ascensor que comunica directamente con el amplio hall del hotel. Y, al abrirse las puertas, choco con el gran salón repleto de gente celebrando algún evento especial, imagino que será éste el motivo de dicha aglomeración. En cuanto me dejo ver, parezco acallar el murmullo. Capto la atención de sus ojos, provocándome una sensación adictiva de superioridad física difícil de controlar. En vez de cohibirme, me realza por encima de todos ellos. Mi pierna, glamurosa, da el primer paso firme hacia delante, seguido por un leve movimiento de caderas que contorsiona mi cuerpo sensualmente. Atravieso el vestíbulo con soltura, esquivándolos. Altiava, progreso en mi camino abriéndome hueco entre ellos, que, cohibidos, parecen apartarse ante mi presencia.

En la calle, William ya me espera con la puerta abierta de la limusina color blanca que conduce hoy. La cierra y en segundos se comunica conmigo desde su asiento a través del sistema de micrófonos y altavoces que poseen estos coches de lujo.

—¿Adónde la llevo señora Thomson? —pregunta escueto.

—Recojamos al señor Sanz y después nos dejás en “Change & Club”.

No hace falta darle muchos más datos. Sabe perfectamente llegar a ambos sitios.

Suavemente inicia su marcha. Me agrada comprobar que evita las sosas carreteras de circunvalación y se adentra por las concurridas calles de Nueva York, a estas horas repletas de gente. Los comercios aglomeran a cientos de personas que entran y salen empuñando grandes bolsas de conocidos diseñadores de moda o de perfumes con emblemas publicitarios sensuales... Sigo pendiente del trasiego de sus calles hasta que nos detenemos bajo un semáforo que regula la intersección a un lioso cruce y, al aparecer el color verde, que nos permite seguir, William realiza un cerrado giro que nos precipita hacia la avenida que nos lleva a su apartamento.

Inusualmente puntual, Peter se encuentra esperándonos en la calle junto al portal de su rústico edificio. El chófer se detiene y, baja precipitado para, seguidamente, abrirle la puerta. Su pierna es lo primero que aparece en el habitáculo, sorprendiéndome el brillo de sus relucientes mocasines oscuros. Lentamente, la estancia se llena de un aroma varonil de suave fragancia que despierta de inmediato mi sentido olfativo. Por fin, aparece todo él, impecable, su camisa color rosa fucsia oscura, desabotonada por el cuello, queda resaltada por el fabuloso traje de color negro que se ajusta perfecto a su cuerpo. Con la sensación de encontrarme ante un verdadero *gentleman*, no pierdo detalle. Le miro sin hablarle. Me fijo en su pelo, aparece modernamente cortado pero conservando el volumen que había conseguido con sus ya desaparecidos rizos. Al terminar de sentarse, tuerce lentamente la cara hacia mí y fija su mirada en mis ojos a la vez que desliza su mano por el asiento y agarra mis dedos, que atrapa y aprieta con su palma.

—Estás espectacular. —Parece tragar saliva algo nervioso.

No le contesto.

Viajamos en silencio.

A la vez que nos acercamos, son varias las ocasiones en la que mi boca lucha por abrirse y acabar con este absurdo. Pero lo necesito, si no lo hago creo que no romperé en mi vida con esta barrera impuesta rudamente contra los hombres, aunque me juegue perder al único de ellos que creo que realmente me ha querido.

Atravesamos el barrio más selecto de la ciudad, Upper East Side que, paradójicamente, es donde se encuentra el local más exclusivo y excéntrico de intercambio de parejas de todos los Estados Unidos. Amparado por su aspecto, camuflado dentro de un vistoso edificio, frenamos frente a la inmensa puerta que da acceso al aparcamiento. La cámara de seguridad parece moverse apuntando hacia las ventanillas del coche, mientras que un altavoz, que se encuentra en uno de los laterales, se enciende escuchándose una profunda voz de mujer.

—Número de reserva, por favor —indica en tono sobrio.

William descuelga su intercomunicador.

—Señora Thomson, ¿cuál es el número de su reserva?

—Uno, tres, dos, cinco... —espeto escueta.

La puerta se va abriendo. Entramos lentamente recorriendo un largo pasillo lleno de limusinas y coches de alta gama, hasta parar justo, en la plaza de aparcamiento en la que una pequeña pantalla digital desplegada sobre el techo refleja nuestro número.

Peter va sereno, creo que espera encontrarse ante un restaurante de esos peculiares en los que solo cenan millonarios con millonarios.

Bajamos del coche sin poder soltarme de su mano, la aprieta con fuerza como intentando quedar enlazado a mí el mayor tiempo posible, por lo que progresamos con ellas entrelazadas a través de un largo y estrecho pasillo que termina en una puerta vigilada por dos corpulentos guardias de seguridad. Tras consultar nuestros nombres en la lista del folio que sujeta uno de ellos, nos dejan entrar.

El oscuro pasillo que continuamos andando, da acceso a una sala iluminada por colores tenues y música disco, con gogós impresionantes moviéndose en pedestales esparcidos por todos sitios, como estatuas decorativas a las que nadie atiende. Al entrar, noto como llamamos la atención de los presentes, incluso sus ojos quedan clavados en ambos. Nuestro físico llama la atención. Sentimos una atracción inusual en todas sus miradas deseosas y descaradas. Incluso Peter gesticula elevando su hombro y me mira extrañado.

Uno de los encargados anda veloz hacia nosotros y, con un leve gesto alza su mano, haciendo que le sigamos. Con paso rápido desaparecemos de la sala principal adentrándonos nuevamente por pasillos acotados por grandes puertas de cristal tintado. Se para delante de una de ellas, que abre levemente y, tocando con la palma de su mano el hombro de Peter, le habla.

—¡Señor Sanz!, esta es su estancia Vip. Espero la disfrute.

Me mira con ojos enrarecidos mientras suelta mis dedos ásperamente y, sin decir nada más, accede con brusquedad hacia el interior de su recinto exclusivo. Una vez que se cierra la puerta, el encargado sigue andando por el pasillo hasta dejarme, con el mismo movimiento, en el interior del mío. Antes de entrar hago una pequeña pausa respirando profundamente y, por instantes, pienso en Peter, en ¿cómo responderá al tener todo lo que desee a su alcance?

El decorado de mi sala es impresionante. Las paredes dibujan una sensual escena, reflejando un bacanal de ojos, torsos y pechos desnudos totalmente entrelazados y de gran carga erótica, serigrafiados y realzados por pequeños focos de distintos colores que se mueven con lentitud a lo largo de toda la llamativa pared. Una barra, con exclusivas y caras bebidas, es atendida ágilmente por un espectacular barman vestido de etiqueta, que sirve cócteles a todos mis invitados. Invitados seleccionados según el nivel del anfitrión que los contrata: alto standing, esa es la categoría de nuestras estancias Vips. Todos contratados para complacer nuestros caprichos. A nuestra entera disposición.

Recostada sobre el cómodo chaise longue no hago más que recibir atenciones de

macizos modelos deseosos de ser los elegidos. Los invitados a poseer mi cuerpo por una noche. Me ofrecen conversación, se insinúan con sus gestos..., todo acomodado a lo que yo ande buscando o requiera.

Atrofiada por los celos y malhumorada por lo que acabo de hacer, caigo completamente en el hoyo que yo misma he cavado y me lanzo, me lanzo al placer como pienso que él estará haciendo. De improviso me arrojo a los labios de un joven apuesto que se encuentra recostado a mi lado. Lo pruebo. Exprimo sus jugosos labios con los míos, que igualmente, con sutil delicadeza me los recorre con su lengua perfilándome los hábilmente. Impasible, me despego de su boca para buscar el contacto físico con otro. Èste me zarandea con pasión desmedida, hasta me deja sin respiración con sus besos... tan intensos. Mientras me embarco en estas sensaciones, encubriendo otras, mis dedos desnudan hábilmente su pecho, pecho que recorro abriendo la palma de mi mano topándome con las hendiduras de sus marcadas abdominales. Mis pulgares se hunden en ellas, a la vez que las yemas de mis otros dedos los recorren electrizándose con el roce, pero... mi cabeza, no deja de pensar en Peter, es a él al que estoy tocando, al que recorro con mis manos, no dejo de amarlo por besar a otros...

—«¡Mierda!, ¡¿pero que estoy haciendo...?!» —grito en mi interior desesperada, tal vez demasiado tarde como para detener todo esto.

Me levanto rápido y corro enloquecida hacia la salida. De vuelta al largo pasillo, acelero mis pasos hasta toparme contra los cristales tintados de su reservado. Extenuada, me detengo delante de aquella fría puerta oscura. Con manos temblorosas agarro el tirador metálico empujándolo hacia mí y, temerosa con lo que pueda encontrarme tras ella, la voy abriendo. Sin ser capaz de entrar, y con la puerta a medio abrir ocultándome por detrás, asomo levemente mi cabeza.

—...¡No! —grito rota por la desesperación, al ver aquella escena que yo misma recreaba inconscientemente en mi cabeza durante toda la noche.

Su cuerpo totalmente desnudo y sentado en el sofá, acoge sobre sus piernas a una espectacular mujer que se mueve sobre sus caderas al compás de sus débiles gemidos.

Peter Sanz

Intento evadirme de sus enrarecidas palabras y de su extrañísima cita, paseando por la amplia avenida cercana a la obra. Observo los grandes escaparates con ropa de alta costura de las tiendas más selectas de Manhattan; los zapatos de distintas firmas prestigiosas, expuestos relucientes tras las cristaleras; comercios afamados de corbatas francesas de elegantes diseños. Al cruzar, buscando la entrada a Central Park, mis ojos chocan contra un vistoso cartel en el que se lee: “Centro de belleza Mikel”, instante en el que siento como una de mis rizos cae áspero rozando una de mis orejas y, sin pensarlo, entro con decisión al establecimiento. El pequeño recibidor de la entrada es atendido por una señorita que tras notar mi presencia baja sus ojos hacia el libro de reservas. El salón parece quedar oculto tras un biombo del que proviene el ruido escandaloso de varios secadores trabajando a la misma vez.

—Buenas tardes, ¿me indica su nombre por favor? —Su bolígrafo parece preparado para encontrarme en la lista de la libreta que sujeta.

—Lo siento, no tengo reserva. —Me mira.

—¿No tiene usted reserva? —pregunta sorprendida.

—Pues no, pero... bueno, ya vendré en otra ocasión. Trabajo cerca. —Deslizo mi mano por el pequeño mostrador y cojo una tarjeta de visita del taco que reposa sobre él. Inicio un giro, dándole la espalda, y ando unos pasos buscando la salida, momento en el que soy frenado por su voz.

—¡Espere! ¡Espere! —dice, cuando mi mano toca el pomo de la puerta—. Llamaré a la encargada.

Descuelga un cursi teléfono de color rojo y habla brevemente en tono muy bajo.

Al segundo y, sorprendido por su rápida aparición, hace su entrada un minúsculo hombrecillo con un toque afeminado que parece ser la encargada.

—Me deja aconsejarle, señor... —dice repentinamente, incluso antes de presentarse, mientras eleva su mano armoniosamente reposando el pequeño peine que sujeta sobre su hombro.

—Pero... ¿¿Tienen hueco?! —digo sorprendido de tan rápida admisión.

—Para un hombre como usted siempre hago un hueco... —azota su mano al aire y realiza un contoneo de hombros acompañado por una risilla nerviosa.

Avergonzado tras sus palabras, un calor parece envolver mi cuerpo y subir hacia mi cara dejándome sonrojado.

—¡Sígame!, por aquí... ¡Ah!, me llamo Mikel —estira su mano apuntando hacia dentro.

Dejamos atrás el biombo. Accedemos a una sala enorme llena de espejos relucientes y transitada por peluqueros tirando de sus propios carritos repletos de cajones transparentes con todo tipo de utensilios, y que se desplazan enérgicamente de un lado a otro atendiendo a sus muchos clientes. Me guía hacia una estancia, apartada del resto, rodeada por grandes

posters de modelos masculinos semidesnudos, y, en el centro de la habitación, se encuentra una cómoda y galáctica silla, en la que me siento siguiendo sus indicaciones.

—Le gustaría... algo como esto... —su peine, que parece ser una extensión de su mano, ahora apunta a uno de las fotografías que cuelga de la pared—, ¡creo que le puede quedar muy bien! —recalca, mientras sus dedos se desplazan por mi barbilla recorriendo su forma.

Entrecortado por el interés que tiene por mí y algo nervioso, contesto:

—¡Sí, puede estar bien! —reculo hacia atrás apartándolo del contacto de sus descarados dedos con mi cara.

Tengo que reconocer que Mikel es un peluquero estiloso aunque, excesivamente cariñoso. Atento con el cliente sin ninguna duda. Tras el corte y el afeitado, me tonifica la cara dándome suaves masajes con las yemas de sus dedos, me cepilla el cuello delicadamente quitándome esos pequeños y diminutos pelillos que quedan molestos pegados a la piel, y me acompaña hacia el pequeño recibidor de la entrada, donde, después de hablar discretamente con su empleada, me presentan la cuenta.

Me mira con descaro por detrás, mientras salgo y me alejo de su gabinete.

Camino rápido atravesando Central Park.

Después del corte de pelo, que hizo desaparecer el abrigo de mis rizos, y entrado el anochecer, siento un frescor enfriando mi cuello, sensación que intento calmar subiendo la solapa de mi chaqueta y encorvando mi cabeza, buscando cobijo.

Una vez entro por la puerta de mi apartamento, la cierro con una de mis piernas, empujándola. E intentando no entretenerme mucho, voy directo hacia la ducha.

Tras un baño formidable y como nuevo, ando desnudo hacia mi habitación y abro mi armario empotrado. Dirijo mis manos hacia la sección de trajes, zona donde se encuentran colgados todos ellos metidos en sus fundas. Y selecciono uno de los mejores que tengo, aún sin estrenar, y esperando a hacerlo en una oportunidad como la que se me presenta esta noche.

Muy puntual —por una vez en mi vida—, bajo ágilmente las escaleras que dan al portal y salgo hacia la calle, a la altura de mi edificio, con la intención de ser el primero en cumplir con esta enigmática cita. Aunque no tengo que esperar mucho, cuando diviso fácilmente la llamativa limusina color blanca circulando por el fondo de la avenida. Otra vez mi corazón late con fuerza abultando mi pecho, moviendo acompasado mi recién estrenada chaqueta negra.

Se detiene prácticamente a mis pies, instante en el que su seco chófer aparece precipitándose hacia el tirador de la puerta. Una vez la abre, cojo aire y muevo mi pierna tímidamente hacia el interior del coche. Me detengo unos segundos, como cogiendo fuerza, y me precipito súbitamente hacia dentro. Al terminar de sentarme, tuerzo mi cara hacia su

sitio, donde choco con sus ojos.

¡Petrificado! Quedo colapsado por su exuberante belleza. Su pasional vestido, de color rojo fuego, queda pegado a su cuerpo esculpiendo sus curvas de infarto. El vertiginoso escote hace que se noten sus pechos alzados con naturalidad, tapados nítidamente por la fina textura de su tela. Su pelo recogido, realza sus marcadas facciones y hace que sus carnosos labios y el color de sus ojos sean el punto de referencia de su cara. No puedo dejar de mirarla imantado por la fuerte atracción que siento por ella. Según me acomodo en el asiento, deslizo mi mano para atrapa la suya con premura, buscando el contacto con su suave piel.

Esta cita misteriosa sigue su panorama enigmático cuando avanzando en silencio, manteniendo el único contacto de nuestras manos enlazadas y, después de unos minutos en la misma posición, sorprendentemente paramos frente a la puerta de un garaje, bajo un edificio señorial de uno de los tantos que hay en este barrio, uno de los más caros de Nueva York. Identificados por un extraño número que Ángela indica al conductor, se abre la puerta que da acceso al interior. Recorremos un iluminado parking, en cuyas plazas de aparcamiento cuelgan pantallas digitales del techo, que muestran números de cuatro dígitos. Nos detenemos bajo la misma cifra que parece ser el número de la reserva del restaurante exclusivo y peculiar al que me trae Ángela a cenar. Salimos del coche. Contacto nuevamente con su mano, y, entrelazando los dedos, seguimos andando por un pasillo que termina en una gruesa puerta acotada por dos corpulentos empleados de seguridad. Tras pedirnos los nombres y comprobarlos en la lista que uno de ellos sujeta entre sus manos, nos dejan pasar apartándose ambos prácticamente a la misma vez y abriéndonos la pesada puerta blindada. «*Demasiada seguridad para una simple cita nocturna*», pienso algo extraño.

Repentinamente chocamos con el amplio salón de una discoteca secreta, tan secreta que parece pasar desapercibida, extrañamente, en una de las zonas más elitistas de la ciudad. El ambiente que detecto es raro. Parecemos ser el centro de todas las miradas, incluso, diría que algunos de los hombres relamen sus labios ante la presencia de Ángela, y, alguna de las mujeres que les acompañan, parecen devorarme con miradas demasiado descaradas.

Un señor elegantemente vestido anda hacia nosotros y alza su mano dejándose ver. Ángela tira de mí y le sigue alejándonos de aquí. Andamos recorriendo pasillos con luz tenue y con puertas oscuras a ambos lados, hasta pararnos delante de una de ellas. La abre y me toca el hombro levemente invitándome a pasar hacia dentro.

—¡Señor Sanz!, esta es su estancia Vip. Espero la disfrute.

Noto que Ángela no entrará conmigo, noto que este local es distinto y noto que ella se encuentra muy tranquila, incluso sospecho que parece estar más que acostumbrada a este lugar. «*¿Tal vez, sea clienta habitual de él?*» —me pregunto desconcertado.

Asqueado por lo que creo que está haciendo, suelto su mano, que ahora parece quemarme entre los dedos, y entro rudamente en el interior de mi ridícula “estancia Vip” dispuesto a todo.

Preciosas mujeres vestidas sugerentemente sonrían al verme. Parecen estar esperándome mientras beben de los cócteles que mantienen entre sus manos. Siento como si estuviera en un harén de algún acaudalado Jeque árabe, pudiendo elegir acostarme con quien me apetezca. Preciosa expectativa, si no fuera por la rabia interna que estoy sintiendo por haberme equivocado con respecto a esta mujer y la vida que me está ofreciendo: utilizarme cuando le plazca, a su conveniencia y deshacerme de mí cuando se le antoje. El viaje a Angola parece ser un espejismo en esta vida que ahora me propone.

Dispuesto a emborracharme, me dejo caer en una de las butacas cercanas a la barra mientras la explosiva camarera me complace con numerosas copas del whisky más caro. Una tras otra voy bebiendo infinidad de ellas y, cuando vació una, soy velozmente saciado con otra. Todo alrededor parece ir distorsionándose. A cámara lenta voy siendo seducido por todas las preciosas modelos que me rodean. Sus pechos vestidos, chocan levemente contra mi cara y sus manos caen sensuales recorriendo mis muslos.

Embriagado por el alcohol, me acostaría con todas ellas...

Fácilmente sucumbo a los besos que me ofrecen más de una boca. Mi lengua choca con una orgia de labios a los que quiero saciar. Encendido por el ambiente, mis manos desnudan las blusas de unas o ayudan a desenfundar los pegados jerséis de otras, a la vez que mi camisa ha desaparecido y el botón de mis pantalones es el juguete de todos sus atrevidos dedos. Selectivo y pudiendo elegir, mis manos cubren las tetas más voluminosas. Acerco sus pechos hacia mí, sintiendo esa sensación caliente que tienen los pezones una vez desvestidos. Me estremezco. Cierro los ojos y mi vello se eriza, pero... no de placer, sino recordando el roce de su piel bajo la luz brillante de la luna africana. Esa mujer, que me está volviendo loco, revolotea en mi cabeza hasta cuando puedo tener a todas las que desee, menos a ella...

Repugnado, me levanto enérgicamente prácticamente empujándolas de mi cuerpo y, huyo de allí a trompicones y mareado. Recorro el largo pasillo hasta toparme con una salida de emergencia que resalta en la oscuridad por su iluminación. Me cuelgo con fuerza sobre la barra metálica que la abre, sintiendo un bofetón de aire fresco que me hace respirar profundamente, aliviando levemente mi garganta estrangulada.

Borracho me apoyo sobre cada una de las solitarias farolas con las que me voy topando a mi paso. Y, tras deambular perdido durante horas sin rumbo, por fin soy recogido por el único taxista que tuvo el valor de parar tras mi señal y recoger a este pobre rastrojo en el que me he convertido.

El buen hombre frena suavemente y me ayuda a bajar, dejándome justo apoyado sobre la puerta de mi portal. Se despide con una pequeña palmadita en la espalda.

Durante unos minutos jugueteo intentando atinar a la cerradura hasta que consigo abrirla. Siento un gran alivio de terminar con la odisea en la que se ha convertido el poder llegar a casa.

Subo las escaleras a oscuras y apoyando mis manos sobre las paredes intentando mantener el equilibrio. Al llegar al descansillo donde se encuentra mi apartamento, a duras penas soy capaz de localizar el pequeño piloto rojo parpadeante del interruptor de la luz. Mi

mano, temblorosa e imprecisa, lo presiona... Haciéndose la claridad más perturbadora al aparecer ante mis ojos, una desolada Ángela, sentada en el frío suelo y apoyada contra la puerta.

—¡Perdóname...! —balbucea con voz emocionada y entrecortada.

Ángela Thomson

Cierro mis ojos para no ver al que creía ser el amor de mi vida arrojado en los brazos de otra. Pero, al ir apartando mi cara hacia atrás, escucho unas palabras provenientes del fondo de la sala.

—¡Señora!, ¡únase a nosotros! —grita una voz masculina, que me hace abrir los ojos comprobando que no es Peter el que se oculta tras el cuerpo de aquella escultural mujer.

Siento asco, asco por haber llegado tan lejos con todo esto. Dolor, por haber tenido que arriesgar tanto para descubrir que soy amada y que me han querido de verdad.

Corro por el largo pasillo hasta toparme con la puerta de emergencias a medio abrir. Desde allí, llamo a William. Atento a su teléfono móvil, enseguida viene en mi busca. Desesperada por encontrarlo, recorremos la amplia manzana, despacio. Lo buscamos dentro de los pocos restaurantes de comida rápida que aún siguen abiertos. Nos detenemos junto a las paradas de autobuses con las que nos vamos cruzando, con la esperanza de localizarlo. Pero, al comprobar lo difícil que está resultando dar con él, decido ir hacia su apartamento, donde imagino que aparecerá en cualquier momento.

Aprovechando la salida de uno de sus madrugadores vecinos, corro hacia el portón y lo detengo antes de que se cierre completamente, poniendo en peligro la palma de mi mano que prácticamente queda aprisionada entre el marco y la puerta. Con la desesperación de poder darle alguna explicación cuanto antes, subo por las escaleras, precipitada, hasta frenar contra su puerta. Sólo encuentro silencio tras golpearla varias veces y comprobar que no está, o que, tal vez, no quiere saber nada de mí. En la oscuridad del rellano, mis piernas se debilitan y se aflojan. Me deslizo a lo largo de su puerta hasta quedar recostada sobre el frío suelo, donde me propongo esperarlo el tiempo que sea necesario.

Adormilada, entre abro los ojos cegada por el destello que provoca la luz del descansillo al encenderse.

Al notar su presencia, le hablo desde el suelo.

—¡Perdóname...! —Me deslizo apartándome hacia un lado.

Sólo oigo las llaves al chocar varias veces contra la cerradura y de un empujón zarandea la puerta hacia dentro, entrando a trompicones. Seguidamente, escucho fuertes pisadas producidas por la falta de equilibrio que parece llevar.

La entrada queda abierta. Me levanto torpemente, por las piernas entumecidas del frío, y accedo a su casa. Camino por un largo pasillo que lleva a un pequeño salón en donde parece estar esperándome, de pie y totalmente inclinado hacia uno de sus lados. Su imagen desaliñada y su pérdida de equilibrio, me hacen sentir aún peor.

—Lo siento tanto... he sido una imbécil. Necesitaba respuestas.

—Y... ¿ya tienes esas respuestas...? —espeta enfurecido y con su voz cambiada

por la embriaguez—. Estas muy, pero que muy equivocada, si piensas que jugaré al juego que tú me marques —habla con la lengua como adormecida por el alcohol.

—No quiero jugar contigo Peter, te quiero.

—Ya es tarde muñeca, búscate a otro que te consienta todo... ese es el tipo de hombre que tú necesitas. ¡Ja! ¡Ja!... y no te preocupes que lo encontrarás seguro. —Se mofa.

Agacho la cabeza y asiento con ella dándole la razón. Tal vez ese sea el tipo de hombre que me merezco.

Creo que tras sus palabras, queda claro que lo nuestro se acabó. Respiro profundamente. Y, Afligida, y con el corazón calcinado, recorro el pasillo desilusionada de nuevo con el amor, y, esta vez, conmigo misma...

—¡Ángela! —grita desde el salón segundos antes de abandonar su apartamento.

Me detengo y ladeo mi cara levemente atenta a lo siguiente con lo que me quiera ofender.

—Nunca encontrarás a nadie que te quiera tanto como yo...

Alentada por sus palabras, vuelvo a recorrer el pasillo desprendiéndome de mis jaleosos zapatos de tacón que quedan tirados en el suelo. Me detengo en el salón, a poca distancia de él. No hablo. Simplemente le miro y quedo a la espera de un último acercamiento que, inesperadamente se produce, cuando, con torpeza, eleva sus dos manos hacia mí sugiriéndome un abrazo... Emocionada por el gesto, me lanzo, dando un enorme salto desde donde me encuentro y cayendo en el medio de ellos. El fuerte empujón y la debilidad de sus piernas, causada por su estado de embriaguez, hace que caigamos hacia atrás donde somos recogidos por su pequeño sofá, quedando recostada encima de su cuerpo, apretada contra él.

Durante minutos nos rodea el silencio, solamente roto por su fuerte e irregular respiración. Al quedar totalmente dormido en una incómoda y arrugada postura, intento despertarlo. Como puedo, le ayudo a caminar hacia su dormitorio apoyando sus manos sobre mis hombros. Encontrándome delante de su cama, y con mucho esfuerzo, lo suelto y se desploma encima de su colchón. Cae a plomo sobre él. Desabrocho sus pantalones y tiro de ellos por los pies. A continuación abro su armario buscando alguna fina manta para taparle.

Algo mareada y apresurada pensando en el fiel William que quedó aparcado con el coche junto al portal hace horas, paso página a este desastroso día. Me agacho hacia su frente y le beso cariñosamente recorriendo con mis dedos su suave barbilla.

—Te quiero tanto... —le susurro, deslizándome hacia su oído.

Bajo las escaleras pletórica. Pienso en llegar cuanto antes al hotel para darme una buena ducha y volver de nuevo a cuidar del deteriorado Peter. Pero, aun encontrándome algo más tranquila, no puedo deshacerme de una angustia que me presiona el estómago y que me está haciendo sentir verdaderamente mal. Repentinamente, siento una opresión

insoportable que me detiene bruscamente. Después de otro retortijón brutal, caigo desplomada sobre uno de los escalones. En la angustiada soledad del frío portal, sin nadie que pueda socorrerme, me veo obligada a realizar un último esfuerzo por incorporarme. Me agarro con fuerza al pasamanos de la escalera y entre gotas de sudor cayendo por mi frente, consigo, a duras penas, abrir la pesada puerta y salir al exterior. Ando a trompicones por la acera perdiendo el equilibrio y cayendo entre los brazos de William, que al verme aparecer de esta manera, corre directamente para auxiliarme.

—¡Señora Thomson! ¿Se encuentra mal? —Consigo oír decir con una voz que se va apagando poco a poco y se aleja de mí. Queda todo envuelto por un perturbador silencio...

CAPITULO VIII

No estás sola

Peter Sanz

Noto sus labios sobre mi frente y el susurro delicioso de su voz en mi oído. Pero sufro por no poder ni abrir mis párpados, ni mis manos me responden al intentar alzarlas para abrazarme a su cuerpo.

Intuyo que se está alejando, hasta que lo confirmo por el suave portazo que emite la puerta al cerrarse. A continuación, caigo en un sueño inducido por la borrachera, que a lo largo de la madrugada va empeorando mi estado, de hecho, me mantengo nauseabundo durante el resto de las horas siguientes.

Por la mañana y aun escuchando el *iPhone* vibrar en varias ocasiones por continuas llamadas que estoy recibiendo, no consigo ni atenderlo, ya que mis manos siguen inmóviles y lapidadas a la cama, igual que el resto de mi cuerpo que lo mantengo rígido y sin poder levantar ni una de mis extremidades. Me juro a mí mismo que no volveré a beber en la vida.

Así continuó hasta que al mediodía realizo un intento por levantarme y esta vez, maltrecho, lo consigo, aunque mi cabeza sigue dando vueltas como una peonza sin notar vestigios de recuperación. Camino torpe hacia el cuarto de baño y, una vez dentro, me agarro con fuerza al lavabo que parece moverse entre mis manos. Al coger el apoyo necesario puedo levantar mi cuello dolorido hacia el espejo, que se encuentra prácticamente pegado a mi cara. Contemplo mi espantoso aspecto; ojos enrojecidos y ojerosos; mi pelo revuelto y aplastado por el lado que mantuve aprisionado contra la almohada, en la misma posición; mis labios resecos y agrietados.

—¡Buf! ¡Menuda pinta! —murmuro, mientras mi boca deja escapar una amplia sonrisa al contemplar el esperpento en el que me he convertido por culpa de una mujer.

Las palmas de mis manos, al juntarse, forman una pequeña balsa que recogen el agua que sale del grifo, las elevo y las vacío íntegramente sobre mi cabeza, empapando: mi pelo, la cara y recorriendo todo mi cuello. El mismo gesto lo repito en varias ocasiones al ir notando cierta recuperación tras el remojón. Seco con cuidado la cabeza, para no removerla mucho más de lo que ya está. Y ando nuevamente hacia mi dormitorio notando una cierta mejoría, ya que mi paladar empieza a estimularse, sorprendentemente, cuando mi mente piensa en un sabroso café con leche. Un síntoma alentador.

Dentro del dormitorio e intentando agacharme para buscar mis zapatillas, otra vez siento el leve sonido de mi teléfono móvil vibrando encima de la mesita de noche. Lentamente elevo mi cuerpo, me siento en la cama y lo alcanzo con una de mis manos. Todo lo realizo con movimientos suaves para evitar hacer esfuerzos que me acarreen

pinchazos en las sienes, de por sí ya doloridas. Compruebo que la pantalla se enciende reflejando la palabra “oculto”. Alguien parece llamar sin querer ser identificado, razón por la que dudo en atenderla o no.

—¡Dígame! —contesto finalmente.

Escucho ruidos de fondo.

—¡Peter! —dice una voz profunda, masculina y peculiarmente conocida.

—¿Sí, quien es...?!

—Soy Robert —recojo mi cara hacia atrás por la sorpresa—. Ángela solamente decía tu nombre. Está ingresada en el hospital, en el “Memorial”... ¡Ven lo antes posible, Peter! Está muy enferma. Aún no saben qué le pasa... pero parece grave.

Sin soltar el móvil y manteniéndolo tembloroso, lo aprisiono entre el hombro y la barbilla, mientras me lanzo hacia los primeros pantalones que encuentro recostados sobre el respaldo de una de las sillas y, de un hábil movimiento, me cuelo en ellos rápidamente.

—William te ha ido a recoger. Debe de estar esperándote junto al portal de tu apartamento. No tardes.

—Gracias..., gracias Robert —termino diciendo con mi voz estrangulada por la angustia.

Recorremos a gran velocidad avenidas llenas de coches, incluso, temerarios, invadimos el carril contrario para adelantarlos o utilizamos el arcén para colarnos cuando el intenso tráfico nos frena el avance. No siento la velocidad, ni las bruscas maniobras de William que me zarandean de un lado a otro, sólo me asalta una presión en el pecho que me deja sin respiración.

De un fuerte frenazo paramos delante de las amplias cristalerías que dan acceso al hospital. Prácticamente me tiro hacia la puerta del coche y me bajo acelerado dando un brusco portazo, sin controlar muy bien la fuerza. Ando hacia la entrada, apresurado y nervioso, debido a la tensión acumulada desde que recibí la angustiante noticia.

En el interior de la amplia antesala, corro hacia el mostrador parando fuertemente contra él, en mi enviste noto como lo desplazo unos centímetros hacia dentro. En seguida recibo la mirada atónica de una de las enfermeras que lo atiende.

—¡Ángela!... —carraspeo intentando quitarme esta presión que me tiene atrofiada las cuerdas vocales—, ¡Thomson! —consigo decir.

Teclea con rapidez sobre el teclado del ordenador que tiene delante, posiblemente contagiada por mi palpable desesperación. Y recorre el monitor con su dedo, como buscando el nombre en una lista.

—¡Unidad de cuidados intensivos!, planta sexta.

Mi mano palmotea el mostrador.

—¡Gracias, gracias! —voy diciendo, mientras me alejo y corro sin saber muy bien por dónde ir.

Vuelvo a lanzar una mirada desde el fondo hacia el mostrador, al no localizar por dónde subir y al encontrarme con las puertas del ascensor totalmente colapsadas por la aglomeración de gente que está esperándolo. La enfermera atenta a mí, alza apresurada su dedo índice. Apunta hacia unas escaleras que están algo escondidas en uno de los extremos de la enorme estancia. Subo los escalones de dos en dos e incluso en algunos tramos de tres en tres, hasta detenerme ante una puerta metálica sobre la que un escueto cartel anuncia la llegada a la planta sexta. La abro, encontrando una sala enorme rodeada por sillas, todas ellas ocupadas y colocadas alrededor de una gran puerta de cristal reflectante que no deja ver su interior. Me acerco y me mantengo de pie, frente a ella, esperando a que alguna enfermera pueda atenderme. De espaldas a la estancia, y clavado en la misma posición, permanezco unos minutos hasta que una mano toca levemente mi brazo haciéndome dar la vuelta. Tras el giro, me encuentro con Robert que aparece con semblante serio.

—Pero ¿qué ha pasado?... —pregunto con voz baja, arrimándome hacia él.

—Llevan desde esta mañana haciéndola pruebas y su estado no mejora. Está inconsciente prácticamente desde que llegó.

Tapo mi boca con la palma de mi mano frenando un suspiro aterrador que mana de mi interior y conmocionado, no puedo seguir hablando.

Permanecemos durante largas horas inmóviles en la misma posición y sin saber nada nuevo de su estado. Incluso anochece en el exterior sin tener noticias de los doctores, que de vez en cuando aparecen nombrando a algún paciente que atienden en el interior.

En la inquietante madrugada, y prácticamente encontrándonos solos y recostados sobre las incómodas sillas, escuchamos el singular ruido que emiten las puertas al abrirse. Sobresaltados, nos incorporamos y nos ponemos en pie.

—¡Familiares de Ángela Thomson!

—Por fin... —susurro, mirando hacia donde se encuentra Robert.

Rodeamos al médico mientras habla.

—Ya tenemos alguno de los resultados de las pruebas —indica el doctor mirando hacia la carpeta que carga en sus manos.

Abre la rígida tapa del informe y pasa las hojas hasta frenar en el último de los folios.

—Es malaria. Su estado es crítico. Tanto a ella como al feto se les ha suministrado el antídoto por vía sanguínea. Hay que esperar la reacción de sus cuerpos y a los resultados de las demás pruebas que nos indicarán el nivel que alcanza la infección. —Cierra el dossier y continúa hablando—. Podrá acompañarme un familiar.

Robert da un paso hacia atrás de inmediato, mientras que yo doy uno hacia delante ofreciéndome a acompañar al doctor. Le sigo algo trastornado por todo lo que acabo de escuchar mientras traspaso la puerta que nos aleja de la sala de espera.

Andamos a través de un ancho pasillo acristalado por ambos lados, lleno de pacientes recostados en modernas camas y enganchados a todo tipo de aparatos. Al llegar a

su habitación y antes de entrar en ella, una de las enfermeras, que parece estar esperándome junto a la puerta, me entrega un paquete cerrado herméticamente que contiene un conjunto de ropa esterilizada. La extraigo del envoltorio y me la coloco veloz para poder acceder al interior cuanto antes. Vestido con un mono verde, guantes, gorro y una fina mascarilla como de papel, suave y muy fina, me deja traspasar la puerta que me separa de ella.

Verla inmóvil, sin color en su cara blanquecina, con sus preciosos ojos verdes cubiertos por los párpados cerrados, y su pecho enganchado a numerosas ventosas de las que cuelgan unos finos cables que la conectan con un monitor que emite pitidos al ritmo que marca su debilitado corazón, me inundan los ojos de lágrimas. Contemplar de esta forma a una mujer vital e incansable como ella, rodeada por la incertidumbre que provoca estar entre la vida y la muerte..., me hace precipitarme hacia la única mano libre de tubos y agujas. Allí me quedo, intentando sentir con mis labios —atrapados bajo la fina mascarilla—, la suavidad del roce con su piel. Permanezco horas angustiado. Doblemente preocupado por ese hijo, del que desconocía su existencia y que ahora acapara la mitad de mi desazón.

Los duros días sin mejora los paso junto a ella. Por el día paseo por los amplios pasillos intentando desentumecer los pies de las largas noches a su lado. A veces, aprovechando la visita de su amigo Robert, me acerco al apartamento para ducharme y cambiarme de ropa volviendo sin demora al hospital. Como bocadillos o apresurado bajo a la cafetería sin retrasar mi vuelta para no dejarla ni un instante a solas, acompañándola en su duro trance por sobrevivir.

Aunque a veces siento el alivio que me provoca verla abrir los ojos, no hay lucidez en su mirada, y su estado continúa crítico pero estable dentro de la gravedad.

Me comunico a diario con Abul. Subo a la azotea y desde allí, envuelto por la brisa suave y templada de la primavera acabando, hablo con él, aunque nunca puedo darle buenas noticias. Unas veces por recaídas, otras por aumento en la dosis, y otras es mi propia desesperanza tras esta larga convalecencia sin avances la que no me deja ver más allá.

Recuesto mi cabeza sobre su brazo..., esperándola —como hago todas las noches en estas últimas semanas— y, poco a poco, me duermo reclinado sobre su cuerpo, pero, al sentir un leve movimiento por debajo de mi cara, me incorporo sobresaltado chocando incrédulo con sus ojos abiertos, mirándome. Mueve sus labios intentando decirme algo, por lo que evitando que realice esfuerzos innecesarios pongo mi oído cercano a su boca mientras aprieto su mano fuertemente contra la mía.

—Peter... —anhela.

—Estoy aquí contigo. Vuelve Ángela, vuelve pronto...

—Él bebe..., ¿vive? —pregunta con notable dificultad.

—Nuestro hijo es fuerte y luchador. Sigue vivo.

Su cara continúa entristecida aun habiendo recibido la buena noticia.

—Perdóname..., Peter —realiza una inspiración profunda—, no es tu hijo... — termina diciendo con esfuerzo, en su último aliento antes de perder nuevamente la consciencia.

Ángela Thomson

Ese día lo recordaré siempre. Abrí los ojos con dolor y entumecidos del largo tiempo que permanecieron cerrados. Miré lentamente alrededor y la soledad era mi única compañera, aunque me pareció notar su presencia oculta tras el marco de la puerta; alejado de mí. Esa fue la última vez que lo sentí. Como vino a mi vida, de improviso, se marchó también así de ella...

Me contaron que me acompañó para lo malo, como lo había hecho para la bueno. Que no dejó de atenderme, de cuidarme, de protegerme como me prometió aquel día en el que esa pistola amenazó mi vida y prometió cuidarme siempre.

Fueron meses los que pasaron hasta conseguir las fuerzas suficientes para continuar con mi vida. Mi embarazo siguió su curso y era a lo único que me aferraba para superar su pérdida. El bebé se recuperó completamente de la enfermedad, pero los controles médicos eran tan continuos que decidí afincarme en Los Ángeles buscando llevar una vida más tranquila alejada del ajetreo continuo de Nueva York. Mi proyecto lo dejé íntegramente en manos de Robert, del que descubrí, que lo odiaba como amante, y lo admiraba como amigo, que era en lo que se había convertido después de su apoyo incondicional tras lo sucedido.

Pero esta corta armonía que parecía estaba consiguiendo, se tambaleó ante la gran noticia que cambió el rumbo de todo. Sucedió un día como otro cualquiera de mis múltiples visitas a la consulta del doctor Richard.

Me mira por encima de sus pequeñas gafillas, que recuesta sobre la punta de su minúscula nariz, mientras en silencio ojea su desgastado cuadernillo de anotaciones. Avanza despacio, imagino que intentando cuidar las hojas, endebles y amarillentas por el paso del tiempo. Parece frenar sobre una página en concreto y, sin quitar sus ojos de ella, me realiza una extrañísima pregunta.

—¿Sigue teniendo relación con el donante? —Mi boca dibuja una sonrisilla nerviosa.

—Doctor, le recuerdo que lo seleccioné de las fotografías de uno de los álbumes que usted mismo me entregó —espeto cortante ante la pregunta inapropiada y reveladora de falta de preparación para nuestra cita.

Vuelve a callar, mientras hojea nuevamente sus apuntes echando hacia atrás las hojas, imagino que buscando información sobre aquel día. A continuación, lo cierra enérgicamente y consulta torpemente el ordenador que tiene enfrente. Se aproxima al teclado lentamente con los dedos índices de cada una de sus manos y golpea fuertemente sobre las letras que teclea.

—¡Atienda! —exclama, mientras lee muy despacio las notas que imagino aparecen en su pantalla—, anulamos inseminación por encontrarnos con el óvulo en trayectoria hacia el útero con síntomas de haber sido fecundado previamente. Se realiza análisis de sangre confirmando la gestación. Embarazo en fase uno.

—¿Embarazo en fase uno?! —repito totalmente sorprendida y pidiendo una

explicación.

—El primer día en ser fecundado el óvulo en las trompas de Falopio, se desplaza hacia el útero. Esto quiere decir que el día anterior a la intervención tuvo relaciones con un donante adecuado, según usted me confirmó aquel día y... ¡quedó embarazada! —resalta ilusionado—. Quería comprobar que todo salía bien antes de comunicarla la gran noticia: "ha sido capaz de quedarse embarazada por sí sola" —me desvela con una amplia sonrisa en sus labios.

Mi cara queda arrugada e imagino que el doctor no comprenderá nada de lo que acaban de significar sus palabras, descubriendo ese pequeño detalle para él y la gran noticia que significa para mí.

—«*Peter!..., eres el padre*» —balbuceo entre dientes, mientras me levanto y salgo pensativa de su consulta.

El chófer me abre la puerta del coche al verme aparecer por la salida de la clínica. Sin mirarlo y aún en estado de shock, me dejo caer en el interior.

En el trayecto hacia mi casa me colapsan innumerables estados de ánimo: la inquietud ante la noticia, la emoción de saber que es hijo del mejor hombre posible y la pena de no poder compartir esta alegría junto a él.

Inundada por una felicidad sobrenatural y al frenar el coche delante de la puerta de casa, bajo con ligereza y corro hacia el interior; evidentemente frenada en mi camino por mi nuevo peso; mis tobillos hinchados; y una molesta presión en la entrepierna motivada por la cabecilla del bebe que ya está colocada. Subo las brillantes y recién pulidas escaleras de mármol y me precipito hacia adentro de mi dormitorio. Tras contemplar brevemente mi fotografía favorita, convencida, ando hacia la coqueta, donde se encuentra la base en la que reposa el teléfono inalámbrico que aparece iluminado por la luz intensa que entra por los ventanales de este soleado día de Septiembre. Lo cojo y tecleo el larguísimo número de teléfono que me pondrá en contacto con la única persona importante que quedó en mi vida, mi hermano.

Mientras espero emocionada, lloro en silencio.

—¡Hermana! —exclama Abul al atender la llamada y reconocer mi número de teléfono.

Las lágrimas me mantienen entrecortada.

—Ángela... ¿qué te ha dicho el doctor? —pregunta interesado y atento a todas mis revisiones médicas—. ¿Todo va bien? —vuelve a preguntar tal vez preocupado por mi silencio.

—¡Peter es el padre! —balbuceo emocionada.

El silencio vuelve a emerger y, tras una breve pausa en la que cojo aire, continúo hablando.

—Le echo de menos..., no sé dónde está y me encuentro muy sola —termino diciendo angustiada.

Tras mis palabras, la conexión parece quedar entrecortada por desagradables ruidos de fondo.

—¡Ángela! Vente conmigo —me propone de improviso aclarándose repentina la comunicación—, todos los días ayudo a mujeres a dar a luz a sus bebés. Ven y te prometo que nunca más volverás a sentirte sola.

Su breve proposición me enciende una pequeña luz de esperanza que, rápidamente y sin pensarlo mucho, acepto. Acepto rotunda a cortar con mi vida actual y emprender otra alejada de aquí, en el lugar más recóndito de todos en los que jamás imaginé criar a mi hijo.

Avisado mi asistente y tras una tarde de preparativos y frenéticas llamadas a un sitio y a otro, la más complicada la que hago a mi médico que se niega en rotundo a que realice el vuelo, aunque al volver nuevamente a valorar todos los informes termina aceptando que he superado la enfermedad y que me encuentro en óptimas condiciones de salud... Voy concretando mi viaje. Volaré en un vuelo regular mucho más cómodo para mi embarazo evitando los lentos y ruidosos aviones humanitarios y, además, con la comodidad de viajar en líneas Angoleñas, donde al pagar por un pasaje, aterrizas en pistas más cómodas y concienzudamente arregladas para intentar captar buenas impresiones entre los pocos turistas que visitan ese precioso y misterioso país.

Pasa todo tan rápido que cuando empiezo a darme cuenta de lo que estoy haciendo, ya me encuentro subiendo por las escaleras del avión que me llevará hacia Angola. Antes de dar el último paso hacia el interior, realizo un giro completo con todo mi cuerpo echando una última mirada perdida al firmamento. Busco algún motivo para quedarme. Observo los ásperos rascacielos de la ciudad cubiertos por una fina neblina gris que los envuelve y los hace medio invisibles. Miro hacia el bullicioso e impersonal aeropuerto, hacia la ostentosa limusina gris con la que me desplazo aislada del resto de los mortales. Y noto más intensamente que nunca, a la temida soledad como única compañera... Cojo aire y, aún más convencida si cabe, me largo de este áspero lugar, algo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo atrás.

Una agradable azafata que espera en la entrada me ayuda —agarrándome por el brazo—, a superar un último peldaño más antes de atravesar la puerta. La sigo por el estrecho pasillo que se agranda al atravesar la zona de los asientos de primera clase que es más espaciosa. Mi asistente hizo la reserva acostumbrado a contratar los mejores sitios, que esta vez me servirá como despedida a esta vida lujosa a la que he decidido poner fin.

Al caer la noche y recostar por completo el asiento, aparece la auxiliar, atenta a mí durante todo el vuelo, con una cómoda almohada que ella misma coloca detrás de mi cabeza. El resto del tiempo lo paso durmiendo plácidamente, de hecho, no recuerdo la última vez que dormí tan a gusto y profundamente como hoy. Sólo consigue despertarme un rayo de luz, intenso, que se cuele por la mínima abertura que dejó la persiana de la pequeña y redondeada ventanilla contigua a mi asiento. Aún somnolienta, la alzo, dejando

que el resplandor choque y caliente mi cara. A los minutos, cuando consigo por fin abrir mis adormilados ojos, arrimo mi cara hacía el frío cristal quedando totalmente impactada con las formas en las que aparecen las nubes a nuestro alrededor. Quedan pinceladas por el cielo como flotando por todos sitios en pequeñas motas de algodón esparcidas sobre el inmenso océano atlántico. Y al continuar disfrutando, embelesada, de la bonita estampa, repentinamente sobre el mar, se empieza a reflejar el horizonte escarpado de la costa africana, que, al aparecer así tan bello, termina por quitarme el aliento.

El leve pitido, que a la vez enciende sobre el panel superior la señal que obliga a abrocharnos el cinturón de seguridad, me hace alejarme de la ventanilla e incorporar mi silla que continuaba en posición reclinada, momento en el que las azafatas pasan por mi sitio comprobando que todo esté correctamente colocado y preparado para el aterrizaje.

Como me aseguraron, nada tiene que ver la suave maniobra al tocar tierra en estos vuelos regulares, con la brusquedad en los nada agradecidos y encubiertos vuelos humanitarios. Sin ningún tipo de sobresalto circulamos por el asfalto durante minutos, frenando gradualmente hasta detenernos por completo. El cansancio de ir recluidos tras un vuelo tan largo, hace que se empiece a escuchar el jaleo de los impacientes viajeros al incorporarse apresurados de sus asientos y abrir los ruidosos maleteros, los que se encuentran sobre nuestras cabezas, que provocan un sonido y ajeteo continuo que me recuerda que he llegado a mi nuevo destino. Aunque animada de pensar que todo terminó, no consigo quitarme la tensión por lo que acabo de hacer, cortar con décadas de mi acomodada vida anterior.

Aguardo sentada, experimentada, a que todos salgan del avión. Y al ser invadida por el silencio de encontrarme sola, me levanto pausada. Tras soltar el aire que retenía de la emoción, me desentumezco agitando las manos, y ando hacia la salida. Desde aquí arriba, antes de bajar por las anchas escaleras que han acoplado a la puerta, ya percibo algo distinto... lo definiría como: "la locura de los sentidos". Serían difíciles de describir porque sólo se pueden percibir: la intensidad de la luz que aclara el lugar, los colores sepia del amanecer, el olor a húmedo que te impregna y vaporiza la respiración... Con ese aluvión de sensaciones descendo despacio y, en el último escalón que me queda por bajar, antes de tocar suelo, distingo emocionada al larguirucho Abul acompañado por mi fiel y entrañable amiga Assiba andando precipitados a mi encuentro. En cuanto mi pie toca África, soy recogida con cariño entre los brazos de ambos. Nos estrechamos con fuerza, aislando mi abultada barriga de cualquier presión. Noto cómo las palmas de sus manos bajan con delicadeza hacia mi voluminoso abdomen, y lo acarician tiernamente mientras andamos entrelazados por la pista, emocionados por estar nuevamente juntos. Mis ojos llorosos se alzan buscando en la lejanía el coche, al que localizo en el fondo camuflado por ese resplandor rojizo que se fija en el firmamento y que parece envolver a esta tierra.

Según andamos abrazados, el sol que emerge con suma rapidez en el horizonte, va esclareciendo el entorno contemplándose más nítidamente al conductor del Jeep que nos espera paciente sentado frente al volante. A escasos metros, antes de llegar a él, se levanta,

y de un salto atlético baja del coche y anda hacia nosotros. De inmediato, mis ojos quedan clavados sobre sus formas: su esbeltez, su porte, su altura similar a la de Abul, el movimiento de su vaporosa chilaba color blanca... Me estremezco al reconocer cierta similitud con el estilo de... no, no puede ser. Ni quiero imaginar que pudiera ser él y excitarme con fantasías que después me puedan hacer daño. Cuando, de repente, se detiene alzando sus manos y proponiéndome un abrazo. Las suaves lágrimas que caían de mi primer encuentro, aumentan, al encontrarme frente al desaparecido y amado Peter.

—¿Peter?! —bramo emocionada frenando en seco mis pasos.

Él acelera su marcha y anda con firmeza hacia mí, deteniendo con fuerza sus labios sobre los míos. Me abarca delicado con sus brazos —a duras penas puedo encubrir el temblor de mis piernas—. Nuestros besos no se resienten con todo lo que ha pasado. Noto como la pasión no ha mermado, sino que... ha sobrevivido e incluso se intensificó por la ausencia.

Aprovechando el breve instante en el que deja de rozarme con sus envolventes labios me habla.

—Sabía que algún día volverías y nos encontraríamos aquí, de nuevo... Te estaba esperando.

—Mi amor... —susurro emocionada tras sus palabras. Dejo reposar con suavidad mi cara sobre su pecho rozando mi voluminoso abdomen contra su cintura—, quiero empezar una nueva vida. ¿Me acompañas...? —le propongo entrecortada.

—Te acompañaré siempre... —musita pegado a mi oído. Palabras que me hacen hundir con más fuerza mi cara hacia el candor de su cuerpo mientras nos abrazamos con más intensidad.

Entrelazando nuestras manos nos dirigimos hacia el Jeep, seguidos de cerca por Abul y Assiba, que caminan despacio por detrás de nosotros.

Tomé la mejor decisión de todas, la de dejar esa vida anterior que nunca supe encauzar, llena de pocos aciertos. Inundada por el desazón de hacerlo bien o hacerlo mal. La que viví con los ojos cerrados. Esa etapa alocada e irresponsable, llena de excesos y de desastrosas consecuencias para mi corazón, desilusionado y sin rumbo.

Y, cuando todo parecía perdido, apareció él. Auténtico y maravilloso. Dispuesto a seguirme, a guiarme y a acompañarme para siempre...

Tuve a mi bebé rodeada por menos comodidades de las que habría tenido en mi país, pero envuelta por el amor y el cariño de los míos que compensó todo lo demás.

Nuestro hijo se llamó Antuan. Al enterarnos de la súbita muerte del buen padre Antuam, quisimos tenerlo siempre presente y, ¿de qué mejor manera que esta...?

Creció feliz y adaptado a esta forma de vivir. Y, según pasó el tiempo quedó obvio que los genes no servirían de nada en la profesión elegida. Ya desde pequeño ayudaba a su tío con las curas a enfermos y le auxiliaba en pequeñas operaciones. Estaba claro que no sería arquitecto.

Aunque empezó la carrera de medicina en Luanda, no tardó en proponer nuevas universidades, todas ellas en América, por lo que fueron largas temporadas las que pasamos allí acompañando a nuestro hijo. Sólo fue un pequeño encuentro, un paréntesis en nuestra larga e intensa vida en África.

En el transcurrir del tiempo, Antuam, como yo había hecho durante años atrás con mi hermano, regresaba y nos visitaba durante meses aportando su habilidad innata como médico. Se convirtió en un atractivo y humanitario cirujano de ojos verdes esmeralda y porte envidiable, que se ausentaba de su clínica de Nueva York durante largas temporadas para ayudar a los más necesitados.

Continuó la vida...

No hubo viaje en el que no descubriéramos algo nuevo sobre este continente. Recuerdo aquel día que atravesando el parque nacional de Cameia, como hacíamos con frecuencia para llevar provisiones al campamento, del que hacía años, después de la muerte repentina del padre Antuam nos habíamos hecho cargo. Y tras concluir la descarga de víveres..., nos miramos. Sin hablarnos intuimos, sólo por el brillo que desprendían nuestros ojos que se iluminaban cuando discurríamos distintas posibilidades..., que necesitábamos seguir, continuar el viaje. Llegamos a Luao y desde allí, con la intención de buscar nuevos proyectos en los que embarcarnos, anduvimos meses enteros recorriendo Zambia. Viajamos hacia el Norte, hacia el Sur, cruzamos ríos, atravesamos el panorámico puente bañado por la fina llovizna que provocaban las enormes y espectaculares cataratas Victoria que te empapaban simplemente con acercarte a ellas. Subimos hacia Tanzania y nos adentramos en las estepas del Serengeti, contraste de llanuras rocosas, volcánicas y bosques de acacia. Y, al cruzar la frontera de Kenia, y bordear el impresionante lago Turkana, al norte de la región. Estimulados por los colores ocres de sus aguas y por el vuelo de los flamencos a nuestro alrededor..., decidimos... pasar el resto de nuestras vidas en este hermoso país.

Entre tanta belleza fue fácil encontrar un sitio donde empezar de nuevo. Trabajamos arduo para construir nuestro nuevo hogar en el valle del Great Rift, un precioso rincón al suroeste de Nairobi. Para conectar poblaciones aisladas a pequeños embalses. Para traer

maestros a escuelas que erigimos en lugares recónditos, al noreste del país...

Y al final, rozando el ocaso de la vida, en nuestro ritual de conversaciones frente a la hoguera, bajo la noche estrellada de África, lo notaba..., notaba que lo quería, que lo había amado siempre. La llama pasional que nos abrasó con intensidad en tantas ocasiones, aunque debilitada por la vejez de nuestros cuerpos, seguía encendiendo las cientos de pequeñas ascuas que se formaban a nuestro alrededor manando calor...

Fuiste mi amor, Peter. El hombre que cambió mi vida y la convirtió en... grandiosa.

Muy agradecida al lector por haber leído mi libro.

Andrea Golden.

«Conozco una canción de África, que habla de la jirafa y de la luna nueva africana descansando sobre su lomo, de los surcos en los campos de cultivo y de las caras sudorosas de los recolectores de café... ¿Acaso conoce África una canción que hable de mí?»

FRAGMENTO de "Memorias de África"

CRÉDITOS Y AGRADECIMIENTOS

Reflexiono durante meses sobre estas últimas palabras, incluso pienso que tiene que ser lo mejor que he escrito. Pero el cansancio de la revisión y este proyecto terminado, me tiene inundada de sensaciones contrapuestas que ya no me dejan discurrir con claridad. Espero con estas palabras agradecerlo lo suficiente.

Al lector que me acompañó hasta esta página, al cual le estoy totalmente agradecida y quedo deseosa por saber su opinión. (tocandoelcielodemanhattan@gmail.com o Twitter @Goldenescritora)

A Paco, Juan María, Rosali, Carmen Mari y Eva que me leyeron en algún momento de esta larga aventura y me aportaron su granito de ilusión. A mi grupo de WhatsApp “Las Santas”, por su encantador humor y compañía. A Mario www.designeyeweb.es por su preciosa carátula.

A varios blog de lectura romántica que me publicitaron:

Claudia: www.librosderomantica.com

Nerea: sumergidaentrelibrosromanticos.blogspot.com.es

Lúthien Númenessë: romancepasion.blogspot.com.es (suerte con tu libro: “Con los reflectores apagados”)

A Ita, que aportó sus conocimientos del lenguaje y me enseñó. Aunque también me dejó claro que tengo mucho que aprender y mejorar. Gracias Ita y Silver.

Y, por supuesto, a mi entrañable y querida amiga Eugenia, ese ser especial que llega a tu vida y te acompaña siempre. Gracias por seguirme desde el principio hasta el final.

A mi pequeña familia, por tantas horas robadas. Os quiero.